

RENEE KNIGHT
OBSERVADA



Lectulandia

Casi todos guardamos secretos que no deberían salir nunca a la luz, y que si algún día lo hicieran, podrían causar daños irreparables. La noche que Catherine Ravenscroft encuentra en su dormitorio un libro titulado El perfecto desconocido, comienza para ella una odisea que sacudirá toda su existencia. La lectura de la novela es como una ola que la arrastra sin piedad hacia aquel inolvidable día veinte años atrás en una playa del sur de España. Página tras página, con lujo de detalles, el relato desvela un episodio de su vida que ha mantenido oculto todo este tiempo. Quién es el autor y cómo ha podido enterarse es un misterio. Y lo peor es que la versión de lo ocurrido ha sido tergiversada aviesamente por alguien dispuesto a destruirla a ella y a su familia. Así pues, para preservar la confianza y el amor de su hijo y de su marido, Catherine deberá confesarles lo que realmente pasó en aquellos cálidos días de verano, aunque hacerlo signifique exponerse a la vergüenza y el oprobio.

Con esta vertiginosa historia de suspense, la realizadora y guionista inglesa Renée Knight nos invita a recorrer el filo que separa la verdad de la mentira, cuando la necesidad de creer o de no creer con frecuencia conduce a las personas a juicios inicuos y decisiones erróneas. El ajustado perfil psicológico de los personajes, sumado a una impecable trama plena de giros y sorpresas que mantiene al lector en vilo hasta el punto final, han seducido al público inglés y han situado esta electrizante novela entre los libros más vendidos en Reino Unido durante los últimos meses.

Lectulandia

Renée Knight

Observada

ePub r1.0

SoporAeternus 02.10.15

Título original: *Disclaimer*
Renée Knight, 2015
Traducción: Carlos Mayor
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Greg, George, Betty
y mi madre, Jocelyn

Primavera de 2013

Catherine se prepara para otra arcada, pero ya no puede salir nada más. Se aferra al frío esmalte y levanta la cabeza para mirarse al espejo. La cara que le devuelve la mirada no es la que tenía cuando se acostó. Es una cara que ya conoce y que no esperaba volver a ver. Se observa bajo esa nueva luz, intensa, y humedece una toalla pequeña con la que se limpia la boca y luego presiona los párpados, como si así pudiera apagar el miedo que reflejan sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

La voz de su marido la sobresalta. Tenía la esperanza de que no se despertara. De que la dejase en paz.

—Ya estoy mejor —miente, y apaga la luz.

A continuación, vuelve a mentir:

—Habrà sido la cena que pedimos anoche. —Se vuelve hacia él, una sombra en la luz de esa hora crepuscular. Susurra—: Acuéstate. No es nada.

Él está más dormido que despierto, pero aun así se acerca y le pone una mano en el hombro.

—¿Estás segura?

—Segurísima —contesta.

De lo único de lo que está segura es de que necesita estar sola.

—Robert. De verdad. Enseguida voy.

Él tarda unos instantes en quitarle los dedos del brazo, pero finalmente hace lo que le pide. Antes de volver al dormitorio, Catherine espera hasta cerciorarse de que se ha dormido.

Lo ve en el suelo, abierto boca abajo, donde lo dejó. El libro en el que había confiado. Los primeros capítulos la conquistaron para que se abandonara, para que se sintiese a gusto con la insinuación de las emociones comedidas que tenía por delante, un anzuelo para que siguiera leyendo, pero sin darle pistas de lo que se avecinaba. La sedujo para que continuara, para que se adentrara más y más en sus páginas, hasta que se dio cuenta de que le había tendido una trampa. A partir de entonces, las palabras le rebotaron por el cerebro y se estrellaron contra su pecho, una tras otra. Era como si una hilera de gente se hubiera tirado a la vía del tren y ella, la conductora impotente, hubiese sido incapaz de evitar la colisión mortal. Demasiado tarde para frenar. No había posibilidad de dar marcha atrás. Sin poder evitarlo, Catherine se había topado consigo misma escondida entre las páginas del libro.

«Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas...» La nota inicial está tachada con una línea roja bien trazada. Al abrir el libro, no se fijó en el aviso. El «parecido» con ella no puede ser casualidad. Catherine es uno de los personajes principales, uno de los protagonistas. Aunque hayan cambiado los nombres, los

detalles son inconfundibles, incluida la descripción de lo que llevaba puesto aquella tarde. Un episodio de su vida que ha mantenido oculto. Un secreto que no ha contado a nadie, ni siquiera a su marido y a su hijo, las dos personas que creen conocerla mejor que los demás. Es imposible que alguien se haya inventado lo que acaba de leer. Sin embargo, ahí está, en negro sobre blanco, para que lo vea quien quiera. Creía que aquel asunto se había terminado. Que estaba enterrado. Pero ha reaparecido. En su dormitorio. En su cabeza.

Trata de apartarlo pensando en lo que hicieron anoche. La satisfacción de ponerse cómodos en su nuevo hogar: el vino y la cena, acurrucarse en el sofá, adormilarse delante del televisor y luego meterse en la cama los dos, Robert y ella. Una felicidad tranquila que le parecía inquebrantable, Sin embargo, ahora le parece demasiado tranquila para serenarla. No puede dormir, así que se levanta y se va al piso de abajo.

Todavía tienen dos pisos, aunque no es como antes. Ahora viven en un dúplex, no en una casa de verdad. Se mudaron hace tres semanas. Dos dormitorios en lugar de cuatro. Dos dormitorios se ajustan más a las necesidades de Catherine y Robert. Uno para ellos. Otro para los invitados. Y además abajo hay un solo espacio. No hay puertas. Ahora que Nicholas se ha ido, no les hace falta cerrar puertas. Enciende la luz de la cocina, saca un vaso del armario y lo llena. Sin acercarse al grifo. Agua fresca a voluntad gracias a la nevera nueva. Más que una nevera parece un armario. El miedo le cubre las palmas de las manos de sudor. Tiene calor, casi fiebre, y agradece la frescura de los suelos de piedra caliza recién instalados. El agua la alivia un poco. Se la bebe de un trago mientras mira los ventanales que cubren la parte trasera del dúplex, de esa casa nueva y extraña. Fuera está todo negro. No hay nada que ver. Aún no ha tenido tiempo de poner cortinas. Se siente expuesta. Observada. La ven, pero ella no ve a nadie.

Dos años antes

La verdad es que me sentí mal por lo que pasó, muy mal. Al fin y al cabo, no era más que un crío: tenía siete años. Y yo estaba, supongo, *in loco parentis*, aunque sabía perfectísimamente que ninguno de los padres me habría querido *in loco* de nada. Por entonces ya estaba en las últimas: Stephen Brigstocke, el profesor más odiado del colegio. Estoy convencido de que los niños lo pensaban, y también los padres, aunque no todos: espero que algunos me recordaran de antes, de cuando había tenido en clase a sus hijos mayores. En fin, el caso es que, cuando Justin me pidió que fuera a su despacho, no me sorprendí. Lo veía venir. Incluso tardó algo más de lo que esperaba; cosas de los colegios privados. Son su propio feudo. Los padres tienen la impresión de que mandan porque pagan, pero se equivocan, claro. Lo mío es un buen ejemplo: ni siquiera me entrevistaron antes de darme el trabajo. Justin y yo habíamos ido juntos a Cambridge; él sabía que yo necesitaba dinero, y yo que él necesitaba un jefe para el Departamento de Lengua. Resulta que los colegios privados pagan mejor que los públicos, que era donde yo había adquirido años de experiencia docente. Pobre Justin, debió de costarle mucho relevarme. Tuvo que resultarle violento, ya saben. Porque fue un relevo, no un despido. Se portó bien y se lo agradezco. No podía permitirme renunciar a la pensión y ya casi me tocaba jubilarme, así que se limitó a acelerar el proceso. En realidad, los dos estábamos cerca de la jubilación, pero la despedida de Justin fue muy distinta de la mía. Por lo visto, a algunos alumnos incluso se les escapó una lagrimita. No ocurrió lo mismo en mi caso. Al fin y al cabo, ¿por qué iban a llorar por mí? Yo no me merecía lágrimas de ese tipo.

Pero no quiero dar lugar a malentendidos: no soy ningún pederasta. No le metí mano al niño. Ni siquiera lo toqué. No, no, yo nunca tocaba a los niños. En realidad, me parecían un verdadero coñazo. ¿Que está feo decir una cosa así de unos críos de siete años? Supongo que sí, siendo maestro. Me harté de leer sus historias soporíferas, aunque estoy seguro de que algunos se esforzaban mucho, pero en el fondo, el problema fue ese concepto que tenían de sí mismos, como si a los siete años, por el amor de Dios, tuvieran algo que decir que pudiera interesarme. Y entonces, una tarde, me planté. La catarsis del bolígrafo rojo ya no me funcionaba y, al llegar a la redacción de aquel niño en concreto, no recuerdo cómo se llamaba, le escribí una crítica muy detallada en la que le explicaba por qué no podían importarme una mierda las vacaciones de su familia en el sur de la India, donde se habían alojado con la gente de una aldea. Pues qué bien, felicidades. Por supuesto, al crío le sentó mal. Y lo siento de verdad. Y, como no podía ser de otra manera, se lo contó a sus padres. Eso ya no lo siento. Sirvió para precipitar mi salida del colegio, y no cabe duda de que tenía que irme por el bien de los alumnos, pero también por el mío.

Y así me encontré en casa con todo el tiempo del mundo. Un profesor de lengua

jubilado de un colegio privado de segunda categoría. Viudo. Me preocupa estar siendo demasiado sincero, que lo dicho hasta ahora pueda resultar un poco desalentador. Podría hacerme parecer cruel. Lo que le hice a aquel niño fue cruel, eso lo reconozco, pero en líneas generales no soy una persona cruel. Desde la muerte de Nancy me he abandonado un poco. Bueno, de acuerdo, mucho.

Cuesta trabajo creer que, en su día, me eligieran profesor del año. No lo votaron los alumnos del colegio privado, sino los del público donde trabajaba antes. Y no fue flor de un día. Pasó varios años seguidos. En una ocasión, creo que en 1982, tanto Nancy como yo conseguimos ese premio, cada uno en su escuela.

Me dediqué a la docencia siguiendo los pasos de mi mujer. Ella, a su vez, había seguido los de nuestro hijo cuando entró en preescolar. Nancy tenía alumnos de cinco y seis años en el colegio de Jonathan, y a mí me tocaron los de catorce y quince del instituto del barrio. Sé que a algunos profesores los chicos de esa edad les resultan complicados, pero a mí me gustaban. La adolescencia no es un camino de rosas, así que mi enfoque era darles un respiro a los chavales. Jamás los obligué a leer un libro si no les apetecía. Al fin y al cabo, las historias son eso, historias. No hace falta leerlas en un libro. Una película, una serie de televisión o una obra de teatro también tienen una narración que seguir, que interpretar, que disfrutar. Entonces sí estaba comprometido. Me esforzaba. Pero eso era entonces. Ahora ya no doy clases. Estoy jubilado. Y soy viudo.

Primavera de 2013

Catherine tropieza y echa la culpa a los tacones altos, pero sabe que en realidad es porque ha bebido demasiado. Robert alarga el brazo para cogerla del codo, justo a tiempo de impedir que se caiga de espaldas por los escalones de cemento. Con la otra mano hace girar la llave y abre la puerta de un empujón, mientras sigue agarrando a su mujer del brazo para ayudarla a entrar. Catherine se quita los zapatos sin agacharse y trata de dar cierta dignidad a sus andares cuando se dirige a la cocina.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice Robert, que se le acerca y la abraza por detrás.

La besa en el punto en que el cuello se curva hacia el hombro. Ella echa la cabeza hacia atrás.

—Gracias —contesta cerrando los ojos.

Pero entonces ese momento de felicidad se desvanece. Es de noche. Han vuelto a casa. Y Catherine no quiere acostarse, aunque está cansada hasta la desesperación. Tiene claro que no pegará ojo. Hace una semana que no duerme bien. Robert no lo sabe. Ante él se comporta como si no pasara nada, consigue ocultárselo. Se hace la dormida, se queda a su lado en la cama, a solas con sus pensamientos. Va a tener que inventarse una excusa para no subir con él de inmediato.

—Ve tú —dice—. Yo no tardo nada. Quiero mirar unos correos.

Sonríe para animarlo, aunque a Robert no le hace demasiada falta que lo convenzan para meterse en la cama. Mañana tiene que madrugar, por eso Catherine aprecia aún más lo mucho que parece haber disfrutado de una noche en la que ella ha sido el centro de atención y él, un acompañante callado y sonriente. Ni una sola vez ha dejado caer que quizá iba siendo hora de retirarse. No, ha dejado que Catherine se luciera y saborease el momento. Por descontado, ella ha hecho lo mismo por él en muchas ocasiones, pero lo importante es que Robert ha desempeñado su papel con elegancia.

—Te subo un vaso de agua —dice, antes de dejarla.

Acaban de volver de la fiesta posterior a la entrega de unos premios de televisión. Televisión de la seria. Nada de culebrones. Nada de series. Hechos. Catherine había ganado un galardón por un documental sobre los entresijos de la explotación sexual infantil. Sobre niños que tendrían que haber estado protegidos, pero no lo estuvieron porque a nadie le importó demasiado; nadie se molestó en cuidarlos. El jurado había calificado la cinta de «valiente». A ella también la habían llamado «valiente». «No tienen ni idea. No tienen ni idea de cómo soy en realidad. No fue cuestión de valentía, sino de determinación, de firmeza.» Bueno, quizá sí que había sido un poco valiente. El rodaje a escondidas. Aquellos depredadores. Pero ahora no. Ahora que está en casa, no. Incluso con los estores nuevos tiene miedo de que la estén vigilando.

Las noches se han convertido en una serie de distracciones para impedirse pensar en el momento inevitable de encontrarse en la cama, a oscuras, sin poder dormir. Ha conseguido engañar a Robert, o eso cree. Incluso ha bromeado con él a propósito de los sofocos que aparecen cuando se acerca la hora de acostarse, y que ha achacado a la menopausia. Sí, la menopausia le provoca algunos síntomas, pero no esos. Aunque quería que Robert se fuera a la cama, en cuanto su marido se va al piso de arriba Catherine se da cuenta de que le gustaría tenerlo a su lado. Le gustaría ser valiente para contárselo. Le gustaría haber sido valiente para contárselo en su día. Pero no lo fue. Y ahora es demasiado tarde. Han pasado veinte años. Si se lo contara ahora, Robert sería incapaz de entenderlo. Lo cegaría el hecho de que, durante todo ese tiempo, su mujer le ha escondido un secreto. Le ha ocultado algo que él consideraría que tenía derecho a saber. «¡Es nuestro hijo, por el amor de Dios!», le parece oírlo decir.

No hace falta que ningún libro le cuente lo que pasó, joder. No se ha olvidado de nada. Su hijo estuvo a punto de morir. Durante todos estos años ha protegido a Nicholas. Lo ha protegido de la verdad. Le ha permitido vivir feliz en la ignorancia. Él no sabe que estuvo a punto de no llegar a adulto. ¿Y si conservara algún recuerdo de lo sucedido? ¿Serían distintas las cosas? ¿Sería distinto él? ¿Sería distinta la relación entre los dos? Pero no: está convencidísima de que Nicholas no recuerda nada. Al menos, nada que pueda acercarlo a la realidad de lo que pasó. Para Nicholas, es sencillamente una tarde que se ha diluido entre muchas otras de su infancia. Tal vez incluso la recuerde como un momento feliz, cree Catherine.

De haber estado allí Robert, las cosas podrían haber sido diferentes. Sí, por supuesto. No habría pasado. Pero Robert no estaba. Y no se lo contó porque no hacía falta: era imposible que se enterase. Y era mejor así. Es mejor así.

Abre el portátil y busca el nombre del autor en Google. Ya es casi un ritual. Lo ha hecho varias veces, con la esperanza de encontrar algo. Una pista. Pero no hay nada. Solo un nombre: E. J. Preston. Inventado, claro está. «*Un perfecto desconocido* es el primer libro de E.J. Preston, y seguramente el último.» Ni siquiera queda claro si es un hombre o una mujer. La editorial se llama Ramnusia, pero al buscar ese nombre confirmó lo que ya sospechaba, que la novela ha sido autopublicada. No sabía qué quería decir «Ramnusia». Ahora ya lo sabe. La diosa de la venganza, también llamada Némesis.

Es una pista, ¿verdad? Sobre el sexo de quien lo ha escrito, al menos. Pero es imposible. No puede ser. Y nadie más conocía esos detalles. Nadie que siga con vida. Bueno, había más gente, gente anónima. Pero este libro lo ha escrito alguien que se siente implicado. Es algo personal. Busca en internet alguna crítica. Nada. A lo mejor solo lo ha leído ella. Y, aunque lo lea alguien más, nunca descubrirá que la protagonista es ella. Pero alguien lo sabe. Sí, alguien lo sabe.

¿Cómo coño ha entrado esa novela en su casa? No recuerda haberla comprado. Es como si hubiera aparecido de repente en el montón de libros de su mesilla de noche.

Aunque con la mudanza todo ha sido un caos. Cajas y más cajas llenas de libros que aún esperan que alguien las abra. Puede que ella misma lo pusiera allí. Que lo sacara de una caja, que la cubierta la atrajese. O tal vez sea de Robert. Tiene infinidad de libros que ella no ha leído y quizá no reconocería. Libros de hace años. Se lo imagina curioseando por Amazon, le llama la atención el título, la cubierta, y lo compra en el acto. El azar. Una coincidencia morbosa.

Pero la posibilidad de la que cada vez está más convencida y empieza a creerse es que alguien lo puso allí. Alguien entró en su dúplex, en ese espacio en el que aún no se siente en casa. Llegó hasta su dormitorio. El desconocido dejó el libro en su mesilla de noche. Con cuidado. Sin mover nada. En su lado de la cama. Sabía en qué lado duerme. Lo dejó allí para que pareciera que había sido la propia Catherine. Se le amontonan los pensamientos chocan entre sí hasta convertirse en un caos de ideas retorcidas y afiladas. El vino y la angustia, una combinación peligrosa. A estas alturas debería haber aprendido a no mezclar venenos. Se agarra la cabeza dolorida. Últimamente no deja de dolerle. Cierra los ojos y ve el punto blanco y ardiente del sol de la cubierta. ¿Cómo coño ha entrado esa novela en su casa?

Dos años antes

Siete años después de la muerte de Nancy aún no me había visto capaz de organizar sus cosas. Su ropa seguía colgada en el armario. Sus zapatos, sus bolsos. Tenía los pies muy pequeños. Un treinta y cinco. Sus papeles, sus cartas, seguían encima del escritorio y en los cajones. Me gustaba encontrármelos. Me gustaba echar un vistazo a cartas dirigidas a ella, aunque fueran de la compañía del gas. Me gustaba ver su nombre y la dirección que compartíamos escritos en algo oficial. Sin embargo, cuando me jubilé me quedé sin excusa. «Ponte manos a la obra de una vez, Stephen», me habría dicho ella. Y así lo hice.

Empecé con la ropa, la descolgué de las perchas, la saqué de los cajones, la coloqué encima de la cama, lista para el viaje de salida de la casa. Creía que había terminado cuando vi una chaqueta de punto que se había caído de la percha y había quedado escondida en un rincón del armario. Es del color del brezo. Bueno, en realidad de muchos colores. Azul, rosa, morado, gris, pero el conjunto recuerda al brezo. La habíamos comprado en Escocia antes de casarnos. Nancy se la echaba por los hombros como un chal, y las mangas le caían flácidas por los costados. Me la quedé; estoy abrazándola en este momento. Es de cachemir. Las polillas han empezado a comérsela y tiene en el puño un pequeño agujero por el que puedo meter el meñique. Ella la conservó durante más de cuarenta años. Sobrevivió a Nancy y sospecho que también me sobrevivirá a mí. Si sigo encogiéndome, lo cual es inevitable, puede que pronto me vaya bien.

Ella se la ponía cuando se levantaba en plena noche para dar el pecho a Jonathan. La recuerdo con el camisón desabrochado, la boquita del bebé en torno al pezón y esta chaqueta de punto por los hombros, para no enfriarse. Si me veía observándola desde la cama, Nancy me sonreía, y entonces yo me levantaba y hacía té para los dos. Siempre intentaba no molestarme, decía que quería dejarme dormir, que no le importaba despertarse. Era feliz. Los dos éramos felices. Eran la alegría y la sorpresa por un hijo llegado en la madurez, cuando prácticamente habíamos perdido la esperanza. No discutíamos sobre quién tenía que levantarse ni quién se quedaba durmiendo. No voy a alardear de haberlo hecho todo a medias. Me habría gustado colaborar más, pero lo cierto es que Jonathan necesitaba sobre todo a Nancy, no a mí.

Antes incluso de aquellos festines nocturnos, la chaqueta de punto era una de sus prendas favoritas. Se la ponía para escribir: por encima de un vestido de verano, de una blusa, del camisón. La miraba desde mi escritorio y la veía sentada ante el suyo, aporreando la máquina con las mangas vacías temblando a ambos lados. Sí, antes de dedicarnos a la enseñanza, tanto Nancy como yo éramos escritores. Ella lo dejó poco después de nacer Jonathan. Decía que se le habían pasado las ganas, y cuando el niño empezó en preescolar, decidió solicitar trabajo en aquel mismo centro. Pero me estoy

repetiendo.

Ninguno de los dos tuvimos demasiado éxito con la literatura, aunque tanto a ella como a mí nos habían publicado algún relato. Bueno, pensándolo bien, debería decir que Nancy tuvo más éxito que yo, pero cuando lo dejó fue precisamente ella la que me insistió para que continuara. Creía en mí. Estaba convencida de que algún día lo conseguiría, de que me abriría camino. Bueno, quizá tenía razón. Siempre ha sido la confianza de Nancy la que me ha animado a seguir adelante. Pero era mejor escritora que yo, desde luego. Siempre lo supe, aunque ella no lo reconociera. Me mantuvo durante años mientras me dedicaba a poner una palabra detrás de otra, un capítulo detrás de otro, y acababa uno o dos libros. Todos rechazados. Hasta que, gracias a Dios, al final entendió que yo tampoco quería seguir escribiendo. Estaba harto. Aquello no cuadraba. Me costó que me creyera cuando le dije que dejarlo era un alivio. Pero no mentía. Lo era. Resulta que siempre me ha gustado mucho más leer que escribir. Para ser escritor, para ser buen escritor, hace falta valor. Hay que estar preparado para exponerse a los demás. Hay que tener arrojo, y yo siempre he sido un cobarde. La del arrojo era Nancy. En fin, fue entonces cuando empecé a dar clases.

Para deshacerme de las cosas de mi mujer sí que me hizo falta valor. Doblé la ropa y la puse en bolsas de plástico. Los zapatos y los bolsos de mano los metí en cajas que en su día habían contenido botellas de vino. ¿Quién iba a imaginarse, cuando el vino llegó a casa, que un día aquellas cajas saldrían por la puerta con los accesorios de mi difunta esposa dentro? Tardé una semana en empaquetarlo todo, y más aún en sacarlo de casa.

No soportaba la idea de desprenderme de todo de una vez, así que fui escalonando los viajes a una tienda de segunda mano con fines benéficos. Acabé conociendo bastante bien a las dos mujeres que trabajan en ella. Les conté que la ropa había pertenecido a mi mujer y, a partir de entonces, siempre que iba por allí, dejaban lo que estuvieran haciendo y me dedicaban un rato. Si me presentaba cuando estaban tomando café, me servían una taza. Encontré un extraño consuelo en aquella tienda llena de ropa de gente que había muerto.

Me preocupaba volver a caer en el letargo en que había estado sumido desde la jubilación una vez que terminara de organizar todas las cosas de Nancy, pero no fue así. Aunque era un momento muy triste, sabía que había hecho algo que ella habría respaldado, de modo que tomé una decisión: a partir de aquel momento haría todo lo que estuviera en mi mano para comportarme de tal forma que, si de repente Nancy entrase por la puerta, sintiera por mí amor, y no vergüenza. Sería mi editora, invisible, objetiva y siempre velando por mis intereses.

Una mañana, no mucho después de aquel período de limpieza, me dirigí a la estación de metro. Me había despertado con un propósito claro: levantarme, ducharme, afeitarme, vestirme y desayunar, y a las nueve ya me encontraba listo para salir. Estaba de buen humor, pensando en el día que iba a pasar en la Biblioteca Británica. Llevaba un tiempo pensando en volver a escribir. Pero nada de ficción;

algo más fundamentado, objetivo. Nancy y yo habíamos ido varias veces de vacaciones a la costa este de Inglaterra, en la región de Anglia Oriental, y un verano alquilamos una torre Martello. Me había quedado con ganas de saber más de aquella fortificación defensiva, pero todos los libros que había encontrado sobre aquel tema habían resultado muy áridos, muy anodinos. Nancy también lo había intentado con distintos regalos de cumpleaños, pero solo había localizado volúmenes aburridos llenos de fechas y estadísticas. De modo que decidí que ese sería mi proyecto literario: daría vida a aquel lugar maravilloso. Aquellos muros habían quedado impregnados del aliento de otros durante cientos de años, y estaba decidido a descubrir quién había vivido allí a lo largo de la historia. Así pues, aquella mañana salí de casa con paso ligero. Y entonces se me apareció un fantasma.

No la vi con claridad. Había gente entre los dos. Una mujer que empujaba un cochecito de bebé. Dos jovencitos que paseaban sin prisa. Fumando. Pero supe que era ella. La habría reconocido en cualquier parte. Andaba deprisa, decidida, y traté de mantener su ritmo, pero era más joven que yo y tenía las piernas más fuertes; el corazón se me aceleró por el esfuerzo y me vi obligado a detenerme un momento. La distancia que nos separaba aumentó y, para cuando pude ponerme en marcha otra vez, había desaparecido por la boca del metro. La seguí y pasé torpemente por el torniquete, con el temor de que subiera a un vagón y se me escapara. Las escaleras eran empinadas, demasiado, y me dio miedo caerme si corría para alcanzarla en el andén. Me agarré a la barandilla y maldije mi debilidad. Aún estaba allí. Me acerqué sonriendo. Creía que me había esperado. Entonces se volvió para mirarme a la cara. Ella no sonreía. Parecía angustiada, tal vez incluso asustada. No era ningún fantasma, claro que no. Era una joven de unos treinta años. Llevaba el abrigo de Nancy, el que había donado a la tienda de segunda mano. Tenía el mismo color de pelo que mi mujer a su edad. O al menos eso me había parecido. Una vez a su lado, me di cuenta de que el pelo de aquella chica no tenía nada que ver con el de mi mujer. Castaño, sí, pero falso, sin brillo, un castaño muerto. Ni rastro de los tonos vivos y cálidos de la melena de Nancy. Estaba claro que mi sonrisa la había inquietado, así que me di la vuelta con la esperanza de que entendiera que no pretendía hacerle daño, que había sido un error. Cuando llegó el metro, lo dejé pasar de largo y esperé el siguiente: no quería que pensara que estaba siguiéndola.

No me recuperé del todo hasta transcurrida la mitad de la mañana. Gracias al silencio de la biblioteca, a la belleza del espacio y a ocupaciones tan reconfortantes como leer, tomar notas y avanzar en el trabajo, regresé al estado con el que había empezado el día. Cuando llegué a casa a media tarde volvía a estar en plenitud de facultades. Para darme un gusto, había comprado uno de esos platos preparados de Marks and Spencer, una cena sencilla. Descorché una botella de vino, pero solo me bebí una copa. Últimamente no bebo mucho: prefiero mantener el control de mis pensamientos. Con el exceso de alcohol, salen disparados por donde no deben, como niños de dos años desbocados.

Me apetecía revisar mis apuntes antes de acostarme, así que me acerqué al escritorio para empezar, pero los papeles de Nancy seguían esparcidos por encima de la mesa. Hojeé circulares y facturas viejas, a sabiendas de que no encontraría nada realmente importante. De haber sido así, ¿no habría aparecido ya? Lo tiré todo a la papelera y luego saqué la máquina de escribir del armario para colocarla en el centro del escritorio, ya despejado, y dejarla lista para empezar a trabajar a la mañana siguiente.

Cuando Nancy escribía tenía su propia mesa, una de roble, pequeña, que ahora está en el piso de Jonathan. Cuando lo dejó, decidimos que lo mejor sería que compartiéramos la mía. Ella se quedó los cajones de la derecha y yo los de la izquierda. Guardaba sus manuscritos en el de abajo y, aunque había otros apilados en un estante, en ninguno había depositado tantas esperanzas como en los tres del escritorio. Aunque yo sabía que estaban allí, me sobresalté al verlos. *Una vista del mar*, *Después del invierno* y *Un amigo muy especial*, todas ellas inéditas. Cogí *Un amigo muy especial* y me lo llevé a la cama.

Debía de hacer cuarenta años que no leía aquellas palabras. Las había escrito el verano anterior al nacimiento de Jonathan. Fue como si mi mujer estuviera allí, en la cama, conmigo. Oía su voz con claridad: Nancy de joven, antes de ser madre. En aquel libro había energía, audacia, y de golpe y porrazo me transportó a una época en la que el futuro nos ilusionaba, cuando lo que aún no había sucedido emocionaba en lugar de asustar. Aquella noche me dormí feliz, agradecido porque, a pesar de que ya no estaba conmigo, había tenido la suerte de contar con Nancy en mi vida. Nos habíamos abierto el uno al otro. Lo habíamos compartido todo. Creía que ambos sabíamos todo lo que había que saber del otro.

Primavera de 2013

—¡Espera, bajo contigo! —grita Catherine desde el descansillo.

Robert, ya en la puerta del piso, se da la vuelta y levanta la vista.

—Lo siento, cariño, ¿te he despertado?

Catherine sabe el esfuerzo que ha hecho por evitarlo. Ha estado poco rato en la ducha, ha pasado de puntillas junto a la cama para vestirse. Sin embargo, ella estaba despierta desde el principio. Bien quieta. Los ojos entornados. Observándolo y queriéndolo por ser tan atento. Ha esperado el mayor tiempo posible, pero, en cuanto Robert ha salido del dormitorio, se ha levantado como ha podido para vestirse y salir corriendo tras él. Aún no puede estar sola. Más adelante, quizá, pero aún no.

Baja y se sienta en el último escalón para embutir los pies en unas zapatillas de deporte.

—Tengo un dolor de cabeza tremendo. Lo mejor que puedo hacer es salir y tratar de despejarme —dice mientras se ata los cordones con dedos temblorosos.

Oye sus propias palabras; parecen muy normales, muy creíbles. El temblor de los dedos podría deberse a la resaca. Se ha cogido la semana libre en el trabajo para deshacer cajas y montarlo todo —para transformar el piso nuevo en un hogar—, pero esta mañana no se ve capaz. Y es cierto, tiene un dolor de cabeza tremendo. Claro que no guarda relación alguna con la fiesta de anoche.

Se fija en que Robert mira la hora. Tiene que llegar pronto.

—Ya voy, ya voy —asegura, y corre a la cocina para llenar una botella de agua, coger el iPod y volver a su lado a la carrera.

Cierran de un portazo, dan dos vueltas a la llave y se dirigen juntos al metro. Ella busca la mano de su marido y la coge, y él la mira y sonrío.

—Lo de anoche estuvo bien —recuerda Robert—. ¿Te han mandado muchos correos para felicitarte?

—Unos cuantos.

En realidad, anoche ni se molestó en mirarlos. Era la última de sus preocupaciones. Ya los verá luego, al volver a casa, cuando se le haya despejado la cabeza. Él le da un beso en la mejilla, le dice que espera no volver tarde y que ojalá se le pase pronto el dolor de cabeza, y luego baja las escaleras del metro. Ella se da la vuelta en ese mismo instante, se pone los auriculares y echa a correr. Vuelve por donde han ido, hacia el único espacio verde del barrio. Avanza al ritmo de la música.

Llega al final de la calle y sigue. El corazón le late con fuerza, y el sudor ya le recorre la espalda. No está en forma. No debería correr, sino andar a paso ligero, pero ese desasosiego es lo que necesita en estos momentos. Alcanza las altas puertas de hierro forjado del cementerio y entra a la carrera. Logra terminar una vuelta y luego se detiene, jadeando, se dobla sobre sí misma y apoya las manos en las rodillas.

Debería hacer estiramientos, pero se siente muy cohibida. No es deportista, es una mujer que huye.

«¡Sigue, sigue!» Endereza el cuerpo y arranca otra vez, con un trote suave, sin castigarse, dejando que sus pensamientos fluyan. Cuando llega a la mitad, reduce el ritmo y sigue andando a paso ligero, deseando que su corazón continúe latiendo con fuerza, sin dejar de bombear. Los nombres se despegan de las lápidas y flotan hacia ella: Gladys, Albert, Eleanor, nombres antiguos de gente que murió hace mucho. Pero se fija sobre todo en los niños. En las tumbas de los niños es donde se para a leer. El principio y el final de sus cortas vidas. ¿No lo hace todo el mundo? ¿No se detiene la gente ante las tumbas de los niños, arropados para siempre en sus pequeños lechos cubiertos de hierba? Ocupan menos espacio que sus vecinos adultos y, sin embargo, es imposible pasar por alto su presencia, reclaman a gritos una mirada. «Pare un momento, por favor.» Y ella obedece. Y se imagina una lápida que podría haber estado allí, aunque no es así:

Nicholas Ravenscroft
Nacido el 14 de enero de 1988, arrebatado
de nuestro lado el 14 de agosto de 1993
Amado hijo de Robert y Catherine.

Si Nicholas hubiera muerto aquel día, ella habría tenido que comunicárselo a Robert. Y oye sus preguntas: «¿Dónde estabas tú? ¿Cómo ha podido pasar algo así? ¿Cómo es posible?» Catherine habría explotado y se lo habría soltado todo, y Robert se habría hundido bajo el peso de aquella carga. Lo ve forcejear, combatir contra una cosa así, tratando de sacar la cabeza por encima de las aguas del diluvio, de coger aire sin acabar de conseguirlo nunca, sin recuperarse del todo. Pero Nicholas no murió. Está vivo, y ella no se vio obligada a contárselo a Robert. Todos han sobrevivido sin ninguna cicatriz.

Dos años antes

La mañana después de haber leído *Un amigo muy especial* me desperté como nuevo. Estaba impaciente por ponerme manos a la obra y había decidido revisar mis apuntes antes de pasarlos a máquina. Sabía que había papel en el armarito del aparador: daba la impresión de que todo acababa o encima o dentro del aparador. Distinguí el fajo de hojas detrás de las cajas del Scrabble y el *backgammon*, pero cuando empecé a tirar de él comprobé que estaba atascado. Un tablero del fondo había cedido, de modo que traté de hacer presión para sacar el papel, pero no le daba la gana de soltarse. Había algo encajado entre el aparador y la pared. Metí la mano por detrás y noté un material suave. Era un bolso viejo de Nancy: el muy astuto había conseguido eludir el viaje a la tienda de segunda mano.

Me senté con la espalda apoyada en la pared y estiré las piernas hacia delante con el bolso en el regazo. Era de terciopelo negro y tenía un cierre formado por dos perlas en forma de gota que encajaban. Lo desempolvé y miré dentro. Había un juego de llaves del piso de Jonathan, una barra de labios y un pañuelo doblado en un cuadrado, aún con las marcas del planchado. Destapé la barra de labios y la olí. Había perdido el aroma, pero mantenía la forma desviada por los años en que había acariciado los labios de Nancy. Me acerqué el pañuelo a la nariz y su perfume evocó recuerdos de noches en el teatro. Lo que no esperaba encontrar era el sobre de fotografías amarillo con la palabra «Kodak» escrita con letras negras y gruesas en la parte delantera. Era un hallazgo muy valioso, y decidí disfrutar del momento.

Me hice un café y me acomodé en el sofá, preparándome para un torrente de recuerdos felices. Supuse que serían fotografías de algunas vacaciones. Creo que incluso me ilusioné pensando que habría alguna imagen de la torre Martello, como si haber dado con el bolso de Nancy fuera a ayudarme con el libro. Y así fue, en cierto modo, pero no con el que pretendía empezar a escribir aquella mañana.

Aunque me había levantado con la cabeza muy despejada, me sentí como si alguien hubiera vaciado el contenido de otra en la mía. Era incapaz de decir qué ideas me pertenecían y qué ideas no; cuáles eran verdad y cuáles mentira. Se me había enfriado el café; tenía las fotos esparcidas por el regazo. Me había imaginado que encontraría imágenes conocidas, pero aquellas no las había visto nunca.

Ella miraba directamente a la cámara. ¿Coqueteando? Eso me pareció. Sí, coqueteaba. Eran fotos en color. Algunas estaban tomadas en una playa. Se la veía tumbada, una joven sonriente, de vacaciones, con un biquini rojo que realzaba sus pechos, como si fuera una especie de *pin-up*, y desde luego daba la impresión de que se consideraba una mujer muy deseable. Segura de sí misma. Sí, eso era. Seguridad sexual. Otras estaban hechas en una habitación de hotel. Eran indecentes. Ella era indecente. Pero no pude apartar los ojos. No pude dejar de mirar. Las pasé una y otra

vez, atormentándome, y cuanto más miraba más furioso me ponía, porque cuanto más miraba más entendía.

Lo que me partió el alma fue que sabía quién había hecho aquellas fotografías. Me imaginaba su rostro atractivo aunque no lo viera. Las miré una y otra vez, pero, por mucho que escruté las imágenes, lo único que distinguí fue su sombra, pillada en el borde del encuadre de una foto. Incluso llegué a comprobar los negativos, a mirarlos al trasluz por si había alguna de él que no se hubiera revelado. Había más negativos que copias y albergué la esperanza de que apareciera en alguno, pero estaban borrosos, desenfocados, inutilizados.

¿Cómo podía haber metido Nancy aquellas fotos en nuestra casa? ¿Cómo podía habérmelas escondido, haber permitido que infectaran nuestro hogar? Debían de llevar años allí. ¿Se habría olvidado de ellas? ¿O se había arriesgado, consciente de que algún día yo podía toparme con ellas? Pero era demasiado tarde. Las había encontrado después de su muerte. Ya no podría hablarle de ellas. Nancy debería haberlas destruido. Si no pensaba decirme nada, debería haberlas destruido. Pero no: las había dejado para que yo las descubriera cuando ya era un viejo patético, cuando ya habían pasado muchos años de aquellos hechos, cuando ya había pasado demasiado tiempo para hacer nada al respecto.

Una de las cosas que más valoraba de Nancy era su sinceridad. ¿Cuántas veces habría mirado aquellas fotos en privado, para luego volver a esconderlas? Me la imaginé esperando a que yo saliera de casa para sacarlas, y ocultándolas antes de que yo regresara. Cada vez que me veía coger algo del aparador, cada vez que jugábamos al Scrabble, Nancy recordaba que estaban allí y no decía nada. Siempre había confiado en ella, pero de repente me preocupó que hubiera podido esconder algo más.

La fuerza que nos da la rabia es extraordinaria. Puse la casa patas arriba en busca de más secretos. Asalté nuestro hogar como si fuera el enemigo. Fui de una habitación a otra desgarrando, derramando, volcando, dejando a mi paso un caos de mil demonios, pero no encontré nada más. Toda aquella experiencia me dejó con la sensación de haber hundido la mano en un sumidero atascado y estar buscando a tientas, entre las aguas residuales, una forma de desembozarlo. Pero no había nada sólido a lo que agarrarse. Solo tocaba inmundicias blandas que se me incrustaban debajo de las uñas, de la piel, y su hedor se me metía en las narices, se pegaba al vello, se introducía en mis vasos sanguíneos y contaminaba todo mi organismo.

Primavera de 2013

Una mota de polvo se posa en la almohada. Nadie más la habría oído. Catherine sí. Lo oye todo: sus oídos están alerta. Y también lo ve todo. Incluso en plena oscuridad. Sus ojos han acabado acostumbrándose. Si Robert se despertara ahora, estaría ciego; Catherine no. Contempla los ojos cerrados de su marido: los párpados que tiemblan, las pestañas que oscilan, y se pregunta qué pasará ahí detrás. ¿Le oculta algo? ¿Se le da tan bien como a ella? Su marido es la persona a la que está más unida y, a pesar de todo, ha conseguido engañarlo durante todos estos años. Da igual que compartan la más absoluta intimidad, Robert no ha notado nada y para Catherine esa idea es escalofriante. Además, al mantenerlo bajo llave durante tanto tiempo, ha dejado que el secreto crezca demasiado y ya no puede salir; como un feto excesivamente desarrollado para nacer por parto natural, hay que abrir para sacarlo. El esfuerzo de mantener el secreto en secreto ha acabado siendo mayor que el secreto en sí.

Robert se pone boca arriba y empieza a roncar, así que Catherine lo empuja con delicadeza hacia el otro lado, hasta que le da la espalda. Con cuidado, para no despertarlo —no puede arriesgarse a mantener una conversación tan entrada la noche—, se acerca lo suficiente para olerlo.

Recuerda el momento, hace veinte años, en que Robert le pasó el brazo por el hombro y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

No, no se encontraba bien, pero no quiso que se diera cuenta, porque no podía decirle por qué no se encontraba bien, y en aquella época no tenía tanta habilidad como ahora para disimular.

—No, la verdad es que no —contestó.

Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero las contuvo. Sabía que si las derramaba, irían seguidas por un torrente de palabras. Si hubiera empezado a llorar, no habría sido capaz de impedir que saliera todo lo demás. Así pues, no lloró, pero sí hizo una confesión. Una confesión falsa:

—Quiero volver a trabajar. El mero hecho de decirlo hace que me sienta mal. Sé que tengo suerte y puedo quedarme en casa si quiero, tú ganas suficiente para los dos, pero... me siento sola. Estoy deprimida...

Así empezó a cavar un túnel para escapar de sí misma... y también de Nicholas. El niño era un recordatorio constante de lo sucedido, pero a Robert no podía contárselo. No podía decirle que estar a solas con su hijo la volvía loca, que su presencia hacía aflorar recuerdos que prefería erradicar.

—¿Lo entiendes? —preguntó, y recuerda que miró a los ojos de Robert con la duda de si veían más allá.

—Pues claro —contestó él, y la agarró por la cintura para besarla.

Sin embargo, Catherine advirtió que estaba decepcionado. Trató de disimularlo con aquel beso; trató de esconder la pena de que su mujer se hubiera confesado incapaz de ser la madre que él quería para su hijo. No llegó a decirlo, no llegó a expresar su desilusión, pero ella supo que existía, tácita, entre los dos.

Hubo un momento en que estuvo a punto de decirle la verdad, pero volvió a mentir y anunció que iba a pasar el fin de semana con una amiga del colegio. Era alguien a quien Robert no conocía bien, que vivía fuera de Londres; él nunca lo descubriría. Le dijo que era una emergencia, que su amiga había tenido una crisis nerviosa. Hizo la maleta y aquel viernes, tras decirle a la nueva canguro que recogiera a Nicholas en el colegio, se fue directamente desde el trabajo para escaparse antes de que volviera Robert. Cogió un taxi, no el metro: no quería correr el riesgo de encontrarse con ningún conocido.

Cuando volvió el domingo por la noche, Nicholas ya se había acostado. Robert le dijo que estaba muy pálida y ella le contestó que había sido un fin de semana horroroso y que estaba agotada. Todo aquello era cierto.

—Necesito acostarme pronto, nada más —añadió, y al momento cambió de tema y se interesó por la canguro.

—Creo que fue bien. Nick estaba de buen humor el viernes cuando llegué.

—Me alegro.

A la mañana siguiente ya se aseguró ella de tener buen aspecto. Mostraba algo de color en las mejillas y, como antes de ir al trabajo tenía que preparar a Nick para el colegio, no hubo tiempo de charlar, de que él se diera cuenta de que estaba angustiada. Además, el despacho era una locura. Estaba hasta arriba de trabajo, y eso era precisamente lo que quería. Estar tan ocupada que no le quedara sitio en la cabeza para recordar. Y consiguió dejar el recuerdo del pasado atrás. Ese era su objetivo. Eso era lo que la motivaba. Pero ahora el pasado se ha abierto paso a codazos y ha quitado de en medio todo lo demás: se ha plantado ahí, sacando pecho, para exigir su atención.

La novela sigue en la mesilla de noche. No puede acabar de leerla. Cada vez que lo intenta, vuelve atrás como una cobarde, relee las mismas palabras una y otra vez: está atrapada a medio camino. Se separa de Robert y se levanta con cuidado de la cama. Recoge el libro y baja la escalera sigilosamente, como un ladrón.

Lo estampa contra la mesa de la cocina y le da la espalda en un acto de rebeldía nada convincente. Hoy es domingo, día de descanso, pero no para ella. Prepara té, sube al cuarto de invitados y se sienta en el suelo. Allí hay cinco cajas que esperan a que alguien las abra: dos llevan el nombre de Nicholas y en las otras tres pone «Habitación de invitados». No recuerda lo que hay dentro. Está aturdida por la falta de sueño y le tiemblan las manos al sacar las cosas, al romper y rasgar el papel de periódico, al desenvolver un chisme tras otro, todos ellos objetos superfluos, inútiles. Tenía la esperanza de dar con alguna pista —una nota, un sobre, cualquier cosa que pudiera tener relación con el libro y ayudarla a rastrear el camino que lo ha llevado

hasta su casa—, pero no hay nada. Pasa a la siguiente caja. Un libro, y otro, y otro, que va soltando en los estantes vacíos, sin molestarse en ponerlos de pie, dejando que resbalen y se amontonen unos sobre otros, incluso que caigan al suelo dando un buen golpetazo.

Se fija en las cajas de Nicholas. Hace ya una semana que su hijo tendría que haber ido para ver lo que hay dentro, pero no apareció, así que Catherine decidió abrirlas ella misma; sin embargo, Robert se lo impidió. Eran cosas de Nick, no suyas. Aquello la frustraba, porque sabía muy bien que su hijo no lo haría como Dios manda. Además, ya no tiene habitación en casa de sus padres. Ahora solo hay dos dormitorios. Y uno es para los invitados. Nicholas puede ir a verlos siempre que quiera. Por supuesto. Y si alguna vez le apetece quedarse a dormir, también puede hacerlo. En el cuarto de invitados. Ahora vive por su cuenta. Paga un alquiler. Y eso está bien. Tiene veinticinco años. Le ha ido mejor de lo que jamás hubieran imaginado. Tiene trabajo. Una rutina. Independencia. Y eso es lo que Catherine quiere para él. Que disfrute de la oportunidad de ser la mejor persona que pueda ser. El remolino de reflexiones la deja sin aliento, como si las hubiera dicho todas en voz alta.

—¿Cariño?

La voz de Robert es afectuosa, pero aun así la sobresalta. Levanta la vista desde el nido de papel de periódico rasgado que le ha ennegrecido las manos. Son las nueve, y ya lleva cuatro horas levantada. Lo ve preocupado. Catherine está hecha una pena. A los cuarenta y nueve años es imposible no pegar ojo y esperar que no se note. Es evidente que él se da cuenta de que está blanca como el papel y tiene ojeras.

—He pensado que era mejor empezar antes de que llegue Nicholas. Para facilitarle las cosas —miente, y se vuelve para mirar el caos que la rodea.

—No hay prisa. No te preocupes. Que lo haga él. —Robert le pone una mano en el hombro—. ¿Huevos revueltos?

Catherine asiente. Se muere de hambre. Es su estado natural desde que no duerme. Baja la escalera tras él y, como un peso muerto, se deja caer en una silla junto a la mesa de la cocina.

—¿Quieres que prepare yo el almuerzo? —propone su marido.

Nicholas va a ir a disfrutar del típico asado de los domingos, y Catherine ha comprado un pollo.

—No, no, me apetece hacerlo —contesta.

Sabe que si desempeña el papel que le corresponde y se disfraza con el aroma de los jugos de la carne asada se sentirá mejor.

Ve el libro en el otro extremo de la mesa. Tenía la esperanza de que sacarlo del dormitorio la tranquilizara un poco. Robert la observa haciéndose preguntas en silencio. «¿Estará deprimida? ¿Será la mudanza?» Está a punto de decir algo, pero Catherine se adelanta. Ella también estaba planteándose una pregunta, absorta, dándole vueltas, de modo que no se ha fijado en que Robert tomaba aire y abría la

boca para hablar. De haberlo visto, quizá no habría reunido el valor necesario para decir:

—¿Ese libro es tuyo?

Se asegura de tener la boca llena para aparentar espontaneidad al señalar la otra punta de la mesa con la cabeza. Robert se vuelve y alarga la mano para atraerlo hacia él. Tarda un poco en dar una respuesta. Cuando por fin lo hace muestra cierto menosprecio: se limita a negar con la cabeza.

—¿Está bien?

Lo coge, le da la vuelta, lee el texto de la contracubierta.

Catherine traga saliva.

—No mucho. Es un poco lento.

Sigue mirando a Robert, que le da la vuelta otra vez para ver la cubierta.

—*Un perfecto desconocido* —lee—. ¿De qué va?

—Bah, es una tontería —contesta ella encogiéndose hombros—. El argumento es flojo. Inverosímil.

Y Robert lo aparta. Despreocupadamente. Sin pensar. Ojalá ella pudiera tratarlo así.

—¿Por qué lo preguntas?

—He pensado que a lo mejor era tuyo —insiste Catherine.

—Gracias —contesta su marido, pero ella no se percata de la sonrisa que contiene su voz.

—Es que no recuerdo haberlo comprado, la verdad. No sé de dónde ha salido...

Su voz se apaga cuando se levanta y lleva el plato al lavavajillas. Robert se encoge de hombros mirando el libro, sin saber por qué le interesa tanto a Catherine, pensando que simplemente es una forma de evitar lo que en realidad la agobia. Está convencido de que su mujer habla por hablar, para llenar el silencio, y eso lo preocupa. No son de esas parejas. No les hace falta hablar por hablar. Están muy unidos, últimamente más de lo que lo han estado en años. Reconoce los síntomas: Catherine en casa con demasiado tiempo libre, demasiado tiempo para la introspección, para pensar en sí misma.

—Cath, has hecho un trabajo estupendo con la casa, ha quedado muy acogedora. Pero te conozco muy bien. Te mueres de ganas de volver a trabajar, ¿no?

Lo mira. Sí, está segurísimo de que se trata de eso.

—Me encanta que no seas un ama de casa de manual. No deberías estar aquí abriendo cajas y decorando, sino haciendo otro documental.

A su mujer se le llenan los ojos de lágrimas, lo que para Robert es la confirmación de que tiene razón. Se considera su gran apoyo. Catherine deja que siga creyéndolo.

—Tienes razón, ya sé que llevo un tiempo distraída...

—Pues vuelve a trabajar —la interrumpe él—. No hace falta que acabes los quince días de permiso. Total, ya está casi todo listo, y lo demás podemos hacerlo juntos por la noche o los fines de semana. Solo quedan unas cuantas cajas. ¿Por qué

no?

—Sí, ¿por qué no?

Catherine logra sonreír. Y entonces se le enciende una lucecita. Se acuerda. Se acuerda de cómo entró esa novela en casa. Ha sido al verla encima de la mesa. Recuerda una imagen. Fue al poco de mudarse. La mesa estaba llena de trastos. Una caja de vasos a medio vaciar, pedazos de papel de periódico arrugado acariciaban la cubierta del libro, que esperaba allí pacientemente a que ella lo cogiera. Un montón de cartas por abrir y un sobre acolchado, con la pelusa gris del interior al descubierto por donde Catherine lo había rasgado. De ahí había sacado el libro. Les habían reenviado aquel sobre. Recuerda el trazo grueso de tinta roja que había tachado su antigua dirección y escrito la nueva. Mientras acaba de recoger las cosas del desayuno, nota el peso de la mirada de Robert; al mostrar energías renovadas le ha confirmado que tenía razón. La conoce muy bien.

Los pensamientos se le amontonan en la cabeza como si fueran burbujas: quien envió el libro solo conoce su dirección anterior, no sabe dónde vive ahora. No entró en su casa, en su dormitorio. Decide llamar a la familia que se ha instalado en su antigua casa. Pedirles que no reenvíen nada más. Les dirá que no quiere molestar. Que no le importa ir a recoger lo que llegue. Incluso podría ir más allá. Podría decirles que les han llegado un par de cartas desagradables, nada grave, pero preferirían que no les reenviaran nada más. Y, si alguien pide su dirección, ¿les importaría decir que no la tienen? Ni el teléfono; no, que no den su teléfono. Decide todo eso mientras da un beso en la frente a Robert y sube a ducharse. Pero los llamará mañana, no hoy. Hoy va a concentrarse en Nicholas, en su familia. En pasar un buen domingo juntos.

Dos años antes

Tenía la esperanza de que trabajar en un libro sobre monolitos del siglo XVIII me sirviera para estar despejado, para no mortificarme por la traición de Nancy. Así lo consideraba entonces. Consideraba que su secreto era una traición. Intentaba no hacerlo. Intentaba con todas mis fuerzas concentrarme en escribir sobre la torre Martello. Había colocado una fotografía de una de esas construcciones en uno de los estantes del aparador, encima de las postales que nos había enviado Jonathan durante sus viajes. Allí no encajaba, gris y hundida, así que la quité de en medio. ¿Cómo iba a concentrarme? Tenía una esquirla de metal repiqueteándome en la cabeza. Un pedacito de plata que parecía burlarse de mí desde el escritorio. En el llavero del piso de Jonathan que había encontrado en el bolso de Nancy había otra llavecita. Era demasiado pequeña para una puerta, pero algo abriría, algo que estaba en su casa, no en la mía. Reflejaba la luz y me guiñaba un ojo cada vez que trataba de concentrarme en el trabajo. ¿Quién me creía que era? ¿Un hombre con muros de tres metros para protegerse del pasado? No estaba hecho como una torre Martello. Era un hombre con la piel muy fina empeñado en descubrir qué más podía haberle ocultado su mujer. Era un ser humano, al fin y al cabo. Aquella llave diminuta me había agujereado la cabeza, y sabía que no conseguiría escribir nada hasta haber desentrañado su secreto.

El piso de Jonathan está en la última planta de un edificio señorial construido antes de la guerra, en los años treinta. No tiene ascensor, pero alguien pensó en quienes podíamos sufrir dificultades para llegar hasta arriba y puso un asiento en cada descansillo. Yo me senté en todos. Siempre hacia delante. Subí como pude el último tramo de escaleras y luego miré hacia abajo, entre los barrotes de la hermosa barandilla de hierro forjado que se curvaba hasta llegar al frío suelo de piedra. Una chimenea sinuosa por la que una persona podría hacer el salto del ángel, sin tocar los lados, y caer hasta acabar hecha un amasijo sangriento en el portal. Entonces tuve la impresión de que no debería haber ido, de que no tenía derecho a entrometerme. Era la casa de Jonathan.

Delante de su puerta había una planta muerta. Hacía bastante tiempo que nadie la regaba. Metí la llave en la cerradura. Seguramente tenía truco, pero como no lo conocía me costó una eternidad entrar, y hasta que lo conseguí no desapareció la impresión de que alguien iba a darme unos golpecitos en el hombro para preguntarme qué hacía allí.

Una vez dentro, me sorprendió un olor absolutamente repugnante. A podrido. Algo estaba descomponiéndose, algo moribundo o ya muerto. Fui directo a la cocina pensando que sería la basura, pero el cubo estaba vacío. Encima de la mesa había un jarrón con flores. Muertas, secas, quebradizas. Solo quedaba un simple cerco verde

en el cristal, a la altura a la que una vez había llegado el agua. Vacilé, sin saber si me correspondía tirarlas. Pasé a la sala de estar, me senté en el sofá de Jonathan y miré a mi alrededor. Detecté indicios inconfundibles de un toque femenino. Más flores en la mesita, al lado de la ventana. Sin vida, grotescas, con los tallos resecos convertidos en palos marchitos que pedían a gritos que alguien los sacrificara. Un detalle de mujer. Las dejé donde estaban. No las había puesto yo. No tenían nada que ver conmigo.

Al entrar en el dormitorio de Jonathan, el olor me dio arcadas. La cama estaba sin hacer; el edredón, arrebujado y medio caído. La funda era azul oscuro y la sábana bajera, granate. Me vino a la cabeza un uniforme escolar: colores oscuros y fuertes para disimular la suciedad. El olor procedía de un rincón, cerca del escritorio de Nancy. Me acerqué con la mano ahuecada sobre la nariz y la boca, y allí estaba. Un cadáver. En descomposición. El cuello roto, la boca abierta, los dientes expuestos, el hedor desgarrador de la putrefacción. Tendría que habérmelo imaginado. La muerte. Siempre deja su olor de depredador, como un gato en celo, mucho después de haber abandonado la escena. En la cocina encontré una bolsa de plástico, metí la mano dentro como si fuera un guante, lo cogí todo, la ratonera y el ratón, y lo tiré al cubo de la basura.

Volví al dormitorio y me senté ante el escritorio de Nancy. Es más bajo que el mío, de forma que me daba con los muslos contra el revés del tablero. A Jonathan le resultaría aún más pequeño; me imaginé su corpachón de metro ochenta y sus fornidas piernas embutidas en lo que había sido el espacio de su madre. Me alegré al ver que estaba bien cuidado. Allí no había flores podridas. Ni cercos de tazas o de vasos de agua, solo una película de polvo intacta. Encima encontré papeles amontonados con cuidado y una fotografía de Nancy conmigo. Los papás. Los esposos. Dos personas enamoradas. Dos personas amadas.

Accioné el interruptor de la lamparita, pero la bombilla estaba fundida. Y entonces di comienzo a la invasión. Tiré del primer cajón y miré dentro: estaba casi vacío, solo había el cabo de un lápiz y un bolígrafo que perdía tinta. Rebusqué en los otros y encontré más de lo mismo. El último era el más pequeño. Disimulado debajo del tablero, era un fino escondrijo que iba de una cajonera a otra. Estaba cerrado con llave. Metí la que había llevado, la giré y luego aparté la silla para tirar de él. Menudo filón. Bolígrafos, sacapuntas, lapiceros, una cajita de clips, tres cuadernos. Eran de los que utilizaba Nancy: blocs de rayas azules con espiral en la parte superior, nada especial. Cuando escribía, siempre llevaba uno encima y lo llenaba de ideas o de lo que veía y la sorprendía, de conversaciones oídas por casualidad, esas cosas. Hojeé uno de los blocs, pero no le presté mucha atención. Lo que me interesó fue la novela mecanografiada que encontré debajo de los cuadernos. La saqué. «Sin título.» Supuse que no sería de Nancy, porque ella siempre empezaba por el título, y además estaba fechada mucho después del año en que sabía que había dejado de escribir. ¿Sería de Jonathan? Pasé la página. No, estaba dedicada precisamente a él. La había escrito otra

persona. «A mi hijo, Jonathan», leí entonces, y luego el nombre de mi mujer en la parte inferior de la hoja: mi mujer proclamaba su autoría. Un libro, escrito en secreto y guardado bajo llave por si me daba por husmear.

«Bah, da igual», me dije, pero en realidad temía que aquellas páginas pudieran hacerme daño. No estaba preparado. Había otros objetos en aquel cajón que hicieron ruido al abrirlo, objetos que arrojaban el manuscrito de mi mujer: una navaja suiza, un paquete de cigarrillos a medias y un envase de desodorante con un nombre burdo y erótico. Lo cogí y me puse a dar vueltas por el piso como un técnico en desratización chiflado, pulverizando desodorante al aire para ahogar el olor a animal muerto y todo lo que dañaba mis sentidos. Cuando me hube tranquilizado, dejé el envase en su sitio y cogí de nuevo aquella novela escrita a máquina para pegármela al pecho como si fuera una criatura temblorosa. No debería habérmela llevado; no era mía, sino de Jonathan. Pero me la llevé. Dejé los cuadernos y me llevé aquellas hojas. Jonathan no llegaría a enterarse de que había estado allí y, además, me prometí que la devolvería en cuanto la hubiera leído.

Primavera de 2013

—¿Qué quieres que haga con esto, mamá?

Catherine apura la copa de vino y cierra los ojos, enfadada. Beber al mediodía nunca es buena idea, pero Robert ha abierto dos botellas del mejor vino que había en casa, y ella se ha empeñado en acompañarlos a Nicholas y a él.

—¡Coge lo que quieras y ya me encargaré yo de lo demás! —grita.

Silencio. Oye un golpetazo cuando los libros y las carpetas se estrellan contra el suelo del cuarto de invitados. Echa la silla hacia atrás y, al oír el chirrido impaciente de las patas contra la piedra, aprieta los dientes.

—¿Café? —oye que propone Robert a sus espaldas mientras ella se aleja.

Nicholas está sentado en el suelo, en la misma postura que su madre al amanecer.

—No sé qué quedarme —dice.

Parece desconcertado.

—Coge lo que no quieras que tiremos. Ya no tenemos sitio, Nick.

Él asiente como si lo entendiera, pero ella se da cuenta de que en realidad no sabe muy bien qué está pasando.

—¿No quieres nada de todo esto?

Catherine nota que está dolido. Ha vuelto a hacerlo. Con tanta impaciencia, eficiencia y brusquedad, ha ofendido a su hijo.

—Bueno —contesta con voz tranquila mientras se sienta a su lado—, vamos a ver.

Elige un sobre marrón y mira dentro. Está lleno de boletines de notas de Nicholas cogidos con una goma elástica. ¿Debería sacar uno y leerlo? ¿Le parecería bien a su hijo? Los boletines de notas de Nicholas siempre le provocaban desazón. Pero ¿qué importa eso ya? Tiene veinticinco años. A lo mejor ahora pueden reírse de todo aquello. Supera sus reticencias y lee un comentario de la señorita Charles. Recuerda a la perfección la permanente y los labios finos de la tutora de Nicholas. Es un boletín del último año de primaria, y Catherine elige el comentario con cautela.

—«Nicholas es un miembro muy querido de la clase para los compañeros de ambos sexos.»

Sonríe y omite el final de la frase de la señorita Charles: «... pero le cuesta concentrarse en las tareas y sus resultados se resienten».

Durante años, siempre la misma historia. «No alcanza el nivel, tiene que esforzarse más, le cuesta mantener la concentración.» Al menos en aquella época tenía amigos. Luego, poco a poco, fueron quedándose por el camino.

—Esto déjame. —Catherine sonríe mientras recoge el sobre y se lo lleva al pecho como si tuviera cariño a los boletines—. ¿Qué tal el piso?

—No está mal —contesta él encogiéndose de hombros.

—¿Y tus compañeros?

—Un poco raros.

Su hijo se encoge de hombros otra vez.

—¿Ah, sí? ¿Todos?

Y una vez más, Nick se encoge de hombros.

—Vaya, cariño... —dice su madre.

Hace un esfuerzo para que parezca que le concede el beneficio de la duda, pero se imagina que los compañeros de piso son chavales inteligentes, esforzados, centrados. Seguramente leen, y por eso le parecen tan raros.

—Son todos estudiantes —informa Nicholas.

—Pero el trabajo sigue gustándote, ¿no?

Catherine hace un esfuerzo para disimular la incomodidad que hay entre ellos.

—Está bien. —Se encoge de hombros—. Ya sabes.

No, no sabe. ¿Cómo puede saberlo si él no se lo cuenta? Nicholas trabaja en el departamento de electrodomésticos de John Lewis, unos grandes almacenes. No es lo que Catherine y Robert esperaban para su hijo, pero, teniendo en cuenta que dejó los estudios a los dieciséis años con unas calificaciones mediocres, les parece maravilloso. Hubo un tiempo en que les costaba imaginarse que pudiera comprometerse con cualquier tipo de trabajo. Recuerda lo mucho que la disgustaban las llamadas de otras madres, en algunos casos buenas amigas, que se morían de ganas de contarle las notas estupendas de sus hijos y luego preguntaban sin mucho afán qué tal le había ido a Nicholas, cuando sabían perfectamente que con suerte habría sacado algún aprobado. Hace mucho de eso, pero no ha acabado de perdonarlas. No era una actitud propia de buenas amigas; era cruel. En fin, Nicholas no ha dejado lo de John Lewis, de modo que algo debe de tener que le guste.

—Esto me lo llevo —asegura, y le enseña un móvil.

Aviones. Hechos con esmero utilizando madera de balsa y papel, con las alas un poco rotas, y los hilos enmarañados.

—¿Y a Sandy?

Nicholas niega con la cabeza al ver la perrita de peluche desgastada que le enseña su madre. Ahora le toca a ella sentirse dolida. Trata de engatusarlo para volver a los recuerdos de infancia, a la época en que el niño no podía dormirse sin pegar la mejilla a Sandy y la madre no podía dormirse sin haberlo arropado. Qué complicado es todo. Quiere que se comporte como un adulto, pero también que se acuerde de lo mucho que la quería de pequeño. Lo mucho que la necesitaba. Además, se pone nerviosa al pensar que, en realidad, aún la necesita más de lo que le conviene, y en el fondo el hecho de que sea capaz de dejar atrás a Sandy la hace más fuerte, la alivia. Se detiene en el umbral y se vuelve hacia él.

—Lo entiendes, Nick, ¿verdad que sí?

El chico ha colgado el móvil de la esquina de un estante y trata de desenredar las cuerdas.

—¿El qué?

—La mudanza. Todo esto. Ya no nos hacía falta una casa tan grande.

El chico no contesta, y su madre sabe que debe resistir la tentación de insistir, pero no puede.

—¿No quieres ser independiente? Estamos aquí si alguna vez tienes algún problema grave, pero había llegado el momento, Nick. ¿No lo crees así?

—Si eso te sirve de consuelo, mamá... —contesta él, y se encoge de hombros.

—¡Va a empezar el partido! —grita Robert desde abajo.

Nicholas pasa a su lado rozándola para reunirse con su padre y la deja sola con ese comentario hiriente.

Catherine vuelve a la cocina, se sirve lo que queda de la botella y abre la puerta corredera de la terraza. Enciende un cigarrillo y alterna una calada y un trago de vino. Cree que eso la tranquiliza. No es cierto. Le pone los nervios de punta. La exaspera. Quiere castigarse. El cigarrillo es parte de ese proceso, una lenta autodestrucción, y el libro también. Entra en la cocina y lo saca de debajo de los periódicos dominicales, donde lo ha enterrado antes, para abrirlo por la primera página. No, ahí no hay ninguna pista de lo que viene después. Es cordial. Delicado. Avanza hasta la parte que sabe que la hará sufrir. Se pierde en él, se hunde bajo su peso. Su injusticia. Cierra los ojos, las palabras la envuelven y oye un clamor procedente de la tele. Un gol. Silencio.

Debe de haberse quedado dormida. No sabe cuánto tiempo. Ya está oscureciendo. Se siente aturdida. Alguien ha apagado el televisor y oye susurros en el recibidor, junto a la puerta. Luego, unos pasos que se dirigen a la cocina.

—Me voy.

Nicholas levanta la mano para despedirse y se acerca. Va a darle un beso y Catherine se echa hacia delante, se levanta para encontrarse con él a medio camino. Los labios de su hijo le rozan la oreja.

—Ah, yo también lo he leído.

A Catherine le da un vuelco el corazón. Se le hace un nudo en la garganta.

—Me gustó.

Gotas de sudor le cubren el labio superior.

—A tu madre está costándole —dice Robert con una sonrisa.

—¿De verdad? No te pega nada, mamá.

Y Catherine siente que el libro abandona su mano y pasa a la de Nicholas, que malinterpreta su expresión.

—Sí, me lo acabé. Yo también leo libros, ¿sabes?

—No, no quería... ¿Es tuyo? ¿Me lo mandaste tú?

—No.

—¿No te lo habrás dejado aquí?

—Pues no. No. El mío está en casa.

—¿Y por qué lo has leído?

—Catherine...

Robert cree que lo está provocando sin necesidad.

—No, no, lo que quería decir es que es mucha casualidad. Me lo mandaron cuando nos mudamos, y no estoy segura de quién...

—Bueno, a mí me lo regalaron.

—¿Te lo regalaron? ¿Quién?

Catherine pierde los nervios. Su hijo la mira, sorprendido, y se encoge de hombros.

—Un cliente agradecido. Alguien a quien atendí, creo. No me acuerdo... Lo dejó en el mostrador a mi nombre. Nada del otro jueves.

—¿Sabes quién era? —pregunta Catherine otra vez.

—No lo sé, mamá. Ya te lo he dicho. Pero ¿qué pasa? ¿Qué importa eso?

Catherine se da la vuelta por miedo a que un gesto la delate y masculla una respuesta:

—Nada. No pasa nada —dice, pero no consigue dejarlo ahí—. O sea, que te gustó.

—Pues sí. Pero no quiero estropear el final.

Ella espera un poco.

—Da igual, lo más seguro es que no me lo acabe.

—Bueno, me marcho. Os llamo esta semana —dice Nicholas, y se dirige a la puerta con Robert pisándole los talones.

Catherine los sigue.

—¿Cómo termina? —Está desesperada—. Lo más seguro es que no me lo acabe —repite.

Su hijo abre la puerta y se vuelve.

—La protagonista muere. Un final violento. Pero se lo merecía.

Y entonces abraza a su padre y, con una sonrisa exagerada, menea los dedos para despedirse de su madre.

Dieciocho meses antes

Las palabras del manuscrito de Nancy no me destrozaron. Me aceleraron el corazón y me alteraron, pero no me destrozaron. Al leer *Un amigo muy especial*, una novela que Nancy había escrito de joven, había oído su voz con mucha claridad y se me habían saltado las lágrimas. Con esta obra posterior, su última obra, la oí con la misma claridad, pero ya era la mujer madura con la que había estado casado más de cuarenta años. Era la mujer a la que había cuidado en su lecho de muerte: la había lavado, le había leído, le había dado de comer, la había consolado como había podido. No esperaba encontrar a esa mujer en una novela, pero allí estaba, ante mis ojos. Yo había abandonado la escritura, pero ella no. Y, tras pasar un tiempo con el libro, tras leerlo una y otra vez, sus palabras, que al principio me habían perturbado, fueron asentándose en mi interior, encontrando recovecos en los que acomodarse, hasta que acabé por confiar en ellas, y ellas en mí.

Al final comprendí que Nancy quería que encontrara el libro, como quería que encontrara las fotografías. Los había escondido en lugares en los que sabía que, tarde o temprano, acabaría descubriéndolos. Podría haberlos destruido, pero prefirió no hacerlo. Decidió esperar a que estuviera preparado, y mientras ella vivió no lo estuve. Me hacía falta pasar tiempo a solas con ambas cosas. El manuscrito de Nancy me revolvió, me zarandeó y despertó algo de vida en mi interior. Me recordó una cosa en la que siempre habíamos coincidido: la ficción es la mejor forma de despejar la cabeza.

Hacía mucho tiempo que no ponía una palabra detrás de otra, y era la primera vez que lo hacía sin la presencia de Nancy, que siempre había sido mi motivación. Las dudas que había tenido en otros tiempos, las preguntas con las que me había torturado, desaparecieron, pues sabía por qué debía escribirse aquel libro y no me cabía duda de para quién era.

Orienté el escritorio hacia la ventana para ver la casa de enfrente y las entradas y salidas de la joven familia que vivía allí. Iban al colegio por la mañana, la madre volvía con los niños por la tarde. Su día me servía de estructura, reflejaba la que había tenido hacía tantísimos años, cuando Nancy se iba al colegio con Jonathan y regresaba con él a media tarde, momento en que yo acababa la última frase del día.

Había quitado las fotografías de en medio, las había metido en el cajón del escritorio, pero eran parte fundamental de la historia, así que las saqué y las clavé con chinchetas en el marco de la ventana. Conformaban un collage de sexo y engaño: una especie de esquema de ideas. Cada vez que veía a aquella joven familia entrar o salir de su casa, el marco por el que la observaba me recordaba con qué facilidad se corrompe la inocencia. Me ayudaba a concentrarme.

No me precipité; dediqué meses a copiar el libro de Nancy de mi puño y letra.

Quería saber qué había sentido al construir aquellas frases; quería meterme en su cabeza, ver lo que había visto ella cuando las palabras aparecían en el papel. Escribía a mano porque tenía que sentir la forma de todas y cada una de las letras; para que la piel entrara en contacto con la hoja y sintiera su tersura mientras la mano iba de izquierda a derecha, reptando de un lado a otro. No podía permitir que hubiera distancia alguna entre la hoja y yo. Piel, bolígrafo, papel, piel: quería que fueran uno solo. Me lo tomé con mucha calma y disfruté del ritmo de las palabras, digiriéndolas una a una. De vez en cuando me parecía que una frase podía mejorarse, pero en aquella etapa no me detuve a hacer correcciones; seguí adelante, convencido de que solo me permitiría volver la vista atrás cuando llegase al final, como un alpinista al acercarse a la cima. No hay que mirar hacia abajo.

Me acordé de lo mucho que Nancy y yo nos habíamos reído de los escritores que decían aquella ridiculez de que los personajes se apoderaban de ellos, de que tenían la impresión de que el libro se había escrito solo. Para mí, en aquel caso, fue cierto. Los personajes cobraron vida, los vi perfectamente formados ante mis ojos. Eran de carne y hueso, respiraban. Mi mano, resbaladiza pero firme, eyaculaba las palabras a medida que fluían de Nancy a mí.

La experiencia me dio vida, abrió la puerta para que Nancy volviera a mi lado, para que su presencia amable y cariñosa regresara a nuestra casa. Al acabar de escribir por la noche, cuando me dolía la mano, me hacía un té y unas tostadas y se lo leía todo en voz alta, como si la tuviera delante, sentada en la que había sido su butaca.

Y entonces, cuando al fin me di por satisfecho, lo pasé a máquina. «Clac, clac, clac», hacían mis dedos al clavar una palabra tras otra en el papel. Terminé por fin. ¿Cuánto tardé? ¿De principio a fin? Pasé un año con el texto de Nancy, copiándolo, pero, por descontado, todo había empezado muchos años antes, aunque entonces no me diera cuenta. Me parecía que mi mujer me sonreía, que me animaba. Siempre decía que un día me abriría paso como escritor.

Primavera de 2013

En cuanto la puerta se cierra tras salir su hijo, Catherine se mete en el baño de la planta baja. Alguien ha puesto prácticamente en manos de Nicholas el arma que está utilizando para torturarla a ella, aunque de momento no parece que el chico se haya dado cuenta de que está vinculado directamente con el libro. Oye a Robert al otro lado de la puerta y coge una revista para pasar las páginas haciendo ruido y darle a entender así que va a tardar. Se mira las bragas, que le cuelgan alrededor de los tobillos, y de repente la invade la autocompasión. No se lo merece. ¿Por qué la tortura? ¿Y por qué ahora? Se pone a llorar, casi con ganas de que Robert la oiga y la consuele. Está detrás de la puerta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí.

Vuelve a pasar las páginas de la revista y luego se levanta, se sube las bragas y se suena la nariz amparada por el ruido de la cisterna. Se mira en el espejo. Está hecha un asco, pero es domingo, no pasa nada. «Tranquilízate, vieja idiota. Acaba de leer el libro, deja de retrasarlo. Plántale cara. Así sabrás qué hacer, a qué te enfrentas.» Sonríe a su reflejo y casi se echa a reír ante tanta locura.

Son las tres de la madrugada y Robert duerme. Catherine logró superar la tarde a solas con él y, cuando se metieron en la cama, cumplió todo el ritual de acostarse a su lado, fingir que conciliaba el sueño y esperar a que él se quedara dormido. Al cabo de un instante bajó con sigilo y volvió a encerrarse en el baño. Ahora está leyendo una descripción de su propia muerte. Tal y como la ha imaginado alguien. Alguien que ha concebido su fin. Y es despiadado. Desgarrador. Catherine ve lo que no podría ver si estuviera muerta. La escena que verían los demás al mirarla. El cráneo aplastado, el cerebro reventado. La lengua amputada por sus propios dientes. La nariz, arrancada, estrujada debajo de una mejilla. Eso es lo que le haría el metro si se tirara a la vía. Claro que Catherine sabría, al caer, que en realidad no se había tirado. Sino que la habían empujado. Con mucho cuidado, con disimulo. La habían tirado a los raíles en el momento en que el convoy entraba en la estación. Hay mucha gente. Una multitud. Un accidente horroroso. Es el precio que debe pagar por haber vivido los últimos veinte años como si no hubiera pasado nada.

Catherine apenas recuerda un miedo tan intenso. Había olvidado lo que se siente. Tiene casi cincuenta años, una edad en la que la muerte se acerca con sigilo y juguetea más a menudo con la mente, pero siempre ha conseguido seguir adelante haciendo caso omiso de los dedos alargados del miedo que tratan de retenerla. Pero ahora la han atrapado. Alguien le profesa odio puro. Es de esos odios que se imagina dirigido a asesinos sádicos y pederastas, pero ella no es ninguna de las dos cosas. El

autor la ha deformado hasta convertirla en algo repugnante. Ha desfigurado su personaje. Quiere que se explique. Pero ¿por qué iba a hacerlo? No debería. El autor no debería adjudicarle ese papel.

Catherine es la que sonsaca la verdad a los demás. Se dedica a ello profesionalmente. Es lo que mejor sabe hacer. Es persuasiva, una de las mejores. Seduce a los entrevistados para llegar a la verdad, los abre en canal, disecciona los delicados secretos que preferirían no revelar y luego los coloca en una mesa de laboratorio para que los demás los miren y aprendan de ellos; y todo eso con un encanto absoluto, sin desvelar jamás ni un ápice de sí misma. Ahora tampoco va a permitir que la examinen. No, va a cazar al cazador, a quien haya adulterado esa historia. Pero ¿quién es? ¿Algún desconocido? Sí, alguien a quien no ha visto nunca. Vuelve a leer la última frase: «Qué lástima que no hubiera comprendido que no hacer nada sería una negligencia mortal.»

Quiere destruir el libro, pero sus doscientas páginas son más fuertes que ella. Aun así, decide destrozarlo. No puede quedarse de brazos cruzados.

Se levanta y la bata cae con soltura; se dirige a la cocina con paso decidido. Encuentra las cerillas largas y elegantes cuya única utilidad hasta la fecha ha sido encender velas con perfume de higo, y rasca una contra la caja. Luego, acerca la llama a la cubierta del libro. Le cuesta que prenda, las tapas plastificadas se resisten y al principio solo desprenden un olor tóxico. Por fin las páginas empiezan a arder, los bordes se ennegrecen y producen una franja roja, seguida de un resplandor azul y amarillo cuando el fuego empieza a crecer. Sostiene la novela hasta que está a punto de quemarse los dedos y luego suelta el bulto ardiente en el fregadero, abre el grifo y apaga el fuego que ha provocado.

—¿Qué estás haciendo?

No se mueve. Robert se acerca como una exhalación y se queda mirando la masa ennegrecida. Los dos observan esa cosa que, pese a lo mucho que Catherine lo ha intentado, sigue siendo reconocible: es un libro. A su lado, Robert busca una explicación en su cara. Su mujer se aparta con cuidado y se cierra la bata.

—¿Catherine?

Ella niega con la cabeza. La ha descubierto. Robert la ha descubierto. Quizá era lo que buscaba. Quizá sea lo mejor. Con dos dedos, su marido coge el mazacote empapado y lo levanta: «Perfecto» es la única palabra que se distingue en la cubierta.

—Habla de mí.

También podría haber dicho «He perdido el juicio». Ojalá pudiera comerse esas palabras, pero ya las ha soltado. ¿Es lo que quiere? ¿Contárselo? ¿Ahora?

—Cariño...

Catherine detecta una mezcla de confusión y angustia en esa palabra cuando Robert vuelve a soltar el libro en el fregadero. Ella lo agarra con las dos manos, corre hasta la basura y lo tira como si todavía estuviera ardiendo. Saca la bolsa negra y la ata con un nudo. Hace todo eso a la carrera, como si alguien hubiera pulsado la tecla

de avance rápido. Sale del piso a toda prisa y, una vez fuera, la arroja en el cubo que hay en el exterior y deja caer la tapa metálica. Ya más despacio, sube los escalones que llevan a la casa y cierra la puerta a su espalda.

Ve a Robert en la cocina, observándola. No se mueve, ella tampoco. Los separa el recibidor, un espacio de tres metros de largo inundado de palabras por decir. A Catherine le cuesta decidir cuáles tragarse y cuáles utilizar. Y, una vez elegidas, en qué orden ponerlas. Es la primera en dar un paso, cruza el vestíbulo hacia su marido, con la boca abierta, reuniendo las palabras por el camino.

—Lo mandaron a nuestra antigua casa. A mi nombre. Es por algo que sucedió hace años. —Vacila—. Pretenden castigarme.

—¿Castigarte? ¿Quién pretende castigarte?

—Quien haya escrito el libro.

—Pero ¿castigarte por qué? ¿Tiene algo que ver con alguno de tus documentales? Porque en ese caso debería intervenir la policía...

—No, no es nada de eso.

—Pues entonces... ¿qué? —Parece impaciente. Está cansado—. ¿Quién lo mandó?

—No lo sé.

—¿Por qué crees que habla de ti? —pregunta con sorna.

—Me reconozco.

—¿Sale tu nombre?

Catherine lo coge de la mano con la esperanza de que eso le dé fuerzas para continuar.

—No, no sale mi nombre, pero me describen...

—¿Te describen? ¿Cómo? ¿Una rubia de cuarenta y tantos? ¡Por el amor de Dios, Catherine!

Él aparta la mano y se sienta. Ella nota que las palabras le resbalan por la garganta y que la rabia aumenta. La ignorancia de Robert la enfurece. Lo culpa por no saber. Por no haber estado allí. Por ponerle trabas cuando iba a contárselo. Y ahora ya ha pasado el momento. Ya no puede decir nada, así no, y al no poder hablar se echa a llorar. Se sienta, se desploma con la cara entre los brazos.

—Oh, vamos, Catherine. No deberías haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

El tono es más suave y ella nota que le pone la mano en el pelo.

—¿Qué tiene ese libro? Nick lo ha leído, ¿no? Me pareció que eso te preocupaba. ¿Por qué?

Se queda esperando una respuesta y ella hace un gran esfuerzo para mirarlo, con la cara empapada y enrojecida.

—Me asusté... Ponía algo que... —Trata de seguir adelante, de contarle algo de la verdad—. Ha hecho que me odie. Lo siento, lo siento mucho... —Titubea; no se ve capaz, así que le dice algo que sabe que Robert se creerá—: Estoy paranoica... Son

imaginaciones mías, no sé explicarlo...

Un momento de silencio que su marido llena enseguida.

—Vamos, Catherine, no tienes que darme explicaciones. Soy yo quien debe disculparse. No quería enfadarme, pero estoy preocupado por ti. —Le coge las manos entre las suyas—. Sé que Nick y tú no os lleváis bien. Y eso te duele. Pero sabes que te quiere, ¿verdad? A nosotros nos cuesta menos hablar, eso es todo. —La abraza para suavizar sus palabras, que aun así hacen que se estremezca—. Es un chico que puede ser complicado, ya lo sé. No te culpo. Está claro que ese libro ha despertado algo... que tiene que ver contigo. ¿De qué habla? ¿De la culpa? ¿De una madre y un hijo? —Se queda a la espera de un asentimiento y lo deduce de su silencio—. No tienes que sentirte culpable de nada, Catherine. Nick ha cumplido los veinticinco y ya era hora de que se fuera de casa. Puede venir siempre que lo necesite. Tenemos el cuarto de invitados. —Le coge la cara con las dos manos y la obliga a mirarlo—. La única que te castiga eres tú misma, Catherine. —Su voz es amable—. Se acabó. ¿Me lo prometes?

Asiente con la cabeza.

—Ya hemos pasado por esto, Cath. Esta vez lo solucionaremos rápido, no hace falta que te tortures. Ve a ver a tu médica de cabecera. Habla con ella. ¿Y por qué no le pides algo que te ayude a dormir? —Sonríe—. Te conozco como la palma de mi mano. Has intentado disimular, pero me he dado cuenta. Y tienes una pinta horrorosa.

Le da un beso. Ella vuelve a asentir.

—Lo siento, debes de estar agotado —dice—. Y te toca madrugar.

—No te preocupes —responde él—. Prométeme que irás al médico.

—Iré. Te lo prometo.

—Sabes que puedes contármelo todo. Lo sabes perfectamente, verdad. —No es una pregunta. La coge de la mano y tira de ella para subir—. Habla conmigo, Catherine. Cuando te sientas así, habla conmigo.

Sus palabras, tiernas, cariñosas, chocan con la imagen que ella tiene en la cabeza: su cara, la que su marido está acariciando, destrozada e irreconocible sobre las vías del metro.

De finales del invierno a la primavera de 2013

En según qué manos, un lápiz afilado puede ser un arma mortal. Como mínimo, puede sacar un ojo y, en el peor de los casos, atravesar la cuenca y llegar al cerebro. Yo había afilado el mío a la perfección. Pero un arma mortal es inútil si no alcanza el objetivo.

Yo sabía quién era el mío; hacía años que conocía su nombre. Solo tenía que disparar.

Seguí el consejo de un conocido del barrio, el impresor que había hecho las tarjetas del entierro de Nancy. Él fue quien me recomendó prescindir de intermediarios y publicar la novela por mi cuenta.

—Llegue directamente al lector —me dijo.

Música para mis oídos, pero ¿y lo de «online»? Con eso iba perdido. Nunca había hecho nada «online». Ni siquiera tenía ordenador. Ser viejo y estar solo no tiene muchas ventajas, pero en aquel momento me las ingenié para aprovechar al máximo mi deplorable situación. Necesitaba ayuda, y aquel amable impresor me la ofreció:

—Un portátil —propuso.

Sí, me gustaba aquella idea del portátil, y me ayudó a comprar uno, me guio durante el desconcertante proceso y luego me ayudó a conectarme a internet. Sin él no lo habría conseguido. Qué hombre tan paciente, tan atento. Me dio una libertad de la que, sin saberlo, carecía; me inició en un viaje por un universo sin límites, a mí, a un anciano que de repente podía vagar por donde quisiera.

La primera escala fue su nombre. Lo escribí en el teclado y salió todo. Fotos, una breve biografía y toda su filmografía, sus trabajos del primero al último. Aparecieron también unas cuantas impostoras, pero reconocí a la verdadera en cuanto la tuve delante. Aunque no la había visto nunca, no me cupo duda de qué Catherine Ravenscroft era la mía. Y encontré además a su marido. Robert. Robert y Catherine. En una foto, él le pasaba el brazo por la espalda a su mujer, que tenía el pelo alborotado y sonreía. Entonces sucedió algo asombroso: descubrí que al clicar en la imagen me decían el lugar exacto en el que había sido tomada, las coordenadas GPS. Las busqué en un mapa y allí estaba: Fowey, en Cornualles. Unas vacaciones en un hotel fino, me imaginé. Una foto hecha con un teléfono móvil. Quizá el de su hijo. Aquel niño pequeño, que debía de ser ya un hombre. Nicholas. Nicholas Ravenscroft. Ahí estaba. ¿Sin título universitario? ¿Sin estudios? No podía ser. ¿Dependiente? Esperaba más del vástago de una pareja tan ambiciosa y con tanto éxito. Ah, qué días tan felices. Había un vacío de muchos años, pero no tardé nada en ponerme al día y enterarme de a qué se habían dedicado su familia y ella. Qué vida tan plena y tan productiva había llevado, y qué bien la habían recompensado. Se notaba en su dentadura, con aquellos dientes tan blancos y rectos, una señal innegable de

prosperidad, un poco como el bronceado en los años sesenta. También se adivinaba el dinero en su pelo, bien cortado, con las canas (sin duda ya debía de tener unas cuantas) sabiamente combinadas con el rubio. Sí, le iba de maravilla, desde luego.

Me convertí en un viajero bastante intrépido. Otros caminos también me llamaron la atención y confieso que en ocasiones me distraje. Uno de ellos me llevó a un antiguo alumno. Aquel jovencito había sido uno de mis predilectos, aunque ya no era tan joven, sino que rondaba los cuarenta. Había pensado en él de vez en cuando, intrigado por saber qué había sido de él, y de repente podía averiguarlo. Me moví con agilidad por el teclado para repasar su trayectoria profesional, su vida social. Soltero, sin hijos. A esa distancia podía vigilarlo sin peligro. Nadie se enteraría.

Luego volví a lo mío: necesitaba una dirección, la diana que me permitiría alcanzar el objetivo. Sabía dónde trabajaba, pero lo que me interesaba era su casa, y eso me costó más esfuerzo. Al final su marido se fue de la lengua. Leí una columna sobre él en la sección de economía de un periódico. Bla, bla, bla y luego: «Robert Ravenscroft vive en la parte noroeste de Londres con su hijo y su mujer, Catherine, conocida directora de documentales.» No era la dirección completa, pero sí una pista. Acabé recurriendo al trabajo manual y encontré su nombre en el listín telefónico. R. Ravenscroft. Anoté el número por si lo necesitaba en el futuro.

Me sentí como un niño el día de Navidad cuando mi amigo, el impresor, me entregó los primeros ejemplares del libro. En realidad, la Navidad la había pasado sin pena ni gloria, en soledad. Un plato precocinado para uno a base de pavo, patatas asadas y coles de Bruselas, con salsa de carne y de arándanos rojos. Oía mejor de lo que sabía: al abrir la tapa de cartón un aroma a especias navideñas invadió el aire. Tuve que esperar hasta finales de enero para recibir un buen regalo de Navidad, pero al sacar el primer libro de la caja me dije que todo había valido la pena. Para la cubierta, había elegido una imagen de una de las postales de Jonathan. Un cielo azul, un sol abrasador. Sí, iba que ni pintada: un sol blanco y ardiente que se veía incluso al cerrar los ojos. Mi amigo se ofreció a darme una charla sobre el proceso de gestión de pedidos online, pero no podía dedicarle tiempo a algo así. Tenía muchas ganas de dar el siguiente paso. Le aseguré que ya dominaba el universo de internet. No tenía intención de esperar a que llegaran pedidos online.

Cuando metí el primer ejemplar en un sobre acolchado y escribí su dirección en él, me temblaban las manos de la emoción. Lo hice con mucho esmero, asegurándome de no equivocarme con las letras y números del código postal, aunque al final decidí entregarlo en mano. Recién salido de la imprenta, un obsequio para una persona muy especial. Para no estropear la sorpresa, lo llevé de madrugada, cuando estaba seguro de que nadie me vería. Al caer en la alfombrilla, dio un golpe seco que me dejó muy satisfecho: una granada a la espera de que alguien tirase de la anilla. Quería que aquella mujer recibiera el impacto de pleno cuando menos lo esperase, quizá estando acurrucada en el sofá con una copa de vino en la mano. No dejé ninguna nota. No buscaba llamar la atención, sino reconocimiento. Pero no para mí.

Quería que reconociera que la mujer del libro era su verdadero yo: no el que fingía ser, sino el auténtico. Quería darle una buena bofetada con la verdad.

Supongo que veía la novela como un terrier, como un Jack Russell que iba a husmear hasta encontrar su escondrijo y obligarla a salir a la superficie. Sus dientes, puntiagudos y afilados, la dejarían al descubierto, le arrancarían las personalidades falsas que había ido reuniendo. Qué bien se había ocultado en aquel matrimonio largo y feliz, en su exitosa carrera profesional... Y ejerciendo de madre, no había que olvidarlo. Qué disfraz tan útil. «Sé sincera, joder. Reconoce lo que eres. A ver si luego puedes vivir tranquila.»

Al volver a casa estaba cansado, así que me acosté un rato. Me desperté a la hora de comer y me hice un bocadillo de queso. Daba bastante pena; el queso estaba rancio y el pan, duro. Tenía un estante en la despensa donde aún guardaba las conservas que había hecho Nancy. No las había tocado desde su muerte, pero aquel día cogí un tarro de chutney de cebolla, limpié el moho de la superficie y lo extendí encima del queso. Al tragar el primer mordisco se me quedó algo en la garganta. Dejé de masticar y rescaté aquel cuerpo extraño con la lengua. Pero no era extraño, era parte de Nancy: un pelo blanco y largo. Podría haber elegido cualquier tarro, pero por algún motivo me había decidido por aquel, el que contenía un recuerdo de mi mujer. Lo chupé para limpiarlo y lo dejé en un lado del plato. Era una señal de su aprobación, estaba seguro. Se sentía satisfecha al ver lo que había logrado hasta el momento, y eso me llevó a pensar cómo podía seguir contentándola. «Sé audaz», me dije. Y eso hice.

El cielo estaba despejado y, aunque hacía frío, el sol brillaba con ánimo y fue un placer sentirlo en la cara durante el trayecto en el piso de arriba del autobús. Había que andar poco desde Oxford Circus, pero tardé más de lo debido en llegar a la sección de electrodomésticos de John Lewis porque tuve que esquivar a toda una serie de peatones vacilantes, aunque el almuerzo me había dado energías renovadas. Una aspiradora nueva, me había decantado por eso; pero ¿cuál? Miré a mi alrededor en busca de alguien que me echara una mano y me topé con él. El hombre que buscaba. Aquel joven dependiente con traje, zapatos sin cordones y chapa identificativa fue muy atento, al principio. Parecía que entendía exactamente lo que necesitaba. Algo ligero que un señor mayor pudiera subir y bajar por la escalera. Estuvo amable cuando le conté que mi mujer, que por desgracia había fallecido, se había ocupado siempre de casi todas las tareas domésticas. Me propuso una Dyson, fácil de arrastrar y también de subir por la escalera gracias a un asa. Con sus accesorios y su gran potencia, no había nada mejor en el mercado. Ay, pero yo tenía nostalgia de las aspiradoras verticales. Me sentiría más cómodo con una que se pareciera a la que teníamos antes. No pude evitar fijarme en que olía a tabaco. Seguro que acababa de volver de fumarse un pitillo a escondidas. El modelo vertical resultó aún más pesado que la Dyson, no me veía con fuerzas para cargarlo. ¿Quizá me conviniera más algo que no se enchufara? ¿Una aspiradora escoba? ¿No las llamaban

así? Sí, un aparato con unos rodillos que recogen el polvo al pasar por encima de la moqueta. ¿Tenían algo de eso? Ladeó la cabeza y me miró como si le hubiera pedido que recitara las conjugaciones latinas. Le tocaba preguntar a él: ¿La moqueta era muy gruesa? ¿O tenía alfombras? ¿Suelos de madera? Continuó esforzándose mientras avanzábamos y retrocedíamos, hasta que le fue imposible ocultar su impaciencia. ¿Estaba robándole demasiado tiempo? ¿Estaba entreteniéndolo cuando le tocaba hacer una pausa? Se le notaba la tensión en la mandíbula, en el rechinar de los dientes, en las miradas disimuladas a un compañero y en la cara de circunstancias. Estoy seguro de que, si el encargado lo hubiera visto, le habría echado un rapapolvo.

—¿Qué elegirías tú en mi lugar? —le pregunté.

—La Dyson —contestó.

—Tú eres el experto.

Sacó la caja y me dijo:

—No le decepcionará. Era una buena inversión. El mejor precio, garantizado. La llevó hasta la caja para pagar, pero en aquel momento cambié de opinión. ¿Cómo darle la noticia? Era mucho dinero para un jubilado. Le dije que no podía permitírmelo, que esperaba no haberle hecho perder el tiempo.

Había querido darle una oportunidad. Sin duda, intentaría venderme algo que no me hacía falta. Pero era un desastre. Un auténtico inútil. Me pareció poco probable que los almacenes fueran a incluirlo en su programa de formación de personal. Volví al cabo de un par de días con un obsequio y se lo dejé a la cajera. «Dígale que es de un cliente satisfecho», pedí.

Una vez entregados los dos primeros libros, me tocaba esperar y mirar con frecuencia el portátil en busca de una crítica, un mensaje. Lo que fuera. No me sorprendió no ver nada del chico, pero de ella esperaba algún tipo de reacción. La muy cerda no tenía corazón. Pretendía permanecer en el anonimato todo el tiempo posible e ir tirando del hilo hasta hacerla salir a la luz, pero en aquel momento me sentí forzado a volver a su casa a ver qué demonios estaba pasando.

Una casa preciosa. Recién pintada, con el jardín bien cuidado. Un hogar. Acogedor, sí, aunque a mí no me habrían recibido bien. Llevaba ya más o menos una hora esperando en la acera de enfrente. Hacía frío, era un día glacial de principios de primavera. Por fin se detuvo un coche. Las puertas traseras se abrieron de golpe y bajaron unos niños en tropel. Tres, de distintos tamaños. No podía ser. Los siguió una mujer. La madre. Pero era otra madre. Quizá también fuese otro coche. El mero hecho de haberse parado delante de la casa señalada no hacía que se convirtiera necesariamente en el de los dueños. Pero aquella otra madre se dirigió a la puerta principal de la casa señalada, la abrió y entró. Crucé. Era la casa en la que había soltado la granada, pero había caído en otras manos.

Di un paso por el camino de entrada y vi una cara que me miraba desde una de las ventanas de la planta baja. Se le unió otra. Dos caritas que me miraban. Luego una tercera que no quería perderse nada. Les sonreí, pero salieron disparados y la cortina

volvió a su sitio balanceándose. Seguí sonriendo de camino a la puerta y llamé. Oía sus voces en el interior, sus berridos entusiasmados, supongo que por la idea de que un desconocido llamara al timbre. Los tres cerditos.

La que abrió fue la madre. Era a media tarde, pero tenía la cadena echada. No estábamos en plena noche, por el amor de Dios, sino a media tarde. A plena luz del día. Y le sonreía. Si hubiera querido hacerles daño, no habría sonreído.

—Buenas tardes. Perdone la molestia... —Pausa dramática. Para demostrar que lo sentía en el alma—. Estoy buscando a una vieja amiga, Catherine Ravenscroft. Antes vivía aquí, creo... —Un pestañeo. Una sonrisa más amplia—. Metí un regalo de cumpleaños por el buzón de la puerta hace varias semanas, pero no me ha dicho nada y... Bueno, no es muy propio de ella.

—Se han mudado —contestó sin el más mínimo atisbo de una sonrisa en los labios.

—Ah, ahora lo entiendo todo. Hace ya tiempo que no los veo ni a ella ni a su familia. Se me ocurre... —Otra pausa. No había que parecer insistente—. ¿Tiene su nueva dirección?

Otro pestañeo. «Soy viejo, débil. Y en la calle hace frío. Tenga compasión.»

—No —contestó negando con la cabeza, y empezó a cerrar la puerta.

Pero ¡qué descarado! Como una flecha, metí el pie para impedirselo.

—Por favor —insistí—. No quiero ponerme pesado, pero es importante que logre contactar con ella.

Los tres cerditos habían empezado a retorcerse detrás de su madre.

—Saque el pie de mi casa —ordenó.

Lo decía en serio. Fría como un témpano. Me aparté de inmediato, por supuesto. Y me disculpé. Entonces me dio con la puerta en las narices. Mi intención no había sido asustarla. Era lo último que quería. Pero al parecer era exactamente lo que había conseguido. Sin embargo, no podía dejarlo así. Tenía que saber si le había remitido el paquete. Así que me senté en el suelo, a pesar de que me dolían las rodillas, y metí los dedos por la abertura del buzón.

—Por favor. Al menos dígame si le envió mi regalo. —Y entonces tuve una ocurrencia genial—. Es que soy su padrino. Por nada del mundo querría que pensase que me he olvidado de su cumpleaños.

—Mamiiiiii.

Una súplica de uno de los cerditos. La verdad es que siempre me han caído bien los cerdos. Criaturas inteligentes y fieles. Mami no estaba siendo nada amable con aquel viejecito.

—Sí, le reenvié un paquete. Y ahora váyase. Nos pidieron que no diéramos su dirección. Largo de aquí o llamo a la policía.

Me levanté. Un crujido, una punzada, pero no había sido en balde.

—Muchísimas gracias —musité mientras me alejaba del buzón.

Me había equivocado de casa y mi pequeño misil había tomado una ruta más

tortuosa de lo que me habría gustado, pero por lo visto al final había llegado a hacer explosión.

Seguí a la espera de que apareciera alguna crítica, pero nada. Me mantenía al corriente de sus movimientos gracias al portátil. Me había viciado y necesitaba una dosis de internet cada pocas horas. De vez en cuando conseguía una recompensa, una novedad. Imágenes en movimiento y con sonido. Una peliculita. Estupendo. Aparecía con su marido. Daba la impresión de ser un hombre muy agradable. Iban muy arreglados aquella noche. Qué chica tan lista. Había ganado un premio: «El arriesgado documental de Catherine Ravenscroft saca a la luz los abusos a chicas de corta edad...» Ah, qué exquisita paradoja. Me moría de ganas de oír su voz. Cerré los ojos y dejé que el sonido me inundara: «Me gustaría dar las gracias a las valientes niñas que decidieron dar su testimonio, que confiaron en mí, porque sin su valor, sin su voluntad de contar la verdad sobre lo que les pasó...» Dios mío, qué convincente. Sí, aquellas niñas eran valientes, desde luego. Y ella las habría sacrificado sin dudarlo para alcanzar la gloria. La gente que la había premiado no tenía ni la más mínima idea de quién era. Quería cerrarle la boca, no podía soportar su voz. Tenía que hacerla desaparecer. Una cruz en una casilla roja. Clic. Fuera. Visto y no visto. Sin más.

Primavera de 2013

Enterrada en las profundidades de la tierra, como mínimo a diez metros por debajo de la luz natural. Catherine no está sola: hay muchísima gente como ella. ¿Como ella? ¿De verdad? ¿Andará él por allí? ¿Andará ella por allí? Aprieta el bolso contra el vientre y mira furtivamente a su espalda, a la derecha, a la izquierda. Las miradas se cruzan con la suya y se apartan.

«... sintió un golpe leve en la espalda y se volvió. Se encontró con un mar de rostros, pero ninguno le interesaba. Miró la pantalla del andén y vio que el metro llegaría al cabo de tres minutos. Lo que no sabía era que también anunciaba el tiempo de vida que le quedaba...»

Empieza a perder los nervios. Ha sido un error. Un pie la pisa. ¿Alguien que intenta ponerle la zancadilla? Aparta el pie y fulmina con la mirada al propietario de la zapatilla deportiva, pero él masculla una disculpa y continúa mirando al frente, con los ojos clavados en el premio: quiere entrar antes que ella en el vagón, no tirarla a la vía. Un aliento en la nuca, un olor a colonia de hombre a su izquierda; contiene la respiración, se ahoga con esa peste repugnante. Mira de reojo. Un hombre, más alto que ella, la observa con lascivia. Mierda. Tendría que haber ido en autobús. Qué putada, al salir de casa estaba decidida a no dejar que aquel libro le amargara la vida, y coger el autobús implicaba tres transbordos, tardaría demasiado en llegar al trabajo. Demasiado complicado. Catherine la valiente, esa es ella, y no una llorona cobarde. Intenta ser la Catherine de Robert. Desde que la pilló quemando el libro de madrugada, Robert ha vuelto a creer en ella. Se ha mostrado muy cariñoso, muy atento. Catherine, por su parte, ha mantenido la promesa y ha ido al médico; él ha visto las pastillitas amarillas que tiene en la mesilla de noche. La ayudan a dormir un poco, y a él lo ayudan a creer que su mujer está volviendo a ser la que era.

Le dan empujones, no puede permitir que la acerquen más al borde del andén. Ha avanzado un poco cada vez que pasaba un metro, apenas un pasito, preparándose para entrar en el siguiente, pero sin aproximarse demasiado. Ha descubierto que la línea amarilla del suelo le infunde un respeto nuevo para ella. Su cuerpo se retuerce ante el miedo de que un psicópata la elija al azar y la tire a las vías. Ha pasado más de una vez, y Catherine cree que también podría pasarle a ella. Claro que no sería al azar, sino premeditado. Parecería un accidente, y ella sabe muy bien lo fácil que es tener un accidente.

Clava la mirada en los raíles y ve trozos de sí misma esparcidos por encima. Llega el convoy, se mantiene firme y se abre camino hacia el frente. Le toca avanzar.

Lo consigue. Se cierran las puertas. No hay dónde sentarse, pero por una vez da gracias por los cuerpos que se aprietan contra ella, que la mantienen en pie. Solo quedan ocho estaciones.

Ocho estaciones, baja del vagón y sale a la calle. No se detiene, no se da la vuelta. Se dirige con paso firme hacia el despacho, con paso firme hacia la mesa tras la que necesita ponerse. Cuanto más cerca está más segura se siente. Casi ha olvidado que, hace un rato, sospechaba que unos perfectos desconocidos la vigilaban, esperaban para empujarla. Ahora ya no. Ahora se siente a salvo. Desliza la tarjeta de acceso, pasa por seguridad y se detiene ante el puñado de personas que espera el ascensor. Aquí la conocen. Y ella a ellos.

—Eh, ¿qué tal la mudanza?

Catherine sonrío a Kim, la encantadora Kim. Encantadora, joven y entusiasta. Suelta el bolso encima de la mesa sin miramientos y saca el amorfo bulto metálico que ha ganado y, antes de dejarlo en el estante a su espalda, lo levanta con un aire de triunfo socarrón. Aquí tampoco hay tabiques, como en casa.

—Bien —contesta, y se acomoda en su silla.

En este lugar lleva las riendas, puede controlar las cosas, hacer que empiecen, pararlas incluso si le apetece.

—¿A que es horroroso? —pregunta mirando el galardón.

—Pero práctico como objeto contundente. Nos vendrá de maravilla cuando aparezca Simon —bromea Kim.

—Sí, y será muy fácil limpiarle la sangre con una de estas prácticas toallitas...

Y Catherine saca de repente un paño para quitar el polvo del monitor, sorprendida de lo sencillo que ha sido seguir la broma de Kim sobre un asesinato.

—¿Café?

—Sí, gracias.

Catherine sonrío. Los demás empiezan a llegar: productores, responsables de documentación, personal de producción. Hay saludos, felicitaciones, buenos deseos en general de los demás para ella y de ella para los demás. Incluso Simon, que llega tan tranquilo y con toda la prepotencia del mundo, le resulta casi soportable. Simon tiene su edad y también dirige documentales, pero como viene del periodismo se considera toda una figura. Sin embargo, esta mañana a Catherine le da igual. Es el contraste entre cómo se ha sentido en los últimos días y cómo se siente ahora. Casi normal.

—Enhorabuena, por cierto —suelta Simon, que le guiña un ojo mientras mira el premio de reojo.

Catherine no le hace caso y abre un cuaderno nuevo.

—¿Y ahora qué? —insiste él.

Esa falsa simpatía la pone de los nervios.

—Parece que hay interés por hacer un largo a partir de mi documental —miente, y disfruta al ver que a Simon le cuesta mantener la sonrisa en los labios.

—Qué bien.

—¿Sí, verdad? —dice Catherine, sin apartar los ojos de su mirada.

—Bueno, si quieres comentarlo, avísame. —Sonríe con satisfacción—. Tengo cierta experiencia con esos tipos del cine.

—Sí, por supuesto, Simon.

Le guiña un ojo y luego le da la espalda y coge un bolígrafo para hacerlo repiquetear sobre el cuaderno. Una lista, eso es lo que tiene que hacer. Una lista siempre es un buen punto de partida.

«El libro: *Un perfecto desconocido*.

El autor: Amigo de... Pariente de... Testigo de... ¿?»

Catherine clava el bolígrafo en el papel y recuerda cómo conoció a Nancy Brigstocke. Fue en 1998. Se vieron las dos a solas y una única vez. Fue Nancy quien se puso en contacto con ella. Recuerda la punzada de culpa que sintió al recibir su carta, consciente de que quizá aquella mujer esperaba que fuera Catherine quien diera el paso. Le habría resultado fácil encontrar a Nancy, pero a ella tampoco debió de costarle mucho dar con Catherine. ¿Quién iba a tener el valor de negarse a darle sus datos? La carta estaba escrita con pluma estilográfica, en tinta azul oscuro. Recuerda perfectamente la inclinación de la letra, los bucles de las mayúsculas al principio de las frases. La nota la impresionó. Catherine se sintió obligada a reunirse con aquella mujer.

Fue un viernes de octubre por la tarde. El cielo estaba blanco y hacía bochorno. ¿Bochorno en octubre? No podía ser, pero así lo sintió ella. Sofocante. Se acuerda de que se quitó el gorro y se lo metió en el bolsillo. Se lo había puesto al salir del despacho pensando que haría frío, pero en realidad había pasado calor. Sentía tanta quemazón en la cabeza que tenía la sensación de que el cerebro se le estaba friendo poco a poco, convirtiendo sus pensamientos en un guiso reblandecido. Se quitó el gorro y se desabrochó el abrigo. Nancy Brigstocke no se había desabrochado el suyo. La hacía diminuta. Ya era baja de por sí. Llevaba guantes, pero no sombrero. Catherine recuerda que desde arriba se le veía el cuero cabelludo rosado entre el pelo canoso y ralo. Había calculado que tendría la edad de su madre, pero parecía mayor. Le habían diagnosticado un cáncer. Eso era lo que había escrito en la nota, y parecía que estaba perdiendo la batalla. También le había dicho que había enviudado recientemente, otro de los motivos por los que Catherine había aceptado reunirse con ella. ¿Y si Nancy Brigstocke no había muerto? Quizá estuviera viva y enferma de cáncer. Apuntó su nombre en la lista.

Fue un encuentro crispado. Catherine quería decir muchas cosas, pero no se veía capaz, así que dejó hablar a Nancy. Notó el ansia en su voz, que la tanteaba, que trataba de empujar a Catherine a sincerarse. No quiso. No pudo.

—No puedo decirle nada para ayudarla —aseguró.

Y luego Nancy le pidió conocer a Nicholas, y Catherine tuvo que decirle que no. Trató de que la negativa resultara lo más suave posible, y le explicó que no podía permitirlo, que era muy pequeño. C cogió de la mano a aquella mujer tan débil y está segura de que ya entonces sintió la muerte en ella. La vio también en sus ojos, que buscaban los suyos mirando hacia arriba. Catherine apartó la vista, incapaz de soportarlo. Se despidió y se marchó, y siguió andando sin volver la cabeza. No quería que Nancy la viera llorar. No quería que malinterpretara sus lágrimas. Lloraba por todo lo que no había dicho y por aquella mujer bajita, encogida dentro de aquel elegante abrigo de espiguilla. Los guantes de cuero. El pelo escaso y bien peinado, los zapatos cómodos. El esfuerzo que había hecho para tener buen aspecto le partía el corazón. El esfuerzo que había hecho para parecer más fuerte de lo que era. Pero quizá Catherine subestimó su capacidad de resistencia, quizá derrotó a la muerte y ahora haya decidido atacarla también a ella. Quizá lo que tenía en los ojos no era la muerte, sino otra cosa, algo igual de frío. ¿Era Nancy Brigstocke capaz de segregar todo el veneno que contenía aquel libro?

—¿Necesitas que haga algo?

Kim está detrás de Catherine, mirando por encima de su hombro. Catherine cierra el cuaderno.

—La verdad es que no. He tomado cuatro notas, pero... ¿por qué no haces una lista de propuestas y mañana por la mañana le echamos un vistazo?

Kim accede. Kim haría lo que fuera por ella. Catherine es su oportunidad de progresar, la única que le ofrece la posibilidad de ser algo más que una secretaria eficiente.

—Pues he tenido varias ideas mientras no estabas. Me pongo a escribirlas. A ver qué te parecen.

—¡Perfecto!

Catherine sonrío. Eso es lo que le gusta de Kim. Está motivada, tiene ganas de participar. No hay que decirle las cosas dos veces, al menos cuando se las pide ella. ¿Qué pensaría Kim si leyera *Un perfecto desconocido*?

Catherine sale pronto del despacho. Está segura de que guardó la nota de Nancy. En el dormitorio aún tiene un par de cajas llenas de cosas con las que no sabe qué hacer. Recuerda que metió la nota en una carpeta, junto con fotografías sueltas y cartas de su madre y de viejos amigos. Al hacer la mudanza se planteó tirarla, pero al final decidió quedársela. Roza con la mano el rosa descolorido de la carpeta y la saca. Hojea su contenido y, sí, allí está. Papel de carta azul cielo y tinta azul oscuro. Y en la esquina superior derecha hay una dirección. No puso el teléfono, solo la dirección. Las posibilidades de que Nancy siga con vida y en la misma dirección son remotas, pero vale la pena intentarlo. Se le acelera el corazón, una inyección de adrenalina: de la buena, la que empuja a luchar en lugar de huir. Cara a cara, así prefiere Catherine las cosas. No sabe muy bien con qué cara se va a encontrar, pero alguien tiene que

responder por lo que están haciéndole pasar. Mira la hora. Las cuatro. Le da tiempo de ir y volver antes de que llegue Robert.

Sube el último tramo de la escalera y trata de imaginarse cómo podría arreglárselas en ese edificio una mujer con cáncer terminal. Y si Nancy Brigstocke está viva, ¿cómo se las arreglará ahora? Catherine sabe que su madre no podría subirlas. Da un manotazo al interruptor del último descansillo, pero la luz no se enciende. Vuelve a intentarlo. Nada. No se han molestado en cambiar la bombilla fundida. Y tampoco se han molestado en regar la maceta que hay al lado de la puerta. La planta está muerta, seca y quebradiza. Tan solo se cuele un poco de luz por una claraboya sucia, que apenas le basta para distinguir los números de las dos puertas. Se planta ante la de la última dirección conocida de Nancy Brigstocke y llama al timbre. No se oye nada. Entonces golpea la puerta con los nudillos, dos repiqueteos precisos, se coloca el asa del bolso en el hombro y espera. Nada. No hay nadie. Se agacha y mira por la rendija del buzón. Moqueta verde, las patas de un mueble de madera oscura, ningún movimiento.

Se sienta en el último escalón, abre el bolso y hurga en su interior para sacar la libreta y el bolígrafo. Tiene que redactar la nota con prudencia. «Querida señora Brigstocke», empieza. No le conviene ser agresiva ni ponerse a la defensiva. No puede parecer enfadada. Consigue mostrarse justa y convincente, o eso cree. Arranca la hoja, la dobla por la mitad y la mete por el buzón. Qué locura. Las posibilidades de que Nancy Brigstocke siga viva y encuentre ese papel son más que remotas. Apoya la cabeza en la puerta un instante y se da cuenta de que hay alguien a su espalda. Oye una respiración entrecortada por el esfuerzo de subir la escalera. Se da la vuelta. Una mujer de pelo largo y cano, con bolsas de la compra colgadas de los brazos, la observa. Respira con breves jadeos.

—¿La señora Brigstocke? —pregunta Catherine.

¿Podría ser Nancy tras años de enfermedad, de abandono, con el pelo sucio, demasiado largo y unos calcetines gruesos que asoman por unas sandalias desgastadas? Esta mujer es demasiado alta, pero aun así... Catherine da un paso adelante, la mira a la cara entornando los ojos, la busca sin reconocerla. La señora pasa de largo arrastrando los pies en dirección a la otra puerta. Deja las bolsas en el suelo y forcejea con la cerradura.

—Busco a Nancy Brigstocke. ¿Sabe si todavía vive aquí?

La mujer masculla una respuesta:

—Hace años que no.

—¿Sabe si está...? ¿Dónde podría estar viviendo ahora? —Catherine se da cuenta de que tartamudea—. Perdimos el contacto. Hace mucho que no la veo... La última vez estaba enferma...

La vecina ya ha entrado en su casa, pero deja la puerta entornada y observa a Catherine, le da un repaso de arriba abajo, una mirada insolente que le roza la piel. Una mirada cargada de sospecha.

—Soy amiga de la familia, pero perdimos el contacto... —tantea Catherine, y los ojos la taladran, detectan la mentira, juzgan en silencio. «Menuda amiga.»

—¿Viene de los servicios sociales? —pregunta la anciana.

—No, no es nada de eso... Es que perdí su dirección y... luego la encontré... Quería hablar con...

—¿Alguien se ha dedicado a cobrar su pensión?

—No trabajo para los servicios sociales, de verdad... Lo único que quería era volver a verla.

—Pues llega tarde. Cuando se la llevaron estaba muriéndose... y de eso hace años. Pobre mujer, la tenían enchufada a un montón de chismes. Está muerta, eso seguro.

—Lo siento —dice murmura Catherine antes de dar media vuelta.

Debería haberlo sabido. Pues claro que Nancy está muerta. Se dirige a la escalera.

—Puede que él lo recoja... Lo que ha metido usted por el buzón, quiero decir.

La sangre late con fuerza en las sienas de Catherine. Se vuelve.

—¿Quién? ¿Quién puede recogerlo?

La mujer la mira bien, se toma su tiempo para decidir si contesta o no.

—¿Quién puede recogerlo? —repite Catherine con un dejo de pánico mortal en la voz.

La vecina frunce el ceño ante la pregunta, que no parece lógica en labios de alguien que se dice una amiga. Empieza a cerrar la puerta, y Catherine se abalanza sobre ella y extiende la mano para detenerla, desesperada.

—Por favor...

Un gato maúlla dentro de la casa, tiene hambre y compite con Catherine por la atención de su dueña.

—Por favor... —insiste.

—El señor Brigstocke... Viene por aquí de vez en cuando.

—¿El señor Brigstocke?

—Su marido.

—Pero si su marido murió...

—¿No ha dicho que era amiga de la familia?

La anciana entorna los ojos y ve lo que Catherine es en realidad. Una mentirosa.

—De ella. Conocía a Nancy Brigstocke. Me dijo que su marido había muerto.

—A lo mejor no confiaba en usted.

Esas palabras la sobresaltan; podrían ser ciertas.

—Éramos amigas —persiste.

No eran amigas. Nunca lo fueron. Apenas se conocían y la mentira queda suspendida en el aire.

—Pero perdimos el contacto... Quiero entender lo que pasó...

A Catherine se le llenan los ojos lágrimas, y quizá sea eso lo que ablanda a la vecina.

—Hace tiempo que no lo veo, pero viene por aquí de vez en cuando. Al final fue muy triste. Su piso empezaba a oler mal, pero no abría, no reaccionaba cuando llamabas a la puerta, así que alguien de la asociación de vecinos tuvo que llamar al marido y hacerlo venir. Tenía llave, ¿sabe usted? El piso debía de estar hecho un asco. Y luego vino la ambulancia y se la llevó. Fue la última vez que la vi.

—¿Él no vivía aquí con ella?

—No. Es el piso de su hijo. Ella se mudó cuando el chico se había ido a uno de sus viajes. Siempre andaba por ahí. Eso decía ella. El marido nunca ha vivido aquí, aunque al final la cuidó. Cuando se la llevaron, no le soltaba la mano. Le decía que había venido a llevársela a casa para poder atenderla. Eso lo oí yo. Salí a verlo todo, por si necesitaban algo. Me gusta pensar que el final lo pasaron juntos.

—¿Tiene su teléfono? ¿O su dirección?

La anciana chasquea la lengua. Basta de preguntas. Niega con la cabeza y cierra la puerta. Catherine se queda allí plantada, vuelve a llamar, necesita desesperadamente algo más.

—¿Y el nombre de pila? ¿Puede decirme al menos eso? —Espera. Vuelve a llamar—. Por favor.

La puerta no se abre. Al final Catherine empieza a bajar, agarrando el frío metal de la barandilla con una mano sudorosa. Está aturdida por todo lo que no sabía y piensa en la nota que aguarda al otro lado de esa puerta, dirigida a una mujer que debió de morir hace mucho tiempo. Y entonces recuerda que ha escrito su número de móvil en ella. Mierda. ¿Cuánto tardará en llamarla? ¿Qué le dirá? ¿Qué querrá de ella? El marido «muerto». Y se pone a pensar si Nancy salió de aquella casa contra su voluntad. ¿Estaba demasiado débil para oponer resistencia? ¿La obligó? ¿Se la llevó a vivir con él a la fuerza? Nancy le dijo que había muerto. ¿Por qué? ¿Le daba miedo lo que pudiera hacerle?

—Stephen...

El nombre resuena escalera abajo. Catherine levanta la vista y ve una silueta oscura asomada a la barandilla.

—Se llama Stephen.

Sigue bajando. Destellos de imágenes del libro le dan vueltas por la cabeza. En algunas cosas ha acertado. Los detalles de lo que Catherine llevaba aquel día. ¿Cómo puede haberlo sabido? Y entonces oye el eco de un ruido del pasado: «clic, clic, clic».

Finales de la primavera de 2013

Así que Nancy se reunió con ella. En secreto, sin decírmelo. Encontré la nota cuando regresé al piso a devolver el original mecanografiado. Tuve que leerla varias veces antes de convencerme de que la había entendido bien. Y entonces me faltó el aliento: fue como un puñetazo fuerte en el estómago que me retorció las tripas y me cortó la respiración. Descubrir que se habían visto me dolió, pero no tanto como enterarme de que Nancy le había dicho que yo estaba muerto. La frase me dejó desolado: «Cuando nos conocimos acababa de perder a su marido.» La «dignidad» de Nancy la había «impresionado». Era algo que le había llegado «muy adentro». Le costaba creer que pudiera ser «la autora de un libro que alguien ha enviado a mi casa». Se preguntaba incluso si Nancy estaba al tanto de su existencia. Pues no, claro que no. Está muerta, hija de puta.

Qué imbécil y que engreída es, qué arrogante. Pero el tono era respetuoso, eso había que reconocérselo. Describía a Nancy como una mujer «íntegra», una mujer con «gran capacidad de comprensión». En eso tenía razón: Nancy entendía muy bien a la gente. Luego añadía que las dos deberían «quedar y charlar» y tenía el detalle de dejar su número de teléfono.

Si me pilló por sorpresa fue culpa mía. Si no hubiera tomado los cuadernos de Nancy por garabatos inútiles y me los hubiera llevado junto con el manuscrito, me habría enterado de aquel encuentro hace tiempo, porque allí está todo. Los cuadernos no contienen únicamente ideas para una novela, sino muchas más cosas. No los leí hasta que encontré la nota, y allí estaba todo, hasta el último detalle: la fecha, la hora, el lugar, incluso el tiempo que hacía. Y la maravillosa descripción que Nancy hacía de C. R.: «La reconocí en cuanto la vi acercarse, y tenerla delante me revolvió el estómago. Ni se imaginaba que ya la había visto. Se mostró fría, como si todo le resbalara sin dejar huella, como si se hubiera embadurnado de repelente. Nada parece afectarle. Se había limpiado bien, no quedaba ni rastro de suciedad en ella...» Nancy la caló bien calada, y lo que vio no le gustó nada.

Me traje los cuadernos a casa y los leí y releí. Encontré muchas cosas que me han reconfortado. Me alegro de que los conservara. Al igual que las fotografías, forman parte del rompecabezas. Los he devorado hasta la última palabra; he saboreado la tinta de sus páginas; los meto conmigo en la cama y duermo con ellos debajo de la almohada, soñando que las palabras se desprenden del papel para meterse en mi cabeza, que los pensamientos más íntimos de Nancy se funden con los míos. He masticado esas páginas y las he engullido. Ahora el amor de mi vida está dentro de mí. Ahora somos uno. Me ha dado fuerza: el mundo exterior no me altera, pero yo puedo alterarlo cuando quiera.

Hace un calor nada habitual. Abril ha sido gélido, pero mayo ha llegado

abrasador. No quiero abrir las ventanas, aunque el aire refrescaría el ambiente. Prefiero tenerlas cerradas con las cortinas echadas. Me he enclaustrado, me he emparedado. Son las doce del mediodía. Mi única concesión al calor ha sido quitarme los calcetines. Escondo los pies descalzos debajo del escritorio, así no tengo que verlos. No son precisamente bonitos. En los últimos tiempos he dejado bastante de lado la higiene y me han crecido mucho las uñas de los pies. Tienen los extremos curvados, como si no supieran en qué dirección seguir. Son duras como huesos. Me muerdo las de las manos para mantenerlas cortas, escupo los pedazos y los dejo donde tienen a bien caer, quebradizos y afilados, alrededor del escritorio. Pero no soy contorsionista: no puedo hacer lo mismo con las de los pies. Además, sospecho que mis dientes no darían la talla.

Llaman a la puerta. No espero a nadie. Me levanto y miro por la ventana. Es mi amigo el impresor, Geoff. Suelto el visillo. ¿Le abro? La casa está hecha un asco. Me lo tomo con calma. Si se va antes de que le abra, que así sea. Pero sigue ahí cuando abro la puerta.

—Solo quería saber qué tal estabas —dice.

—Bien —contesto.

Lleva mi libro en la mano.

—Lo he leído —asegura—. Sinceramente, no es en absoluto lo que esperaba.

Arqueo una ceja, pero como sonrío decido arriesgarme: me aparto y lo dejo pasar. Da una vuelta y veo que lo mira todo sorprendido. Aún no he ordenado como Dios manda después de la rabieta que tuve al encontrar las fotografías.

—Me han entrado en casa —explico.

—¡Vaya, Stephen, lo siento mucho!

—Lo revolvieron todo, pero no encontraron las cosas de valor —contesto encogiéndome de hombros y señalando con la cabeza el portátil, que descansa sano y salvo sobre el escritorio.

Le ofrezco un té y acepta. Me sigue hasta la cocina. Al andar, me doy cuenta de que rasco el linóleo con las uñas. ¿Se habrá fijado? Mis zapatillas están debajo de la mesa de la cocina y, antes de dirigirme al hervidor, me detengo y meto los pies en ellas.

—Bueno, ¿qué tal va todo? —pregunta otra vez.

Está nervioso, el tono de su voz es demasiado alegre. No respondo hasta haber terminado de llenar el hervidor.

—Bastante bien —digo, volviendo la cabeza para mirarlo.

—¿Y el libro? ¿Qué tal las ventas?

—Bueno... lentas pero constantes.

No me interesan las ventas, pero él no lo sabe. Espero a que hierva el agua y se caliente la tetera. Me pregunto si sabrá que solo he enviado dos ejemplares, pero no, estoy seguro de que soy el único que está al tanto de esa información.

—Lo que pasa es que si quieres vender online necesitas un perfil. Abrir un blog o

lo que sea... No estaba seguro de si te verías capaz. Puedo echarte una mano, si...

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —lo interrumpo.

Sigo dándole la espalda, nervioso como un colegial.

—Has dicho que lo has leído. ¿Qué te ha parecido el libro?

—Me ha gustado mucho —contesta, y me vuelvo, ansioso por saber más—. Para ser sincero, no suelo leer este tipo de novelas, pero me enganchó. Creo que podrías encontrar un editor de verdad, si quisieras.

—Eres muy amable, pero estoy seguro de que a un profesional no le interesaría mi novelita.

Vacío la tetera y meto tres bolsas de té, vierto el agua caliente, le pongo un cubreteteras de punto para que no se enfríe, y la llevo a la mesa.

—Bueno, yo creo que sí... Es igual de buena que muchas de las cosas que se publican.

Busco dos tazas limpias en el armario y les paso un trapo, por si acaso. Me siento delante de él.

—¿Leche y azúcar?

—Leche y dos cucharaditas —responde.

Geoff me cae bien. No me cuenta muchas cosas de su vida y no me pregunta por la mía. Hablamos de libros y de música, y en su aspecto descuidado hay algo que me resulta reconfortante. No se recorta los pelos de la nariz, que se estremecen como patas de araña cuando sopla el té. No se acicala, lo que en mi opinión denota sensatez. Pero al mismo tiempo es respetuoso, no va desaliñado deliberadamente. Se ha afeitado, aunque me fijo en que la cuchilla ya no apura bien; lleva camisa y no camiseta, pero le va estrecha y entre los botones, tirantes a la altura del vientre, asoma más pelo, y además le falta el de arriba, no es que lo lleve sin abrochar. Le he cogido cariño, y creo que él a mí también. Puede que haya perdido a su padre o quizá tenga miedo de acabar como yo. Sea como sea, se ha mostrado amable sin ser condescendiente. Y le gusta mi libro, le gusta de verdad.

—Stephen, ya sé que quieres llevarlo todo tú solo, y espero que no te moleste, pero cuando leí la novela me pareció que... bueno, que merecía un empujoncito, así que he llevado unos cuantos ejemplares a la librería del barrio y me han dicho que los tendrán expuestos. A ver qué tal. Les apetece promover a autores de la zona y cuando les hablé de ti mostraron mucho interés.

Me quedo boquiabierto.

—¿Está en una librería? ¿La de la calle mayor?

—Sí. ¿No debería haberlo hecho?

¿He puesto mala cara? Estoy sorprendido, nada más.

—No, no. Es que a mí no se me habría ocurrido. Gracias —contesto emocionado.

—Creo que no te das cuenta de lo bueno que es.

Sí que me doy cuenta. Desde luego que sí.

—Bueno, ya sabes, a nadie le gusta darse bombo.

La cabeza me va a mil. ¿Es posible que esa mujer aparezca por mi barrio y se meta en esa librería? Por un momento, imagino una firma de libros en la que ella hace cola para pedirme que le dedique su ejemplar. Geoff me sonrío, y me doy cuenta de que yo también sonrío, sonrío ante esa pequeña fantasía.

—Algunos fragmentos me han sorprendido bastante. —Arquea una ceja—. Es bastante explícito.

Se me borra la sonrisa. Geoff tiene miedo de haberse pasado de la raya. Alzo el mentón y luego vuelvo a sonreír. Noto su alivio.

—Quien tuvo retuvo —sentencio, y lo miro levantando los ojos mientras bebo un sorbo de té.

Tengo ganas de contarle que es todo cierto. De decirle que debería estar con los libros de «no ficción». Pero no quiero asustarlo, y además, por el momento, el final solo es una ilusión; un pasaje de ficción que aún tiene que hacerse realidad.

—¿Qué te ha parecido la protagonista? —pregunto, en cambio—. ¿Crees que se merecía acabar así?

Lo medita.

—Pues no lo sé. No está muy claro. A ver, es una imbécil y una manipuladora, pero supongo que aprovecha la oportunidad para irse de rositas, ¿no?

Se me encoge el corazón. Qué fácil le resulta decir eso. Él no tiene que sufrir las consecuencias de lo que hizo o dejó de hacer esa mujer.

—No has contestado —insisto—. ¿Se lo merecía?

—Bueno, no me dio pena cuando lo leí, así que supongo que sí. Muy buena la descripción de ese momento.

Eso está mejor. Asiento, sigo bebiendo y empiezo a disfrutar de la oportunidad que me ha llegado como caída del cielo. Intuyo que tengo por delante una tarde ajetreada, en busca de más librerías por el barrio. ¿Por qué no? Hay que darlo a conocer, no pierdo nada. Tendré que adecentarme un poco, o quizá Geoff sea un embajador más presentable. El bueno de Geoff, mi cómplice inocente.

—Entonces, ¿crees que tiene posibilidades? ¿Crees que podría interesar a otras librerías?

—Pues sí, quizá. Primero espera a ver qué tal funciona en Hillside Books y luego ya decidirás.

—Y si funciona, ¿me ayudarías a hacerlo circular?

—Yo encantado, Stephen. Yo encantado.

Creo que se me han llenado los ojos de lágrimas.

—No sabes lo que significa para mí contar con tu apoyo. En este camino, uno se siente solo, Geoff, y tener a alguien que crea en mí, bueno... —titubeo.

Sonríe. No sé, me parece que lo he hecho feliz.

Finales de la primavera de 2013

En su segundo día de vuelta al trabajo, Catherine ha recuperado la concentración. Eso es lo que les parece a sus compañeros. La ven como siempre, sentada con la espalda bien recta, tecleando ante el ordenador, retorciéndose un mechón de la nuca mientras lee y toma notas. Está atando cabos, tejiendo los hilos de una historia. Kim se acerca, pero la ve absorta en lo que está haciendo y sabe perfectamente que en esos casos no conviene molestarla. Se limita a dejar una taza de café en la mesa y se marcha.

Catherine ha encontrado la confirmación de la muerte de Nancy Brigstocke. Cáncer. Falleció hace diez años. Pero su marido vive. Stephen Brigstocke. Ya no es el marido muerto y entre interrogantes. Es un maestro jubilado. ¿Por qué demonios no lo había buscado hasta ahora? ¿Por qué no había empleado con su propia historia el mismo rigor que con cualquier otra? Ni se le ocurrió pensar que Nancy pudiera haberle mentido sobre la muerte de su marido. Ahora ya lo sabe. Y también sabe qué aspecto tiene.

La ha llamado la mujer que les compró la casa. Estaba enfadada. Ha acusado a Catherine de ser una falsa, de no avisarla de que un viejo horripilante iba a presentarse en la puerta de su casa. Catherine se ha deshecho en disculpas y le ha dicho que, en efecto, era su padrino, pero que no tenía ni idea de que fuera a aparecer así. Le ha asegurado que no sucede nada raro y que no, no habrá más visitas inesperadas. «Al menos en su casa», piensa Catherine.

La llamada la ha dejado alterada. La cosa se extiende. Como una mancha. Como las ondas en un estanque. Tiene que encontrarlo antes de que cause algún daño de verdad. Porque aún no le ha hecho daño. La ha puesto nerviosa. Ha demostrado su malicia con el largo anónimo que ha escrito y al mandárselo a su hijo ha dejado claro que quiere que ese veneno llegue a más gente. Lo que está en juego, de momento, es la reputación de Catherine, su integridad. Es una mujer apreciada, que despierta admiración, confianza y, en algunos casos, amor. Eso es lo que amenaza, porque, una vez que se sepa, una vez que se diga, no habrá vuelta atrás. No volverá a ser la mujer que los demás creían que era. Ese hombre habrá distorsionado su imagen pública. Nicholas ya lo ha leído, pero no la ha reconocido. Nada le llamó la atención. Evidentemente. La mujer de la novela no es la madre que él conoce. Y Nancy está muerta. Así pues, ¿quién dice que ese relato distorsionado de los hechos sea verdad? Es producto de una mente enferma, la de un anciano amargado. ¿La de un asesino? De ningún modo. No, Catherine teme, sobre todo, por su reputación, no por su vida.

—¿Kim? ¿Tienes un momento? Me gustaría que investigaras algo.

Lápiz y libreta en mano, Kim hace rodar su silla a toda prisa y la detiene al lado de la de Catherine.

—Stephen Brigstocke. Maestro jubilado. Setenta y pocos años. Vive en Londres.

Seguramente dio clase en algún barrio del norte de la ciudad. ¿Podrías encontrar los últimos sitios donde trabajó? No establezcas contacto, solo me interesa saber dónde ha estado en los últimos años. Y su dirección, si puede ser, y un número de teléfono. Empieza por los sindicatos de enseñanza.

Catherine la ve apuntar el nombre, «Stephen Brigstocke», y luego vacilar antes de añadir la palabra «pederasta» entre paréntesis y signos de interrogación. Catherine no la corrige. ¿Por qué iba hacerlo? Se limita a verla rodar de nuevo hasta su mesa y descolgar el teléfono, decidida a emprender la búsqueda de un hombre sospechoso de abusar de niños.

Menos de una hora después, Kim ya tiene el último colegio en el que Stephen Brigstocke dio clase. Rathbone. Catherine reconoce el nombre. Un centro privado del norte de Londres. Estuvieron a punto de matricular allí a Nicholas. Algunos de sus amigos llevaban a sus hijos. Antes de eso estuvo en un centro público, Sunnymeade. Allí trabajó muchos años. ¿Por qué pasó de la pública a la privada? Catherine trata de leer entre líneas. ¿Habría perdido sus principios? ¿Lo haría por dinero? Se jubiló en 2004 y cobra la pensión máxima.

—Un poco mayor para seguir dando clase, ¿no?

Kim está detrás y lee por encima del hombro de Catherine, que mira el inicio de la hoja: «Nacido en 1938.»

—Supongo, aunque los colegios privados tienen sus propias normas —contesta—. ¿Has conseguido algún dato de contacto?

—Aún no. Estoy esperando que me digan algo. Sigo con ello.

—Perfecto. Gracias.

—Bueno, ¿de qué va la historia?

La pregunta es de lo más razonable. Catherine titubea.

—Aún no lo sé. Puede que no sea nada. Pero, en fin...

Dedica una sonrisa a su ayudante para darle a entender que será la primera en enterarse si descubre algo concreto. No tiene intención de permitir que Kim averigüe demasiado sobre la investigación, pero de todos modos le agradece su ayuda.

—¿Café? —propone Catherine, que intercambia sus funciones para compensar y, de paso, dar la conversación por concluida al llevarse las tazas a la cocina.

Al cabo de una hora y dos cafés, Catherine ha comprobado que el actual director de Rathbone se siente muy incómodo cuando se le menciona a Stephen Brigstocke. Su antecesor en el cargo se jubiló poco después que el profesor de lengua, y el hecho de que el responsable de la institución se muestre reacio a hablar del tema indica a Catherine que hubo algo sospechoso en la salida de Brigstocke.

Así pues, hace un par de breves llamadas a algunos amigos —hay que tener mucha habilidad para llamar a alguien a quien hace tiempo que no se presta atención, mantener las cortesías al mínimo pero sin que el otro se moleste y, a pesar de todo, sonsacarle la información que se busca— y acaba contactando con alguien más que

dispuesto a ahondar en el caso de Stephen Brigstocke. Una madre cuyo hijo fue alumno suyo. Una madre que se enorgullece de haber liderado la campaña para echarlo del colegio.

Un hombre repugnante. Un maestro que odiaba a los niños. Y lo que es peor, el colegio lo sabía. Trataron de encubrir su incompetencia, por eso lo derivaron adonde creyeron que podía hacer menos daño; lo apartaron de los adolescentes y lo soltaron entre los más pequeños. A esta madre no hay quien la pare. Sigue estando furiosa. Lo único que les interesaba era proteger sus resultados y les traía sin cuidado el daño que ese hombre pudiera provocar en la mente y la autoestima de unos niños de siete años. Asqueroso. Completamente asqueroso.

La madre recuerda el día en que conoció a Stephen Brigstocke, sentado al otro lado de la mesa en una reunión de padres. Al hablar de su hijo se le notó realmente aburrido. Era un hombre al que, por lo visto, no le importaba lo que pensaran los demás o lo que dijera su actitud. Le daba exactamente igual. Y a la madre aquello le pareció peligroso: que todo le diera igual. Bueno, es peligroso, ¿no? Va más allá de la simple mala educación. A casi todo el mundo le preocupa, hasta cierto punto, lo que piensen los demás, ¿verdad? A él no. Catherine reconoce que debió de resultar muy alarmante. Y la madre estaba segura de que había bebido. Su marido y ella notaron que le olía el aliento. No era cosa de una simple copita de vino, sino algo más fuerte. Licor. Mostraba todos los síntomas de ser un bebedor empedernido. Había algo malo en él, muy malo. Por descontado, el colegio hizo todo lo posible para protegerlo. Cuando empezaron a surgir interrogantes sobre su forma de enseñar, le dieron una baja indefinida. Insinuaron que se debía a una desgracia personal. Su mujer había muerto y, claro, todo el mundo trató de ser comprensivo. Pero luego volvió. Debía de tener muy buena relación con el antiguo director, porque, la verdad, tendrían que haberlo echado mucho antes. Cuando leyó las asquerosidades que había escrito al corregir la redacción de su hijo, la madre se quedó totalmente horrorizada. Y su hijo no fue la única víctima. Maltrató a otros niños.

—¿Maltrató a niños? —la interrumpe Catherine.

Sí, sí. La madre está convencida de que lo que sufrió su hijo en manos de Stephen Brigstocke fue ni más ni menos que maltrato.

—A nadie le habría apetecido dejar a un hijo a solas con ese señor, de eso estoy muy segura.

—Pero ¿abusó físicamente de algún niño? —insiste Catherine.

Se hace una pausa.

—Bueno... La verdad es que me dijeron que el motivo por el que había dejado el colegio anterior era que había intimado demasiado con un chico. Dejémoslo ahí.

—¿A qué se refiere? —Catherine necesita algo más que una palabra tan fina como «intimar».

—Fue un antiguo alumno. Por lo visto, Brigstocke empezó a mostrar un interés malsano por él cuando acabó los estudios. Oí que habían tenido que amenazarlo con

una orden de alejamiento. Yo no me enteré hasta después de su jubilación, pero, para ser sincera, no me sorprendió.

—¿Y eso fue con un alumno del colegio anterior, de Sunnymeade?

—Sí, exacto.

—¿Y a usted quién se lo contó?

La madre trata de recordar.

—Una amiga —asegura—. Sus hijos iban a Sunnymeade.

—¿Sabe el nombre de ese alumno? Me gustaría hablar con él.

—Pues no. Pero seguro que puedo enterarme.

—Me sería de muchísima ayuda. Gracias. Y gracias también por haberme dedicado este rato.

Por supuesto que se lo ha dedicado. Catherine tiene una reputación sólida, todo un historial de concienciación social a sus espaldas. Es una mujer de renombre, una mujer en la que se puede confiar, una mujer cabal. Por primera vez desde hace semanas, nota la cabeza despejada, no la ciega la vergüenza. Está trabajando en una historia, reuniendo información, conociendo a su enemigo.

Finales de la primavera de 2013

Tengo su teléfono, tengo su dirección y la he visto en persona. Ha dejado de ser una simple idea en el portátil. Últimamente me dedico a merodear por la estación de metro en la que hace transbordo para ir al trabajo. En este momento estoy detrás de ella.

Nos separan varias personas y ella es más alta que yo, pero la veo por los huecos que se forman entre los hombros, entre los cuellos. Si alargase la mano, podría tocarla. Se le ha quedado el pelo metido por la parte de atrás del abrigo y lo libera con un golpe seco, luego recoloca el hombro para subirse el bolso. Está nerviosa. Eso me gusta. Pero lleva las uñas pintadas. Eso no me gusta. Me entran ganas de llorar. Es un indicio de que le da igual. De que sigue adelante como si no hubiera pasado nada. No quiero verlo. No tiene derecho al consuelo de la amnesia. Eso no puede suceder. No debería pintarse las uñas ni ir a la peluquería. No debería ocuparse de sí misma. Sabe lo que ha hecho, pero aun así considera que vale la pena cuidarse. Quiero ver esas uñas mordidas y en carne viva. Quiero ver una señal de que siente algo.

La multitud avanza cuando el metro entra en la estación, y me dejo arrastrar detrás de ella. Tengo la impresión de que floto. A ella también la empujan, pero no soy yo. Yo no la he tocado. Mira a su alrededor, pero no se fija en mí; no estoy en su campo de visión porque me saca más de una cabeza. Nancy y yo todavía no estamos preparados. Me he traído a Nancy. Sus brazos cubren los míos, y tengo el pecho donde estaba el suyo. Desde hace un tiempo llevo su chaqueta de punto casi a diario. Se abren las puertas. Sube. No se fija en el hueco y tropieza. ¿He perdido mi oportunidad? Entonces se cierran las puertas y la veo alejarse. ¿Suspira aliviada? No estoy seguro, pero desde luego debería. No ha sido esta vez. Aún no. Pero ahora conocemos su itinerario. Sabemos dónde y cuándo encontrarla.

Puedo ser un hombre muy paciente. Hace años me dediqué a la pesca. Como afición, claro. Pescaba sentado en las rocas al lado de la torre Martello. Esto es como pescar. He soltado el anzuelo y ahora me toca esperar. Esperar, sin más. Ya picará. También tengo a Geoff a la espera, preparado para echar más cebo en cuanto se lo diga. En el barrio al que se han mudado hay dos librerías, y Geoff actuará en el momento en que le dé la orden. El bueno de Geoff, qué servicial. Algo pegará un tirón, estoy seguro, y entonces arrastraré mi captura. Bueno, puede que no necesite arrastrarla, porque no será una red llena, pero da igual. Basta con que pique uno, un pez muy escurridizo. Ya me imagino el hormigueo en la mano al sentir la tensión del sedal. Quiero verle el anzuelo clavado en la garganta. Ver a mi presa jadeante. Su destino en mis manos. Un simple golpe en la cabeza con un instrumento romo. ¿O bastará con sacarla de las profundidades y verla boqueando sin aliento, con los ojos como platos, sumida en el pánico? Esa idea resulta sumamente gratificante. Un pez

fuera del agua. Un pez soltado sin miramientos en un entorno hostil. ¿Sobrevivirá? Lo dudo. Lo más probable es que la exposición repentina al aire lo mate. Los peces se ahogan, ¿no? Si los dejan demasiado tiempo fuera del agua. Entonces, primero la expondré al aire y luego puede que la remate para que no sufra.

Finales de la primavera de 2013

Catherine no habla con el «chico», sino con su madre, que resulta ser una informadora más reticente que la anterior. Aunque tarda un rato en sonsacárselo, acaba hablando. Sí, fue una época muy complicada. Y su hijo, Jamie, que ahora tiene treinta y siete años, pasó miedo. Catherine se muestra paciente, comprensiva. No quiere presionarla, de verdad. Pueden hablar en cualquier otro momento. ¿Quizá preferiría que fuera a verla un día? No, mejor ahora, por teléfono.

Stephen Brigstocke dio clase a Jamie desde los catorce años y hasta el final de la secundaria. Era buen profesor, y al chico le caía bien. Lo acogió bajo su ala y le dedicó más tiempo cuando le hacía falta, y la familia se lo agradeció. De no haber sido por el señor Brigstocke, es posible que no le hubiera ido tan bien y no lo hubieran admitido en la Universidad de Bristol. Fue algo muy importante para todos: Jamie era la primera persona de la familia que iba a la universidad. La madre recuerda el fin de semana en que lo ayudaron a mudarse. Volvieron el domingo por la noche, y ella lloró al dejar allí a su hijo. Era la primera vez que pasaba más de una noche fuera de casa. Su marido le dijo que no fuera tonta, que todo iría bien. Los dos creían que la universidad era el lugar más seguro para que empezara a vivir por su cuenta.

—Bueno, pues aquella primera semana vio al señor Brigstocke en el campus. Rondaba por allí, y Jamie pensó que sería una coincidencia, que habría ido por trabajo o que conocería a alguien. Poco después volvió a verlo. Fue a la entrada de un aula en la que tenía clase, pero cuando Jamie se acercó a hablar con él, se marchó a toda prisa como si no lo hubiera visto. Fingió que no lo había visto. Brigstocke empezó a seguir a Jamie. Se lo encontraba en el pub, paseando por el campus, al salir de clase, siempre a cierta distancia, nunca le decía nada, nunca se le acercaba, se limitaba a mirarlo. Jamie se agobió mucho. Era como si el señor Brigstocke creyera que no lo veía, como si se imaginara que era invisible. Le dijimos que tenía que contárselo a alguien, pero no quería montar un número. Y entonces, un día, al volver a su cuarto, se lo encontró sentado en la cama. Le había dicho a un compañero que era su tío. Según Jamie, no hacía más que repetir lo mismo una y otra vez: que tenía que aprovechar la universidad al máximo, que no podía perder el tiempo. Siempre lo mismo. Jamie se asustó. Aquel hombre estaba chalado, como una cabra. Al final mi hijo tuvo que inventarse que había quedado con alguien, fue la única forma de deshacerse de él. Hubo muchas cosas de las que nos enteramos después; no nos las contó Jamie, sino uno de sus amigos. Él nunca quería hablar del tema con nosotros. Ese amigo nos dijo que Jamie sospechaba que Brigstocke había registrado sus cosas aquel día en su cuarto. Sus cosas personales, quiero decir. Lo había removido todo. No nos enteramos hasta mucho después. De haberlo sabido... Bueno, mi marido

habría ido a verlo de inmediato para darle su merecido.

—¿Qué hicieron?

—Quisimos informar a la policía, pero Jamie no nos dejó. Mi marido habló con la universidad y le dijeron que estarían atentos. Durante un tiempo no pasó nada. Luego, una noche, cuando Jamie estaba acostado, se presentó Brigstocke. Empezó a aporrear la puerta, quería que le abriera. Decía que había perdido el último tren y quería dormir en el suelo del cuarto. Vamos, que había perdido la cabeza por completo. Otro alumno, un amigo de mi hijo, lo ayudó a sacarlo de allí.

—¿Y esa vez sí intervino la policía?

—No, no, Jamie no quiso y tampoco nos dejó llamar a nosotros cuando nos enteramos. Pero su compañero nos dijo que él le había dejado las cosas claras a Brigstocke. Después de aquello ya no volvió. Nosotros fuimos en cuanto pudimos. El amigo de Jamie nos contó que Brigstocke se había puesto a gimotear delante de la puerta, a aporrearla sin parar pidiendo que le dejara entrar, y que él había tenido que llevárselo a rastras. Jamie estaba hecho polvo. El que lo sacó de allí fue el amigo. Le dio cuatro manotazos; en fin, no tuvo más remedio. Decía que estaba loco, que lloraba como un crío. Jamie nunca nos contó nada de eso. El señor Brigstocke le caía muy bien, lo admiraba.

—Gracias, señora Rossi, muchas gracias. ¿Cree que Jamie accedería a hablar conmigo?

—Huy, de ninguna manera. Se pondría hecho una furia si supiera que le he contado todo esto. A pesar de la de años que han pasado. Se cerró en banda; no lo menciona nunca. A veces sospecho que... bueno, que tal vez pasó algo antes de que fuera a la universidad. Es que Brigstocke estaba obsesionado con mi hijo.

—¿A qué se refiere? ¿Sospechó de algo mientras Jamie era alumno de Brigstocke?

—No lo sé. No lo sé... No, no, la verdad es que no. No estoy segura. Jamie confiaba en el señor Brigstocke. Sacó muy buenas notas gracias a él. Pasaban mucho tiempo juntos.

—Mire, le voy a dejar mi teléfono y, si cree que Jamie tiene ganas de hablar conmigo, llámeme, por favor. Es posible que no sea el único chico que despertara el interés de Stephen Brigstocke.

Ha sido una buena jornada de trabajo. Productiva. Catherine va completando un retrato de Stephen Brigstocke, y no es muy bonito que digamos. Eso la anima, se siente un poco más segura. No es la única que esconde algo. Está a punto de irse cuando Kim le da un papel con la dirección y el número de teléfono que esperaba.

No tiene prisa por volver a casa. Robert le ha dicho que llegará tarde, así que se lo toma con calma, se baja en la parada de metro anterior y decide cubrir el resto del trayecto dando un paseo. Hace una buena tarde. Pasa por la librería del barrio y se detiene a ver el escaparate. Está lleno de tentaciones, de cosas con las que quitarse el

mal sabor de boca. Está cruzando el umbral cuando oye que la llaman desde la acera de enfrente. No tiene ganas de encontrarse con nadie, siente que la librería la atrae, que la arrastra hacia sus estantes, pero la voz repite su nombre, ya más cerca, junto a su hombro.

—¡Catherine!

Se vuelve para encontrarse con una sonrisa de oreja a oreja, la de una amiga que no veía desde hacía tiempo.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Bien, todo bien. ¿Qué haces?

—Pues estaba a punto de entrar a comprar un libro... Tengo que hacer un regalo de cumpleaños.

¿Por qué miente?

—Venga, vamos a tomar algo. Va, una copita de vino...

Su amiga es persuasiva. Luce el sol. Robert volverá tarde. Pueden sentarse en una terraza, tomarse un vino, fumarse un cigarrillo. Acaba cediendo y se deja llevar.

Aún es de día cuando llega a casa. Sin embargo, baja los estores y enciende la luz. Robert todavía tardará una hora. El silencio del piso permite que Stephen Brigstocke vuelva a entrar en su cabeza. Lo había mantenido a raya durante un rato: la compañía de su amiga y la copa de vino la habían ayudado a expulsarlo, pero ya ha vuelto a colarse. Tiene el papel con su teléfono en la cartera. Lo saca, lo mira, y luego lo marca en el móvil. El pulgar planea sobre la palabra «Llamar». ¿Qué va a decirle? Tiene la boca seca. ¿Y si empeora las cosas? No sabe qué decir. ¿Qué quiere Brigstocke? ¿Por qué no la ha llamado? Quizá no ha vuelto a aquel piso desde que ella metió la nota por el buzón. Quizá no tiene su teléfono. O quizá sí, y ha decidido no utilizarlo. Puede que no quiera hablar con ella. Entonces, ¿qué quiere? Le mandó el libro —lo escribió— para que ella lo leyera. Y lo ha leído. Tiene que decírselo. Pero también se lo mandó a Nicholas. ¿Sería solo para que ella se enterase? A Nicholas no le puso ninguna nota; con una nota podría habérselo hecho entender todo, pero no lo hizo. Sí, era una advertencia para ella: para dejarle claro que sabe quién es su hijo, dónde está; una amenaza. Catherine tiene que decirle que ha leído el libro. De eso se ve capaz. Pero ¿querrá también una disculpa? ¿Que le pida perdón? ¿Que reconozca su culpa? Eso es pedir demasiado. Pero algo sí que puede darle. Puede tenderle una mano, al menos, si con eso la deja en paz. Sí, está dispuesta a ceder un poco. Sería mejor escribirle que hablar con él. Una conversación telefónica podría irsele de las manos. Además, Brigstocke no la creería. Será mejor redactar algo y mandárselo. Borra el número de la pantalla y vuelve a guardar el papel en la cartera.

Levanta la tapa del portátil y entra en la página web de *Un perfecto desconocido*. Ha perdido la cuenta de las veces que la ha visitado. En ella nunca cambia nada.

Clica en «Críticas». Debe ir con cuidado. Con mucho cuidado. Su mujer le dijo que había muerto. Su propia mujer negó su existencia. No se fiaba de él. Catherine tiene que ir con pies de plomo. Ese señor es un enfermo. Ya ha demostrado lo retorcido que es. Escribe las palabras como de puntillas: «En las entrañas de este libro hay un dolor innegable. No es habitual que una obra de ficción provoque emociones tan intensas en el lector.» ¿Debería firmar con su nombre? No, demasiado arriesgado. Nadie tiene que relacionarla con ese libro, y si la buscaran en Google podría aparecer también ese comentario. De todos modos, Brigstocke tiene que saber que ha sido ella, así que escribe «Charlotte», el nombre que le ha puesto en la novela, y luego le da a «Enviar».

Principios del verano de 2013

Ahora duermo de día y paso la noche despierto. Me gusta la oscuridad. No estoy solo. Me acompaña Nancy y también tengo el portátil. Es mi mascota. Lo utilizo para hacer la compra y es como mandar al perro a recoger el periódico: me traen las bolsas hasta la puerta. Qué cachorrillo tan listo. Pido sobre todo conservas. Como en la guerra. Carne enlatada. Pollo en salsa. Pero da igual lo que coma, todo me sabe igual, porque hay otro sabor omnipresente en mi boca; aunque me lavo los dientes hasta que me sangran las encías, no consigo eliminarlo. Lo agria todo. Y hoy es especialmente intenso.

He leído una crítica. ¿Es un aperitivo? A estas alturas debe de saber que Nancy está muerta, así que se dirige a mí. Algo tira del sedal. «En las entrañas de este libro hay un dolor innegable. No es habitual que una obra de ficción provoque emociones tan intensas en el lector.» Y firma como «Charlotte». ¿Es una forma de reconocer su culpa? Pero cuanto más lo leo, más claro me queda lo que es en realidad. «... emociones tan intensas...». No dice qué «emociones» son esas. ¿Una repugnancia intensa? ¿Un asco intenso? Quiero precisión, no sensaciones vagas. Quiero vergüenza, miedo, terror, remordimiento, una confesión. ¿De verdad es pedir demasiado? Ese comentario ridículo me toca las narices. Está escrito con mucho cuidado: con cuidado de no pedir perdón, con cuidado de no aceptar su responsabilidad. Tendría que haberme imaginado que trataría de escaquearse. ¿Cómo se atreve a suponer que esas palabras vacías, redactadas con tanta maña, podrían bastar? Aun después de todos estos años, la señora Catherine Ravenscroft, documentalista de renombre, madre de Nicholas, el vendedor de aspiradoras, sigue retorciendo el cuchillo con sus uñas pintadas y su crítica sibilina. Se ha equivocado al creer que esas dos frasecitas de nada podían satisfacerme. Me han provocado. Son un insulto. No me interesa que acuse recibo de mi dolor. Es demasiado tarde para eso. Tiene que sentirlo, saber cómo es. Solo entonces lo entenderá. Tiene que sufrir como yo he sufrido.

Principios del verano de 2013

Catherine se despierta. No recuerda haber conciliado el sueño, pero la cabeza le dice que ha dormido un buen rato. Tiene los ojos legañosos. La cama está vacía y la luz se cuela por debajo del estor. Se deja caer de nuevo sobre la almohada. El sol calienta la habitación. Debe de hacer bueno. Son más de las diez. Robert se ha ido hace horas. Se imagina lo contento que ha debido de ponerse al verla dormir a pierna suelta.

Anoche Robert le dijo que tendría que irse pronto a la oficina. Hacía muchísimo tiempo que no le contaba nada del trabajo. Ella había estado demasiado ensimismada, pero ayer por la noche él se desahogó: había dejado que se le acumularan los casos, estaba desbordado. Ella sabía que Robert odiaba no controlarlo todo; tenía la necesidad de ir un paso por delante para sentir que llevaba las riendas. En caso contrario, se ponía... Bueno, histérico no, pero desde luego sí muy nervioso. Era abogado: la gente confiaba en él para que solucionara problemas.

Se quedaron levantados hasta tarde, charlando, y por primera vez en una eternidad Catherine tuvo la impresión de estar presente. Se quedó boquiabierta cuando él le contó que la organización benéfica para la que trabajaba tenía que someterse a una investigación de la Comisión del Tesoro del Parlamento, que sospechaba del destino que habían dado a las subvenciones públicas en determinados proyectos.

—¿Ha habido algo sospechoso? —preguntó ella.

—No, no, solo incompetencia.

—¿Tendrás que comparecer?

—No, aunque sería lo más fácil —contestó Robert—. Tengo que encargarme, no sé cómo, de que los directores no parezcan delincuentes, sino simplemente payasos incompetentes con buenas intenciones.

—Tienen suerte de contar contigo —dijo Catherine, y le cogió la mano.

Cuando se conocieron, Robert trabajaba de abogado en el Ministerio del Interior. Tenía casi treinta años —ella, veintidós—, pero la timidez lo hacía parecer más joven. Catherine trabajaba en un periódico. Era su primer empleo. Era ambiciosa, igual que él. Los dos estaban decididos a llegar lejos y los dos iban bien encaminados. Recuerda cómo la sorprendió su franqueza: era tan espontáneo que le despertó el instinto de protección. El día que se conocieron, Robert le dijo que tenía «ambiciones políticas». Utilizó esas palabras, un poco cohibido, como pidiendo disculpas. Catherine lo animó a hablar. Fue la primera de las muchas conversaciones «extraoficiales» que mantuvieron en un pub de Stoke Newington, un territorio neutral donde era poco probable que entrara alguien del trabajo del uno o de la otra. Robert era miembro del Partido Laborista desde la universidad; ella lo había sido, pero había dejado de pagar las cuotas. Él no. Tenía la esperanza de que lo eligieran como

candidato a la Cámara de los Comunes; habría sido uno de los más jóvenes de la historia. No había llegado a suceder, pero Catherine sabía que no había perdido la ilusión. Anoche hablaron de ello. Él sonrió, contento de que su mujer hubiera sacado el tema, pero negó con la cabeza.

—Qué va, ahora no —aseguró.

—Yo te apoyaría, ya lo sabes, si es lo que quieres.

Fue un alivio pensar en alguien que no fuera ella misma. Lo considera un síntoma de su recuperación y se incorpora para sentarse recostada sobre las almohadas.

Hace casi una semana que mandó la crítica y el instinto le dice que hizo bien. Stephen Brigstocke necesitaba ese reconocimiento. Ahora ya sabe que Catherine es consciente de lo que ha sufrido. A ella también la ha ayudado, o eso cree. Quizá por eso duerme mejor. Escribir aquellas palabras la obligó a pensar en el dolor de ese hombre, no solo en el suyo propio. No puede declararse responsable, pero sí empezar a entender qué lo empujó a cometer tal acto de odio premeditado. Sí, le ha venido bien pensar en ello. Quizá así los dos hayan recuperado cierto equilibrio, cada uno a su manera.

Se levanta y sube el estor. Hace un sol espectacular. No le apetece ir al despacho; llamará para decir que se queda a trabajar en casa. Baja la escalera y prepara té; luego se sienta a la mesa con el portátil. Abre la página de *Un perfecto desconocido*. Su crítica sigue allí, pero no se ha añadido nada. Una imagen de la cubierta del libro flota en una esquina de la pantalla, y Catherine siente una punzada de rabia en las tripas al recordar su invasión. Cierra la página. No volverá a mirarla.

Principios del verano de 2013

Se ha hecho de día. No me he acostado en toda la noche. No me apetece desayunar. Son las diez de la mañana, según el portátil, y estoy agarrotado de tanto rato como llevo sentado en la silla. Tengo que moverme. Supongo que estoy un poco «acelerado». Demasiado tiempo delante de la pantalla. No es algo habitual en alguien de mi edad. Tres pasos hasta la ventana y descorro las cortinas. Hace un día maravilloso. No tenía ni idea. Me quedo parpadeando, como si me hubiera plantado delante de los faros de un coche en plena e. Es el día ideal para salir de casa.

He hecho copias de las fotos a partir de los mismos negativos que utilizó Nancy hace tantos años. Casi esperaba una nota desagradable del laboratorio, pero no, solo recibí las fotografías recién reveladas en papel brillante. Me pongo la americana fina de verano y me meto el sobre en el bolsillo. Sí, es el día ideal para salir de casa.

Siempre que piso una de las hermosas plazas de Londres, me arrepiento de no haber hecho el esfuerzo de ir más a menudo. Qué estimulante resulta. Y Berkeley Square es una joya. No lo esconde en absoluto, es muy consciente de su valor y hace alarde de él con descaro. Aquí es donde hay que venir si se tiene intención de comprar un Rolls-Royce. No es mi caso, evidentemente, y tampoco el de los individuos con los que comparto la plaza este mediodía, por lo que parece. Cierro los ojos, dirijo la cara hacia el sol y durante una décima de segundo me alegro de estar en este mundo. Aquí sigo, vivo y con ganas de colear. Pero primero me termino el bocadillo, feliz de formar parte del club de los que almuerzan al aire libre. Siento un espíritu de camaradería entre mis correligionarios y yo; algunos estamos en un banco, otros tumbados en la hierba o sentados encima de la chaqueta. Nadie conoce a los demás, aunque la compañía mutua nos relaja: tenemos la suerte de compartir este espacio verde exuberante con esos viejos plátanos, los únicos seres vivos más longevos que yo en esta plaza. Estrujo el papel del bocadillo y lo tiro a la papelera, cuya presencia valoro, valoro la seguridad que me da verla ahí todavía, que no la hayan retirado por miedo a que alguien meta una bomba dentro. Aquí no hay peligro. Mientras cruzo la plaza saco el sobre del bolsillo y compruebo la dirección. El número 54 de Berkeley Square.

Han derribado una parte de la fachada del número 54 y la han sustituido por cristal, por lunas de cristal gigantescas, como si alguien hubiera obligado al edificio a abrir la boca y le hubiera encajado esas lápidas resplandecientes para impedir que vuelva a cerrarla. Un edificio que trata de reprimir las arcadas de forma permanente. Es una mueca humillante para una fachada que en su día fue noble. Cruzo el semblante boquiabierto, y me presento a una jovencita sentada tras un mostrador y le entrego el sobre con una sonrisa.

Principios del verano de 2013

Catherine decide pasar el día disfrutando de su casa. Envía un mensaje de texto a Robert, le dice que se ha tomado el día libre y le pregunta qué tal va todo. «Bien. Llego a las 7», contesta. Catherine le manda tres besos. Esta noche preparará una cena decente. Habrá una botella de vino blanco fresquito, habrá comida condimentada con especias frescas y habrá dos personas que disfrutarán la una de la otra. Sigue prefiriendo la compañía de Robert a la de cualquier otra persona, no hay nadie con quien le apetezca más cenar, nadie cuya opinión respete más. Recuerda la noche, hace unas semanas, en que estuvo a punto de contárselo todo. Se reprimió, gracias a Dios. Robert cree que el fuerte es él, pero no es cierto, y el matrimonio es delicado, no solo el suyo, sino todos. Hay que mantener un equilibrio, y Catherine cree que lo ha conseguido, que ha logrado que el suyo siga su curso.

Robert no soporta los enfrentamientos. Casi nunca lo ha visto enfadado, ni siquiera con Nicholas, ni siquiera cuando más los ponía a prueba. Siempre era ella la que levantaba la voz, nunca él. Robert era el que limaba asperezas. Aunque a veces eso la molestaba y se sentía ninguneada, entiende por qué lo hacía. Si Nick no podía o no quería hablar con ella, al menos sabía que podía recurrir a su padre.

Robert es hijo único y sus padres siempre estaban a la greña, por lo que se convirtió en un experto mediador. Catherine sufría al pensar que su hijo y ella necesitaban que alguien mediara entre ellos, pero a veces era cierto. Culpa suya, lo reconoce. Nunca se vio capaz de llegar a él como le habría gustado. Era como si Nicholas malinterpretara su voz, su tono, sus gestos. No le costaba nada enfadarse con Catherine, que con el tiempo empezó a cohibirse delante de él. Nada resultaba natural. No siempre había sido así, pero desde luego lo fue a partir de la adolescencia. Nunca ha dudado de su amor por Nicholas, pero el vínculo que los unía parece haberse erosionado. Quizá las cosas habrían sido distintas si hubieran tenido otro hijo.

Se le hace difícil pensar en esas cosas; por lo general las evita, pero, ahora que Nicholas se ha ido de casa, Catherine se permite albergar la esperanza de que tal vez la distancia y el espacio los ayuden a verse el uno al otro con una perspectiva mejor.

No recuerda haber tenido ganas de ir al supermercado, pero hoy le apetece. Le gusta poder concentrarse en la mecánica de la vida cotidiana y se deleita en esa experiencia. Coge un manojo de perejil cuyos largos tallos se desploman en su mano y lo pone en el carrito. Compra alimentos frescos, cosas que, si no se las comen pronto, se pudrirán y olerán mal y le recordarán que está volviendo a perder el control.

La tarea rutinaria de guardar la compra le da tanto placer como el supermercado. Algo tan corriente e ingrato es todo un lujo cuando uno se ha sentido como se ha

estado sintiendo Catherine. Se recrea en el humilde placer de sacar la comida de las bolsas y colocarla: todo tiene su sitio y ella es quien se encarga de que lo ocupe.

Apenas son las cuatro, aún faltan horas para que tenga que ponerse a cocinar. Va a la sala de estar y se tumba en el sofá. Como un gato, languidece en el único punto soleado de la sala. Cierra los ojos, aunque no está cansada, simplemente relajada. Y entonces hace algo que lleva semanas sin hacer. Coge un libro y se pone a leer. Es un libro sin peligros —ya lo ha leído— y se recuesta en el sofá para desaparecer entre sus páginas.

A las seis se sirve una copa de vino y llama a su madre. Nunca se salta esas conversaciones semanales, aunque en los últimos tiempos han sido apresuradas, menos atentas, y su madre se merece algo más.

—¿Mamá? ¿Cómo estás? ¿Qué tal la semana?

—Estupenda, cariño. Tranquila, ¿sabes? Pero muy bien. ¿Cuándo volvisteis de las vacaciones?

Catherine vacila, no sabe si corregirla o no; no se han ido de vacaciones desde el verano pasado. En los últimos tiempos su madre ha empezado a confundir fechas y horas.

—Hace muchísimo que volvimos, mamá. Nos hemos visto un montón de veces desde entonces.

Trata de ser amable y no alarmarla. No hay por qué alarmarse, de momento. Su madre encoge el tiempo, pero recuerda otras cosas a la perfección. Catherine la dirige:

—Oye, ¿fuiste a ver al bebé de Emma?

La prima menor de Catherine acaba de tener un tercer hijo.

—Sí, vinieron a buscarme. Son encantadores. La criatura es preciosa. No para de sonreír. ¿Y Nick qué tal? ¿Todavía está contento en el trabajo?

—Sí, le gusta, le gusta de verdad.

—Qué alegría. Es un muchacho muy listo.

Nick y su abuela siempre se han llevado bien. Cuando nació, la madre de Catherine se fue a vivir con ellos durante unas semanas para echar una mano. Aquello despertó en su hija un respeto inesperado. Ayudaba a cuidar al bebé, pero también se ocupaba de Catherine y de Robert. Cocinaba, les hacía de canguro, les dejaba echarse la siesta por la tarde, les daba lo que consideraba que necesitaban. En ningún momento se hizo la mártir y nunca le dijo a Catherine cómo hacer las cosas, se limitaba a ofrecer su apoyo y su cariño.

—Siento no haber ido a verte últimamente, mamá. He estado muy liada con la mudanza y demás. Montemos una comida un domingo de estos, y que venga también Nick. Iré a recogerte.

—No hace falta que vengas, Catherine, puedo coger el autobús.

—Bueno, ya veremos, mamá.

La última vez que la anciana trató de coger el autobús no supo dónde bajar, se

puso nerviosa y se quedó en su sitio hasta que volvió a la terminal. Catherine es consciente de no acaba de hacer frente al lento declive de su madre; aún no tiene nombre, pero va asomando la cabeza poco a poco. Se ha encargado de buscarle una asistente que va a su casa dos veces por semana y le echa una mano con la limpieza y la compra. Le gusta saber que hay otra persona pendiente de ella.

—Bueno, tengo que ponerme a hacer la cena, mamá. Hasta pronto. Muchos besos.

—Lo mismo digo, cariño. Cuídate mucho.

A las siete manda un mensaje de texto a Robert para avisarlo de que la cena estará lista a las siete y cuarto. Pone música, se permite subirla, se permite servirse otra copa de vino, se permite sentirse en casa.

A las nueve Robert todavía no ha llegado. Catherine se preocupa. No le ha contestado a las llamadas ni a los mensajes. No le pega ser tan desconsiderado. Dejarla plantada sin más. Se le hace un nudo en el estómago. Le deja un mensaje a Nicholas, le pide que la llame si sabe algo de su padre, pero tampoco le contesta. Está empezando a ensayar lo que va a decirle a la policía, cuando por fin Robert le manda un mensaje. Se le ha complicado el trabajo. Ni una disculpa. Ni un beso. Mierda, mierda. Está enfadada. Joder. Coño. No se ha acordado para nada de ella.

Principios del verano de 2013

Catherine se equivoca. Robert no ha hecho otra cosa que pensar en ella. Durante horas. Inmóvil. Sentado a su mesa cuando todos los demás ya se han marchado, con la cabeza en plena efervescencia, llena de pensamientos que tienen que ver con su mujer. El paquete se ha quedado toda la tarde sobre el escritorio, sin abrir, pero entonces, cuando estaba a punto de salir, lo ha cogido.

Ya estaba poniéndose la americana, listo para ir a casa con Catherine, cuando lo ha abierto. Al igual que ella, tenía muchas ganas de pasar una noche en pareja, y en eso estaba pensando al rasgar el sobre. Ha fruncido el ceño y ha sacado unas fotografías que ha dispuesto como un abanico, sin pensar, sin acabar de darse cuenta de lo que tenía delante. Las ha mirado de reojo. El paquete contenía algo más. Un libro. El que había quemado Catherine. *Un perfecto desconocido*, de E. J. Preston. Lo ha abierto por la primera página: «Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia...»

Y entonces se ha sentado y se ha quitado la americana.

Ha vuelto a mirar las fotografías, esta vez prestando mucha atención, estudiándolas una tras otra. Treinta y cuatro en total. Ha cogido el sobre marrón en el que han llegado y también lo ha estudiado. No ha reconocido la letra. «Entregado en recepción», decía en una esquina, y el nombre de Robert estaba escrito a mano con pluma estilográfica; no con un bolígrafo, sino con una pluma cargada con tinta azul marino. Entonces se ha levantado para alcanzar a su secretaria antes de que se fuera.

—¿De dónde ha salido esto? —le ha preguntado.

Su tono la ha cogido por sorpresa y la chica ha dejado lo que estaba haciendo.

—Alguien lo ha entregado en recepción.

—¿Quién?

—Voy a preguntar —le ha contestado, y ha descolgado el teléfono con Robert de pie a su lado—. Ha sido un señor. Un señor mayor. Lucy dice que le ha dado el sobre y le ha dicho que era para ti. No ha añadido nada más. Dice que... Bueno, que no tenía muy buena pinta. Parecía un vagabundo, pero era educado y no se ha quedado merodeando: le ha dado el sobre y se ha ido.

—Gracias, hasta mañana —la ha despachado Robert.

Él sigue sentado a su escritorio, con las fotografías desplegadas ante él como un collage de David Hockney: imágenes pequeñas combinadas para formar una mayor. Lo malo es que Robert no sabe qué es esa otra imagen. A quien ve es a Catherine. A Catherine en una playa toqueteando los lazos laterales de su biquini rojo mientras Nicholas, a su lado, sonrío a la cámara. A Catherine dormida, relajada. En otra sale recostada sobre un brazo, con los pechos bien juntos, preciosos, desbordándose por la parte de arriba del biquini y el rostro sonriente apoyado en la mano. ¿A quién sonrío?

Catherine y Nicholas sentados en la orilla, él mirando al mar, ella directamente a la cámara. Derrocha sensualidad, con el niño, que entonces tenía cinco años, sentado a sus pies.

Las fotografías fueron tomadas a lo largo de varios días; no uno solo, sino bastantes. ¿Serían muchas? Trata de recordar. Nicholas sale en la mayor parte de las de la playa. Pero hay otras en las que no se ve al niño. ¿Estaría allí, al fondo? No podía andar muy lejos. ¿Estaba en la misma habitación? ¿En la de al lado? ¿Solo? ¿Dormido? ¿Qué vio? ¿Qué oyó? En esas otras imágenes Catherine lleva ropa interior, no un biquini. Bragas y sujetador. Nada que ver con un biquini. Encaje. Los tirantes caídos. Los pezones asoman, nítidos, por debajo del encaje. Bragas, no la parte de abajo del biquini. No son tan resistentes, sino diminutas, frágiles. Bajo el agua no se quedarían en su sitio. Robert las reconoce: se las compró él para aquellas vacaciones. Catherine tiene la mano metida por dentro de las bragas y la cabeza echada hacia atrás, como si mirara algo en el techo, aunque es evidente que no está mirando nada. Se ha trasladado a otro mundo, ha llegado a un lugar que la ha hecho abrir los labios y cerrar los ojos. Perdida en un espacio propio y exquisito. Pero no está sola, hay alguien con ella. Un testigo mudo y agradecido. Invisible. Excepto en una fotografía. Un desliz. Una sombra en el borde del encuadre.

Robert se alegra de estar solo; se alegra de que no haya testigos de sus lágrimas. La conmoción inicial al ver las fotografías ha dejado paso a un dolor que lo traspasa como una hoja de acero y lo abre en canal desde la coronilla hasta el estómago. Siente que se le escapan las entrañas por el tajo. Al escribir a Catherine para decir que se le ha complicado el trabajo le han temblado los dedos. Solo se ha visto capaz de mandar un mensaje de texto. No puede hablar con ella, aún no. No podría soportar la conversación que, sin duda, deberán mantener en algún momento, pero no ahora.

Quiere creer que es un error y, sin embargo, no puede negar lo que ven sus ojos. Es ella. A todo color; en primer plano. Casi puede percibir el olor de su cuerpo, como si brotara de esas copias en papel brillante. Las imágenes hablan por sí solas; imágenes que son nuevas para él, pero que contienen detalles que reconoce. La ropa interior. La eligió él, igual que el biquini. La cara de Catherine es la misma, más joven, pero la misma, pero la expresión de su rostro no le resulta familiar. Y eso le duele, le duele mucho. Nunca ha visto ese abandono total en su gesto. Es Catherine y, al mismo tiempo, no es su mujer. El lugar también lo reconoce. España en... ¿Cuándo fue? ¿En el 91? ¿El 92? Un pueblo de playa en España. Unas vacaciones de verano para los tres. Y entonces siente más rabia y lo agradece: deja que esa sensación ahogue el dolor unos instantes. Recuerda que se perdió parte de esas vacaciones. Tuvo que volver antes y dejó allí a Catherine y a Nicholas. Surgió un caso, algo que debió de parecerle importante en aquel momento, pero que ahora queda reducido a una nimiedad por el hecho más importante de que lo apartó de su mujer y de su hijo.

Puede que Catherine no parezca su mujer en las fotografías, pero Nicholas es su hijo, sin duda alguna. Esa sonrisa. Ese cuerpo esbelto. Ya no está recordete como

cuando era un bebé. Ya se ha convertido en todo en un muchachito. Todo él articulaciones, rodillas huesudas, codos puntiagudos. El atisbo de niño en constante movimiento, con una curiosidad desbordante. Al ver a su pequeño la rabia se le dispara. ¿De qué fue testigo Nicholas? ¿Qué llegó a ver? ¿Qué llegó a comprender? El pobre crío no debió de tener elección. No podía volver a Londres. No podía pedirle a su papá que fuera a buscarlo.

Robert se esfuerza a pensar en el regreso de Catherine y Nicholas tras aquel viaje. Fue poco después cuando Catherine anunció que quería volver a trabajar a tiempo completo. Lo recuerda muy bien. Fue inesperado. Robert había dado por sentado que se quedaría en casa un tiempo más y que luego buscaría algo a media jornada. No era por el dinero; él ganaba más que ella, bastaba para mantenerlos a ambos. Aquel cambio lo molestó, pero no dijo nada; disimuló sus sentimientos porque ponía las necesidades de Catherine por delante de las suyas. No habló de su desilusión con nadie. Se traga la flema que se le ha acumulado en el fondo de la garganta. Catherine le contó que estaba deprimida, que echaba de menos el trabajo. No lo dijo, pero él veía que ser madre no la llenaba; ponía sus necesidades por delante de las de su hijo. Igual que él. Él también ponía las necesidades de Catherine por delante de las de Nick. Y en realidad no tuvo nada que ver con el trabajo, sino con la aventura que había tenido durante las vacaciones.

Lo que la deprimía era su matrimonio, no el hecho de estar en casa. Robert contempla las fotos diseminadas por la mesa. Durante aquel viaje, Catherine encontró algo más apasionante. Joder, qué ingenuo ha sido. El otro día, cuando la pilló quemando el libro, tendría que haberla presionado. Catherine estuvo a punto de contárselo, se lo habría contado si él hubiera insistido. Pero no lo hizo, claro. Se lo puso en bandeja, como siempre. Por eso no dormía bien por las noches, joder, por eso ha estado tan ensimismada: la han descubierto. No era porque Nick se hubiera ido de casa ni porque se sintiese culpable: Nick y él le importan una puta mierda. No, la han descubierto, eso es lo que le pasa. Alguien ha descubierto una aventura que tuvo hace años. Una aventura que tuvo delante de las narices de su hijo. Joder.

Pobre Nicholas, atrapado en España con su madre y ¿con quién más? ¿Quién estaba con ellos? Su madre con un desconocido; a saber qué vio el niño, con apenas cinco años. ¿Un perfecto desconocido? Escarba en la memoria en busca de alguna conversación que pudiera haber tenido con Catherine a su vuelta, algo que tal vez le dé una pista. Lo único que recuerda son frases inocuas: «Te hemos echado de menos», «Sin ti no ha sido lo mismo». Coño, eso está claro.

¿Y Nicholas? ¿Dijo algo en lo que Robert pudiera haberse fijado? ¿En lo que debería haberse fijado? ¿Hubo algún cambio en la conducta del niño? ¿Se volvió más introvertido? No recuerda que Nick mencionara nada de nada. Pero sin duda habría hecho algún comentario: «El amigo de mami hizo tal cosa...» o «Conocimos a un señor muy simpático...» o «Mamá hizo un amigo». No recuerda que su hijo dijera nada relacionado con los días que pasó en la playa a solas con su madre. Y con un

desconocido. Porque ¿lo era de verdad? ¿O el niño lo conocía? Lo preocupa que no dijera nada. No es normal que los críos se callen. Eso solo sucede cuando esconden algo, algo que no puede contarse.

El móvil suena. Un mensaje de Catherine: «Podrías habérmelo dicho antes.» Esta vez sin besos. No le contesta. No quiere hablar con ella, ni siquiera por escrito. Pero con su hijo sí que tiene que hablar. Tiene que verlo. Al recordar al Nicholas de las fotografías y pensar en cómo es ahora, ya crecido, la discrepancia salta a la vista. En el joven de veinticinco años poco brillante y bastante perdido de hoy no hay ni rastro de aquel niño que era como un terremoto. La adolescencia apagó a aquel niño, hizo que se esfumara, y luego ya no se recuperó. Robert siempre se ha preguntado por qué. ¿Por qué dejó de estudiar? ¿Por qué estaba tan poco motivado? Y su madre no decía nada. Bueno, tal vez esta sea la razón. Tal vez el pequeño Nick vio y oyó cosas que no debería haber visto y oído. Y tal vez ahora Robert tenga la clave para descubrir qué sofocó la chispa de su hijo.

—¿Nick? Hola, soy papá.

—Hola —saluda su hijo, algo apagado.

—Oye, ¿has cenado?

Robert infunde entusiasmo a su voz.

—Eh... No.

—Bueno, pues paso a buscarte y te saco por ahí. Aún estoy en el trabajo y me muero de hambre... —A pesar del titubeo de Nicholas, su padre insiste—: Algo rapidito. Podemos ir al pub de al lado de tu casa. Me pillas de camino.

—Por cierto, mamá te está buscando.

—Ya he hablado con ella, no te preocupes —miente—. Nos vemos dentro de quince minutos.

En la puerta del edificio de Nicholas hay cuatro timbres, tres con nombres escritos a mano y uno en blanco. Robert llama al de arriba, el que no tiene nombre. No había vuelto desde que Catherine y él lo ayudaron a mudarse, hace tres meses. Se lo imagina bajando los cuatro tramos de escalera. Cuando por fin abre la puerta parece agotado.

—¿Qué? ¿Vamos? —pregunta Robert con una sonrisa, compensando en exceso la falta de entusiasmo de su hijo.

—Aún no estoy listo.

—No pasa nada. Subo y espero.

Sigue a Nicholas, conteniéndose para andar con paso pesado como él, y se fija en sus pies descalzos, con las plantas sucias; en el correo desperdigado por el suelo del recibidor; en la moqueta, llena de manchas y quemaduras de cigarrillo. Lo espera en la sala de estar, pero se asoma a la cocina y se fija en el fregadero repleto de platos sucios, en la sartén ennegrecida del fogón, en el cubo de la basura que rebosa cartones de zumo y de leche, y restos de comida. «¿Qué puede esperarse de un piso

de estudiantes?»), reflexiona. Claro que Nick es el único que no estudia. Los demás han salido y huele que apesta a marihuana. Robert espera que sea de ellos, no de su hijo. Cruza los dedos para que no haya vuelto a fumar porros, pero no quiere arriesgarse a que Nicholas se enfade, así que no dice nada.

—¿Listo? —pregunta.

Abre la puerta del dormitorio y el alma vuelve a caérsele a los pies. Calzoncillos, platos, vaqueros, tazas, todo revuelto y asqueroso. El edredón está amarillento en un extremo, allí donde la cara de Nicholas se ha restregado contra la tela. Su hijo está sentado en la cama poniéndose los calcetines. Robert lo observa introducir los pies con esfuerzo en los zapatos negros sin cordones que se pone para ir a trabajar y siente otro arrebato de rabia contra Catherine. Es culpa suya. Fue ella la que ahuyentó a Nicholas. Catherine lo convenció de que al chico le iría bien ser independiente. La bombilla que cuelga del techo ni siquiera tiene pantalla. Se le hace un nudo en la garganta. Ve el móvil que Nicholas tenía de pequeño colgado de un gancho pensado para otra cosa: las frágiles alas de papel de los aviones están aplastadas contra la pared, no tienen sitio para flotar con libertad.

—Vamos, tío. Andando —dice, y sonrío con entusiasmo.

Está decidido a acabar la noche sin desmoronarse.

Padre e hijo. Una botella de vino tinto. Dos filetes con patatas fritas. Robert ha convencido a los de la cocina para que les sirvan aunque estaban a punto de cerrar. Un padre cariñoso que se arrepiente de no haber hecho esto antes. Se arrepiente de no haberlo convertido en una costumbre. Pregunta a Nicholas por su trabajo, pero solo escucha las respuestas a medias. Aprendiz de dependiente en John Lewis no es el empleo que Robert y Catherine querían para él, pero, de todos modos, Nicholas consigue hablar del tema lo suficiente para convencer a su padre de que las cosas le van bien. Se anima en cuanto come un poco. Tenía un hambre canina. Habla de los días de formación y de las ventajas de los trabajadores de la casa. Pero... ¿de verdad quiere dedicarse a eso? ¿Le basta? ¿Le gusta vivir en ese cuchitril?

—Bueno, ¿y qué tal el piso? ¿Te gusta? —pregunta Robert.

Nicholas se encoge de hombros, pero luego una leve sonrisa aparece en sus labios.

—La verdad es que últimamente no he estado mucho en casa —dice, y clava el tenedor en las patatas de su padre.

—¿Y eso?

—He conocido a una chica. Paso mucho tiempo en su piso.

—Bueno, cuéntame algo de ella.

Es una buena noticia.

—No hay demasiado que contar. No creo que a mamá le hiciera gracia...

—Pero no es asunto suyo, ¿verdad?

El tono de Robert hace que Nicholas levante la vista, sorprendido.

—En fin, ¿cómo es? —insiste el padre.

—Muy maja. Hemos pensado en irnos por ahí este verano, si tenemos dinero.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—A algún sitio barato. Puede que a España. Tal vez Mallorca —contesta sonriendo de oreja a oreja.

—A España... —Qué bien—. ¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos de vacaciones? A España, quiero decir.

Nicholas parece molesto por el cambio de tema.

—Pues no.

—Tendrías unos cinco años. Yo tuve que volver antes por trabajo. Mamá y tú os quedasteis solos.

Lo mira con atención en busca de alguna señal, pero no detecta nada. Sin duda, la ausencia de recuerdos revela que ha borrado algo de su memoria.

—Más o menos. Bueno, no mucho.

—No fueron más que unos días. —Quiere azuzarlo para que recuerde, pero sin que se preocupe—. Me quedé con mal cuerpo. No tendría que haberte dejado. Solo. Con mamá.

Nicholas lo mira y pone cara de circunstancias.

—Es que no me acuerdo, papá. No te agobies.

Robert vuelve a observarlo con atención, en busca de algún resquicio de dolor, pero sigue sin detectar nada. Viviera lo que viviese, está muy enterrado.

—Deberías llevar a tu novia a algún sitio que esté bien. Yo te echaré una mano. Con tu sueldo tiene que costar pagar el alquiler y todo lo demás.

Nicholas parece sorprendido. Seguro que lo prohíben las normas, las normas de mamá, pero acepta encantado todo lo que pueda recibir de su padre.

—Gracias.

Después de dejar a Nicholas en su casa, Robert da vueltas con el coche hasta estar convencido de que Catherine se habrá quedado dormida. Aparca delante de su edificio y mira hacia la ventana de su dormitorio. No hay luz. Saca la novela de la cartera, ilumina la primera página con el móvil y lee: «La estación Victoria, una tarde de jueves gris y lluviosa. El día perfecto para una huida...»

Está demasiado cansado para enfrentarse a lo que pueda decirle ese libro, y lo que se le ha clavado en el corazón son las fotografías. Ya lo leerá mañana. Busca *Un perfecto desconocido* en el navegador del teléfono y descubre la página web. Pero, como Catherine, no encuentra ninguna pista sobre la identidad del autor: si es hombre o mujer, joven o viejo. Se imagina que se trata de un hombre de su misma edad. Lee el comentario en la sección de «Críticas», y se pregunta quién lo habrá escrito. Baja del coche, cierra la puerta y entra en casa. Aguza el oído un instante y luego sube al cuarto de invitados con cuidado de no hacer ruido.

Principios del verano de 2013

Por segundo día consecutivo, Catherine se ha ido a la cama sola. La primera noche trató de quedarse despierta para esperar a Robert, pero no lo consiguió. Al despertarse a la mañana siguiente, nada indicaba que su marido hubiera llegado a acostarse. Cuando oyó que se cerraba la puerta y echó a correr escalera abajo se dio cuenta de que Robert sí había dormido en casa y de que se había marchado sin querer despertarla.

Tenía que estar muy agobiado en el trabajo para haber vuelto tan tarde y haberse ido tan temprano. Catherine quería hablar con él, preguntarle por qué no había llamado para decirle qué pasaba, por qué no había llegado a tiempo para cenar. Es un hombre considerado. Sí, considerado. Tan considerado que durmió en el cuarto de invitados para no despertarla. Se alegra de que su mujer vuelva a dormir bien y no quería molestarla. Y luego, por la mañana, también ha debido de ir con cuidado para que no lo oyera. Debería haberle estado agradecida. Debería, pero no es así. Estaba intranquila. Y esa intranquilidad ha aumentado a lo largo del día, cuando sus llamadas no han tenido respuesta y sus mensajes de texto han recibido contestaciones lacónicas y tardías.

Ahora, en esta segunda noche sola, vuelve a aguzar el oído desde la cama. Son casi las doce. Oye el estruendo de un tren, el siseo de los coches sobre la calzada mojada, el gruñido de un taxi que se detiene. Un portazo. Se incorpora. Podría ser él. Espera a oír el ruido de la llave en la cerradura, pero no percibe nada más que el repique lejano de la campana de la iglesia, que da las doce. Se levanta y sale al descansillo. Entonces oye que alguien deposita unas llaves en la mesita de la entrada, con tanto cuidado que si no hubiera estado atenta no se habría enterado. Si hubiera estado acostada en la cama, como debía de esperar Robert, no habría sabido que había entrado y estaba abajo. Lo que en realidad ha oído es el esfuerzo que ha dedicado su marido a ocultar su llegada. Espera a que suba. Al ver que eso no sucede, decide bajar, apretándose el cinturón de la bata, tratando de sofocar el hormigueo de su estómago.

Robert la mira, pero no dice nada. No aparta la vista de ella, que se acerca y retira una silla para sentarse con su marido a la mesa de la cocina. Él bebe de un vaso de whisky que se ha servido, con la mirada aún clavada en su mujer.

—Robert... —dice Catherine en voz baja. Su nombre es lo único que consigue articular.

Su marido deja el vaso, mete la mano en el bolsillo de la americana y saca un sobre. Lo vuelca para que las fotografías caigan encima de la mesa y las extiende con los dedos, como si fuera a hacer un truco con una baraja. Catherine las mira, confundida al principio, igual que él la primera vez que las vio. Y entonces lo

entiende. Ve las imágenes. Oye aquel sonido. «Clic, clic, clic.»

—¡Dios mío...! —exclama, y algo la fuerza a viajar en el tiempo.

No las toca, se limita a mirar. Robert le agarra la muñeca y la obliga a cogerlas.

—Míralas. Míralas bien. Mírate.

Catherine obedece. Se le saltan las lágrimas, se le hace un nudo en la garganta, se le seca, se asfixia. Se enjuga los ojos con la manga. No puede llorar: si llora, no conseguirá parar, seguirá derramando lágrimas y más lágrimas, y se ahogará en ellas. Se ahogarán los dos. ¿Es este el peor momento? Sabe que no.

—He dicho que las mires.

Nunca lo había oído hablar con tanta frialdad, nunca había sentido el escalofrío que le está provocando su voz. No le grita, pero no hay ni rastro de amor en sus palabras, solo detecta furia.

—Míralas todas.

Y la obliga a verlas todas, una a una.

Le para la mano al llegar a la foto en la que se masturba. Hay más, y Robert no le permite ojearlas. Tiene que observarlas con detenimiento. Luego se las arrebató y coloca tres imágenes una al lado de la otra: un tríptico de la desvergonzada de su mujer. Un desplegable de su mujer en colores brillantes sobre la mesa de la cocina, con los dedos pegajosos, metidos dentro de su propio cuerpo. Unos dedos ligeros y diestros. Y entonces Robert se echa a llorar y a ella se le encoge el alma.

—Robert, lo siento mucho... Debería habértelo contado...

Se le acerca, quiere abrazarlo, pegarlo contra sí, pero él echa la silla hacia atrás. No quiere que lo toque. Agarra una fotografía de Nicholas, en la playa con ella.

—¿Qué coño pasó?

Otra vez esa voz. En él hay más rabia que dolor.

—Debería habértelo contado... pero... Nicholas no sabía nada. De verdad. No lo sabía... Fue hace tanto tiempo que...

—Sé exactamente cuándo fue, joder —la interrumpe—. Da igual el tiempo que haya pasado. Lo hiciste...

Coge las copias y se las tira a la cara.

Sorprendida, Catherine suelta un grito ahogado. Casi todas acaban en el suelo, un par de ellas aterrizan en su regazo. Las aparta de un manotazo y las deja donde han caído.

—¿Y Nicholas? —pregunta Robert—. ¿Qué vio? Una cosa es que me lo hicieras a mí, pero ¿y a él? ¿Cómo pudiste? No creía que fueras capaz de...

No consigue decirlo, y Catherine espera mientras él se esfuerza por poner sus ideas en orden. Sin embargo, esperar es peligroso. Debería dar un paso al frente antes de que Robert diga demasiado, pero está perdida. Está perdida en el pasado, recordando.

—¿Quién fue? Quiero saber quién coño fue. ¿Seguisteis después? ¿O fue un camarero español, un polvo de verano, como si fueras una adolescente salida que se

va de vacaciones a follar? Un polvo fácil. Las putas de las inglesas: un poco de sol, una sangría y se van con el primero que pasa. Claro que no siempre tienen a sus puñeteros hijos delante. ¿Te aburrías? ¿Te apetecía que alguien te hiciera un poco de caso?

—No, no fue eso lo que pasó...

Tiene la impresión de que un desconocido ha entrado en su casa. Ese no es Robert.

—Bueno, ¿y qué fue lo que pasó? Le hizo fotos a nuestro hijo. Así que, cuéntame. ¿Qué pasó?

—¡Deja de gritarme!

Robert está gritando, y si grita no la deja pensar. Ya no se muestra frío; la rabia lo ha calentado.

—Por favor. Basta. Te lo contaré si me escuchas. Haz el favor de escucharme...

Le quita el whisky y lo apura. Se prepara para decirlo en voz alta, para confesar por qué nunca se lo ha contado.

—No quería que nos dejaras en España. ¿Te acuerdas? Te pedí que no te fueras, que no volvieras al trabajo, que te quedaras con nosotros...

Está dando un rodeo, preparándose para soltarlo, pero Robert no la deja. Le arrebató el control, incapaz de contener su ira.

—Eres de lo que no hay. O sea, que fue culpa mía, ¿no? Como me fui antes, tenías justificación para follarte a un desconocido delante de las narices de nuestro hijo, ¿no? Y exponerlo a una cosa así. De verdad crees que puedes justificar cualquier cosa, ¿a que sí? Que siempre tienes razón. Que la verdad siempre está de tu parte. ¡La jodida santa Catherine!

La deja aturdida. En ese momento la odia, lo nota. Con qué rapidez ha pasado del amor al odio. «Está dolido», se dice ella, aunque teme que sea algo más. Un rencor oscuro que estaba atascado sale a borbotones de sus labios. Catherine lo mira, ve la boca que se abre para soltarlo todo.

—¿No podías estar cuatro días sin mí? ¿No podías pasar cuatro días sin follar? Por lo que yo recuerdo, entonces casi nunca nos acostábamos. ¡Por eso te compré esa maldita ropa interior, joder!

Da un puntapié a una de las fotografías.

—Bueno, ¿cuánto duró? ¿Quedabais de vez en cuando? ¿Os veáis y os tomabais una copita de Rioja ya de vuelta en Inglaterra? Ah, quizá en todos esos viajes «de trabajo» de los cojones. ¿Te lo llevabas contigo?

¿Qué se esperaba Catherine? Esto no. Mira las fotografías del suelo y se agacha para recogerlas.

—¿De dónde las has sacado?

Robert no le hace caso, pero abre la cartera y estampa *Un perfecto desconocido* contra la mesa.

—Era verdad. Sí que habla de ti.

El sudor empapa la bata de Catherine.

—Sí, pero no fue eso lo que pasó... No fue como lo cuenta...

Catherine se siente como si Robert le hubiera metido el puño hasta la garganta y las palabras no pudieran salir.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué te preocupaba tanto? ¿Por qué trataste de quemarlo? Y acabas de decir que Nicholas no sabía nada, pero también le llegó el libro, ¿o no? Algo tendría que ver...

—Sí, pero no... —empieza, y luego se detiene—. ¿No lo has leído?

—No. Se me revolvían las tripas. Con esto me basta. —Y vuelve a patear las fotografías—. ¿Lo ha escrito él?

—No —susurra Catherine.

—¿Qué? No te oigo. —La desprecia. La intimida.

Ella niega con la cabeza.

—¿Y entonces quién? ¿Su mujer? ¿Se ha enterado?

—Su padre. Creo que ha sido su padre.

—Su padre. ¡Nos han jodido! ¿Es que era joven? ¿De qué edad, para ser exactos? No me digas que era un menor.

Y en ese momento Catherine levanta la voz, pero más que gritar chilla. Es un chillido agudo y desesperado.

—¡Está muerto! Murió...

Ve la sorpresa en la cara de su marido. Una onda expansiva que ha tardado veinte años en viajar de Catherine a Robert y que ha despedazado las defensas que ella había levantado en torno a su vida en común.

Verano de 1993

No fue en plena noche, no fue a las tres de la madrugada. Fue a media tarde, un día despejado y soleado. Nancy y yo estábamos en el jardín leyendo los periódicos y tomando un té. Habíamos trasladado las tumbonas al rincón de la terraza para aprovechar al máximo los últimos rayos de sol antes de que el jardín, orientado al norte, quedara completamente a la sombra. Al principio no lo oí, pero cuando entré en la cocina para rellenar las tazas vi dos figuras al otro lado del cristal de la puerta principal. Y entonces los oí. Luego llegué a la conclusión de que probablemente llevaran un buen rato llamando, porque lo que oí desde la cocina ya no era un repiqueteo de nudillos, sino un golpe, con un puño. No había agresividad, pero sí urgencia. Tenía la tetera en la mano, a punto de servir, pero la dejé y miré a Nancy por la puerta abierta de la cocina, llevaba el sombrero calado para protegerse los ojos del sol, ensimismada. ¿Qué leía? No lo sé exactamente, recuerdo que era la sección de espectáculos, así que lo más probable es que fuera la crítica de una obra o de una película, o un artículo sobre un concierto que quizá rodeó con un círculo a lápiz para proponerme que compráramos entradas. No lo hicimos. Después de aquello no volvimos a ir al teatro ni a escuchar música.

La dejé leyendo y fui a abrir la puerta. Cuando pasa algo tan grave, uno lo presiente, por eso preferí dejarla todo el tiempo posible en aquel viejo mundo en el que podían leerse los periódicos dominicales y sentir lástima por los problemas de los demás, no por los propios.

—¿El señor Brigstocke? —preguntó él.

Yo asentí, pero sin moverme del umbral, porque no quería que entraran.

—¿Podemos pasar? —dijo entonces ella, con los ojos decididos a no apartarse de los míos.

Vacilé, pero luego me hice a un lado y abrí más la puerta para dejarles vía libre.

—¿Está su mujer, señor Brigstocke? —preguntó otra vez ella, y yo asentí.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hacen aquí?

—Me temo que traemos malas noticias. Le ruego que vaya a buscar a su mujer.

Obedecí. Me siguieron hasta la sala de estar y me dijeron que me esperaban allí. Yo crucé la cocina, salí por la puerta de atrás y me quedé a la sombra, mirando a Nancy. Un último rayo de sol destellaba en el ala de su sombrero. Levantó la vista.

—¿Qué pasa? —Entornó los ojos para tratar de verme bien entre las sombras—. ¿Stephen?

—Ha venido la policía. Están en la sala.

Y siguió mirándome, con la boca entreabierta, consciente, igual que yo, de que estábamos a punto de hacernos viejos antes de tiempo. De inclinarnos y doblegarnos bajo un peso insoportable. Se levantó con esfuerzo de las profundidades de la

tumbona, como si la vitalidad ya la hubiera abandonado. Le tendí la mano y nos dirigimos juntos a la sala de estar, donde nos sentamos en dos sillas. Los policías habían ocupado el sofá.

—Tienen un hijo, Jonathan. ¿De diecinueve años? De viaje por España.

Los dos asentimos. «Entonces no está muerto —pensé—. Lo ha dicho en presente.» Nancy debió de fijarse en lo mismo, porque contestó:

—Ayer nos llegó una postal suya. De Sevilla.

Llegó incluso a sonreír, como si eso demostrara de algún modo que Jonathan estaba perfectamente; como si confirmase que era un buen chico que quería a sus padres; que no quería preocuparlos.

—Lo sentimos mucho: Jonathan murió en un accidente. Fue ayer. Lo sentimos mucho.

Yo volví a asentir. Nancy no se movió. Nos quedamos sentados, cada uno en su silla, hasta que yo me levanté y me acerqué a ella. Le cogí la mano. Estaba húmeda, inerte.

—¿Qué clase de accidente? —pregunté.

Me imaginaba que de tráfico. En una carretera, ahí es donde pasan los accidentes. Lo habría atropellado un coche. Se habría caído de una moto a toda velocidad. Un choque contra un camión. Algo rápido y drástico, sin esperanza de recuperación.

—Se ahogó —contestó el policía.

La agente se puso en pie y se ofreció a preparar un té. Le señalé la cocina.

—Fue un accidente. La policía española no tiene ninguna duda. En Tarifa: allí el mar es traicionero. Imprevisible.

Nos miró. ¿Qué podíamos decir? ¿Qué podíamos hacer? Tenía que decírnoslo alguien. Y él lo sabía.

—Tendrán que ir a España a identificar a su hijo —explicó—. Las autoridades españolas no entregarán el cadáver hasta que haya una identificación formal. A no ser que pueda ir alguien en su nombre...

—Entonces, ¿no están seguros de que sea Jonathan? ¿Podría ser un error? —preguntó Nancy, aferrándose a la esperanza.

—Lo siento, señora Brigstocke, pero no ha habido ningún error. La policía española ha registrado las pertenencias de su hijo... Tenía la mochila en la playa... Aun así, debe haber una identificación formal.

—¿Puede que alguien le robara la mochila? —insistió Nancy. Era una súplica.

—Han encontrado su pasaporte. Se trata de Jonathan, sin duda alguna.

La agente volvió con el té. Demasiada leche, demasiado azúcar.

—No pueden entregar el cadáver hasta que alguien lo identifique. Después podrán traérselo —informó mientras dejaba la bandeja—. Si tienen a alguien que pueda ir por ustedes...

—No, no tenemos a nadie —contesté.

—¿No tienen más familia?

Negué con la cabeza. Ella lo asimiló y continuó:

—El consulado les echará una mano con todos los trámites. Se encargarán de todo.

El cadáver. Nuestro hijo. El cadáver. Noté que la mano de Nancy se escabullía de la mía para rodear la taza de té.

—Les doy el teléfono del consulado y les pongo también el mío —dijo la agente mientras escribía en una libretita—. Por si tienen más preguntas.

Me ofreció a mí el papel, pero quien lo cogió fue Nancy. Se quedó allí quieta, mirando los números. No levantó la vista cuando se dirigieron a la puerta ni cuando me oyó cerrarla a sus espaldas.

Tenían preguntas, por supuesto, pero en aquel momento no me encontraba con ánimo para hacerlas. ¿Qué había pasado exactamente? ¿Qué clase de accidente? ¿Había alguien más implicado? Fue Nancy quien se enteró de esos detalles cuando llamó al consulado y fue Nancy quien me los contó. Entonces oí por primera vez el apellido Ravenscroft. Nancy quería ponerse en contacto con ella, pero yo la convencí de que no era buena idea. Le dije que, si quería, ya nos llamaría, y en aquel momento le pareció bien. Cuando Catherine Ravenscroft no hizo ningún esfuerzo para ponerse en contacto con nosotros, me convencí aún más de que había sido una buena decisión. Debió de ser más tarde, después de revelar el carrete de la cámara de Jonathan, cuando Nancy cambió de opinión. Pero no me lo dijo. Se lo guardó para ella sola.

Después de cerrar la puerta de la calle vi que mi mujer temblaba y cogí la manta del respaldo del sofá para echársela sobre los hombros. Aún no me había mirado.

—Nancy, Nancy... —susurré.

Me arrodillé y tiré de ella para abrazarla. Tuve que tirar, no se dejaba. Era por la impresión, no podía moverse. Yo también estaba sin habla, pero en cierto sentido tuve más suerte. Debía centrarme en ella. Debía ocuparme de ella, así que no podía pensar en mis sentimientos. Le acaricié el pelo como si fuera una niña. Volví a decir su nombre, varias veces, en voz baja, como para tratar de despertarla con cariño. Y entonces se despertó y me miró, se quitó la manta de los hombros con un golpe seco, se levantó y me apartó de mala manera.

—Compra los billetes de avión, Stephen.

A continuación subió a nuestro dormitorio y la oí sacar una maleta de debajo de la cama.

Verano de 2013

Robert tiene el cuello rígido, los ojos secos. El amante de su mujer está muerto. Hostia. Por eso Catherine pensó que no hacía falta contárselo. Creía que se había ido de rositas. Era imposible que su amante se plantara un día en la puerta de casa. Y claro que se había deprimido. Estaba de luto. ¿Se había enamorado? No en tan poco tiempo, desde luego. Pero, a raíz de aquello, ¿habría empezado a pensar que echaba algo en falta? Robert ha pasado la noche en el coche, después de salir de casa hecho una furia y con la botella de whisky en la mano. Catherine le suplicaba que se quedara, le suplicaba que la escuchase. Incluso salió corriendo detrás de él.

Aparcó una calle más allá, no llegó muy lejos. No sabía adónde ir, de manera que apagó el motor y se quedó allí sentado, casi esperando que Catherine apareciera a lo lejos, que lo hubiese seguido. No dejaba de mirar por el retrovisor, pero no vio ni rastro de ella, así que reclinó el asiento y se bebió el whisky.

Debería haberle dado náuseas, pero no es así. Quien le provoca arcadas es su mujer. Sus mentiras, no quiere oír más mentiras y no le coge el teléfono. Al final lo apaga. Siente una rabia muy fuerte, a la que se aferra para no desmoronarse. Cuando piensa en cómo lo ha manipulado Catherine siente asco. Tendría que haberse dado cuenta. En eso se basa su trabajo, en algo que siempre ha admirado de ella: la habilidad para convencer a los demás de que hagan algo que no quieren hacer. ¿Cómo podía imaginarse que utilizaría ese truco con él?.

Empezó a leer el libro por la noche mientras daba tientos al whisky. No avanzó mucho, estaba muy distraído y no lograba concentrarse, pero lo leerá hoy, esta mañana. Ha dormido en el asiento de atrás, acurrucado como un bebé, con las rodillas pegadas al pecho. Y ahí sigue, pero ahora ya bien sentado, como si esperara a su chófer. Le duele la cabeza y tiene mal sabor de boca, como si se hubiera bebido el agua del váter antes de tirar de la cadena. Alarga el brazo hasta la parte delantera del coche y se mete tres chicles extrafuertes en la boca. Necesita comida, necesita café y necesita tiempo para leer con tranquilidad. Pero no puede conducir, no quiere arriesgarse. Aún debe de superar el límite permitido. Así pues, cierra el coche con llave, se alisa la ropa y se dirige a la parada del autobús.

Son las cinco y media. Aún le quedan unas horas antes de tener que estar en la oficina para la primera reunión. Espera el autobús. Hace un día precioso, soleado, tranquilo. Está solo, pero cuando llega el autobús ya hay un par de pasajeros. Es gente con la que no suele ir al trabajo por la mañana. Supone que la chica de color vuelve a casa después de un turno de noche. Se fija en que, por debajo del anorak, asoma el borde de un uniforme. Parece cansada, tiene unas ojeras muy marcadas. Puede que trabaje en un hospital; personal auxiliar, no médico. Una buena mujer, piensa Robert; una mujer que trabaja a turnos para ganarse el sueldo y mantener a su

familia; una mujer sin vanidad que no tiene tiempo para líos amorosos ni engaños. Se pregunta si lo que está pensando es racista; seguramente sí, esa forma de dar por supuesta su sencillez, de imponer mérito a su existencia. Y el señor mayor, de Europa del Este, se imagina, con un gorro de punto incluso en verano, y una mochila en la que lleva un almuerzo que Robert huele incluso dos asientos más allá. Será albañil, presume, e irá a hacer algún trabajo en la casa de algún londinense privilegiado. Una casa como la suya. Donde a ese hombre, que ya debería estar jubilado, le pondrán mala cara cuando se tomó un café o vaya al baño. Robert le asigna una dignidad serena, un silencio desde el que observar la vida de la gente para la que trabaja sin juzgarla. Cuando se levanta, ya cerca de su parada, Robert sonrío, primero a la joven y luego al señor. Ninguno de los dos se fija en él. Un imbécil y un sobrado, ese es el juicio que hace de sí mismo.

Es una mañana de estrenos, así que se mete en una pequeña cafetería de las que por lo general no pisaría, pero que es lo único que hay abierto a las seis de la mañana en la zona de Berkeley Square. Pide tostadas con un par de tomates. Pan integral, no blanco. No, tostado, por favor, no frito. Y un té. Cuando se lo sirven, es de color caramelo. Ha elegido un rincón, al fondo, y se pone a leer.

No puede evitar mirar primero la última frase. Está de acuerdo. Desde luego es una «lástima» que su mujer cometiera esa «negligencia», que no le contase nada. Ahora sí que quiere hablar, pero solo porque la han acorralado. Admira el comedimiento del lenguaje, pero no lo comparte. Es mucho más que una «lástima», joder. ¿Y lo de «mortal»? Una amenaza insustancial. No siente ninguna necesidad de proteger a Catherine.

Anoche trató de convencerlo de que las cosas no habían sido como en el libro. De que no habían ocurrido de aquella manera. No podía escucharla; no podía soportar el sonido de su voz. Era falsa. Todo en ella le parecía falso. Pues claro que era su modo de defenderse... A ojos de su marido, ha perdido la oportunidad de darle su versión. Robert únicamente puede confiar en esas palabras impresas. Ya tuvo una ocasión hace años y ahora Robert no puede creer nada de lo que le diga porque sabe que estará tergiversado. Catherine intentará cualquier cosa para excusar lo inexcusable. Y es inexcusable, por lo de Nicholas. Porque él estaba allí.

Hace menos de una semana disponer de unas horas para leer un libro en una cafetería habría sido todo un lujo, pero ahora se le seca la boca y le tiemblan los dedos. Pasa a la primera página:

«La estación Victoria, una tarde de jueves gris y lluviosa. El día perfecto para una huida. Dos jóvenes hacían cola en la ventanilla, se cogían de la mano con fuerza y luego se soltaban, pero no por mucho tiempo. Estar desconectados durante más de un par de minutos les resultaba insostenible...»

Normalmente Robert no leería un libro de este tipo, pero cuando empieza, lo atrapa. Comprende por qué pudo atraer a Nicholas y por qué siguió leyéndolo. Es sencillo, fluido, ligero. El protagonista es un muchacho, más joven que Nicholas, que viaja por Europa con su novia. Robert descubre sus expectativas y sus ganas de aventura. Han dejado sus respectivos trabajos para irse de viaje, están decididos a no desperdiciar su juventud. Dos personas en edad de ir de InterRail. El olor de los trenes nocturnos; despertarse por la mañana y llegar a otro país; bajar la ventanilla y aspirar los cielos mediterráneos mientras recorren a toda prisa paisajes de libertad. Están enamorados. Están hechos el uno para el otro.

Lo que se filtra a través de esa escritura liviana, y Robert se imagina que eso fue lo que impidió que Catherine desechara el libro tras los primeros capítulos, es la oscuridad de la tragedia, que se acerca lentamente. Ese paraíso tendrá una vida corta. Todo lo bueno —los olores, los sabores, el calor— está teñido por la amenaza de que las cosas no pueden durar. Cuando Robert ya ha pasado del té al café y la pareja ha llegado a Niza, una mala noticia procedente de Inglaterra obliga a la chica, Sarah, a volver a casa. John, su novio, se ofrece a acompañarla, pero ella se niega. Sabe la ilusión que le hace ese viaje, el tiempo que lleva pensándolo, planeándolo, ahorrando. Sarah es una de esas chicas que todo padre querría para su hijo. La despedida en la estación de Niza es emotiva. John elige una postal y se sienta en un café para escribir a sus padres. Compra un paquete de Gauloises y se fuma uno. A Sarah no le gusta fumar. Ni siquiera los padres de John saben que fuma. Compra un sello, manda la postal y prosigue el viaje en solitario. «Bueno, aquí arranca la cosa», piensa Robert, y pide un café solo.

Verano de 2013

En el aeropuerto llamábamos la atención, desde luego. O quizá solo nos lo parecía, quizá nadie reparó en nosotros, aunque sospecho que los viajeros más despiertos se fijarían en aquel matrimonio cincuentón, con los ojos enrojecidos y pinta de necesitar desesperadamente unas vacaciones, aunque a simple vista también aterrorizado de subirse a un avión. Pensarían que nos daba miedo volar, cuando lo que nos daba miedo a Nancy y a mí era aterrizar: que todo se tornara real. Hasta el momento únicamente habíamos podido imaginárnoslo. Y de repente teníamos que ver el cadáver de nuestro hijo, que se había adelantado y había experimentado algo que primero nos tocaba a nosotros.

Antes de salir hacia el aeropuerto, había cogido del aparador las tres postales que nos había mandado Jonathan: París, Niza, Sevilla. Relucientes y de colores vivos. Palabras apresuradas con escasa carga en una primera lectura que más tarde se escrutarían una y mil veces. La de Sevilla había sido la última en llegar: la catedral bañada de sol y unos turistas montados en un coche de caballos en primer plano. ¿Cómo iban a saber que su imagen quedaría grabada eternamente en nuestras cabezas? ¿Cómo iban a saber que, cuando la postal aterrizara en nuestro vestíbulo, los miraríamos y luego les daríamos la vuelta para leer las que serían las últimas palabras que nos dirigiría nuestro hijo?

Queridos papá y mamá:

Llevo dos días aquí. Mañana me voy a la costa. Quiero coger el ferry a Tánger.

Un beso,

J.

Ninguno de los dos hablaba español, por lo que el consulado de Jerez nos ayudó con la burocracia. Que fue abundante. Había que firmar, sellar y entregar a las distintas autoridades certificado tras certificado para que nos permitieran llevarnos a nuestro hijo a casa.

Hacía muchos años que no veíamos a Jonathan sin ropa, pero cuando fuimos a reconocerlo nos lo encontramos prácticamente desnudo, solo una tela le cubría los genitales. Estaba perfecto. La muerte lo había conservado, con los ojos cerrados, y era nuestro hijo, no cabía ninguna duda. El consulado nos había informado de que iban a embalsamarlo. Según las leyes españolas, era imprescindible antes de trasladar un cadáver. Comprendía lo que implicaba ese proceso, los dos lo entendíamos, pero

ni Nancy ni yo queríamos darle demasiadas vueltas.

Jonathan se había ahogado, pero me sorprendió comprobar que no se le había hinchado la cara. Una señal le recorría el interior del brazo izquierdo. Seguí con los dedos, acariciando la carne fría, aquella línea morada que se cruzaba con otra. Una herida sufrida en el accidente, según nos dijeron.

Lloré, con toda la discreción de la que fui capaz, pero lloré. Nancy se estremecía. Le temblaba todo el cuerpo, no solo los hombros. No eran estremecimientos provocados por los sollozos. Era una cosa continua, prolongada. Algo se había resquebrajado en su interior y le producía una sacudida tras otra. Era como si la hubieran enchufado a la corriente y fuera imposible desconectarla. La abracé con fuerza para inmovilizarla, pero no lo conseguí. Y lo peor era su silencio. Un silencio absoluto. Traté de tirar de ella y sacarla de allí, pero no hubo forma de moverla. Se inclinó sobre Jonathan y le cogió la mano. Estaba rígida. Ya no se cerraba en torno a la de su madre. Vimos que tenía la palma morada y rasguñada, la piel desgarrada y quemada. Debía de haberse aferrado a algo sabiendo que le iba la vida en ello. Nancy se hincó de rodillas y besó aquella pobre mano; yo le puse las mías en los hombros. El señor del consulado empezó a arrastrar los pies. No cabía duda de que era nuestro hijo, pero de todos modos teníamos que firmar un papel para ratificarlo. Me di cuenta de que quería que nos marcháramos ya. Debió de verme impotente, porque se acercó.

—Señora Brigstocke, señora Brigstocke, ya podemos irnos.

Nancy no le hizo caso y me sentí aliviado; aquello me dejaba cierto margen de acción. Le quité la mano de la de Jonathan y la posé sobre la mía.

—Vamos, Nancy, cariño.

Al final me dejó sacarla de aquel cuarto. El consulado nos había mandado un coche para llevarnos al pueblo costero donde había muerto Jonathan. Ni se me ocurrió pensar si nos tocaría pagar todo aquello. Al final resultó que sí. El seguro de viaje de Jonathan no lo cubría.

Fuimos en silencio de Jerez a Tarifa, sudando en el asiento trasero. Lo primero que quiso hacer Nancy al llegar fue ir a la playa. Le pedí al conductor que esperase. Hacía demasiado calor. Era mediodía. No había sombra, ningún sitio dónde protegerse del sol ardiente. Nunca habíamos estado en una playa tan grande: kilómetros y kilómetros de arena blanca. Un desierto, aunque con muchísima gente. Una multitud aceitosa que se abrasaba, que relucía. Éramos los únicos que iban vestidos de pies a cabeza y se nos hundían los zapatos en la arena; pensé en quitármelos y andar descalzo, pero Nancy no se detuvo, así que la seguí tal cual. Se dirigió a la orilla en línea recta, agarrándose el sombrero con una mano. El viento nos azotaba y entorné los ojos para que no me entrara la arena. Era un lugar hostil. Tardamos un cuarto de hora en llegar al agua y allí nos quedamos, mirando a lo lejos. Era como mirar el espacio; no se veía el final. El viento jugaba con la superficie del mar, lo provocaba para formar espuma blanca, pero había niños jugando y windsurfistas que aprovechaban las ráfagas de viento. Para ellos era un lugar

placentero. Me ardía la coronilla y me imaginaba que la piel se me llenaría de ampollas y que, al cabo de unos días, me pelaría. No podía soportarlo y cogí a Nancy del brazo, pero me apartó. No estaba lista para macharse. Me sentí avergonzado por haber mostrado debilidad. Miré a mi espalda y me pregunté en qué parte de la playa se habría tumbado Jonathan. Me pregunté si habría probado el windsurf. Cuando me volví, Nancy estaba quitándose los zapatos. Se subió la falda con una mano y me ofreció la otra. Me quité los calcetines y los zapatos, me arremangué las perneras de los pantalones y me metí en el agua con ella. Nos quedamos allí unos minutos y luego la vi cerrar los ojos, de manera que la imité. «Adiós, Jonathan», me despedí mentalmente, y me imaginé que ella hacía lo mismo. Después volvimos al coche y fuimos al hotel de nuestro hijo.

El conductor sabía exactamente adónde ir: era un hostel barato para mochileros, en una bocacalle a unos veinte minutos de la playa. Esperaba un trato amable del personal, pero me equivoqué. Nos dijeron que apenas lo habían visto durante su estancia. No lo conocían. Era un joven que casualmente había muerto mientras se alojaba allí. Me parecieron escurridizos, casi avergonzados, como si creyeran que íbamos a responsabilizarlos de su muerte. No había sido culpa suya. No había sido culpa de nadie, nos decían una y otra vez. Había sido un accidente. El mar es traicionero, el viento puede levantarse de golpe, y aquel día había sido así. ¿Ondeaba la bandera roja? Por lo visto, nadie se acordaba.

La mochila de Jonathan estaba en una silla de su habitación. Era un cuarto poco acogedor: una cama individual con una sábana y una manta; una cómoda desportillada que aún contenía su ropa. La policía nos había entregado la bolsa que había llevado a la playa. Dentro habían encontrado la llave del hostel, donde habían localizado su pasaporte, que los había llevado hasta nosotros.

Nancy se encargó de todo. Sacó la ropa de los cajones y la dobló para ir colocándola encima de la cama. No me dejó ayudar. Era su dominio. Mientras ella recogía las pertenencias de Jonathan, me senté en una silla junto a la ventana y miré lo que debía de haber mirado nuestro hijo. No tenía vistas al mar; el cuarto estaba en la parte de atrás de aquel hotelucho. Supongo que, mientras yo observaba a dos mochileros, posiblemente escandinavos, sentados en sillas de plástico blancas a una mesa de plástico blanca en un patio amarillo y rosa con un pavimento de losas desiguales, Nancy debió de encontrar la cámara de Jonathan. ¿La metería en la mochila? No lo sé. ¿O quizá la escondió en el bolso? Nunca lo sabré, y me pregunto en qué momento decidió llevar el carrete a revelar. ¿Fue entonces o más tarde, cuando volvimos a casa? No llegué a ver la cámara, me imaginé que se habría perdido por algún lado, o que la habría robado alguien en el hotel al enterarse de que su propietario no volvería a buscarla. Era cara, el regalo más caro que le habíamos hecho. Una Nikon de primerísima calidad con un teleobjetivo potente. Se la dimos al cumplir los dieciocho años. Si la había perdido, habría preferido que no nos enterásemos.

Cuando me aparté de la ventana, Nancy tenía en la mano la navaja de Jonathan, una navaja suiza, otro regalo nuestro. ¿Al cumplir los trece años? ¿Los catorce? Da igual, fue a una edad en que nos pareció que no sería peligroso. Nancy también encontró su colonia, apretó el pulverizador y la olió; una última bocanada de la fragancia de nuestro hijo. ¿Por qué tenía que sacarlo todo en aquel momento? ¿Por qué no lo guardaba de una vez? Quería largarme de allí. Cogió una cajetilla de cigarrillos. Ninguno de los dos sabíamos que Jonathan fumaba. A Sasha, su novia, no le habría hecho gracia. No era de esas. Quizá había empezado después de que ella se fuera. ¿Dónde estará Sasha ahora? Tendrá casi cuarenta años, se habrá casado. Era muy simpática, pero no me habría gustado que Jonathan acabara con ella. Bueno, no, no es cierto. Si ella no hubiera vuelto a Inglaterra, si se hubiese quedado en Europa con Jonathan, probablemente seguiría vivo. Y yo habría hecho cualquier cosa por que siguiera vivo, incluso sacrificarlo a un matrimonio con una chica formal y algo sosa.

Verano de 2013

Robert ha encontrado a Catherine, aunque es Charlotte, no Catherine. Mira el reloj. Le quedan treinta minutos si quiere llegar a tiempo a la primera reunión, pero ahora no puede dejar de leer. Llama y les dice que la retrasen una hora.

«Una noche en Tarifa, John no había previsto más que eso. Una noche en el hotel más barato y luego el ferry a Tánger, al día siguiente a primera hora. Iba en busca de Orwell, de Bowles, de Kerouac, no del amor. Pero oyó su canto y se perdió. Fue presa fácil para una mujer con tanta experiencia. Una mujer que se aburría un poco. Una mujer que buscaba una pizca de entretenimiento frívolo para llenar unos cuantos días antes de volver a su casa con su marido. Una mujer que tenía un hijo, un hijo que le cortaba las alas. Sin embargo, le venía bien como disfraz, le permitía hacerse pasar por madre, por una mujer que ya no se ponía a sí misma en primer lugar. Una buena mujer. Qué disfraz tan astuto. “Aquí me tienes —cantaba desde las rocas—. Cuidando a mi hijo. Abandonada por mi marido, que solo piensa en su trabajo. Hago muy bien mi papel. ¿Lo ves? Cuando hablo con mi hijito destilo dulzura. Sonrío. Mucho. Sonrío mucho. Es un torbellino; este hijo mío es puro nervio. Es feliz. Porque soy buena madre. Ay, pero cómo me cansa. Requiere atención constante y resulta agotador, muy agotador. No puedo perderlo de vista ni un momento, siempre está llamándome: ‘Mami, mira, mami, mami, mami. Mírame. Mírame.’” Y la madre lo miraba, siempre que el chiquillo lo pedía, y sonreía y le hablaba con paciencia, pero era una comedia. Su voz paciente se oía bien alto, de eso se encargaba ella, para que los clientes del bar se dieran cuenta de lo buenísima madre que era. De vez en cuando echaba un vistazo para comprobar que el público estuviera prestando atención. “Mírenme”, decía, igual de alto que su hijo, pero era más lista que él. Y John oyó su canto y se perdió. No se dio cuenta de que era todo un hechizo.

»Vio el vestido de algodón fino que arrastraba por debajo de la silla; su pierna larga y bronceada, con un brillo dorado, que asomaba por la abertura que nacía en lo alto del muslo —una abertura premeditada que le permitía moverse con libertad dentro de aquel vestido largo. Era un vestido que anunciaba modestia pero susurraba el calor que había debajo.»

Para Robert, esa imagen es una bofetada. La ha visto en una de las fotografías, en la que Catherine estira la pierna que sobresale del vestido de playa. Está sentada en un bar de la playa con Nicholas. El autor la odia con todas sus fuerzas, pero Robert

detecta también celos entre líneas. Vuelve a preguntarse si podría haberlo escrito una novia, pero... ¿no dijo Catherine que creía que había sido el padre? Sigue leyendo.

«Charlotte lo invitó a una cerveza para agradecerle que hubiera entretenido a su hijo y la hubiera ayudado a que se comiera la cena. Después el muchacho los acompañó a su hotel; estaba anocheciendo y no tenía nada más que hacer. El crío se había tranquilizado, tenía sueño, iba cogido de la mano de su madre, que hablaba con John. Él le contó que se iba al día siguiente para coger el ferry. Ella le contestó que su libertad le daba un poco de envidia, pero una envidia desenfadada, inocente. Aún era temprano, y lo convenció para que la esperase en el vestíbulo mientras acostaba al niño. A su hijo le tocaba irse ya a la cama, pero a ella no, y quería invitar a John a tomar algo para darle las gracias y disfrutar de la compañía de un adulto. Él, a sus diecinueve años, se sintió halagado...»

A Robert le tiemblan las manos. Levanta una y se mira sorprendido los dedos trémulos, como si sostuviese un espécimen de algo nunca visto. Lo que está a punto de leer sucedió de verdad. No puede hacer nada al respecto, pero aun así el relato lo domina, como si, al leerlo, todo fuera a ocurrir otra vez sencillamente porque en esta ocasión él está allí para presenciarlo. Sigue adelante, como un adolescente desesperado por llegar a los pasajes de sexo.

«... Lo encandiló su timidez, su coqueta negativa a dejar que la viera desnuda. Había perdido confianza en su cuerpo desde que había sido madre, le dijo, y le daba miedo que él se echara atrás ante la curva de su vientre y la cicatriz por la que la abrieron y le sacaron a su hijo; seguro que John estaba acostumbrado a carne más joven y más firme. Y Sarah era joven, mucho más joven, pero eso él no se lo dijo. Ni que Sarah había sido su única pareja. El nerviosismo de Charlotte lo envalentonó y, por un instante, se intercambiaron los papeles y ella le permitió sentir que era él quien llevaba las riendas, quien marcaba el camino.

»Su hijo dormía al otro lado de la puerta de comunicación. Charlotte la había cerrado. Estaban en la habitación que había compartido con su marido. Ella cerró los ojos mientras John le quitaba el ligero vestido de algodón por la cabeza; había levantado los brazos como si fuera una niña pequeña a la que desnudan para acostarla. Llevaba puesto el biquini, aún con la arena de todo un día en la playa. Él deshizo los lazos de ambos lados de la parte inferior y vio cómo la prenda caía al suelo, luego le desanudó la parte superior: un lazo en la nuca y otro en la espalda, fáciles de eliminar. Se quedó desnuda, mientras que John seguía vestido. No lo ayudó a quitarse la ropa, no lo tocó,

lo miró sin más, aunque el chico no se fijó en el ansia que había en sus ojos. Era atractivo, un desconocido, y Charlotte sabía que lo tenía en sus manos. Lo convenció para posponer unos días el viaje a Tánger, hasta que ella tuviera que marcharse...»

—¿Es bueno?

Robert se sobresalta. Se siente como si lo hubieran pillado mirando pornografía.

—¿Otro té? —añade la camarera.

Él asiente, sí, luego dice que no. No sabe lo que quiere, es incapaz de tomar una decisión.

—No, gracias —consigue decir, y sigue leyendo.

«... y lo que John no comprendió fue que a Charlotte en realidad la entusiasmaba el juego: subirlo a su habitación a escondidas para que el personal del hotel no se enterase de nada, para que siguieran sonriéndole y tratándola con cordialidad; la clandestinidad de verse en la playa y fingir que no se conocían. Ni siquiera el niño se dio cuenta de que el joven tumbado en una toalla a pocos pasos de ellos conocía a su madre más íntimamente de lo que jamás llegaría a conocerla él. Y John inmortalizó su pasión; era algo que guardaría como oro en paño cuando volviera al mundo real. Ni se imaginaba que no llegaría a ver esas fotografías, que nunca podría recordar esos momentos...»

Verano de 2013

Catherine salió corriendo detrás de Robert con la esperanza de que se detuviera. Se plantó como una exhalación en mitad de la calle y allí se quedó, en bata, mirando las luces del coche de su marido hasta que desaparecieron al doblar la esquina. Permaneció así un rato, esperando a que diera la vuelta, convencida de que cambiaría de opinión y regresaría. Pero no lo hizo.

Se pasó toda la noche despierta por si al menos la llamaba por teléfono, pero eso tampoco lo hizo. Lo llamó ella y le dejó mensajes que no han obtenido respuesta. Trató de imaginarse dónde estaría, pero no se le ocurrió nada. No sabía adónde había ido, pero tenía claro que estaría leyendo el libro, imaginaba por qué capítulo iría y cómo lo haría sentir. Entonces fue cuando arreció en su interior la furia por la violencia del ataque de Robert. No podía irse a la cama, ni siquiera podía sentarse. No podía estarse quieta, tenía espasmos por todo el cuerpo. Empezó a andar de un lado a otro, puso agua a hervir, hizo té, se lo bebió a grandes tragos, preparó más; lo esperó. Quería hacerle entender por qué no se lo había contado. No había sido por ella, sino por ellos. Por Robert, pero sobre todo por Nick. Su silencio pretendía proteger a su hijo, y la muerte de Jonathan lo había sellado. No había habido necesidad de que nadie más sufriera. Pero Robert no volvió.

Ya ha amanecido y está agotada. Le pesan los brazos y las piernas, como si llevaran lastre, como si todo el té que ha consumido hubiera acabado en las extremidades para llenarlas y hacerlas muy densas. Se siente blanda, hinchada, pastosa. Al moverse oye el líquido que se mueve en su interior. También tiene la cabeza inundada, la sacuden imágenes que no puede controlar y recuerdos que han salido a la luz y se resisten a desaparecer.

Quiere cerrar los ojos y no volver a abrirlos. No morir, simplemente dormir mucho tiempo. Se arrastra hasta el piso de arriba, se echa en la cama y cierra los ojos. Casi es un alivio que Robert se haya enterado, al menos de la muerte de Jonathan. Eso tiene derecho a saberlo. Tendría que habérselo contado. Tendría que habérselo contado todo, pero ahora está demasiado cansada para pensar. Es la falta de sueño, pero también la conmoción: la conmoción provocada por la rabia de Robert, por su odio hacia ella. No lo esperaba y pensar en ello la asusta, así que se deja llevar por esa conmoción y permite que la atonte, que la venza. No sentir nada no es desagradable. Decide aprovecharlo al máximo mientras dure.

Está profundamente dormida cuando suena el móvil. Lo coge, con los ojos aún cerrados, y hace un esfuerzo para volver al presente.

—¿Sí?

Abre los ojos para ver quién es. No aparece el número, solo la palabra «Llamada». Y tampoco se oye ninguna voz. Insiste:

—¿Sí?

Espera y escucha. Se escuchan el uno al otro, ninguno dice nada: no hace falta que él hable, ella ya sabe quién es. Está esperándola. No lo dice, pero Catherine lo presente.

«... Era uno de esos días en que, si no vas con cuidado, puedes quemarte seriamente. El sol brillaba con fuerza, pero una fina capa de nubes disimulaba su ferocidad, y la brisa refrescante animaba a los ignorantes a exponer la piel sin protección. Charlotte no era ignorante. Se había cubierto el cuerpo de aceite solar y en aquel momento estaba aplicándole crema a su hijo. El niño hacía muchos aspavientos, ella también: Charlotte demostraba que era una madre entregada y el niño, Noah, se escabullía y se quejaba de que le escocían los ojos por culpa de la crema.

»Sus chillidos le resultaban especialmente molestos aquella mañana, porque Charlotte tenía resaca. Sabía que estaba restregándole la crema con más fuerza de la necesaria, pero la terquedad de su hijo la sacaba de quicio y quería someterlo a la suya. Noah tenía arena en la piel, por lo que era como si su madre lo frotara con papel de lija. Fue igual de descuidada al dársela en la cara y le llenó de crema las pestañas de un ojo. Se lo limpió dándole unos toquecitos con una toalla, pero el crío se había puesto a llorar y a ella le entraron ganas de hacer lo mismo. Lo que quería era quitárselo de encima. Cómo le hubiera gustado poder pasar aquel día, el último de las vacaciones, al sol, con su amante.

»John dormía todavía en la habitación, la habitación de su hotelucho. No había dejado a Charlotte sola en su lujo de cinco estrellas hasta las cinco de la madrugada. Se habían pasado la noche haciendo el amor mientras el niño dormía al lado. El crío no había oído los suspiros de su madre cuando su joven amante le daba placer; no había oído el tintineo de las copas al brindar, antes de que volvieran a hacer el amor otra vez, y otra.

»Así pues, mientras Charlotte se peleaba con la crema solar en la playa, John dormía. Dormía bien, como un adolescente. A los diecinueve años no había dejado de crecer del todo; aún estaba agotado por las exigencias de su propio cuerpo y por aquellas a las que se había sometido la noche anterior. Charlotte no se cansaba de él, lo había obligado a esforzarse. Sabía que se le acababa el tiempo: aunque lo había convencido para que no se fuera a Tánger, pronto le tocaría volver a Londres con su marido. Lo había exprimido bien la noche anterior y esperaba seguir haciéndolo durante la que tenían por delante, la última que iban a pasar juntos.

»Trató de interpretar el papel de madre, pero aquella mañana su actuación fue mediocre. Se tumbó boca abajo e intentó dormir mientras Noah cavaba con la pala. El niño jugaba a cierta distancia, pero el viento y sus excavaciones hicieron volar arena hacia la cara de Charlotte. «Hasta aquí hemos llegado», se dijo, y al fin propuso:

»—¿Un helado?

»Noah dejó de cavar.

»—¡Sí, sí! —chilló.

»Charlotte se enfundó el vestido de algodón encima del biquini, le puso una camiseta a Noah y, de la mano, se fueron de la playa.

»Cuando subían las escaleras que llevaban a las tiendas, apareció John algo más allá. Los amantes se cruzaron y nadie habría adivinado que se conocían. A él se le hizo un nudo en el estómago de emoción, a ella también, pero de deseo, al verle los ojos somnolientos y el pelo revuelto. Casi se tocaron, pasaron muy cerca. Llegaron a olerse y ella aspiró su aroma y sonrió, pero no a su amante. No era tan tonta. Le dedicó la sonrisa a Noah, y aun así John supo que era para él. Sin embargo, el niño se dejó engañar, feliz de que su madre estuviera contenta, y le devolvió el gesto con toda su inocencia. Agradecía un regalo que ni siquiera era para él.

»John reconoció la toalla de Charlotte y colocó la suya a escasos metros, como siempre, tomando la precaución de que quedaran otros cuerpos entre ellos. Lo bastante lejos para que Noah no se fijara en él, pero lo bastante cerca para que Charlotte y él pudieran mirarse. Desde aquel primer día en el bar, habían ido con cuidado. Ella no quería que Noah reconociera a John, que se mostrase simpático con él. “No vaya a ser que se encariñe”, le había dicho, eso no podía permitirlo. No podía arriesgarse a que la criatura mencionara delante de su padre a aquel señor tan simpático que habían conocido durante las vacaciones, «el nuevo amigo de mamá».

»John, con los ojos cerrados y la cabeza recostada, los oyó volver a la playa antes de verlos. Noah iba hablando a voz en grito, emocionado por algo, así que John se permitió echar una ojeada, intrigado. El niño tiraba de una cuerda a la que iba atada una barca hinchable que rebotaba contra la arena. Hacía días que le pedía un juguete hinchable a su madre, que le daba la lata, y aquella mañana, la última que iban a pasar en la playa, fue la que Charlotte escogió para complacerlo. Cualquier juguete hinchable habría bastado, pero ella se decantó por una barca amarilla y roja, y se sirvió de sus encantos para convencer al vendedor de que se vaciara los pulmones hinchándose. Ella no tenía energía, explicó sonriente. Y era cierto: la había gastado casi toda la noche anterior.

»La barca era un regalo para Charlotte en la misma medida que lo era para Noah. Serviría para tenerlo entretenido, esperaba su madre, para que estuviera ocupado y ella pudiera relajarse con un libro, con sus pensamientos. Noah no tenía mucha facilidad para jugar por su cuenta, pero aquella barca de plástico roja y amarilla fue un acierto. Por primera vez en las vacaciones, parecía feliz sin compañía, perdido en su pequeño mundo. La dejó en la arena, se metió dentro y se puso a hablar solo, mientras Charlotte se tumbaba boca abajo y giraba la cabeza para mirar a su amante. John la imitó y volvió la cabeza hacia ella. Sus ojos se encontraron. Había gente entre los dos, pero ni siquiera se fijaron en ellos, porque estaban absortos contemplándose. Se devoraban con la mirada. El biquini rojo apenas cubría las partes de su cuerpo que tan bien había llegado a conocer John. Se las imaginaba todas sin proponérselo. Era como si la tuviera allí delante completamente desnuda. Sus pechos, sus nalgas, su pubis. También se imaginaba su olor, desde la distancia, y ahogaba su erección contra la arena.

»Se moría de ganas de tocarla, de deslizarse debajo de su cuerpo y entrar en él. Y

ella lo sabía, se lo notaba en la cara, en los ojos. Al ponerse de lado se le movieron los pechos dentro del biquini y le presionaron el brazo en el que se recostó. Charlotte separó los labios y sonrió. Entonces cogió el libro y fingió leer, pero en realidad estaba posando para él, su amante. Atormentándolo.

»Al cabo de un rato debió de empezar a dolerle el brazo y se sentó. Estaba inquieta, aburrida. Miró a su hijo, pero lo vio feliz, no la necesitaba para entretenerse porque era el capitán de su propio barco. Levantó la vista y se topó con la madre de la familia que había al lado. Sus hijos eran mayores, adolescentes. Charlotte ya se había fijado en que sonreía a Noah, así que decidió sonreírle también.

»—¿Habla inglés? —le preguntó.

»—Un poco —contestó la señora encogiéndose de hombros.

»Con gestos exagerados, le pidió que vigilara a Noah mientras iba al baño. La madre de los dos adolescentes aceptó encantada de la vida echarle un ojo a aquel muchachito inglés tan simpático. Charlotte se lo agradeció mucho, le dedicó su mejor sonrisa y se agachó al lado del niño para decirle que volvería enseguida. Temía que él también necesitara ir al baño, o que montara un número al verla alejarse, pero no fue así. Se portó de maravilla. Ni siquiera la miró cuando se puso las sandalias plateadas, planas, con una fina correa entre los elegantes dedos, y se dirigió a los servicios. John, en cambio, sí la observaba. La vio andar hacia las casetas del fondo de la playa meneando las caderas. Quería seguirla, pero tenía que esperar, esperar a estar decente. Así que se concentró en una señora de piel correosa que hacía topless y cuyas nalgas se desplomaban a ambos lados del tanga, hasta que la erección perdió gas.

»Charlotte se había detenido en las duchas, donde levantó la cara bajo el chorro de agua y se echó el pelo mojado hacia atrás como si estuviera completamente sola y no en un lugar público. Era muy consciente de que John la observaba. Cerró el grifo y entró en los servicios. Él la siguió. No había nadie más y sabía dónde encontrarla: en el vestuario del fondo, después de los baños. Llamó con los nudillos y ella le abrió. Al momento, John le metió la mano en la parte de abajo del biquini. Sabía que le gustaba dejárselo puesto, le había dicho que le encantaba sentir su firmeza a su alrededor. Los dedos de John buscaron y encontraron la zona suave y húmeda que ella le había mostrado. Levantó a Charlotte y la colocó encima del banco de tablas, apartó el biquini y la abrió delicadamente con los dedos, apretó con la lengua de arriba abajo, alrededor, donde ella le había indicado, como sabía que le gustaba. Charlotte le había enseñado muchas cosas. Clavó las manos en las paredes laterales del vestuario para no caerse. Estaba tan húmeda que John ya no sabía qué era de ella y qué su propia saliva. El pobre muchacho estaba embriagado de amor. Había perdido la cabeza. Oyeron que entraba alguien, pero John fue incapaz de detenerse, y ella tampoco se lo habría pedido. Oyeron que se corría un pestillo, oyeron el chorro de orina, y Charlotte le bajó el bañador y se pegó a él, lo rodeó con las piernas y lo besó en la boca, recuperó lo que había sido suyo y, una vez que lo tuvo en la boca, se lo tragó. Y él se aferró a su cuerpo, y la abrazó, más fuerte que ella o quizá no. Cuando

terminaron, Charlotte sonrió y le cogió la cara con las manos como si fuera un chiquillo. Lo besó en los labios, en el cuello y por último en la frente. Un signo de puntuación para decirle que, por el momento, eso era todo.

»Esperaron a que el intruso se marchara y luego Charlotte abrió la puerta y se asomó. Salió primero y él la siguió al cabo de unos instantes. Ella volvió a ducharse, pero John siguió andando, dejó atrás la toalla, echó a correr directamente hacia el mar y se zambulló en una ola.

»El pequeño Noah seguía en su pequeña barca, charlando animadamente consigo mismo. Charlotte había tardado más de lo que creía. La madre española había recogido sus cosas, la familia tenía que irse ya. Se despidió de Noah con la mano y Charlotte le dio las gracias mientras acariciaba la cabeza de su hijo. De nuevo pendiente de él, lo vio acercarse la barca hinchable a la orilla. No estaba en el agua, sino en la arena. El niño era feliz. Charlotte se abrazó las rodillas y lo miró, sonriendo al verlo disfrutar. Estaba agotada y se tumbó. Si giraba un poco la cabeza, seguía viendo a Noah. John volvió a su toalla, se secó y miró a Charlotte, pero como le daba la espalda también él se echó boca arriba y cerró los ojos. Se adormiló pensando en la noche que tenía por delante, con una sonrisa en los labios al imaginarse las cosas que se harían.

»Cuando se despertó se había levantado viento y se puso la camiseta. Charlotte dormía. Fue entonces cuando John se fijó en Noah, que seguía dentro de la barca, pero ahora flotaba sobre las olas, feliz con el bamboleo del mar. Se acercaba, se alejaba, se acercaba, se alejaba. Charlotte se despertó y se volvió para ver qué miraba John. Quizá se sorprendió de que le hubiera llamado la atención algo que no fuera ella. Se acercaba, se alejaba, la barca se acercaba y se alejaba, y cada vez se alejaba un poquito más y se acercaba un poquito menos. El mar se había embravecido y había mucha resaca que se llevaba la barca, que tiraba de ella para alejarla, y un espacio de aguas agitadas crecía entre Noah y la orilla, donde había más gente que se bañaba y jugaba. Nadie se fijó en el niño inglés que se iba mar adentro.

»John se puso en pie y miró a Charlotte. Ella también se había levantado, pero no se movía. Tenía los pies plantados en la toalla. Se volvió hacia él con miedo en el rostro y luego miró de nuevo a Noah. Seguía inmóvil. Llamó a su hijo y luego a su amante: «¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro!»

»John habría hecho cualquier cosa por ella. Echó a correr hacia la orilla sin pensárselo dos veces y entonces, por fin, ella se movió. El muchacho abrió camino y Charlotte lo siguió. Llamó a Noah otra vez y el niño la miró y la saludó con la mano, ni remotamente asustado. La gente seguía sin hacer nada y en la playa no había socorristas.

»John se dio cuenta de que la barca de Noah estaba a merced de las olas. Se iba mar adentro. Pronto no sería más que un puntito en la distancia. Continuó corriendo lanzando arena a la gente que tomaba el sol, y se tiró al agua. Empezó a nadar hacia Noah. Fuerte, un joven fuerte, un buen nadador. La corriente tiraba de él, pero se dejó

llevar, aprovechó la potencia del mar para acercarse al niño, y así conservar la suya para el regreso. Era una estrategia. Sabía lo que se hacía y se concentró en las brazadas: limpias y enérgicas. Cuando alcanzó a Noah vio lo asustado que estaba, no dejaba de llamar a su madre, que no lo oía. Seguramente no entendía por qué no iba a sacarlo de allí. Por qué no se había tirado al mar para rescatarlo. Intentaba ponerse en pie, pero se caía una y otra vez; las olas lamían los costados de la barca y escupían en su interior. El plástico era muy resbaladizo y la pequeña embarcación se balanceaba demasiado. Noah estaba histérico, aturdido. John trató de calmarlo. Le dijo que se sentara y se agarrase de las asas, pero el niño se había quedado paralizado y miraba hacia la playa con la esperanza de que su madre fuera a buscarlo. John cogió la cuerda, se la enrolló en torno al puño y empezó a nadar hacia la orilla.

»Veía una hilera de gente que los miraba y en el centro estaba Charlotte con su biquini rojo. Empleó todos los músculos de su cuerpo, se esforzó más que nunca en toda su vida. Músculos rojos y resplandecientes que tiraban, que se tensaban, la sangre que bombeaba. El mar era su enemigo y ya no lo transportaba, sino que lo arrastraba hacia atrás. Y se le había unido el viento, agitando las olas, zarandeando la barca como si pretendiera hacer volcar a Noah. John le gritó que se agarrara fuerte. Volvió la cabeza y lo vio rígido, aferrado a las asas, mirando todavía la distancia en busca de su madre. Quizá creía que la barca avanzaba sola hacia la playa.

»A John le escocían los ojos por la sal y tenía el cuerpo entumecido. Se había convertido en un autómatas al que brazos y piernas hacían avanzar. Ya no tenía estrategia. Nadaba al ritmo de la sangre que le latía con fuerza en las sienas. Y entonces dos hombres, otros dos valientes, se separaron del grupo y corrieron, se echaron al mar y nadaron hacia el joven y el niño. Uno se adelantó, era mejor nadador. Era rápido, el mar lo ayudaba, lo mandaba hacia John y Noah, y por fin los alcanzó y le quitó la cuerda a John para remolcar tan preciada carga hacia la playa. No había tiempo para cortesías, dio media vuelta sin más y nadó en dirección a la orilla. John extendió un brazo para agarrarse a la parte de atrás de la barca.

»Cuando el hombre ya estaba cerca de la orilla, se acercó más gente a toda prisa para ayudarlo, para coger la barca, para ocuparse del niño. John los vio y vio también que Noah estaba a salvo. Los vio en la arena. Él seguía en el agua, muy lejos. Se había soltado, pero nadie se había dado cuenta. Vio que el segundo rescatador se reunía con la multitud llevando al niño en brazos. John tenía las manos blancas de frío y con franjas rojas donde se había aferrado a la cuerda. No las sentía. Solo sentía los pulmones. Habían crecido, eran demasiado grandes, ya no le cabían en la caja torácica. Intentó coger aire, pero tragó agua. Había perdido un tiempo precioso mirándose la mano, pensando en los pulmones, cuando tendría que haber seguido nadando. El mar lo había alejado aún más, de forma que tenía que repetir las mismas brazadas para llegar al punto donde había soltado a Noah.

»Lo intentó, lo intentó con ahínco. Tenía la esperanza de que alguien fuera a por él, de que alguien se acordara de que estaba allí. Y pensaba en su madre. Quería que

su madre fuera a buscarlo y lo sacara del agua. Como Noah, anhelaba la seguridad de los brazos maternos. Trató de hacer señas a la gente de la orilla, pero sus brazos ya no tenían fuerza. No podía agitarlos. No podía seguir nadando. Dio un golpetazo al mar, como si pudiera hundirlo y hacerlo menos profundo. Tenía miedo. Dicen que ahogarse es una de las mejores formas de morir, pero John estaba asustado porque sabía que nadie iba a ir a rescatarlo. Había gastado sus últimas fuerzas en el hijo de Charlotte.

»Por fin vio una lancha. Y por un instante creyó que todo iba a salir bien. Pero cuando llegaron ya se había hundido dos o tres veces. Le lanzaron una cuerda, pero no fue capaz de cogerla porque estaba muerto. Ya estaba muerto cuando llegaron. Tiraron de él y lo subieron a bordo. Alguien trató de devolverlo a la vida, pegó la boca a la suya. Alguien le oprimió varias veces el pecho. Cuando regresaron a la orilla, cargaron el cadáver del joven, entre tres, hasta la playa, donde volvieron a practicarle la respiración artificial. Trataron de reanimarlo una vez más. De nuevo le oprimieron el pecho, pero no había nada que hacer.

»En el otro extremo de la playa, un grupito de gente rodeaba al niño y a su madre. Protegían a Noah para que no viera que el hombre que lo había salvado yacía inerte más allá. Charlotte estaba de rodillas, envolviendo a su hijo con una toalla, resguardándolo de la visión de su amante muerto.»

Verano de 2013

Un Fiat 500 turquesa claro cruza la plaza a toda pastilla. Robert lo mira por la ventana. El color preferido de Catherine. Se había planteado regalarle uno por su cumpleaños. Está en la reunión a la que ha llegado tarde, y eso que la había retrasado una hora. Ha tenido que ducharse, afeitarse, cambiarse de traje. Siempre guarda uno de recambio en el despacho, pero lo reservaba por si tenía que asistir a algún acto; era demasiado elegante para la oficina y se ha dado cuenta de que los demás se sorprendían, que se preguntaban adónde iría después. Se alegra de estar con ellos, de tener gente alrededor, gente que le habla. Todavía no tiene que intervenir, ni que decir nada, solo observar, y eso más o menos puede soportarlo. Agradece sus voces. La confianza que depositan en él es lo que impide que se desplome. Cada vez que empieza a flaquear, otra palabra sacude el aire y lo sostiene en posición vertical.

No era más que un libro. No es más que un libro. Sabe que se trata simplemente de una versión de los hechos escrita por alguien que sin duda la odia, pero ¿puede reprochárselo? Y en esa versión hay suficiente verdad para que Catherine quisiera hacerla desaparecer. Como mínimo, se tiró a un desconocido que luego murió al salvar la vida a su hijo. No es ella y, en el fondo, sí que lo es. Charlotte tiene lo bastante de su mujer para que Robert la reconozca. Y también le ha permitido ver cosas que antes había pasado por alto. Siempre se ha salido con la suya, siempre ha hecho lo que le ha venido en gana.

Recuerda la primera vez que la vio. Catherine le propuso ir a tomar algo porque quería hablar con él extraoficialmente. Era joven, empezaba a trabajar de periodista. La verdad es que no debería haber acudido a aquella cita, podrían haberlo despedido, pero ella fue muy persuasiva por teléfono, lo convenció de que era lo correcto. Recuerda que llegó tarde, aunque quien le hacía el favor era él, pero se las ingenió para convertirlo en un detalle encantador. Recuerda que, al ver entrar en el pub a una rubia joven y despampanante, cruzó los dedos para que fuera ella. Catherine echó un vistazo, lo pilló mirándola y sonrió con bastante timidez. Él sonrió a su vez y se levantó. Invitó ella, insistió mucho, y él le dio todo lo que le pidió, contestó a todas sus preguntas. Era extraoficial, por supuesto, pero ella lo publicó. Consiguió no implicarlo, pero, aun así, no se dejó nada en el tintero. Era buena periodista. De todos modos, a Robert podrían haberlo despedido. Ya aquel primer día estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Catherine, que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. A tomar por culo las consecuencias.

La protagonista del libro es una madre que pone sus intereses por delante de su hijo. Es cierto, Catherine nunca ha estado cómoda en el papel de madre. Su amante murió y ella se refugió en el trabajo. ¿Culpaba a Nick? ¿Por eso no soportaba quedarse en casa a cuidarlo? No es de extrañar que siempre hayan tenido una relación

tan tirante. Y Robert la ha amparado, ha suavizado las cosas, siempre ha estado a su lado, ha hecho todo lo que ha podido para que no se sintiera culpable, jamás la ha criticado, jamás la ha juzgado. Hasta ahora. Le viene a la cabeza la imagen de una de las fotografías. Trata de apartarla y de concentrarse en el presente, pero lo que ve es el pasado. Catherine duchándose en la playa con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, el agua que le cae por la cara y el cuerpo, una sonrisa en los labios. Le gusta que la miren. A Robert vuelve a temblarle la mano y cierra el puño, lo esconde debajo de la mesa. Toda la tensión que llevaba años acumulando, todo lo que nunca se había permitido pensar, sale a la superficie.

Y la quería. Si le hubiera contado lo de la aventura en su día, podría haberla perdonado. Ahora no. Se muerde la mejilla por dentro para no llorar. Habría hecho lo que fuera por Catherine. Él quería tener más hijos, pero incluso a eso renunció sin oponer resistencia. En realidad, ella no llegó a negarse, sencillamente iba poniendo una excusa tras otra, hasta que fue demasiado tarde. Él quería que Nick tuviera un hermano; creía que eso aliviaría la carga que soportaba.

Aparece un papel ante sus ojos, encima de la mesa. Información que debería estar leyendo; detalles que debería asimilar. Lo coge y se esconde detrás de él. Recuerda vagamente que Nick pedía una barca, o cualquier cosa hinchable, pero a ninguno de los dos les había parecido buena idea. Y, sin embargo, ella se la compró, después de que Robert se marchara, y no lo vigiló, no lo cuidó, y alguien, el hijo de otras personas, murió para salvar a Nicholas. Pero ¿de quién? ¿Quién ha escrito el libro? ¿La novia? ¿El padre o la madre? ¿El anciano que le llevó las fotos? Pobre viejo. Era una perrería, desde luego, pero ¿de verdad puede echárselo en cara? ¿Debería darle las gracias por lo que hizo su hijo? Debería sentir gratitud, pero aún no se ve capaz. De no haber sido por «John», o como coño se llamara, «Charlotte» no se habría distraído tanto y quizá habría impedido que su hijo se metiera solo en el mar, joder. Y, si Robert hubiera estado allí, no habría pasado nada de todo aquello.

Tiene una masa palpitante en la cabeza. Otra en la tripa. Bultos sombríos de algo que no sentía hacía años. Celos. No son verdes, sino negros y densos. Siente celos de aquel jovencito muerto que tuvo un lío con su mujer y salvó a su hijo. Y que, hace mucho mucho tiempo, en un país lejano, le cortó las pelotas sin que Robert se enterase siquiera. ¿Cuántas veces habrá pensado Catherine en ese chico estando con él? ¿Cuántas veces habrá comparado el sexo con uno y con otro? ¿Fingirá con él? ¿De cuando en cuando? ¿Siempre? Y Nicholas. Nicholas, que ni siquiera se acuerda del chico que le salvó la vida, y eso hace que, para Robert, «John» sea aún más heroico. Un héroe olvidado. Un mártir. Pasa las páginas mentalmente. A él casi ni se lo menciona. Es un personaje secundario que ni siquiera se merece un nombre. El marido.

Se sume en sí mismo, se hunde como una planta sin un palo al que agarrarse. Ya no se oyen voces. La sala está en silencio. Levanta la vista. Todo el mundo lo mira, pero no sabe qué quieren. ¿Esperan una respuesta? ¿Lo observan con curiosidad?

¿Qué ven?

—Hay mucho sobre lo que reflexionar —dice, y su propia voz, fuerte y profunda, lo tranquiliza.

Se levanta. Al menos aquí su autoridad sigue intacta. La reunión ha terminado y poco a poco salen todos.

Decide ponerse en contacto con la familia, enterarse de quiénes son y hablar con ellos. Lo mínimo que puede hacer es decirles que agradece la valentía de su hijo y tratar de compensar las carencias de su mujer como ser humano. Pero primero tiene que ocuparse de Nicholas, protegerlo bajo su ala. Descuelga el teléfono.

—¿Nick? La cena del otro día estuvo muy bien... Oye, ¿podemos repetir? ¿Esta noche tienes algo? Quiero hablarte de un asunto.

Verano de 2013

La muerte de Jonathan dejó a Nancy destrozada. Se le encogió el cerebro hasta quedar reducido a un amasijo oscuro y era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la ausencia de nuestro hijo. Yo no dejaba de decirle que fuera paso a paso, día a día. Pero no me escuchaba. No le servía de nada. Recuerdo un día, fue unos dos meses después del accidente. Me senté a esperarla en la sala de estar. La había convencido para salir a dar un paseo. Conseguir que accediera a algo tan sencillo ya había sido todo un logro. Era media tarde y seguía en bata. Subió a vestirse y me quedé esperándola. Tardó; por aquel entonces tardaba para todo. No quise atosigarla porque me daba miedo subir a meterle prisa y que cambiara de opinión. Además, oía sus movimientos. Oí que abría un cajón, que cerraba la puerta del armario. Estaba sacando lo que iba a ponerse, íbamos avanzando. Y entonces, al cabo de un rato, ya no se oyó nada. Decidí subir.

Creía que iba a encontrármela echada en la cama, pero estaba en el cuarto de baño. Se había metido completamente vestida en la bañera, que al parecer había llenado unas horas antes. Estaba sumergida en agua helada, con la ropa puesta como si fuera a salir de paseo conmigo. Tenía la cabeza bajo el agua y los ojos y la boca abiertos. La saqué a rastras. Pesaba mucho, estaba empapada. Me dijo que no había intentado suicidarse. Solo quería saber qué había sentido Jonathan. Quería saber si ahogarse era doloroso. Quería descubrir por sí misma si no dolía nada, como decía todo el mundo, si se perdía el conocimiento antes de morir. Se enfadó conmigo por haberle negado aquella experiencia que había estado a punto de compartir con Jonathan, aunque reconoció que aquel experimento tenía un defecto: el desamparo y el miedo a ser devorado por el ancho mar no podían reproducirse sumergiéndose en una bañera de plástico amarillo verdoso en la seguridad de tu propio hogar.

Podría decirse que Nancy había hecho de la empatía profunda su deporte de riesgo preferido. Era el ser más empático del mundo, pero incluso ella sabía que buscaba un imposible. Aun así, seguía intentándolo. Si alguien era capaz de comprender cómo se sentía otra persona, esa era Nancy. Estaba separada del mundo por menos capas que los demás. Tenía esa capacidad tan poco habitual de ponerse en el lugar de alguien, de meterse en su piel. En muchas ocasiones, antes de que muriera Jonathan, había intentado enseñarme a hacer lo mismo. Si me enfadaba o me molestaba por algo, me animaba diciendo: «Trata de verlo desde su punto de vista» o «Trata de imaginarte lo que siente». Y yo hacía un esfuerzo, de verdad, pero nunca me salía del todo bien. Nancy, en cambio, era demasiado sensible, ese era su problema.

Dejó el colegio porque ya no soportaba estar rodeada de niños, así que yo trabajé por los dos, para que la vida siguiera adelante. Aquella especie de vida. Deberíamos

haber vendido la casa y habernos ido de Londres. Debería haberme plantado, haber tomado la decisión, pero sabía que si Nancy no quería sería imposible obligarla. Ni siquiera fui capaz de convencerla para que organizara las cosas de nuestro hijo.

Una tarde volví del trabajo y me la encontré en el cuarto de Jonathan colocando su ropa encima de la cama. Me acordé de aquel día en la habitación del hotel, en España.

—No voy a tirar nada —me dijo, cortante, al darse la vuelta y verme allí. Yo no abrí la boca—. Solo quiero poner orden.

La vi doblar y acariciar aquellas prendas, y separarlas en varios montones, lo que me dio esperanzas de que quizá empezaba a plantearse vaciar el cuarto.

—Voy a hacer té —anuncié—. Luego te echaré una mano.

Me miró, asintió y siguió abriendo cajones. Al volver vi que había empezado a llenar una maletita. Dejé las tazas, me senté en la cama y eché un vistazo. La habitación aún tenía restos de la infancia de Jonathan: un perro de peluche, escuálido y pelado, en lo alto de la cómoda; una cajita de marquetería japonesa, de esas que se abren con un truco, que le habíamos regalado una Navidad y en la que guardaba sus tesoros. Recuerdo que me invadió una mezcla de tristeza y alegría, porque creía que estaba ante el principio de la recuperación de Nancy. Hasta aquel momento se había negado a tocar nada del cuarto de Jonathan, quería dejarlo exactamente igual.

—Estoy echando la basura aquí... —dijo sacudiendo una bolsa negra vacía.

Bebí unos sorbos de té, dejé la taza en la mesilla de noche y abrí el cajón. Sonreí al ver las pilas y las monedas sueltas; el contenido era casi idéntico al del cajón de mi mesilla, con la excepción del paquete de preservativos por abrir. Lo eché todo en la bolsa negra y la sacudí un poco para que los preservativos desaparecieran abajo de todo. No quería que Nancy los viera: el hecho de que no los hubiera utilizado era terrible, patético.

Nancy había invadido el armario y la cómoda, de modo que yo me concentré en el baúl de pino que había a los pies de la cama. Levanté la tapa y vi que era donde Jonathan guardaba lo que no sabía dónde poner. Encontré juguetes viejos, caramelos olvidados, monedas de chocolate que habían quedado de alguna Navidad, restos de sus salidas de acampada, platos y tazas de hojalata, un frontal... Incluso había unas zapatillas de deporte viejas y sucias. Cuando ya me acercaba al fondo, encontré los cómics: de niño le habíamos regalado una suscripción a la revista *The Beano* y me pareció buena idea guardar unos cuantos ejemplares. Los cogí y entonces vi lo que escondían debajo: material pornográfico, revistas y vídeos. Los títulos y las portadas me dejaron horrorizado. Miré de reojo a Nancy, pero estaba absorta en uno de los álbumes de recortes de Jonathan. Me fui discretamente al otro lado de la cama y abrí una de las revistas.

—¡Joder!

La palabra se me escapó antes de poder reprimirme.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada, nada —contesté—. Un retortijón, no tiene importancia.

Me quedé quieto un momento y luego acerqué la bolsa negra a la cama y lo eché todo dentro. Nancy se volvió, recelosa.

—Hay que tirarlo, cariño. Ahí había restos de comida llenos de moho. No es nada de valor, te lo prometo.

Al salir disimulé el peso de la bolsa y fui a tirarla directamente al cubo de la basura. Gracias a Dios que aquello lo había encontrado yo y no Nancy. Cuando volví al dormitorio aún tenía el álbum de recortes de Jonathan abierto en el regazo.

—Mira esto —me dijo, y me acerqué para sentarme en el suelo a su lado—. No sabía que estaban aquí. Son muy buenas.

Me sonrió con lágrimas en los ojos. Estaba mirando unas fotografías sueltas que estaban al final del álbum. Al principio no me quedó claro qué mostraban.

—Las sacó con el zoom —explicó Nancy—. Mira...

Cogió una y vi que era un primer plano de un ojo. En otra aparecía la curva de una mejilla, tan de cerca que se distinguían las venas por debajo de la piel.

—Ah, sí.

—Estaba experimentando con la cámara nueva —continuó—. Seguro que fueron las primeras fotos que sacó.

—¿Quién es? —pregunté.

Les echó otro vistazo y sonrió.

—Soy yo.

Fue enseñándomelas, una tras otra, y después de los primeros planos abstractos llegó a la revelación final: Nancy sentada en una tumbona en un extremo del jardín. Jonathan las había hecho sin que se diera cuenta, y ella se alegraba de saber que le había dedicado tanta atención.

Había más: escenas callejeras por el norte de Londres, un reportaje de la vida urbana. Nancy tenía razón, eran buenas. Parecía que a Jonathan se le daba bien. Como un auténtico fotoperiodista, había conseguido mantenerse al margen y captar algo real y auténtico. Estoy seguro de que por entonces Nancy aún no había revelado el carrete de la cámara, y tal vez le dieron la idea aquellas copias guardadas al final del álbum de recortes. Debió de imaginarse que encontraría unas estampas preciosas que podría enmarcar y lucir.

Me había equivocado al dar por hecho que poner orden entre las cosas de Jonathan era un síntoma de recuperación. En realidad, después de aquello se puso peor. Se negaba a salir a la calle. No veíamos a nadie y, al cabo de un año, más o menos, ya habíamos perdido el contacto con todos nuestros amigos. Tiraron la toalla. Supongo que pensaron que nos teníamos el uno al otro. Unos cinco años después de la muerte de Jonathan, Nancy decidió que tampoco soportaba verme a mí. Al menos durante un tiempo, según dijo. Le hacía falta estar sola y lo respeté, pero me preocupaba que hubiera elegido el piso de Jonathan como refugio.

Una tía nos había dejado algo de dinero en herencia y lo invertimos en el piso de

Fulham. Se lo compramos un año antes de que se fuera de viaje. Nos pareció buena idea que probara primero la independencia cerca de casa y se mudó durante una temporada antes de irse al extranjero. Nancy lo equipó con todo lo que podía hacerle falta: ropa de cama, cacerolas nuevas. Aunque también le dimos algunas cosas nuestras, cosas que ya no necesitábamos, como el escritorio de Nancy. Además, ella iba a verlo para enseñarle a cocinar, para que aprendiera lo que le haría falta si quería ser autosuficiente. El piso estaba listo para cuando volviera del viaje, así tendría su espacio y podría decidir qué quería hacer. Teníamos la esperanza de que fuera a la universidad.

Después de su muerte, Nancy siguió yendo de vez en cuando a limpiar. No contó lo sucedido a ninguno de los vecinos. Quizá pensó que, si no lo sabían, podría seguir comportándose, al menos en aquel lugar, como si su hijo siguiera vivo. Vivía rodeada de sus cosas, adornando el piso como si fuera un santuario, con ramos de flores en todas las habitaciones. Al principio me dejaba visitarla, pero un día me pidió que no volviera. Decía que no le hacía bien, que entorpecía su recuperación. Seguí llamándola todas las semanas, pero al cabo de un tiempo incluso eso se terminó. Me dijo que ya me llamaría ella cuando estuviera preparada para volver a casa. Si acepté esa exigencia fue únicamente porque me prometió que no iba a cometer ninguna locura y el tono de su voz me empujó a creerla. Me pareció detectar un cambio, como si por fin empezara a encontrar cierta paz. Tuvo que llamarme alguien de la asociación de vecinos, no fue ella. Me resulta doloroso saber lo poco útil que fui para ella durante aquella época.

Cuando recibí aquella llamada me entró un miedo horrible a que hubiera incumplido su promesa. Me dijeron que se habían quejado sobre el estado de las zonas comunes y que del piso salían malos olores. Me sentí un imbécil por haber sido tan débil, por no haber ido a buscarla antes y obligarla a volver a casa. Cuando por fin abrí la puerta con la llave que tantas veces me había resistido a usar, estaba seguro de que me la encontraría muerta. Estaba echada en el sofá, con los ojos cerrados, pero respiraba. El piso olía mal. El baño estaba sucio, pero el hedor salía sobre todo de una bolsa de basura que había en la entrada. Cuando iba a sacarla se había visto sin fuerzas, así que se había quedado allí varias semanas, rezumando, mientras su contenido se pudría hasta ser casi capaz de bajar a la calle por su cuenta. Me dijo que tenía cáncer. Lo soltó así, como si tal cosa, pero por entonces ya tenía dolores, tenía dolores desde hacía tiempo y los soportaba, incluso se recreaba en ellos. Era lo que andaba buscando. El cáncer llenó el sitio que había dejado vacío Jonathan. Aquel piso me resultaba insostenible. Cuando volví, el día que encontré el manuscrito, era la primera vez que ponía un pie allí desde que me la llevé a casa, muchos años antes.

Se refería a nuestra separación, estoy seguro, cuando le dijo a Catherine Ravenscroft que había «perdido a su marido». Durante un tiempo estuvimos perdidos. Pero yo siempre había creído que había sido yo quien la había perdido a ella, no al revés. Creí que era el único de los dos que se sentía solo, así que fue un consuelo leer

en su cuaderno que ella había sentido lo mismo. Me echaba de menos tanto como yo a ella.

Me la llevé y la cuidé, y mejoró un poco. Aguantó dos años más en casa conmigo. Yo aún trabajaba en el colegio privado y reconozco que pagué el dolor que sentía con aquellos niños. Las enfermeras que nos asignaron en Macmillan, especializadas en pacientes de cáncer, eran estupendas. Iban a verla cuando yo estaba trabajando para asegurarse de que tuviera todo lo necesario. Nunca se quejaba. Como ya he dicho, aceptaba su sufrimiento. Ese sufrimiento era lo que había estado buscando, algo concreto a lo que aferrarse.

Y ahora ha vuelto a la vida, me acompaña siempre. La oigo y le hablo con frecuencia. Le he contado lo de la llamada, el miedo que se notaba en la voz de la puta. Ya no hay secretos entre nosotros. Y empieza a impacientarse, desea avanzar. Igual que yo. Queremos ver ese miedo, no solo oírlo.

Verano de 2013

Catherine está en el despacho, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador, sin ver nada. Tiene la cabeza alborotada, es incapaz de retener un pensamiento coherente: todos y cada uno de ellos, los viejos y los nuevos, provocan dolor. Los últimos recuerdos, los más recientes, son los que más la hacen sufrir. Robert se ha ido de casa. Catherine cree que habrá cogido una habitación en un hotel, pero no está segura. Se niega a hablar con ella. Lo último que le dijo fue que no soportaba verla. Esas palabras la dejaron boquiabierta. ¿Qué esperaba? Cualquier otra cosa. Sabía que le había ocultado partes de sí misma, pero no había entendido, hasta ahora, lo poco que conocía a su propio marido. Al tratar de imaginarse su reacción ante el libro, no había previsto esa amargura. Tanta rabia la ha conmocionado; Robert ha dejado que la ira lo inunde todo y que le impida escuchar todo lo que ella ha tratado de decirle. Ahora Catherine duerme en el cuarto de invitados para esconderse del vacío de su cama.

Clica con el cursor por la pantalla, como si estuviera trabajando, pero el golpe emocional que sintió cuando Robert le puso delante las fotografías vuelve a abrirla en canal. Quiere castigarla. Cree que se lo merece. Catherine trató de no mirarlas, de apartarlas de un manotazo, de parpadear para hacerlas pedacitos, pero se le han clavado en el cerebro y ya no hay marcha atrás. Esas imágenes ya nunca la abandonarán. En ellas, toscas y vulgares, se inspiró el libro; se retorcieron para crear una falsa proyección de una historia real. Por desgracia, Robert ha decidido creérsela. Y los años de secretismo por parte de Catherine han contribuido a que llegara a ese veredicto de culpabilidad; qué confundida estaba al creer que tenía derecho a permanecer en silencio. Eso es lo que la ha condenado.

—¿Te acuerdas del director que se fue de Rathbone después de que Brigstocke se «jubilara»? Pues he descubierto que eran amigos de sus tiempos en Cambridge. Tengo un número de teléfono. ¿Lo llamo?

—No seas pesada, Kim. No hay nada que investigar. ¡Déjalo! —grita sin poder reprimirse. Mierda. Aquí también está perdiendo el control. No quiere tener a Kim en contra, trata de arreglarlo, le pone una mano en el brazo—. Perdona, es que era una pista falsa. Olvídalo. Olvídate de Stephen Brigstocke.

Kim la aparta y se aleja cabizbaja. Catherine se da cuenta de que no debería haberle hablado así. No puede perder los nervios. El trabajo es su único refugio. Toquetea el papel que Kim le dio hace unos días, con el teléfono y la dirección de Stephen Brigstocke, y se lo mete en el bolsillo.

—¿Un té? —propone.

Kim no le hace caso, pero Simon levanta la vista y le sonrío. La sigue a la cocina, ofrece su taza, enseña unos dientes blanqueados.

—¿Va todo bien, Cath?

Un gemido de interés en su voz. «Vete a tomar por culo, Simon.» El odio que siente por este hombre es irracional, ya lo sabe.

—Sí, muy bien. Gracias.

—Las mudanzas son una de esas cosas, como los divorcios, que estresan a cualquiera, ¿verdad?

Catherine sigue dándole la espalda, esconde su ira. Debe de haber visto cómo le ha contestado a Kim. Mete dos bolsitas en la tetera, la llena de agua, sirve a Simon sin dar tiempo a que se haga el té, sin prestar atención al gesto de él, que le dice que espere, y disfruta al ver el líquido gris aguado que cae en la taza. Entonces suena su teléfono y se la entrega a Simon.

¿Un mensaje de Robert? Trata de disimular que le tiemblan las manos. «Si hace poco ha sufrido un accidente, podría tener derecho a...» Es un anuncio. Mierda.

—¿Te encuentras bien?

Dice que sí con la cabeza, pero se siente atrapada por la presencia de Simon, incapaz de pensar. Se aleja con decisión y se va al baño con el teléfono. Necesita intimidad, un poco de intimidad, joder, para poder pensar. Robert no va a llamarla. Al principio Catherine se dijo que, una vez que se le pasara el sobresalto inicial, se sentiría empujado a escucharla y entonces podría contárselo todo con sus propias palabras. En lugar de eso, ha amputado a su mujer como si fuera una extremidad gangrenada. Trata de reprimir la rabia que ella también siente, pero cada vez le cuesta más. ¿No se merece que la dejen hablar? Robert hace que se sienta como una acosadora, no presta la más mínima atención a sus innumerables mensajes de texto y de voz. Decide llamar a su secretaria.

—Hola, Katy. Nada, solo quería saber si Robert andaba por ahí. No tengo que hablar con él, es que quería llevarle algo...

Habla como una mujer que sospecha una infidelidad de su marido. Si está en el despacho, piensa presentarse allí y plantarle cara: no podrá huir; no querrá que monte una escena; tendrá que escucharla.

—No, se ha ido pronto —es la respuesta—. Ha dicho que esta tarde iba a trabajar desde casa.

—Sí, claro. Qué tonta, me había olvidado.

Una nueva mentira cada día.

Al entrar en casa tropieza con una bolsa de viaje y se le dispara el corazón. Ha vuelto. Gracias a Dios, ha vuelto a casa. Pero la bolsa es de Nicholas, no de Robert. El que se instala en casa es Nicholas. Ya hay una montaña de ropa sucia en la puerta de la cocina. Sin embargo, Robert también está allí, sentado a la mesa de la cocina con Nick. Cada uno con una cerveza. Una sonrisa en la cara de Robert, la sección de deportes del periódico abierta delante de Nicholas. Ninguno de los dos levanta la vista al oírla entrar. Hay un breve momento, como un fogonazo, en el que piensa: «¿Nicholas duerme en el cuarto de invitados y yo en nuestra cama con Robert?» Pero

cuando su marido la mira se da cuenta de que eso es una fantasía. Sus palabras lo confirman.

—Nick ha venido a hacerme compañía mientras estás de viaje.

Pero ¿qué...? Nicholas se da la vuelta y Catherine se sorprende al verlo tan blanco y tan cansado. ¿Lo sabe? Pero entonces su hijo le sonrío y vuelve a concentrarse en el periódico. Catherine abre la boca para decir algo, pero Robert se adelanta. Es el que lleva las riendas.

—Parece un tema muy gordo, supongo que pasarás varias semanas fuera. Te he hecho la maleta... Me he imaginado que querrías salir cuanto antes.

Cada frase es como un bofetón. Le ha contado a Nick que tiene que irse de viaje de trabajo. Se le acerca y lo coge de la mano.

—Robert...

Quiere que la acompañe al piso de arriba, que la escuche, pero él aparta la mano y coge el teléfono. Lo oye llamar a un taxi.

—¿Qué asunto es, mamá? —pregunta Nicholas.

Robert responde por ella:

—Huy, tu madre no quiere contármelo ni siquiera a mí.

Lo dice con mucha naturalidad y, además, a Nicholas tampoco le interesa demasiado, de manera que sigue leyendo los chismes del fútbol.

—El taxi llegará enseguida —anuncia Robert—. Lo mejor es que vayas a ver si te he metido en la maleta todo lo que necesitas.

Se queda quieta un momento, con ganas de gritarle que cómo se atreve, pero no dice nada. Delante de Nicholas no.

Sube y se sienta en la cama. Robert le ha hecho una maleta pequeña, suficiente para una semana. Mira la ropa doblada, las bragas metidas en un lado para rellenar, la bolsa de la ropa sucia cerrada y colocada encima. Lo revuelve todo un poco con la esperanza de encontrar una nota en la que le diga que necesita tiempo para pensar. Un poco de espacio y luego ya podrán hablar. Pero esa nota no existe. Robert no tiene que dar explicaciones. A diferencia de Catherine.

—¡Ya está aquí el taxi! —lo oye gritar.

Cierra la maleta y la baja. Quiere que su marido la mire a la cara, a los ojos, pero no lo consigue. Se muestra muy enérgico, animado. Hay que preparar la cena. Lo que Catherine oye tras esas palabras es que pueden arreglárselas muy bien sin ella, gracias. Nicholas se levanta y se le acerca arrastrando los pies. Por el camino, le pega una patada a un calcetín que se ha separado del resto de ropa sucia.

—Buen viaje, mamá.

Catherine le da un abrazo. Ni una palabra. Contempla por encima del hombro de su hijo a Robert, que sigue negándose a mirarla. «Qué cobarde», piensa, y nota que Nicholas se escabulle. El taxi espera.

Cierra la puerta del edificio y se dirige al coche, que tiene el motor en marcha. El taxista la ve dejar la maleta encima del asiento de atrás y acomodarse junto a ella.

—¿Adónde vamos? —pregunta.

Así pues, Robert no ha decidido su destino. «¿Adónde vamos?» Catherine le da una dirección.

Verano de 2013

Nicholas sube la bolsa al cuarto de invitados, la suelta en el suelo con gran estruendo y se lanza boca arriba sobre la cama —en caída libre, con las piernas estiradas y los zapatos puestos— hasta que la cabeza aterriza en la almohada. Cierra los ojos y huele a su madre. Los abre. Sí, es su olor. Hunde la nariz en la almohada. No hay ninguna duda. Ha estado durmiendo en el cuarto de invitados. ¿Qué coño está pasando? Su padre no se ha despedido de ella. Ni siquiera se ha acercado a la puerta. No le pega nada: la tiene en un pedestal. Por eso él ha hecho el esfuerzo de levantarse. Alguien tenía que hacerlo, ¿no? Le ha dado pena verla así. No recuerda haber sentido nunca pena por su madre.

Verla irse así le hace pensar en cuando era pequeño y ella se iba de viaje de trabajo. Le daba igual que se marchara. Cuando volvía le prestaba una atención exagerada, como si lo hubiera echado mucho de menos. Nicholas no le hacía caso, nunca le parecía sincera, era puro teatro. Podía pasarse así días enteros, sin dirigir la palabra a su madre. Volvía siempre con algún regalo para él, como la perrita, Sandy. Seguramente se la compró en el aeropuerto, pero él le cogió mucho cariño y dormía con el peluche todas las noches. Cuando su madre estaba en casa, siempre era ella quien lo acostaba y le leía un cuento. Nicholas se quedaba quieto, con los ojos cerrados, haciéndose el dormido, pero ella seguía hablando y él escuchaba el sonido de su voz hasta que, al final, se dormía de verdad. El otro día, cuando le dijo que no quería quedarse a Sandy, a su madre le sentó fatal. Pero ¿qué coño iba a hacer él con un peluche?

Si hubiera sido al revés, si se hubiera ido su padre, a ella ni se le habría ocurrido invitarlo a pasar unos días en ese piso tan nuevo y tan estupendo. Pero su padre es un blando. Aunque, si no calla de una vez, Nicholas se volverá loco, eso también es verdad: se pasa todo el puto día hablándole en plan colega, preguntándole qué quiere comer. Si hasta le ha dado una rabia tremenda verlo quitar poco a poco el celofán del plato preparado que ha calentado... Se moría de ganas de subir al dormitorio. De todas formas, vivir con algunas comodidades está bien. ¿Será capaz de soportar tenerlo encima todo el día si sigue comportándose así? Pues sí, porque la pasta le viene bien. Va a subarrendar su habitación; su padre no tiene por qué saberlo, pero puede ganar un dinero extra. ¿Y su madre? Pobre, lo que menos le apetece en el mundo es tenerlo allí, revolviendo su reluciente cuarto de invitados.

Asoma medio cuerpo por el lado de la cama y arrastra la bolsa de viaje para sacar el neceser. Ha traído el cepillo de dientes, pero ni jabón ni champú. ¿Para qué? Está «en casa». Su madre se pondría hecha un basilisco si supiera que ha llevado drogas. Diría que está «perdiendo el norte», «desbocado», le daría miedo que volviera a «las andadas». Pero eso no pasará, claro que no. Un trabajo estable. Un traje. ¿Qué más

quieren? Es lo mismo de siempre: sus padres no tienen ni puta idea de lo que pasa en su vida. Bueno, a ellos también les pasa algo y a él se la trae floja. Que se queden sus secretos, él tiene los suyos. A ver, ha sido un detalle que su padre se haya ofrecido a darle pasta para que se vaya de vacaciones. Con su novia. Le da vergüenza haberle soltado esa trola. No tiene novia, pero era lo que su padre quería oír.

Desde la cama ve las copas de los árboles del jardín. Llenan todo el marco de la ventana. Es como su casa de toda la vida, pero en pequeño. Incluso está en el mismo barrio, a un tiro de piedra. Su padre se alegró cuando le dijo que tenía novia, pero a Nicholas le parece mucho lío, no quiere complicarse la vida, coño. El dinero le vendrá bien, eso sí, de modo que tendrá que estirar la mentira un poco más; o a lo mejor puede decir que al final ha preferido irse con unos amigos. Su padre le daría la pasta igualmente: le costaría echarse atrás después de haberse comprometido. Se ríe al pensar lo que diría si conociera a sus amigos.

Nicholas no soporta esa palabra. «Amigos.» ¿Qué significa? ¿Camaradas? ¿Colegas? ¿Compañeros? Son gente con la que pasa el rato y ya está. No se molestan en conocerse demasiado. Es como ser uno más de un banco de peces, te acercas, te apartas, las caras van cambiando, pero todos nadan en la misma dirección, en formación, flotando juntos. El dinero de las vacaciones le daría para una semana entera: podría cerrar los ojos y desaparecer; un buen descanso y luego otra vez al trabajo. Se lía un porro y se lo pone en los labios, sin encenderlo. No quiere que su viejo se preocupe. Hay que mantener un equilibrio entre el trabajo y la vida. Eso dicen, ¿no? Y Nicholas lo está llevando muy bien: alguna cosilla de vez en cuando, para darse una alegría, pero sin pasarse.

—¡A cenar! —grita su padre.

Nick resopla y no contesta. Como antes. Que no contestara los ponía de los nervios. «¡A cenar!» Y él como si nada. Al final uno de los dos tenía que subir a buscarlo. ¿No los había oído? Llevaban un buen rato gritando. Se estaba enfriando la cena. Se da la vuelta hacia un lado y hunde la cabeza en la almohada para aspirar una vez más la esencia de su madre. Nunca se han llevado bien, pero al olerla casi se le saltan las lágrimas.

Verano de 2013

El olor hace que Catherine se retraiga aún más: es el olor de la casa de un anciano. No huele a orina, no es nada tan marcado, pero sí algo muy reconocible. ¿El qué? ¿Bolsas de basura que han esperado demasiado tiempo a que alguien las saque? ¿Años de animales domésticos? ¿Pelos que se han integrado en los tejidos? ¿Aromas florales artificiales enchufados para tratar de disimular todo lo anterior?

—Hola, cariño.

Su madre se levanta para recibirla, insegura sobre unas piernas enflaquecidas. Catherine deja la maleta en el suelo y va a darle un abrazo, consciente de la fragilidad de sus huesos al ponerle los brazos en la espalda. Una palmadita suave. Una palmadita de madre, pero quien la da es ella, la hija que busca cuidados maternos, aunque tiene miedo de que se le haya pasado la edad.

—Gracias por dejar que me quede aquí, mamá. Lo de las obras es un lío, y como Robert no está...

Da por sentado que su madre no recordará que las obras terminaron hace varias semanas y que Robert no viaja por trabajo desde hace años.

—¿Se ha ido a Estados Unidos otra vez?

Catherine asiente, no quiere mentir a su madre más de lo necesario.

—¿Quieres tomar algo, cariño?

Son las siete y Catherine no ha comido, pero lo único que le apetece es echarse en un cuarto a oscuras y dormir. Se encuentra mal y le duele mucho la cabeza.

—La verdad, mamá, es que creo que empiezo a tener migraña. ¿Te importa si me acuesto? Seguro que se me pasa enseguida.

Su madre ladea la cabeza y su sonrisa se transforma en solidaridad.

—Yo a tu edad tenía jaquecas —dice.

Catherine entra en el único dormitorio del piso y coloca la maleta junto a la cama en la que en su día durmió su padre. Dos camas individuales pegadas. Entonces recuerda que ahora su madre duerme en esa cama, más cerca de la puerta, más cerca del baño, de modo que ocupa la otra. En la parte baja de la colcha, donde ha estado durmiendo el gato, hay una sombra sucia y oscura. Se desnuda hasta quedarse en ropa interior, se acuesta y cierra los ojos. Le hace falta dormir. Si lo consigue a lo mejor podrá pensar con más claridad, incluso empezar a entender lo que está pasando en su vida.

Oye las zapatillas de su madre, que se arrastran despacito por la moqueta y se acercan. Oye que le deja un vaso de agua en la mesilla de noche, y luego el chasquido de algo de plástico y aluminio. Abre los ojos y la ve a su lado, le tiende dos pastillas con una mano. Puede que no sepa en qué día de la semana vive, pero no ha olvidado el impulso de cuidar a una hija enferma.

—Gracias, mamá —le susurra.

Traga las pastillas y vuelve a cerrar los ojos.

Pasa varias horas a oscuras, escuchando la soledad de su madre: la cena frugal que se prepara y se come en una bandeja, delante del televisor, que habla solo. La voz de su madre que contesta al teléfono, de repente alegre y animada, también haciendo teatro.

—Ay, estoy estupendamente. Ha venido Catherine. Una sorpresa maravillosa, sí. Robert está de viaje. Sí, otra vez en Estados Unidos... —Todo muy verosímil hasta que Catherine la oye contar que Nicholas está bien, en casa, con la canguro—. Una chica muy simpática...

«Ah, qué bien se nos da a todos disimular, comportarnos como si todo fuera a las mil maravillas.» Pero su madre ya no lo hace con la misma agilidad, pasa de una época a otra, se delata. Catherine concilia el sueño mientras el televisor sigue piando en la sala de estar.

Se despierta sumida en el silencio y la oscuridad y se da la vuelta para mirar el montículo del cuerpo de su madre en la cama contigua. Está boca arriba, con los labios separados, y la piel de la cara colgando sobre los huesos. Así quedará cuando se muera. Catherine la observa con detenimiento, abrumada por la tristeza de todo lo perdido: su infancia, la de su hijo; la fuerza de su madre y la convicción que un día tuvo de que su amor materno le había dado a aquella niña la fuerza para superar cualquier cosa. La convicción de que había absorbido esa fuerza en los huesos, como una armadura. Tiene que hablar, tiene que contárselo a alguien. Es demasiado, no puede seguir reprimiéndolo.

—Mamá...

La anciana se mueve un poco, le tiemblan los párpados.

—Mamá, me pasó una cosa...

Su madre permanece con los ojos cerrados. Y entonces Catherine confiesa todo lo que ha sido incapaz de decir a Robert. Sale todo. La vergüenza, la culpa. Todo. Su madre no dice nada. ¿Lo ha oído? ¿O quizá la historia de Catherine se ha mezclado con sus sueños? Sí, puede que esté evocando el relato de su hija. Tal vez recuerde una parte, quién sabe, y no haga caso porque será un sueño. Haberlo dicho en voz alta por primera vez ha ayudado a Catherine, como mínimo lo suficiente para quedarse de nuevo dormida, para dormir tan profundamente que, en plena noche, no nota que la mano de su madre busca la suya y la retiene un rato antes de darle un ligero apretón.

Verano de 2013

Todo lo que hago ahora cuenta con el beneplácito de Nancy. Estoy más convencido de ello cuando llevo puesta su chaqueta de punto; todos los años que ella la llevó están impregnados en la lana. Es una constante, aunque algo deformada por donde la he estirado para abotonármela. También me pongo un gorro que tejió ella misma. Aún conserva pelos suyos, su ADN se acurruca junto al mío. Me transporta a una época en la que estábamos todo lo unidas que pueden estar dos personas: pienso en cómo éramos cuando nos conocimos, antes de Jonathan, antes de que fuera madre. Cuando estábamos solos los dos. Tengo la sensación de que vuelve a ser igual. Dos colaboradores. Dos coautores. El libro es nuestro, no solo de Nancy.

Fui yo quien le puso el título. Siempre nos echábamos una mano si no se nos ocurría uno, y casi la oí aplaudir y decir «¡Sí, eso es!» cuando me decidí por *Un perfecto desconocido*. El final también es mío. Nancy había preferido otro, quizá un poco más sutil, pero yo pensé que, para que la novela impresionara de verdad a su primera lectora, nos hacía falta algo con más garra. Fui yo quien mató a la madre.

Sin embargo, Nancy se dejó la piel. Trato de no imaginármela demasiado a menudo sentada sola en el piso de Jonathan, escribiendo, mirando las fotografías y descubriendo la verdad, por qué nuestro hijo se había sentido tan empujado a salvar a aquel niño. Nancy había conseguido completar las zonas ambiguas que rodeaban su muerte y dar sentido a algo tan absurdo. Estoy seguro de que eso la ayudó a seguir adelante, le dio un motivo para levantarse por la mañana, como a mí. Al terminar fue cuando permitió que el cáncer se apoderase de ella. Por eso no me llamó durante aquel período: le bastaba con la novela.

La librería del barrio ha vendido bastantes ejemplares, según Geoff, y varios también han tenido salida en la que está más cerca de la casa de Catherine Ravenscroft. No son tantos, pero sí unos cuantos. Me provoca cierta emoción saber que hay por ahí desconocidos que no la soportan, saber que estoy reuniendo efectivos y echando la red más lejos. Con sigilo, con mucho sigilo, nos acercamos a ella. Somos cada vez más.

Verano de 2013

Sin fijarse siquiera en los números, Catherine adivina qué casa es. Se trata de una de esas ante las que a cualquiera le gustaría pasar sin detenerse, pero en este caso atrae la mirada de Catherine y le llama la atención como lo haría el gruñido flemoso de un mendigo borracho en Charing Cross Road.

Está cerrada a cal y canto, y en las ventanas hay una gruesa capa de suciedad. La fachada, recién pintada en las casas de ambos lados, está muy desconchada. Una enredadera se ha apoderado del jardín, aunque un aguerrido rosal aún resiste con rebeldía, y Catherine huele sus flores, de un color rosa pálido, al dirigirse a la puerta principal; su dulce fragancia es un desafío a la ferocidad que lo rodea. Llama con los nudillos y el ruido resuena en la calle. Nadie contesta y no hay timbre, así que insiste, esta vez con más fuerza, con la palma de la mano. Se agacha y empuja la pestaña del buzón empotrado en la puerta. Se queda abierta; no hay ninguna cesta metálica para recoger las cartas por dentro, caen directamente al suelo. Ve un par de zapatos cerca de la puerta, sucios y rozados, y una chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—Hola. Señor Brigstocke. Abra, por favor. Soy Catherine Ravenscroft.

Está muy decidida, pero oye un temblor en su voz. Vuelve a intentarlo:

—Por favor. Sé que está ahí. Ábrame. Tenemos que hablar de lo que pasó.

La casa se queda exactamente como estaba, lo mismo que Catherine, pendiente del más leve movimiento. Ese hombre ha puesto a Robert en su contra, la ha echado de su casa. Lo mínimo que puede hacer es mirarla a los ojos y escuchar lo que tiene que decirle.

—Señor Brigstocke. Ábrame, haga el favor. Nada de lo que me haga le servirá para recuperar a Jonathan. Por favor. Tengo derecho a que me escuche.

La puerta sigue cerrada. Llama al número que le dio Kim. Oye el teléfono, que suena en el interior. Contesta una voz. «No estamos en casa...» Una voz de mujer. La de Nancy Brigstocke. No puede dejar un mensaje a una muerta. Tiene que verlo a él, tiene que conseguir que la escuche, conseguir que pare. Está en casa, seguro. En cuclillas, mete el brazo por el buzón todo lo que puede. Es estrecho, pero llega hasta el codo. Lo dobla para tratar de alcanzar el cerrojo, pero no lo consigue y lo saca. Vuelve a acercar la cara a la ranura.

—Sé que tiene mi teléfono. Llámeme, y esta vez diga algo. Quiero hablar de Jonathan. Merezco que me escuche, señor Brigstocke.

Se queda a cuatro patas con la frente apoyada en la puerta. Le llega la distorsión metálica de una radio algo más allá y se da la vuelta para encontrarse con una furgoneta aparcada en la calle, con las ventanillas bajadas y dos albañiles sentados dentro, almorzando. Vuelve a concentrarse en la puerta y se dice que es posible que de verdad haya salido, de forma que marca el número de nuevo y esta vez deja un

mensaje.

Verano de 2013

Ha sido como si metiera una serpiente sin ojos por el buzón. Hemos visto su cabeza ciega que olisqueaba el aire, que trataba de detectar nuestro olor, que se estiraba para alcanzar el cerrojo, que pretendía forzar la entrada. Tendría que haberle dado un hachazo. Pero me equivoco de criatura endemoniada. Es más sirena que Medusa. Hemos detectado la maldad de su voz, que trataba de atraernos hacia la puerta y luego ha cantado por el teléfono. Ahora resulta que quiere que la escuchemos. Ahora resulta que quiere hablar. Tiene algo que decir. Bueno, pues es demasiado tarde. No nos vemos capaces de soportar sus sensiblerías. Ni las de su marido, dicho sea de paso.

Se ha convertido en un auténtico pelmazo, no deja de escribir mensajes en la página web de *Un perfecto desconocido*, está desesperado por recuperar el tiempo perdido, desesperado por conocernos. Creía que seguíamos siendo dos, aún el señor y la señora de, hasta que le mandé un correo electrónico y le anuncié que mi mujer había muerto hacía unos años, que Jonathan era nuestro único hijo, que Nancy no llegó a recuperarse de su pérdida. Qué lástima, pobre hombre. Creo que se da perfecta cuenta de que es un personaje secundario en esta historia. No tengo ningunas ganas de conocerlo, pero no me importa responder a sus preguntas cuando puedo. Lo de «¿Por qué ahora?» tenía fácil contestación. Bastó la verdad. El descubrimiento de lo que había escrito mi mujer y de las fotografías, darme cuenta de que, durante años, me había protegido para que no descubriera que el niño por quien Jonathan había perdido la vida no era ningún desconocido; que mi hijo había mantenido relaciones sexuales con su madre. El intercambio de correos ha sido gratificante. Ha dejado claro que desprecia a su mujer y que está haciendo todo lo posible para distanciarse de ella; lo considera «imperdonable», de una «crueldad vergonzosa», agradece haber «descubierto por fin la verdad» y espera «algún tipo de reconciliación». Habla como un miembro de una comisión encargado de relatar los delitos de un malvado dictador.

Expresé mi tristeza ante el dolor y la consternación que debía de haberle causado al enviarle el libro y las fotografías, y también arrepentimiento por haber dejado un ejemplar para su hijo en su trabajo. «Estaba trastornado —aseguré—. Como si reviviera la pérdida de Jonathan y Nancy desde el principio.» Esperaba que, al menos, tratara de comprender mi sufrimiento. Y creo que lo ha entendido, porque ni una sola vez ha puesto en duda por qué Nancy presentó a su mujer como una depredadora sexual. Se ha unido a nuestras filas en la lucha contra ella.

Nancy se me acerca por detrás y me susurra algo al oído. Las súplicas del marido le resultan tediosas y está impaciente por ver de nuevo a nuestro hijo, así que vuelvo a ponerlo en la pantalla. Aún está a medias, pero hemos avanzado mucho. Nos lo hemos pasado bien eligiendo las fotos: Jonathan al cumplir dieciocho años, con la

cámara que le regalamos colgada del cuello; Jonathan con la mochila nueva poco antes de irse al extranjero; Jonathan sonriente, atractivo, en alguna playa inglesa, aunque podría ser en cualquier parte, así que decimos que es Francia, la primera etapa de su viaje. Sus libros preferidos, que aún conservamos en los estantes, también los subimos. Y la música, eso es importante, imprescindible. Su gusto es un poco del siglo pasado, pero eso hoy en día queda bien, demuestra que tiene profundidad, que sabe de qué habla. Lo hemos mantenido en la adolescencia, no hemos permitido que se hunda en la madurez. Será joven para siempre, nunca dejará de plantearse qué va a estudiar en la universidad el año que viene. Aún no sabe adónde irá. ¿A Bristol? ¿A Manchester? Solo le hacen falta unos cuantos amigos y un amigo del alma, eso tenemos que dárselo. Los amigos lo harán parecer más sólido, más creíble.

Geoff nos ha ayudado mucho con este proyecto. Volvimos a vernos hace unas semanas. Me acompañó a un acto en la librería del barrio: me habían invitado a leer un fragmento de mi obra. Tienen muchas ganas, como ya me había contado él, de promover a autores de la zona. Me da pena decirlo, pero fue bastante triste. Me pusieron de pie al lado de un pequeño expositor de libros y solo se presentaron cuatro gatos para escuchar a un viejo que acababa de publicar su primera novela. El vino era malo, las patatas fritas estaban pasadas y yo me moría de ganas de que todo acabara de una vez. Fue un calvario. Se me quebraba la voz y me costaba articular las palabras: se me atascaban en la garganta y me ponían la zancadilla. Aunque sabía que era mejor dirigirse directamente al público, me resultaba imposible levantar la vista de la página. Me incomodaba que me mirasen. No, no me gustó ser el centro de atención.

Geoff y yo nos escapamos al pub en cuanto pudimos. Él se sentía culpable por haberme hecho pasar por aquello. Había sido idea suya, al fin y al cabo. Creo que no había calculado lo mucho que le costaría a un anciano que ya no tiene costumbre de socializar estar así de expuesto.

—No pasa nada, Geoff —le dije—. Yo ya lo he olvidado.

Recogí su vaso vacío y lo llevé a la barra junto con el mío. Cuando regresé con dos pintas más, le puse una mano encima de la suya, con un gesto paternal.

—Has sido un gran amigo —afirmé—. Sin ti, mi libro ni siquiera habría entrado en esa librería. Y sin tus ánimos, no habría tenido valor para empezar otra novela.

Al oír aquello se animó.

—Qué buena noticia, Stephen. ¿De qué va?

—Aún no he pensado toda la historia, pero tengo un personaje en la cabeza. Lo veo, lo oigo. —Solté una carcajada mientras me daba unos golpecitos en la sien. Estaba ahí dentro, desde luego—. Todavía me estoy documentando y me preguntaba si podrías echarme una mano. Sé que ya me has dedicado mucho tiempo, así que no me gusta pedirte el favor...

—No, no te preocupes. Tú dime qué necesitas.

Y eso hice. Le conté que el personaje era un adolescente y que, aunque creía que,

después de tantos años dando clases, lo había dibujado bien, el aspecto tecnológico me estaba costando.

—Quiero crearle un perfil de Facebook. Uno de verdad...

—Quieres decir falso. ¿Un perfil falso? ¿Para un personaje de ficción?

—Hummm —asentí mientras daba un sorbo a la cerveza.

No dijo nada. Oí cómo los engranajes se ponían en marcha: un viejo, adolescentes, un perfil de Facebook falso. Está mal que lo diga yo, pero creo que despaché su recelo con agilidad.

—No es el protagonista, en realidad quiero centrarme en su abuelo, en la relación que tiene con el chico, pero, aun así, tengo que entender un poco más el mundo en el que desaparecen estos chavales cuando se ponen delante de una pantalla. A ver, mira...

Señalé a un grupo de jóvenes: bebidas encima de la mesa, cigarrillos a mano, caras preparadas para reírse con ganas. Todo normal. Podría haber sido una escena de cualquier década, con la diferencia de que no hablaban. No había conversación. Ni siquiera se miraban. Tenían la vista clavada cada uno en su teléfono, como un puñado de viejecitas ante unos cartones de bingo.

—¿Qué están mirando? —pregunté, negando con la cabeza y sonriendo con perplejidad.

Geoff asintió.

—Te entiendo.

«Clac, clac», sonaban los engranajes.

—Puede que sea mala idea, pero me siento como un imbécil cuando se trata de esas cosas y he pensado que, a lo mejor, tú podías orientarme un poco. Una guía de Facebook para tontos, y de cualquier otra cosa que utilicen los jóvenes para «comunicarse». —Entrecomillé la última palabra con los dedos—. Es un mundo que no entiendo.

—Ni yo.

—Ah, bueno. En fin, solo era una idea —contesté.

Mierda.

—Pero mi hijo se pasa todo el santo día enganchado.

—No sabía que tenías un hijo.

—Sí. De dieciocho años. Vive con su madre, pero viene un fin de semana de cada dos. Seguramente podría ayudarte.

Y así empezó todo. Los domingos en internet con el hijo de Geoff. Y, a cambio de esas clases, yo lo ayudaba con las redacciones del colegio. Geoff se quedó encantado cuando el chico empezó a sacar sobresalientes, aunque creo que los dos nos dábamos cuenta de que el estudiante más entusiasta era yo. Eso sí, a su forma de enseñar no se le podía hacer ninguna crítica. Era muy concienzudo. Dijo que hacían falta cincuenta amigos. Como mínimo. Y me enseñó a conseguirlos. Era buen profesor y yo, el alumno perfecto. A veces tenía la impresión de que iba a estallarme la cabeza con

tanta información nueva, pero la recibía con voracidad. ¿Cómo demonios se mete en un portátil una fotografía hecha en los años noventa? ¿Qué hay que hacer? Bueno, pues ahora ya lo sé. Y, una vez subida, había que hacerla circular. No solo por Facebook, sino que había que asegurarse de que también salía en Google.

—¿Qué música le gusta?

Me encogí de hombros. De repente era el zopenco de la clase. Aquella tarde me mandó a casa con varias canciones en el portátil.

Geoff siempre andaba por allí. No nos dejaba solos. Nos llevaba tazas de té y yo aportaba tarros de mermelada de Nancy para untar en los bollos que nos servía. Era un buen trato, y durante aquellas semanas nos lo pasamos muy bien.

Aprobé con nota. Ya sabía todos los trucos necesarios para resucitar a Jonathan. Ahora nuestro hijo tiene un futuro, y es reconfortante llevar las riendas. Esta vez, cuando se vaya de viaje por ahí, nos aseguraremos de tener bien controlado lo que le gusta y lo que no, además de los amigos que vaya haciendo por el camino. Tener muchos amigos es importante, pero sobre todo le hace falta uno especial, un confidente, alguien con quien sincerarse.

Verano de 2013

Catherine va a trabajar en autobús, es la ruta más directa desde casa de su madre. Lo hace por comodidad, no por cobardía. El cobarde es Stephen Brigstocke. Ha dejado el teléfono encendido toda la noche, pero no la ha llamado. En el autobús reproduce mentalmente sus confesiones nocturnas y se pregunta si alguna ha llegado a filtrarse. Su madre no le ha dicho nada, pero ¿estará al tanto? ¿Lo recordará? Se le saltan las lágrimas al pensar que lo sabe todo y no la juzga. Parpadea para reprimirlas, para ponerse la máscara que tiene que llevar si quiere aguantar el tipo. Le sienta bien, nadie sería capaz de descubrirla, y ya se ha acostumbrado incluso a cómo le obstaculiza la respiración. Cuando baja del autobús ya ha recuperado el ritmo y avanza por la calle hacia el despacho como una mujer segura de sí misma a punto de empezar una ajetreada jornada laboral, sin fijarse en nadie. Sin fijarse en el anciano del gorro de punto que se detiene a mirarla cuando pasa a su lado como una exhalación. Casi se tocan. Él la huele. La contempla hasta que desaparece.

Entra en el despacho, se desenrolla el pañuelo de seda de la garganta y deja que el hermoso estampado tiemble sobre su pecho, que se mueva con sus movimientos. Suelta el bolso en el suelo y se acomoda en su silla. La hace girar para ver quién más ha llegado, pero es la primera. Qué raro, son las diez. Saca la agenda pensando que se habrá olvidado de alguna reunión, y entonces los ve. Amontonados encima de su mesa. Varios ejemplares de *Un perfecto desconocido*, con el lomo bien firme, la contemplan acusadores.

«Qué putada.» Le tiemblan las manos al cogerlos y tirarlos a la papelera de debajo de la mesa. «Qué putada. Ha estado aquí.» Se dice que, gracias a Dios, está sola, pero al recostarse en la silla y levantar la vista se da cuenta de que no es verdad.

Kim y Simon la observan. Kim y Simon están uno al lado del otro. Ella tiene un ejemplar del libro en la mano. Catherine la mira a los ojos, pero Kim evita el contacto visual. Simon se acerca con la mano tendida, como si tuviera delante un animal acorralado. «No digas nada, que hable primero él.»

—Cath... —empieza, infundiendo a ese nombre sus aires de superioridad.

Catherine lo ve acercarse y aprieta la papelera con el pie para tener la pierna quieta.

—¿Te importa si hablamos un momentito?

Y se sienta en una silla a su lado. Nunca ha sido capaz de ocultar la rivalidad que siente. Tiene delante una oportunidad que no va a dejar pasar. Kim se queda al lado de Simon sin sentarse.

—Mira, Kim ha venido a verme porque no sabía qué hacer.

Entonces habla ella, con la voz nerviosa de una chiquilla:

—Ha venido Stephen Brigstocke... Ha traído esos libros... Su libro.

Lo enseña con mano temblorosa. Catherine se muerde la mejilla hasta notar el sabor de la sangre.

—Y el problema es —interviene Simon— que, según me cuenta Kim, le pediste que dejara de buscar información sobre el señor Brigstocke. Y he empezado a plantearme por qué tendrías tantas ganas de echar tierra sobre el asunto.

—No me digas. Pues no te incumbe —replica Catherine, pero le falla la voz, que no tiene la fuerza de sus palabras.

—Yo creo que sí... A ver, ojalá tuvieras razón, pero... si una subordinada viene a pedirme consejo, a partir de ahí la cosa me incumbe.

—¿«Una subordinada»? Por Dios. ¿Quién te has creído que eres?

Simon arrebató el ejemplar a Kim y lo agita.

—Le dijiste que era un pederasta y le pediste que lo investigara. Luego, cuando ya lo había hecho, le ordenaste que se olvidara del tema.

Se recuesta en la silla y estira las piernas hacia delante, de modo que coloca la entrepierna frente a Catherine.

—¿Por qué hiciste una cosa así?

—A ti no tengo que darte explicaciones, Simon. Ni a ti, Kim. —La fulmina con la mirada—. Es un asunto personal. No está relacionado con el trabajo.

—Entonces, ¿por qué me pediste que te consiguiera su dirección y su teléfono? —pregunta Kim, a punto de llorar.

—¿Lo has dejado pasar hasta aquí? —dice Catherine.

—Sí. Han llamado de recepción y he bajado a ver qué quería. Cuando me ha contado quién era...

—Tranquila, Kim. Yo me encargo —la interrumpe Simon, y le sonreí volviendo la cabeza—. Vamos a ver. No sé de qué va este libro, no he tenido tiempo de leerlo, pero resulta que un hombre al que has estado investigando por ser pederasta se ha presentado aquí con un libro que ha escrito. Y le ha dicho a Kim que tiene que ver contigo. Que tú sales en él. Pero ¿esto qué es? ¿Una especie de confesión?

Y pasa las páginas como si fueran a responder a esa pregunta.

—Yo no dije que fuera pederasta.

—Pero si... —tartamudea Kim.

—Te pedí que me ayudaras a conseguir el contacto de Stephen Brigstocke y alguna información sobre él. Y si te lo pedí fue porque confiaba en ti —añade Catherine, a punto de llorar.

—Oye, no se lo hagas pagar a Kim, que no es ella quien tiene que defenderse.

Simon arrastra la silla para acercarse y se le pega tanto que Catherine huele su colonia. Ha conseguido que se sienta como un animal acorralado. Echa un vistazo alrededor, pero sigue sin haber nadie.

—Les he dicho a todos que teníamos una reunión y se han ido a la cafetería.

—Joder, qué cabrón eres, Simon. Estás pasándotelo bien ¿no? Podrías haberme soltado esto en la sala de reuniones, pero no, querías que todo el mundo se enterase

de esta payasada de mierda.

—Cath, Cath... La que ha provocado esto has sido tú. No estás siendo sincera, y eso me preocupa. Comprometes la reputación de todo el equipo.

—¿Qué? Pero ¿qué coño dices?

—El señor Brigstocke ha venido porque tenía miedo. Utilizaste a Kim para conseguir su dirección y su teléfono y luego fuiste a su casa. Dice que intentaste entrar por la fuerza y que le dejaste amenazas en el contestador.

Se acerca aún más. Catherine está atrapada. Tiene que huir. Coge el bolso, pero él le pone una mano en el brazo.

—Venga, Cath. Tenemos que hablar de...

—Quítame la mano de encima, joder.

Simon se aparta y levanta las dos manos, con el libro en una de ellas, en señal de rendición.

—El que está acosándome es él, por eso fui a su casa. Para hablar... Es él quien está amenazándome...

—Vale, vale. ¿Y eso por qué? Quiero decir que con qué te amenaza.

La ensordece el latido de la sangre en las sienes.

—Es personal. ¿Cómo coño puedo conseguir que lo entiendas?

—Oye, tranquilízate.

—¿A santo de qué vas a decirme tú que me tranquilice, joder? No tienes ningún derecho a preguntarme nada sobre este asunto y no voy...

Está a punto de llorar y no puede permitírselo.

—Se nota que estás muy alterada. No sé qué estás tapando, pero seguro que sería mejor que lo confesaras todo.

Vuelve a tocarla. Ella le arrebató el libro y se lo tira. Le da en la cara. Catherine lo mira, fascinada por el rojo intenso de su mejilla y las gotitas de sangre que le aparecen en un corte al lado de la nariz. Los dos se han quedado sin habla. Kim es la única que se mueve: coge varios pañuelos de papel y se los da a Simon con gesto decidido.

—No deberías haber hecho eso —dice él mientras se seca la nariz, y Catherine percibe con claridad el tono amenazador de sus palabras.

Simon mira por encima de los hombros de Catherine, que se vuelve para descubrir que tienen espectadores; son pocos, pero están atentos. Sus colegas los observan desde detrás de una mampara de cristal. Ella es el espectáculo. Ella sola. Están boquiabiertos, pero también la compadecen. Y todo ello sin dejar de beber sus respectivos cafés. Catherine se ha humillado. Simon espera una disculpa.

—Tú te lo has buscado, joder.

Lo dice mientras se dirige a la salida. Siente las miradas clavadas en ella, pero las ignora. Coge el ascensor y se los imagina a todos abalanzándose sobre Simon. Por Dios, si parecía una loca. Ha perdido los nervios por completo. Pasa ante los guardias de seguridad y sale por la puerta de cristal. Sigue andando hasta llegar a la parada del

autobús. No tiene ni idea de cuánto tarda en pasar. ¿Dos minutos? ¿Veinte? Y cuando por fin se detiene delante de ella, apenas se da cuenta de que sube, pasa la tarjeta por la máquina, se sienta y mira por la ventanilla calles grises y anodinas.

Verano de 1993

¿Cuándo lo vio por primera vez? ¿Aún estaba Robert o ya se había ido? ¿Se fijó en Jonathan cuando Robert, Nicholas y ella aún estaban juntos? Cree que no. Antes de que Robert se marchara ni siquiera había reparado en la existencia de Jonathan. ¿Y cuál fue su primera impresión cuando por fin lo vio? Juventud, despreocupación... Era despreocupado; ella no. El pelo moreno, la piel bronceada, brazos y piernas largos. Los miraba a Nicholas y a ella. Estaban en un bar, cerca de la playa. Robert acababa de irse aquel día. Catherine intentaba que Nicholas acabara de cenar: un poquito más y luego le compraría un helado; un poquito más de arroz y luego los dos se tomarían un helado. Estaba a punto de llorar, se daba asco por ser incapaz de apañárselas ni un solo día sin su marido.

—Aprovechadlo todo lo que podáis —había dicho Robert—. En Londres llueve a mares.

Y le había sonreído. Ella había tratado de devolverle la sonrisa, pero no había sido capaz. Tampoco había llorado, aunque no por falta de ganas. No quería montar una escena ni obligarlo a elegir: ¿qué era más importante, el trabajo o ella? Podría haber jugado esa carta. Habría ganado, seguro. Pero había preferido no hacerlo.

—Volvemos contigo —había dicho, en cambio.

—Qué tontería. ¿Por qué ibas a hacerlo? Esto es precioso. El hotel está pagado. Disfrutadlo. No hay que cocinar, ni lavar la ropa, la playa es maravillosa.

Sí, tenían la playa, tenían el mar, lucía el sol, pero no le apetecía quedarse allí sola. Depresión posparto. ¿Cinco años después? No lo había reconocido. Tenía suerte, eso le decía todo el mundo. Tenía suerte.

¿Coqueteó con él? Cuando se dio cuenta de que la miraba, ¿coqueteó con él? ¿Le mandó alguna señal con la mirada? Acabó cediendo y le compró el helado a Nicholas sin que se terminara el arroz. Ella pidió una cerveza. Y el chico, aún no sabía cómo se llamaba, le sonrió, y ella también a él, y esa breve conexión le levantó el ánimo. Entonces volvió al hotel con Nicholas, que le pidió que lo llevara en brazos y, como la cerveza la había aplacado, accedió. Y eso que el niño ya pesaba demasiado y que además ya iba cargada con la bolsa de la playa con las toallas mojadas, los juguetes, un litro de agua y el libro. Recuerda que se alejó del bar imaginándose a aquel atractivo desconocido observándola desde atrás, recuerda que se preguntó si estaba guapa. ¿La siguió hasta el hotel? Más adelante le diría que iba en esa misma dirección...

El autobús se detiene y Catherine abre los ojos con miedo a haberse pasado de parada, pero es la siguiente. Luego tiene que andar un poco hasta casa de su madre.

Ahora es su único refugio.

Cuando llega, la asistenta aún no se ha ido. Su madre está viendo la televisión, con el volumen más alto de lo normal para ahogar el ruido del aspirador. A Catherine le entran ganas de dar media vuelta y salir a la calle otra vez, pero no tiene adónde ir. Aunque aquí se siente a salvo, es consciente de que esa seguridad es frágil como una burbuja.

Tiene un mensaje de Simon en el buzón de voz. No se ha molestado en escucharlo. Vuelve a sonar el móvil. Es del trabajo. Tampoco contesta, lo silencia y pone el piloto automático: da un beso a su madre y saluda a Eileen, la asistenta; prepara una tetera y se sienta; cierra los ojos y se hunde en el amasijo de ruido del piso. Cuando los abre, Eileen ya se ha puesto el abrigo y está calzándose. La casa está en silencio, el televisor apagado.

—Adiós —se despide Eileen—, hasta la semana que viene.

Sale antes de que Catherine tenga tiempo de responder. Su madre está completamente dormida. Se las imagina a las dos, dormidas la una al lado de la otra, el antes y el después, aunque no tiene muy claro si llegará adonde ahora está ahora su madre. Se levanta y se dirige al dormitorio.

Mira el teléfono. Dos mensajes más. Los escucha: el de Simon y luego dos de una chica de recursos humanos. Se sienta en la cama para llamarla.

—Hola, soy Catherine Ravenscroft. Quería hablar con Sarah Fincham.

Se queda esperando. Ojalá que esté «reunida» y no tenga que hablar con ella.

—Catherine, hola. Gracias por devolverme la llamada.

Catherine no dice nada.

—Al parecer esta mañana ha habido un incidente en el despacho.

Sigue sin decir nada.

—Simon ha dicho que no quiere poner una queja formal. Sin embargo, estamos obligados a dejar constancia de que lo has atacado físicamente. Tendrá que aparecer en tu expediente, aunque, como te digo, Simon no va a llevarlo más lejos.

—Ya.

Catherine oye a su madre, que se mueve y vuelve a encender el televisor.

—Y habrá una investigación sobre las acusaciones que ha hecho un tal Stephen Brigstocke. Son graves. Estoy segura de que lo entiendes. ¿Tienes algo que decir?

—No.

—Bueno. Voy a darte una semana de baja, una semana para empezar, como mínimo. —Se queda a la espera—. ¿Catherine? ¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—Por lo visto has estado muy estresada. Has sufrido estrés por el trabajo...

—No ha sido el trabajo. No he sufrido estrés por el trabajo. Voy a cogerme unos días de permiso...

—No, no hace falta. Guárdatelos. Voy a darte una baja por enfermedad —añade.

En el lenguaje de recursos humanos eso equivale a «Estás como una puta cabra».

—Creo que deberíamos volver a hablar dentro de una semana, cuando hayas tenido tiempo para recuperar fuerzas. Luego podemos decidir los siguientes pasos.

Silencio.

—A lo mejor te vendría bien hablar con alguien sobre cómo controlar esa rabia. Seguro que podrían enseñarte técnicas muy útiles. Podríamos echarte una mano, pagar a un terapeuta. Alguien independiente, claro, y confidencial. ¿Qué te parece?

—Bien, me parece bien —contesta Catherine, y las palabras le forman un nudo en la garganta.

—Podríamos ofrecerte cuatro sesiones. Después, si quisieras continuar, tendrías que hacerte cargo tú de los gastos... ¿Catherine?

—Sí, sí. Vale.

No consigue decir nada más.

La chica se despide y cuelga. Catherine se echa en la cama. Ha perdido las riendas. Ha perdido las riendas por completo, la situación se la lleva por delante, y Catherine cierra los ojos y se abandona.

Verano de 1993

Cuando consiguió acostar a Nick y que se durmiera ya eran las ocho. Lo había engañado: para hacerle creer que era de noche, había cerrado los postigos de su cuarto, pero desde la ventana del suyo se veía que aún había luz en la calle. Era demasiado pronto para que salieran los españoles, en el bar de enfrente solo había unos cuantos europeos del norte. Catherine no podía irse a la cama todavía. Se puso una falda vaquera y una camiseta de tirantes y se hizo una coleta. No tenía mal aspecto. Estaba un poco bronceada y se dijo que era una lástima que Robert no estuviera allí para disfrutar de aquella paz con ella. Cogió el libro, el tabaco y la llave, y bajó. La chica de la recepción le prometió que estaría atenta por si aparecía Nicholas, pero Catherine sabía que no se levantaría. En cuanto se dormía, no había quien lo despertara.

Se sentó en la terraza, a una mesa del bar con vistas a la playa. Un camarero le llevó unas almendras tostadas y unas anchoas, y Catherine pidió una jarrita de vino blanco. Esperó a que se la llevara antes de encender un cigarrillo, aspiró el humo con placer y se dio cuenta de que estaba relajada. A lo mejor todo acababa saliendo bien. Miró el mar. Unas olas pequeñas lamían la arena. En la playa quedaba poca gente: algunas familias, supuso que españolas, y cuatro parejas desperdigadas que esperaban el atardecer. Entonces se fijó en él.

Estaba tomando una cerveza y fumando. Llevaba una camiseta verde claro. Se volvió y la miró, y a ella le dio vergüenza que la hubiera pillado in fraganti. ¿Y por qué lo miraba? Porque llamaba la atención. Porque era el único que daba la espalda al mar, el único al que no le interesaba ver cómo se exhibía el sol. Estaba sentado de cara al paseo y, cuando la miró, Catherine le sonrió, aunque él no había sonreído primero. No fue un coqueteo, sino algo instintivo. No quería parecer antipática.

Estaba de vacaciones. Así que sonrió. Él no, y de repente pareció mayor. Y eso también provocó que Catherine se sintiera cohibida: aquel chico sabía que estaba sola.

Decidió coger unas almendras, tratando de comportarse con naturalidad, y seguir leyendo, pero se equivocó y metió los dedos en el aceite de las anchoas. Tuvo que levantar la vista y buscar una servilleta, pero manchó el libro y la copa de vino. Se dio cuenta de que él seguía mirándola. Entonces levantó la botella de cerveza y esbozó una leve sonrisa, pero Catherine no le hizo caso y se limpió los dedos con la servilleta antes de pinchar una anchoa. Miró el reloj. Las ocho cuarenta y cinco; un cuarto de hora más y subiría.

Un destello le dio en los ojos. El flash de la cámara de aquel chico. Había hecho una foto, pero no de aquel sol maravilloso color salmón. La cámara enfocaba en su dirección. Recuerda que se avergonzó al dar por sentado que le había sacado una foto. No, lo que le interesaba era el paseo, con el sol rosado reflejado en los edificios. Además, él estaba más abajo, habría sido un ángulo extraño para fotografiarla. Con aquel teleobjetivo tan grande. Una cámara cara para un chico tan joven. Se bajó la falda, tirando con fuerza para intentar que le llegara a las rodillas, y cruzó las piernas. Se acordó de una escena de una película y estuvo a punto de descruzarlas, pero se contuvo. ¿Qué le estaba pasando?

Recuerda haberse sentido incómoda. Ya no estaba acostumbrada a salir sola. No estaba acostumbrada a que la mirasen así. No sabía cómo comportarse. Y no sabía que la fotografía que le había hecho acabaría en su casa años después, que su marido se la tiraría a la cara. Un triángulo de encaje y oscuridad, de pelo, de piel y de sombras. Entonces solo era consciente de lo que le provocaba la atención de aquel chico. La ponía nerviosa y al mismo tiempo la excitaba, eso tiene que reconocerlo. Estaba excitada. Se obliga a recordar que, mientras estaba en la terraza con una copa de vino y una anchoa clavada en un palillo, se imaginó sola en la cama, más tarde, tocándose y fantaseando con aquel muchacho. Se castiga con ese momento, con el recuerdo de que una llamada telefónica interrumpió la fantasía sexual con un desconocido. Era su marido, le dijo el camarero. Podía contestar en la recepción. Recogió sus cosas, dejó el vino sin terminar y lo siguió hasta el interior.

Mientras hablaba con Robert vio que el chico también entraba en el hotel y le dio un vuelco el corazón; de ansiedad, no de excitación. Cruzó la recepción y pasó justo al lado de Catherine. Recuerda que se imaginó que alguien le preguntaría adónde iba, pero nadie lo detuvo. Llevaba una cámara cara colgada del cuello. Y tenía pinta de buen chico. Ella se dio la vuelta y se concentró en Robert, en decirle que lo echaba de menos. Él contestó que la quería, cosa que por aquel entonces era cierta. Ella también lo quería. ¿Sigue queriéndolo? Se niega a pensar en ello, todavía no, no puede. Si recuerda no es para eso. Le mandó un beso por al auricular y colgó. Al volverse, lo vio sentado en un taburete junto a la barra del bar, mirándola directamente, con dos copas delante. Había dejado la mochila en el taburete de al lado. Sin dejar de mirar a

Catherine, la cogió y la dejó en el suelo. Y entonces sonrió. Por fin. Mirándola a los ojos.

—¿Cuándo has vuelto?

Catherine abre los ojos y mira a su madre.

—Hace un rato.

—¿Te han dejado salir antes?

Su madre sonríe y Catherine se pregunta por un instante si cree que la han dejado salir pronto del colegio, pero no puede ser. Aún no está tan mal.

—He terminado lo que tenía para hoy.

—¿Te duele la cabeza otra vez, cariño?

A Catherine se le saltan las lágrimas. Su madre sabe y no sabe, pero da igual, porque tiene claro lo que necesita su hija. Necesita que la cuiden sin interrogarla. Necesita que alguien confíe en ella y crea que no es una persona despreciable sin tener que decírselo. Sin tener que explicar nada.

Verano de 2013

Nick ha pasado casi toda la tarde en su habitación fumando porros: si su padre hubiera vuelto a casa pronto, le habría dicho que tenía la tarde libre, pero no ha hecho falta. Son las diez de la noche y ha vuelto a subir, ha cerrado la puerta y ha abierto la ventana de par en par. Se lía otro canuto, lo enciende y se asoma. El cuarto de invitados está justo encima de la cocina, así que al mirar hacia abajo ve a su padre por el techo de cristal de la extensión. Está recogiendo los platos de la cena y Nick sabe que debería colaborar, pero cuando ha dicho que se iba su padre no se lo ha impedido. Se echa hacia atrás, por si se le ocurre mirar hacia arriba y lo ve. Tiene que oler el humo desde ahí, ¿no? De todos modos, Nick cree que no le diría nada. No se arriesgaría a espantarlo. No es fácil vivir con tus padres, o con uno de ellos, pero al menos está ahorrando dinero. Le ha costado una barbaridad no chillarle durante la cena, porque no dejaba de preguntarle por el trabajo. Al menos a los dos les gusta el fútbol y han tenido algo de que hablar durante el resto de la cenita de los cojones.

Se tira encima de la cama y por el camino se ve en el espejo. Parece un muerto viviente, tiene la cara completamente blanca. Abre el portátil sobre el pecho y se imagina el color fantasmal que debe de tener ahora su piel, con el reflejo de la luz de la pantalla. El sarcófago emporrado de un joven desconocido cuyos brazos agarran su libro de la vida particular. Anuncia su vuelta al mundo y lo recibe un torrente de saludos y de bienvenidas. Son prácticamente desconocidos. Prácticamente amigos. Contesta a todos, uno a uno, tocando la carne, dejándose llevar suavemente entre sus manos tendidas, desesperadas por tocarlo, ansiosas por conseguir su atención. Los honra con su presencia, se alegra de haber regresado al mundo de los vivos.

Oye que su padre le da las buenas noches y repite esas dos palabras, pero habría sido lo mismo si hubiera ladrado como un perro: el sonido no quiere decir nada. Está a media conversación y no quiere que lo interrumpen, sus dedos no dejan de charlar, de contar a quien quiera escuchar qué piensa, qué hace. Y algunos lo tientan para que salga. No es muy lejos, a la vuelta de la esquina, en un paraíso de ventanas entabladas en el que se reúnen para pasar el rato. Es una pocilga, pero si cierras los ojos te da igual. Y al cabo de un rato ya no notas el olor. Aunque tampoco hay que cogerlo como costumbre, él no lo ha hecho. Solo ha ido un par de veces. Salió de casa a escondidas cuando su padre se había dormido y no se olvidó de volver a tiempo para desayunar, incluso estaba sentado a la mesa antes que él, ya vestido para ir a trabajar. Claro que estaba tan cansado que no podía ni hablar, aunque su padre lo entendió. Nick nunca ha sido muy madrugador.

Pero esta noche no va a ir. Esta noche se queda en casa encantado. Tiene un mensaje que ha reservado para el final: un mensaje privado dirigido exclusivamente a él, un mensaje de un amigo nuevo. Y por una vez, esa palabra tiene un dejo de

verdad. Le dedica toda su atención: cara a cara, solos los dos. Es muy jovencito y admira a Nick, está pendiente de todo lo que dice. «¿Qué tal?», le pregunta, y su amigo se muere de ganas de contarle todo lo que ha hecho desde la última vez que hablaron.

Tienen mucho en común. Más de lo que podría parecer teniendo en cuenta la diferencia de edad. Hasta un libro, joder. Ha leído el único que Nick ha tenido entre las manos desde hace años. Primero Nick confesó que se había saltado un trozo para enterarse del final, que no lo había leído todo, pero ahora resulta que sí, que se lo ha acabado. Ha repasado a fondo los capítulos recomendados: la parte del sexo. Aquello del amor era un poco soso, de manera que Nick le dijo que probara otra cosa y le mandó algo más guarro, mejor que lo que podía leer en cualquier libro de mierda. Nick es mayor, ha visto más mundo. Le dice que le haga caso, que no vaya a la universidad, a tomar por culo eso de Bristol o de Manchester: que se quede en España, que allí siempre hace sol. El chico parece muy interesado en los consejos de Nick, y él le ha dado un montón. «La vida es muy corta, no hay que malgastarla», le dice. Como si él pudiera dar lecciones de algo... Pues las da. No puede contenerse, suelta muchísimas cosas que nunca diría en voz alta, que nunca le diría a nadie, y Jonathan está pendiente de todo lo que sale de los dedos de Nick y pide más, quiere saber a qué tías se ha tirado, y lo que piensa hacer para ganar dinero, y cómo fue el año que pasó viajando por Estados Unidos. Jonathan lo absorbe todo con entusiasmo. Escucha y aprende.

Verano de 2013

Sé perfectamente lo que está pasando en esa casa: ella se ha ido y el chico está solo con su padre, que anda un poco perdido, el pobre. Parece que el paquetito lleno de libros que llevé a la oficina también ha tenido sus consecuencias. Cuando he llamado me han dicho que está de baja por enfermedad. No tenían ni idea de cuándo volvería. Antes de colgar he dicho que esperaba que no fuera nada grave.

Se me ha puesto el corazón tan duro como las uñas de los pies. En su día podría haber sentido algo por ese muchacho. En su día podría haber intentado ayudarlo. La confianza que me ha cogido es enternecedora. Los años que pasé dando clases me enseñaron a reconocer a la legua a esos chicos con un agujero negro dentro. Trataban de disimularlo con fanfarronería y despreocupación, como si estuvieran de vuelta de todo, como si les dieran igual las consecuencias de haberse abandonado. Pero hablo de adolescentes. Este no es ningún chaval, tiene veinticinco años y, por mucho que trate de hacerse el hombrecito ante el personaje de diecinueve años que le pongo delante, con esas fantasías ridículas de haber viajado por todo Estados Unidos y demás, no puede ocultar esa alma temblorosa y encogida ante un hombre con tanta experiencia como yo.

Está desesperado. Desesperado por hablar hasta las tantas de la madrugada. Tiene más amigos, por supuesto, pero están tan perdidos como él. He leído su cháchara anodina. Además, no lo conocen tan bien como yo. Cuando me desconecto, sale a verlos a ellos en el mundo real, a esos amigotes drogadictos, y luego reaparece a la noche siguiente, con la lengua fuera, babeando con anticipación a la espera de mi llegada, deseoso de impresionarme con sus patéticas aventuras narcóticas. Creo que ha llegado el momento de empezar a hacerlo esperar. Nada, diez minutos o algo así, para que no pierda el interés.

No tardó en contestar a mi petición inicial; lo que le llamó la atención fue la fotografía de su madre. Le dije que la había encontrado escondida en mi casa, que su nombre estaba escrito detrás. Le dije que lo había buscado y creo que eso le gustó. Creo que se emocionó ante la idea de que alguien se hubiera molestado en dar con él. Era una foto bastante inocente de su madre, sola en la playa, pero lo había hecho pensar. Durante un tiempo se había planteado si éramos familia. ¿Quizá su madre tuvo una aventura? ¿Tuvo otro hijo? ¿Tiene un hermanastro? ¿Podría ser yo? Aún hay más fotos, pero no está preparado, tendré que avisarlo con tiempo. Claro que él no me advirtió nada antes de mandarme aquella guarrada. En fin, conseguí fingir el agradecimiento de mi chico; además, Jonathan es tan inocente que no me costó comportarme como si nunca hubiera visto una cosa así.

Cree que estoy pendiente de lo que dice hasta la última palabra, y en cierto sentido es verdad. Pobre desgraciado, se dedica a ir soltando sus historias patéticas a

un chico seis años más joven que él que lleva casi veinte muerto. Puede que le haya abierto su corazón a Jonathan, pero el que ha entrado con toda la caballería he sido yo, mientras la voz de Nancy me retumbaba en los oídos y el libro escrito con sus palabras me susurraba, me daba material. Con ella a mi lado no me costará mucho ir empujando a este individuo debilucho hacia el borde del abismo. Solo tengo que fomentar su oscuridad, llevarlo hasta un punto de no retorno y dejarlo allí, balanceándose en el filo.

Extracto del cuaderno de Nancy Brigstocke; octubre de 1998

«... aparentemente no albergaba ningún sentimiento: una falta de empatía absoluta. No sé si en realidad es posible sentir el sufrimiento de los demás. Quizá estoy pidiendo demasiado. Da igual, yo esperaba algo. Cuatro palabras que pudieran indicar un intento de comprender mi pérdida. Dijo: «Lo siento. Ojalá su hijo no lo hubiera hecho.» ¿A qué se refería? ¿Habría preferido que arriesgara la vida otra persona? ¿Le gustaría que Jonathan siguiera vivo? Eso no fue lo que dijo.

»Me he repetido sus palabras mentalmente una y mil veces, tratando de encontrarles sentido. A veces me pregunto si se le escaparon, si salieron de lo más profundo de su ser. Quizá fueron una confesión, quizá reconocía que sentía ganas de que hubieran dejado al niño ahogarse. ¿Es eso posible? Trato de imaginarme cómo puede una madre querer que su hijo pierda la vida. Eso sucede, ¿verdad? Hay madres que matan a sus hijos por negligencia. Ponen sus propias necesidades por delante. Olvidan sus responsabilidades. Eso sucede, lo he leído. Y esa mujer es culpable de negligencia; si no, ¿cómo iba a estar flotando su hijo de cinco años solo, en mitad del mar? ¿Y por qué no salió corriendo a salvarlo?

»Cuando nos conocimos ya había descubierto que Jonathan y ella habían mantenido relaciones sexuales, aunque ella me dijo que no lo había visto hasta aquel día. Pero... ¿acaso no llevaban un tiempo en el mismo pueblo de veraneo? Y repitió la mentira: «No lo había visto nunca.» Es una mentirosa. Podría haberle dicho que había visto las fotografías, pero me contuve. No tenía fuerzas para un enfrentamiento y, además, ¿de qué habría servido? Con eso no iba a recuperarlo. Necesité todas mis energías para mantenerme erguida a su lado ante la tumba de Jonathan. Tenía frío. Estaba agotada. Quería que me concediera algo. Quería ver a su hijo y para eso sí reuní fuerzas. Tenía la esperanza de que volviéramos a vernos y de que en esa segunda ocasión lo llevara con ella, pero se negó. No ha habido más encuentros. No he vuelto a verla y no he llegado a ver al niño que sigue vivo únicamente gracias a mi hijo.

»Recuerdo que se le sonrosaron las mejillas por el frío, que tiritaba rebosante de salud, y eso también se lo envidié, el calor que desprendía. El sudor en el labio y la piel reluciente. Despedía calor, pero no calidez. Tiene la sangre demasiado fría para llegar a comprender lo que se siente cuando un desconocido te informa de que tu hijo ha muerto, cuando no puedes estar con él en el momento en que más te necesita, en el momento en que te llama a gritos. Y no puedes ayudarlo, no puedes abrazarlo, no puedes decirle que todo va salir bien, que estás a su lado. No estuve a su lado y no pude abrazarlo, acariciarle la cabeza, darle un beso y decirle que lo quería. Solo puedes entender de verdad lo que es eso si te ha pasado a ti.

»Su niño corretea por ahí mientras el mío se pudre bajo tierra, bajo sus pies. Ni se

dignó mirar la lápida de Jonathan, las palabras que hicimos grabar: «Era nuestro ángel.» No bajó la vista. No llevó flores. ¿Por qué se molestó en acudir? Ojalá su hijo supiera que debe la vida al mío. Ojalá supiera que, de no haber sido por Jonathan, habría muerto.»

Verano de 1993

Recuerda que se incorporó y llamó a Nicholas a gritos. Se había dormido tumbada en la toalla, boca abajo, con los pies hacia el mar. Estaba agotada. No tenía intención de dormir, pero se había permitido echarse y apoyar la cabeza en las manos porque Nicholas estaba muy contento.

Al final había cedido y le había comprado la barca de goma roja y amarilla que había visto el primer día, cuando Robert y ella lo habían cogido cada uno de una mano y habían recorrido el paseo marítimo. Aquella tarde lo habían alejado de los delfines, tiburones y barcas hinchables y le habían comprado un cubo, una pala y un camioncito para que jugara en la arena. Se había puesto a llorar para reclamar la barca y sí, aquel último día Catherine había capitulado. Lo haría feliz, y si él estaba feliz, ella podía descansar.

Miraba de vez en cuando para ver si estaba bien, y lo estaba: instalado en la arena, encantado de ser el capitán de su propio barco. Sin embargo, cuando su madre volvió a mirar, la barca estaba meneándose a merced de las olas. No quería quedarse dormida. Se levantó y lo llamó. El mar empezaba a crecer y agitaba mucho la barquita, de un lado para otro, pero él seguía sonriendo, seguía feliz. Y había más gente en el agua jugando con las olas. Nadie parecía preocupado. Se acercó a la orilla sin apartar los ojos de Nick, llamándolo cada vez más fuerte, pero el niño no la miraba. Estaba enfrascado en su pequeño mundo. Entonces el mar empezó a picarse y las olas crecieron mucho y se llevaron la barca por delante.

Estaba donde ya no hacía pie y el agua lo arrastraba cada vez más adentro, hasta donde se volvía más oscura y luego negra. El sol se había ocultado y se había levantado viento.

—¡Socorro! —gritó, echando a correr—. ¡Que alguien me ayude!

Chillaba temblorosa, aterrada. Recuerda sus palabras con vergüenza: «¡Que alguien me ayude!», y no «¡Que alguien ayude a mi hijo!». Que me ayuden a mí. Entró en el agua a la carrera, le llegaba hasta la cintura, pero no fue ella quien se lanzó a buscar a su hijo. Sabía que no nadaba lo bastante bien y tenía miedo. Tenía miedo de ahogarse. Se obliga a reconocerlo.

Analiza ese momento al detalle, sin dejarse nada. No arriesgó su vida para salvar la de su hijo. Sabía que, si lo intentaba, se ahogarían los dos. El mar siempre la había atemorizado, ni siquiera le gustaba meter la cabeza debajo del agua. Los que se ahogan rescatando a niños y perros son los hombres, no las mujeres. Los padres, no las madres. Qué raro, no recuerda haber oído nunca que una mujer se haya lanzado al agua a salvar a un niño, y en cambio sí tiene presentes muchas ocasiones en las que los hombres se han tirado a ríos revueltos o a canales sucios sin pensar en ellos mismos, impulsados únicamente por un valor ciego. Tiene que haber mujeres que

hayan hecho una cosa así, pero no recuerda haberlo leído nunca. Así pues, no está tan sola en esa falta de valentía para salvar a su hijo aquel día. Si se hubiera tratado de un edificio en llamas, o de una cornisa en lo alto de un rascacielos, o de un loco con una pistola en la mano, habría sido distinto. Entonces sí habría encontrado el valor necesario. Habría atravesado un fuego, se habría arriesgado a caerse y morir, se habría puesto delante de una bala por Nick... Pero el mar no. El mar la había desarmado.

Y entonces fue él quien echó a correr, quien la apartó al pasar y se tiró de cabeza a las olas como un socorrista. ¿Por qué coño no había socorristas en aquella playa? Ni siquiera había bandera. Fue él quien respondió a sus gritos de auxilio.

—¡No! La palabra se le escapó de los labios sin darle tiempo a detenerla. Un aullido que nadie comprendió. No quería que fuera él. Por favor, él no. Lo vio nadar hacia la barca, que se balanceaba exageradamente: Nicholas trataba de ponerse de pie. «Ay, Dios mío, no te levantes, te vas a caer.» Trató de decirle con gestos que se sentara, pero estaba tan lejos que no la veía.

De repente había más gente a su lado. Una pareja con un niño pequeño y otra familia, ingleses, amables, cuya madre le pasó el brazo por los hombros. Y también familias españolas, todo el mundo paralizado por aquella escena: el crío que se tambaleaba peligrosamente en mitad del mar y el joven que se dirigía hacia él. Catherine recordó lo fuerte que era y no le cupo duda de que alcanzaría a Nicholas. Nada lo detendría. Y llegó hasta él, en efecto, y la gente que la rodeaba sonrió, y la madre inglesa le dio un apretón en el hombro y también sonrió, pero Catherine no. Ella lo miraba todo con náuseas.

Jonathan volvía tirando de Nicholas, que iba en la barca detrás de él. Verlo resultaba hipnótico: con un solo brazo, con una sola mano, seguía avanzando. Algo heroico. Un valiente. Era lo que Catherine estaba pensando cuando oyó el miedo en las voces a su alrededor. Un alud atropellado en español y luego el padre que tenía al lado, en inglés:

—¡Le pasa algo, hay que ayudarlo!

Iba a tirarse al agua él mismo cuando se le adelantó un español más joven. No tanto como Jonathan, pero joven de todos modos. ¿Veintiocho o veintinueve años? ¿La edad de Catherine? Empezó a nadar, agarró la cuerda y dio media vuelta para volver hacia la orilla con Nicholas sano y salvo detrás. Por un momento pareció que no avanzaban, que las olas los arrastraban, que la corriente los alejaba de la playa, pero lo consiguió. El español fue acercándose más y más a la arena y a la salvación. Y todo el mundo los miraba a Nick y a él, no a Jonathan. Todo el mundo dio por sentado que Jonathan estaba bien.

Por fin Nicholas llegó a la orilla y ella lo sacó de la barca, lo envolvió en una toalla y lo abrazó con todas sus fuerzas. Tiritaba de frío y le castañeteaban tanto los dientes que no podía hablar. Hundió la cara en el pecho de su madre y ella le tapó la cabeza con la toalla, como si fuese una capucha que lo protegiera, que lo sostuviera.

Fue entonces cuando Catherine se dio la vuelta y vio que el chico español y el padre de familia inglés nadaban hacia donde estaba Jonathan, que se había quedado atrás. Al parecer no hacía ningún esfuerzo para ir hacia la playa. Simplemente agitaba los brazos y chapoteaba. Todo pasó a cámara lenta.

La gente le hablaba en español, voces amables, sonrisas, acariciaban la cabeza de Nicholas, estaban felices por el rescate de aquel niño. Entonces la madre inglesa se le pegó a la oreja y susurró:

—No deje que lo vea. Que no lo vea.

Y la gente se apelotonó a su alrededor para impedir que Nicholas viera la orilla. Al volverse, Catherine vio que estaban bajando el cuerpo de Jonathan de una barca. Había llegado una lancha, pero demasiado tarde. Se quedó mirando mientras lo depositaban en la arena. Luego apartó la vista y tapó a Nicholas.

—Me haces daño —fueron sus primeras palabras. No se había dado cuenta de la fuerza con la que estaba abrazando a su hijo. Las demás madres habían formado una barrera para proteger al crío de la visión del hombre que lo había salvado.

—Debería llevárselo al hotel —dijo la madre inglesa poniéndole la mano en el brazo—. ¿Dónde están sus cosas?

Señaló la toalla y la bolsa y la señora fue a buscarlas. Apresuradamente, Catherine le puso una camiseta a Nicholas y luego le cogió la mano.

—¿Quieres que vayamos a ver si en el hotel te preparan una taza de chocolate? —propuso, y la calma de su propia voz la dejó estupefacta.

—Vale —contestó él, entusiasmado, y cogió la cuerda de la barca para llevársela.

—Vamos a dejarla aquí, Nick. Mañana volvemos a casa y no podremos subirla al avión. Alguien más podrá jugar con ella.

Se preparó para verlo llorar, pero el niño no se quejó. Ya se había olvidado. Había pasado la novedad. No volvió a mencionarla, ni el incidente. Jamás. Catherine lo esperaba. Esperaba el recuerdo del susto, del momento en que había comprendido que estaba demasiado lejos de la orilla y sin su madre, del mar embravecido, de que lo habían rescatado, pero ese recuerdo no llegó. Nunca más habló del tema. Había pasado mucho frío, eso sí lo dijo, pero no que había creído que se ahogaba. No dijo si había sentido miedo. Quizá no lo había sentido. Tenía frío y quería volver a la orilla, y entonces apareció alguien y lo llevó. Así de sencillo. En realidad, nunca había temido por su vida.

Al subir los escalones del paseo marítimo, Catherine volvió la cabeza por última vez y vio a Jonathan tendido en la arena, tapado con dos toallas. Muerto. Sabía que estaba muerto. ¿Y qué sintió? Se machaca: «¿Qué sentiste?»

Verano de 2013

Los informativos llevan todo el día repitiendo una noticia: unos niños han muerto de vergüenza, incapaces de contar a sus padres que habían colgado en internet fotografías destinadas a adultos depredadores que se habían hecho pasar por amigos suyos. Algunos de esos niños solo tenían ocho años. Esa ha sido la banda sonora mientras me dedicaba a repasar fotos de Jonathan de pequeño, la historia iba dándome vueltas por la cabeza mientras buscaba la imagen que retratara mejor a mi hijo, donde saliera como me gustaría que se lo recordara. Si Jonathan fuera niño hoy, no creo que hubiera sido víctima de esos monstruos. Jamás habría muerto de vergüenza, porque sabía que siempre podía acudir a su madre. Podía contárselo todo, ella nunca habría dejado de quererlo ni un ápice. Estaban todo lo unidos que pueden estar una madre y un hijo.

Tan unidos que fue Nancy, y no yo, quien le habló de educación sexual.

Su madre, no su padre. Lo lógico sería que me hubiera resultado más fácil a mí, pero a quien escuchaba era a Nancy, con quien hablaba era con Nancy. Cuando yo trataba de sacarle el tema, se metía los dedos en los oídos y gritaba «la, la, la» tan alto que ahogaba el sonido de mi voz. Luego Nancy y yo nos reíamos: qué gracioso era, qué tontorrón. Había llegado a la pubertad pronto, con apenas once años, pero necesitaba la información básica, y decidió encargarse ella. Recuerdo que pensé: «Ya verás, escuchar a su madre hablar de sexo le dará aún más empacho.» Me equivoqué.

Nancy se sentó con él, le pidió que la mirara a los ojos y le aseguró que no tenía por qué tener miedo ni vergüenza. Era algo natural. Un día conocería a una persona especial y entonces esos impulsos tan incómodos tendrían sentido. No había nada de lo que avergonzarse, debía sentirse libre de explorar su propio cuerpo. De hecho, lo animó a hacerlo y le dijo que si alguna vez lo preocupaba algo siempre podía acudir a ella. Recuerdo que en varias ocasiones pasé por delante de la puerta de su dormitorio y oí al otro lado el murmullo de sus voces. Sabía que Jonathan confiaba en ella y que era mejor no inmiscuirme. Nuestro hijo podía estar seguro de que, hiciera lo que hiciese, su madre siempre lo comprendería. Nuestro hijo habría estado a salvo de los depredadores de internet, depredadores como yo.

He mentido sobre mi edad para atraer a alguien más joven y ganarme su amistad. Me he hecho pasar por quien no soy.

Anoche subí las demás fotografías. Ningún hijo tendría que ver a su madre así. ¿Qué puede provocarle a alguien la visión de su propia madre expuesta de esa forma, enseñándolo todo? Esa degradación, esa obscenidad... Dudo que alguna vez sea capaz de borrar esas imágenes de la cabeza. Pero ya no hay marcha atrás: tenemos una misión.

Pobre Nick. Está esperándome, quiere más información sobre las fotos. ¿Quién

las hizo? Y se lo cuento. Luego cuelgo la imagen de Jonathan que he elegido. Un niño de diez años con el jersey que le tejió su abuela como regalo de Navidad. Está más feliz que una perdiz, saca pecho, hace alarde de la tortuga ninja que le cosió en la parte delantera. Y añado las palabras:

Jonathan Brigstocke
26 de junio de 1974 - 14 de agosto de 1993
Un perfecto desconocido que murió al salvarte la vida

Tardará un poco en hacerse a la idea de la muerte de Jonathan, del joven amigo que nunca existió, en comprender todo lo que he colgado para él. El libro le servirá de ayuda; le he indicado varias páginas concretas para que esta vez no deje de reconocer a su madre ni de reconocerse a sí mismo. Nancy también tiene algo que decir. Quizá el chico pueda dar respuesta a algunas de las preguntas que se planteó en su día.

«¿Por qué no ayudó a su hijo? ¿Cómo puede una madre darle la espalda a un hijo y dejarlo solo en el mar? Un niño que no sabía nadar. Sin manguitos, sin flotador. ¿Cómo puede hacer algo así una madre en sus cabales? ¿Estaba en sus cabales?»

»Habría preferido ver ahogarse a su hijo, me dijo que ojalá Jonathan no lo hubiera hecho. Esas fueron sus palabras. ¿Acaso la pasión que sentía por Jonathan era mayor que el amor por su hijo? El pequeño Nick. ¿Es un niño tan insoportable que ni siquiera para su propia madre valía la pena salvarlo?»

Ya está todo colgado, el extracto del cuaderno de Nancy, mi última aportación. Tengo la sensación de haber metido un gato en un saco y haberlo tirado al canal. Lo oigo maullar, pero ya no puedo hacer nada para salvarlo. Allá se las componga: de él depende.

Verano de 2013

Alguien lo agarra del brazo y lo arrastra hasta la puerta. «Acábatelo, acábatelo ya.» Alguien lo empuja a la calle, echa el cerrojo, le impide entrar. Empieza a andar, pero tropieza. ¿Lo empujan? No, tropieza. Será mejor que se siente. Que se le pase. Y se sienta en el suelo, apoyado contra la pared. Sigue agarrando el libro. Pasa las páginas hasta el final. Quiere leer la muerte de su madre. Se ríe. Menuda fantasía, joder. A ver quién es el guapo que consigue tirarla a la vía del metro. Atrás, atrás, más atrás. Busca el sexo. Mamá le chupa la polla a ese tío de diecinueve años. Coño, qué mal rollo, ¿no? Mierda. Le está provocando una reacción, no puede ser. Se levanta, tira el libro al suelo y mea encima. Gotas de sudor frías y grasientas brotan de sus poros mientras orina; el pis lo salpica. Apoya las manos en la pared, se aguanta, y pega una patada al libro con todas sus fuerzas; lo ve dar vueltas por la acera. Se deja resbalar pegado a la pared, se queda sentado. Cierra los ojos. No sirve de nada: lo lleva dentro. Lo tiene en la cabeza y no hay manera de sacarlo. Clava los dedos en el cuero cabelludo para arrancarse las imágenes del cerebro, pero las ve clarísimamente.

El niño de mamá. Perdido en mitad del mar. Mamá lo vio morir. Pobrecita. Se lo jugaron a cara o cruz y ganó Nick. Se salvó cuando no le tocaba. Alguien debería echar una mano a su madre, ayudarla a tirarse al metro. Cierra los ojos y una barca hinchable roja y amarilla pasa balanceándose ante él: una mancha pequeñita a lo lejos, una mancha que rebota y se cae por el borde del mundo.

Los números también pasan flotando por delante de él. Un dos o un siete... No, dos. Dos dosis: veintidós. Luego nada. Una casa vacía. Tablones en lugar de ventanas. Hay un timbre y sus dedos rascan la pared para buscarlo, pega la oreja a la puerta. Tiene calor, frío, náuseas. No recuerda haber llegado hasta aquí, pero aquí está. Es donde le apetece quedarse. Hacía tiempo que no venía, había contenido las ganas. Aquí es donde tiene que estar. Un zumbido, un zumbido a lo lejos. Se abre la puerta y se desploma en el interior. Ah, el olor a mierda de perro de siempre. Vomita en las manos, trata de recogerlo. Ya lo ha intentado otras veces, pero nunca lo consigue: se le escapan trocitos. Tiene las manos juntas, rebosantes, y a nadie le importa. Lávate, tío. Ya está dentro, consigue subir al primer piso. Lo que le hace falta es cerrar los ojos un momento y se le pasará todo. Se hace un ovillo en el suelo, como un feto gigantesco, y se queda escuchando el leve murmullo de los demás. No necesita saber lo que dicen, le basta con oír ese sonido. Es suficiente saber que está entre ellos, que es un viajero más.

Se imagina otra historia para su madre: una heroína trágica que perdió a su único hijo en un accidente en una playa. Se habría recuperado de esa pérdida por completo; habría interpretado bien ese papel; le habría pegado más que ser la madre de un colgado de mierda, un inútil que nunca ha hecho nada, que no quiere hacer nada.

Se pone boca arriba y abre los ojos para mirar el techo. Una cara aparece encima de la suya y pregunta sonriente:

—¿Te encuentras bien?

Él también sonríe. Se siente mejor. Un poco. Consigue llegar al baño. Se limpia el vómito de las manos, se lava la cara, se aclara la boca con agua, la escupe. Le vibra el móvil en el bolsillo. Su padre. Que se vaya a tomar por culo. Pero llama a su madre. ¿Es esa su voz? ¿Está dejando un mensaje? Algo sale.

—¿Todo bien? —pregunta alguien al otro lado de la puerta.

—Sí —contesta, ronco, mirando el movimiento de sus labios en el espejo.

Hace un esfuerzo para apartarse y abre la puerta. Hay una tía. Está buena.

—¿Te encuentras bien? —Mira detrás de él—. ¿Quién está ahí dentro contigo?

Él se aparta y ella asoma la cabeza.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie.

—Estabas llorando.

—Estaba vomitando.

Le coge la mano, quiere que lo acompañe, pero ella se suelta con brusquedad. Nick llega a trompicones a la sala y se sienta en el sofá. Huele que apesta, alguien se ha meado encima, y se le clavan los muelles en la espalda. Pero no quiere moverse. No quiere irse de aquí nunca jamás. Aquí es donde puede ser lo mejor de sí mismo.

Verano de 1993

Recuerda las preguntas de la policía española: «¿Lo conocía? ¿Lo había visto alguna vez?» Contestó que no lo había visto hasta aquel mismo día, les pareció bien y le dieron permiso para volver a Londres con Nick al día siguiente. La policía tenía su mochila, sabían dónde se alojaba, informarían a las autoridades británicas, se pondrían en contacto con la familia. Un trágico accidente. Podía irse tranquila. No hubo más preguntas.

Aquella noche hizo la maleta. A la mañana siguiente Nicholas y ella subieron a un taxi que los llevó al aeropuerto para coger el vuelo de regreso. «Un viaje tranquilo», le dijo a Robert cuando volvió del trabajo por la tarde. Catherine había comprado una botella de whisky en el *duty free* y se bebieron un par de vasos antes de acostarse. Recuerda que cerró la puerta del baño y se miró el mordisco del cuello en el espejo: se puso más maquillaje para taparlo y luego apagó la luz una vez en la cama. Y él la buscó, le besó la boca, fue bajando y le besó el vientre. Era muy cariñoso. Hicieron el amor, aunque a ella en realidad no le apetecía. Pero le parecía que tenía que dejarse, que era un acto necesario para ayudar a borrar lo sucedido. Robert le acarició el cuerpo; dijo que la había echado de menos. Se mostró atento, tierno. Y ella ocultó durante varias semanas, hasta que desapareció, la marca delator del cuello. El moratón del muslo ya se había puesto verde amarillento, era fácil no verlo. Catherine pudo esconder su secreto, enterrarlo en la cabeza; poco a poco, con los años, logró masticarlo como si fuera un trozo de cartílago hasta que por fin pudo tragárselo sin ahogarse.

Hubo momentos en los que estuvo a punto de contárselo a Robert, pero le pareció que sería egoísta. Si Jonathan no hubiera muerto, las cosas habrían sido distintas. Si hubiera nadado hasta la orilla arrastrando a Nicholas, todo habría sido distinto. Era su secreto. Le pertenecía. Catherine había decidido no compartirlo con nadie.

Su teléfono vibra en la mesilla de noche. Lo coge, no quiere que su madre se despierte, acaba de dormirse después de otra visita al baño. Son las cuatro de la mañana. Le da un vuelco el corazón. Es Nicholas. Se levanta y sale corriendo de la habitación de su madre antes de cerrar la puerta con delicadeza, intentando no despertarla.

—¿Sí? ¿Nick?

No ha llegado a tiempo. Ha saltado el buzón de voz. Cruza los dedos para que deje un mensaje. Lo deja. Catherine lo escucha y es como si de golpe retrocediera veinte años. El mismo chorro de adrenalina que sale de la entrepierna con tanta fuerza que duele. El instinto primario de una madre cuando un hijo se acerca demasiado al borde. Lo siente en ese momento, al escuchar el mensaje de Nick: no oye palabras, solo sollozos estrangulados que el teléfono le transmite como arcadas.

Siente escalofríos cuando aprieta la tecla y lo llama una y otra vez. Lo único que oye es la voz de otro Nick, que la anima a dejar un mensaje. Un pájaro canta en la calle, pero aún no ha amanecido y parece un error. Le pasa lo mismo que a ella: lo han sacado del nido demasiado pronto. Coge el abrigo y el bolso y sale. No tiene coche, así que corre hasta el local de una pequeña compañía de taxis que queda cerca y espera. Cinco minutos, nada más, y aparece un señor adormilado que la recoge y la lleva a su casa. Un trayecto de veinte minutos a estas horas de la madrugada, sin tráfico. Paga, echa a correr hasta la puerta del edificio y la abre.

Verano de 2013

¿Cómo es posible que Nancy supiera lo que pasó entre Jonathan y la puta? ¿Cómo pudo describir sus relaciones sexuales con tanto detalle? Tenía las fotografías, tantas y tan truculentas, y se sirvió de la imaginación: es la labor de un escritor. Jugó con algunos hechos. Por ejemplo, dudo mucho que Jonathan hubiera tenido interés en seguir los pasos de Orwell, Bowles o Kerouac. ¿Se hacía ilusiones? Una licencia artística. Por descontado, cambió los nombres. ¿Para proteger a los inocentes? Yo quizá debería haber vuelto a poner los originales. Es una obra de ficción, pero, aun así, me gusta creer que sirvió para quitar lastre a la verdad: propició que saliera a la superficie y se quedara flotando. Al fin y al cabo, lo importante de una historia es su esencia.

Jonathan viajó al continente con su novia, eso Nancy lo dejó igual, pero sí modificó el motivo por el que Sasha regresó antes. Su padre no se puso enfermo, no volvió por eso. Jonathan y ella discutieron y la chica agarró el petate y lo dejó allí. Eso es un hecho. Pero no tiene mucha importancia. Lo importante es que Jonathan prosiguió el viaje solo. Era un chaval de diecinueve años y estaba solo en el extranjero. Era vulnerable. Recuerdo que a Nancy le preocupaba saber que estaba solo. A mí no. Me imaginaba que se lo pasaría mucho mejor sin su novia. Esperaba que encontrase a alguien más divertido.

Cuando volvimos de España tras identificar el cadáver, Sasha fue la primera persona a la que Nancy llamó. No quería que se enterase de la muerte de Jonathan por otra vía. La que contestó al teléfono fue la madre. Dijo que su hija había salido, pero que le contaría lo sucedido. No llegamos a enterarnos de si lo hizo o no, porque no volvimos a saber nada de Sasha. Nancy siempre le mandaba tarjetas de felicitación por su cumpleaños y por Navidad, pero nunca respondía. Yo me ponía furioso, me daba mucha rabia, pero Nancy se mostraba más generosa. Decía que lo comprendía. La chica era joven, no se le podía pedir demasiado, y desde luego su madre no debió de animarla a mantener el contacto. La relación con esa señora nunca había sido fácil.

Después de que Sasha volviera de Europa, recuerdo que Nancy recibió una llamada de su madre. Aunque solamente oí las palabras de Nancy, me sorprendió su paciencia al aguantar la sarta de improperios que le soltó la madre de Sasha. Mi mujer no perdió los nervios y repitió una y otra vez que las diferencias entre dos jóvenes tenían que resolverlas ellos, que no estaba bien que los padres se entrometieran. Consiguió terminar la conversación con cortesía, pero cuando colgó me di cuenta de que estaba pálida de ira. Sin embargo, no había perdido los papeles, cosa que me pareció admirable. En sus cuadernos mantiene el mismo tono comedido. Susurran, no berrean. Expresa deseos, no exige nada.

«Ojalá su hijo supiera que debe la vida al mío. Ojalá supiera que, de no haber sido por Jonathan, habría muerto.»

Verano de 2013

Catherine mete la llave en la cerradura y la gira, casi pensando que ya no abrirá, pero abre. Entra en casa y sube directamente, a toda prisa, al cuarto de invitados. Ve la cama vacía, el desorden por el suelo, la dejadez. Entonces abre la puerta de su habitación y se detiene delante de Robert, que duerme a pierna suelta. En la mesilla hay una caja de somníferos y, al lado, un ejemplar muy manoseado de *Un perfecto desconocido*. En otro momento se habría sorprendido, pero ahora le da asco que lo tenga al lado de la cama. Que haya vuelto a meterlo en su cuarto. Se pregunta dónde estarán las fotografías. ¿Las tendrá guardadas en el cajón de la mesilla o las habrá destruido?

—Despierta, Robert.

Duerme tan plácidamente que no la ha oído subir corriendo por la escalera, no ha notado su presencia amenazadora, no procesa su voz en el oído. Catherine se agacha y lo sacude.

—Despierta.

Gruñe y se da la vuelta. No abre los ojos.

—¡Robert! —grita, ahora ya enfadada—. ¡Despierta!

Le coge el móvil y busca llamadas de Nick, pero no hay ninguna, solo las llamadas perdidas que le ha hecho ella. ¿Cómo se atreve a dormir? Agarra el vaso de agua que ve al lado de la cama y se lo echa por la cabeza. Justificado, necesario, perdonable. Robert escupe y se encoge. Es patético. La rabia y la antipatía que siente la pillan por sorpresa.

—Robert, coño, haz el favor, despierta. ¿Dónde está Nick?

Cuando por fin abre los ojos, está confundido, torpe.

—Pero ¿qué me...?

—¿Dónde está Nick?

Robert sigue sin reaccionar, trata todavía de salir del sueño. Catherine agita el libro delante de su cara.

—¿Se lo has contado?

Él se desliza hasta el otro lado de la cama, se levanta y la mira. Está desnudo, y Catherine se da la vuelta.

—¿Se lo has contado? —chilla.

Robert se mete en el baño y sale envuelto en una toalla que le llega a los tobillos. Está tranquilo, ni remotamente preocupado.

—No le he contado nada —asegura—, pero pienso hacerlo...

—Pues llegas un poco tarde. Se te ha adelantado el padre. Nick me ha llamado a las cuatro de la madrugada y ahora no lo encuentro. No coge el teléfono, y le he llamado un montón de veces. Me ha dejado un mensaje —añade sacudiendo el

teléfono—, estaba fatal. —Y se echa a llorar—. Se ha enterado. ¿Dónde está? Tenemos que encontrarlo.

—No sé dónde está. Con algún amigo, supongo. —Se niega a participar del pánico de Catherine—. Se ha ido a trabajar esta mañana y no ha venido a cenar. ¿Y qué? Tiene veinticinco años. —Está a la defensiva—. Seguro que no le ha pasado nada... ¿Qué quieres decir con eso de que estaba fatal?

—Estaba llorando... No ha dicho nada. Solo se oyen sollozos.

El dolor baña el rostro de Robert.

—¡Dios mío! Ojalá se lo hubiera dicho yo, mierda. No tendría que haberse enterado por otra persona.

La aparta para bajar.

—Nunca lo había visto así, Robert... Tengo miedo.

Él se vuelve hacia Catherine.

—Bueno, ¿y qué esperabas?

La mira de arriba abajo hasta que da la impresión de que ya no soporta tenerla delante.

—Debería habérselo dicho yo... pero ha tenido que oírlo de un desconocido. ¿Te cabe en la cabeza lo trastornado que debe de estar?

—Es culpa de ese mamón hijo de puta desquiciado...

—¿Qué? —la interrumpe—. ¿Te refieres al padre del chico que murió salvando la vida de Nick? ¿Al padre del jovencito que te tiraste y luego dijiste que no conocías de nada? Y eso después de que hubiera muerto rescatando a nuestro hijo. ¿Te refieres a ese «mamón hijo de puta desquiciado»? Eres de lo que no hay.

Está claro que la detesta. El odio lo devora vivo. «El jovencito que te tiraste.» Debería estar preocupado por Nick, no atacándola. Lo desprecia por ser incapaz de centrarse en su hijo, de colaborar con ella para encontrarlo.

—¿Es que no lo entiendes? Nuestro hijo corre peligro. Ese hombre ha dado con él.

Saca el teléfono y pone el mensaje de Nick. Es devastador. A Robert se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡Esto es culpa tuya! ¡Mira lo que has conseguido! —escupe las palabras a Catherine, que se da la vuelta, pero él sigue—: No te reconozco. ¿Qué esperabas? —La agarra y la obliga a mirarlo—. ¿Te sorprende que se lo haya tomado mal? Las mentiras, tantas mentiras a lo largo de los años. Era inevitable que acabara enterándose, aunque habría preferido contárselo yo. No te preocupaste por él, ¿verdad? Estabas tan obsesionada con tu amante que dejaste a nuestro hijo solo en el mar cuando ni siquiera sabía nadar. ¿Cómo quieres que se lo tome? Nick era un crío, la adulta eras tú. Su madre. Tendrías que haberlo salvado tú, pero nunca lo has puesto por delante, ¿eh? ¡Solo piensas en ti!

Catherine se zafa de él, le da la espalda, se niega a defenderse. Tiene que concentrarse en Nick. Nota la mirada de Robert en la espalda, su desdén. En ningún

momento se había imaginado que las cosas pudieran acabar así, pero ahora no puede pensar en eso. Busca en el móvil el teléfono del hospital más cercano. Llama y espera una respuesta.

—Hola, estoy buscando a mi hijo... Me preocupa que le haya pasado algo... Me ha llamado y estaba muy alterado... Veinticinco años... Sí, pero tiene antecedentes de drogadicción y por teléfono estaba en muy malas condiciones... Puede haberse hecho daño... Nicholas Ravenscroft...

Se da cuenta de que no les importa. La madre de un chico de veinticinco años llama para ver dónde está. Qué ridiculez.

Vuelve corriendo al cuarto de invitados. Nick podría estar en cualquier parte, en cualquier hospital de Londres, en cualquier tren que haya salido de la ciudad, en cualquier línea... Llama a la policía, pero no le hacen caso. Su hijo tiene veinticinco años. La ha llamado hace dos horas. ¿Acaso le ha dicho que fuera a hacerse daño? No, tiene que reconocer que no. Empieza a registrar sus cosas. El portátil no revela nada. Encuentra el neceser con indicios clarísimos de que ha consumido drogas. No, por favor. Sale al rellano y grita:

—¿Sabías que había vuelto a tomar drogas? ¿Eh? ¿Lo sabías?

Robert se acerca al pie de la escalera y contesta también a gritos:

—¡Ni se te ocurra sermonearme sobre la educación de nuestro hijo!

Sin embargo, Catherine nota que ha tocado hueso. Vuelve a entrar en el dormitorio, se pone a cuatro patas y revuelve la leonera de Nick en busca de cualquier cosa, lo que sea. Encuentra una carta de John Lewis. Una carta de despido, fechada hace dos semanas. La coge con gesto triunfador y baja las escaleras a toda pastilla.

—Lo han despedido. A ver, ¿adónde ha ido todos los días mientras tú creías que estaba trabajando?

Robert no puede responder. Ahora está tan aturdido y tan asustado como Catherine, que se avergüenza de sí misma. ¿Cómo puede haber sentido ese arrebató triunfal? Mira a su marido y, con una desesperación serena, le pregunta:

—¿No tienes ni idea de con quién podría estar? ¿No ha mencionado a nadie?

Robert no contesta. No lo sabe. Ninguno de los dos lo sabe. «Menudos padres estamos hechos», piensa Catherine. Ni él ni ella saben a quién llamar, ni él ni ella saben con quién anda su hijo. ¿Tiene amigos? De la adolescencia no le queda ninguno, de eso está muy segura.

—Me habló de una novia, pero no la conozco, no sé cómo se llama. Ni siquiera sé si existe de verdad... —Llama al teléfono de Nick, pero el contestador salta inmediatamente—. Hola, ¿qué hay? Llámanos cuando te despiertes. Para saber que te encuentras bien... Te quiero...

Entonces suena el móvil de Catherine; no reconoce el número. Le tiemblan los dedos al responder.

Verano de 2013

Ha llegado el momento de empezar a recoger, de borrar nuestras huellas dactilares. He cerrado el perfil de Facebook de Jonathan. Nancy quería que lo dejara abierto, pero me ha parecido mejor borrarlo. Se siente frustrada, lo noto. Duda de que mi «estrategia cautelosísima de acercamiento», como ella la llama, consiga el resultado que le gustaría. Yo le pido que tenga paciencia. «Mira —le digo—. Mira el perfil de Nick. Está igual. Eso quiere decir algo. Hace veinticuatro horas que no publica nada. Eso no es normal en él. Es incapaz de apartar las pezuñitas de su perfil. Su estado no ha cambiado. Así lo llaman, «estado», es curioso. Cómo le gusta a la gente joven lo de publicar su «estado». Jonathan no tenía esas inseguridades, no le hacía falta el respaldo de Facebook. Nunca tuvo que poner en duda su importancia en la vida de su madre.

Ahora puedo decirlo. A veces tenía celos de la devoción de Nancy por Jonathan. Nuestra relación cambió después de su nacimiento, por descontado. Al principio no. Al principio estábamos los dos con nuestro hijo recién nacido, pero a medida que fue creciendo, a medida que fue definiéndose más, en algunos momentos me daba la impresión de que por un lado estaban ellos y por el otro yo. Tenían un vínculo especial, y hubo veces en las que me sorprendí compitiendo con Jonathan por la atención de Nancy. A ella debía de parecerle un inseguro, un débil. Por supuesto, Jonathan la necesitaba más, y fue injusto por mi parte tratar de apartarla de él en alguna ocasión. Solo discutíamos por el niño: sobre cómo había que hacer las cosas. No nos peleábamos mucho; cada vez menos, de hecho, a medida que fue creciendo. Yo empecé a delegar cuando había que decidir algo sobre su educación. Nancy estaba convencidísima de que lo que le hacía falta era amor y apoyo incondicionales. «Es lo que necesita cualquier niño», decía, y no era fácil rebatir ese argumento.

Ay, Nancy, qué valiente era nuestro hijo. Cuando me enteré de cómo había muerto, rescatando a un niño, me sorprendí. Debería avergonzarme, ¿no? No sabía que fuera capaz de salvar otra vida. Y tú me leías el pensamiento, ¿verdad? Aunque nunca me acusaste de dudar de su valentía, sabías que me costaba encajar esa forma de morir con su forma de vivir. Siento haber esperado hasta después de tu muerte para tratar de compensarlo. Cuando descubrí que el niño que había salvado era el hijo de su amante, todo me pareció más lógico. Quería complacerla; quería demostrarle lo valiente que era. Estaba enamorado.

Dejo el ordenador encendido, con el perfil de Facebook de Nicholas Ravenscroft en la pantalla, y salgo al jardín. Ya he empezado a preparar la hoguera. Era algo que Jonathan y yo hacíamos juntos cuando era niño. Le encantaba la noche del 5 de noviembre, la de las hogueras, quedarse levantado cuando había oscurecido, echar cosas al fuego, escribir su nombre con una bengala. Ya se ha hecho de noche y hojeo

un cuaderno sin leerlo, para ver danzar la letra de Nancy delante de mí, y luego lo coloco encima del montón de madera, al lado de los demás. Enciendo una cerilla y la acerco a la pastilla de encender la chimenea; satisfecho, la veo prender con un parpadeo y un destello. El cuero huele y se arruga al quemarse, se oscurece y se consume, el papel tiene sed de llamas.

Al entrar en casa veo a Nancy. Está sentada delante del portátil, se vuelve hacia mí y me sonrío; creo que es porque el olor de la hoguera nos trae recuerdos felices de Jonathan a mi lado cada 5 de noviembre, pero me equivoco. En el perfil de Nicholas hay un mensaje de su padre.

Verano de 2013

Dejaron a Nicholas delante del Hospital de Saint George, en el sur de Londres. Un cuerpo abandonado en la entrada. El médico les explicó a Catherine y a Robert que su hijo había tenido un derrame cerebral. Cocaína, probablemente inyectada. Era demasiado pronto para decir qué daños había sufrido. Sabrían algo más durante las veinticuatro horas siguientes. Catherine y Robert se quedaron el uno al lado del otro junto a la cama de su hijo. Delante tenían los aparatos que lo mantenían con vida: lo ayudaban a respirar, controlaban su corazón, le insuflaban líquidos vitales gota a gota para tratar de recuperar el equilibrio. La UCI estaba tranquila, prácticamente en silencio. Hileras de cuerpos en camas, conectados a las máquinas, con los ojos cerrados, congelados, esperando una resurrección. O no.

Catherine contempla a su hijo, a quien no ha sabido proteger. El médico se equivocaba. Ya han pasado más de veinticuatro horas, dos días para ser exactos, y todavía no saben el daño que se ha hecho Nicholas. Sus padres ya no soportan estar juntos y hacen turnos para acompañarlo. Robert no le permite estar allí al mismo tiempo que él, de modo que tiene que esperar a que se vaya para ocupar su lugar. La amargan esas horas que él pasa en el hospital, ese tiempo que le roba para estar con su hijo, pero no discute. En cierto sentido, es un alivio no tener que ver a su marido. No le queda espacio para pensar en él, lo único que quiere es estar con Nicholas. Ahora está a su lado, y hasta el último momento es valioso.

Se sorprende pensando si su hijo siempre ha sido susceptible de morir joven. Ya lo salvaron una vez, pero le da miedo que ahora no tenga tanta suerte. Cuando lo mira, indefenso como un niño prematuro cuyo organismo es incapaz de funcionar con independencia, es como si también ella acabara de nacer. Tiene la mente y el cuerpo en carne viva. Es curioso, eso la reconforta: la reconforta sentir por fin el contacto con el mundo exterior. Consigue mirar a su hijo y verlo de verdad, como lo vio cuando llegó a sus vidas, en aquellos primeros años, antes de que su presencia se enmarañara con el caos y la inmundicia que ella misma le echó encima. Sí, Catherine tiene que reconocer su parte de culpa en lo que los ha llevado hasta donde están hoy. No puede arrinconarla, debe pensar en ella. Y cuando Nicholas tenga fuerzas suficientes para soportarlo, si es que llega ese día, le contará lo que debería haberle contado hace años. Le pone la mano en la mejilla, se arrodilla, le da un beso en la frente y apoya la cabeza en el costado de la cama.

Catherine le contó a su madre que Nicholas está ingresado, y aunque al principio la anciana se angustió, enseguida asimiló la información, metió las esquinas bien metidas por debajo del colchón y le aseguró que hoy en día casi nadie se muere de un sarampión. Mejor que lo pase de niño. A Catherine casi le da envidia el funcionamiento de la mente de su madre. Va deteriorándose, pero, al mismo tiempo,

se empeña en ver con optimismo las intrusiones desagradables. Parece satisfecha: está creándose, al menos por el momento, un mundo mucho más acogedor.

—¿Por qué no va a tomarse un té, a comer algo? Ya me quedo yo un rato con él.

La enfermera le pone una mano en el hombro. Su cariño le da ganas de llorar. Se lo agradece, pero no puede abandonar a Nicholas.

—Estoy bien, de verdad.

—Vaya, mujer. Yo me quedo aquí. Menuda carita tiene. Le vendrá bien comer algo. Que le dé el aire.

Y se deja convencer, se levanta del suelo. Hay una silla en la que podría haberse sentado, pero no le habría permitido apoyar la cabeza tan cerca de la de su hijo. Tiene necesidad de estar pegada a él.

Sale de la UCI y se dirige a la entrada del hospital; pasa por delante de la cafetería, de la librería, del quiosco, todo a oscuras. Compra un café y una chocolatina en una máquina y sale a tomárselos fuera.

Son las cuatro de la mañana, pero hay varias personas fumando en la calle. Un paciente y un par de familiares más. Se sienta en un banco y el frío traspasa la tela de los vaqueros. Aquí soltaron a Nicholas, aquí lo dejaron las olas, a la puerta del hospital. Siguen sin saber quién fue: desconocidos que al menos se molestaron en llevarlo hasta allí.

No se ve capaz de comerse la chocolatina y se la mete en el bolsillo; prefiere sacar el tabaco. Un cigarrillo con el café. Unos minutos para fumárselo. Mira el móvil. Tiene un mensaje de texto de Kim. Aguarda junto con un par más, de amigas que le han escrito al enterarse de que Nick está ingresado. Catherine llamó al trabajo y les informó, les dijo que se cogía un permiso indefinido. Y también llamó a una única amiga y le pidió que difundiera la noticia, pero no quería ver a nadie. De vez en cuando le mandan mensajes y le dicen que se acuerdan de ella, que si necesita hablar están a su disposición. No lo necesita. Quiere mantener a todo el mundo a cierta distancia. Lee el mensaje de Kim: «Lo siento mucho. Si puedo hacer algo, ya sabes dónde estoy. Abrazos para todos. Un beso. K.» Catherine apaga el cigarrillo y prueba el café. Sabe a plástico y ni la reconforta ni la reanima. El mensaje de Kim, sí, un poco. No la culpa. Ha leído el libro, pero eso ya no importa. Pase lo que pase, al menos esa parte ya es historia. Si Nick sale de esta, y Catherine cree que saldrá, ya no habrá secretos. Lo sabrá todo. ¿Y Robert? Se obliga a no pensar en él.

Se levanta y tira el vasito a la papelería antes de regresar al mundo del interior. El latido y el murmullo graves del calor, la luz, los monitores, la maquinaria que mantiene este lugar, y a los que están dentro, marchan al ralentí. De camino a la UCI se fija en el dibujo del suelo de linóleo brillante. Hasta los arañazos negros están pulidos, y se imagina a alguien sentado en otra máquina más, circulando entre zumbidos pasillo arriba y pasillo abajo. Cree que ha visto esa imagen, pero no recuerda si en la realidad o en la televisión.

Aprieta el interfono y la enfermera levanta la vista, la ve y le abre.

—Ha venido su padre —susurra, sonriente.

Los ojos cansados de Catherine siguen la trayectoria de los de la enfermera. Ve una figura enclenque encorvada sobre la cama de Nicholas. El padre de Catherine murió hace diez años. No chilla: grita y sale corriendo hacia él. Lo agarra, lo aparta, le clava los dedos en los hombros huesudos. No pesa nada. Le da la vuelta para mirarlo a la cara y lo empuja con todas sus fuerzas, se da contra una silla, cae al suelo y se queda allí, mirándola. Pero entonces la cogen por la espalda a ella y la retienen. La enfermera que antes se preocupaba tanto por Catherine ahora solo se preocupa por el anciano que está a sus pies. Se agacha, le dice algo, le pregunta si puede levantarse. Le echa una mano mientras Catherine los mira, inmovilizada por una segunda enfermera. No tiene ningún sentido. Trata de zafarse.

—¡No debería estar aquí! ¡Sáquenlo de aquí! —grita—. No es mi padre. No deberían haberlo dejado entrar. Échenlo. ¡Échenlo de aquí!

Está histérica y la enfermera la agarra con más fuerza.

—O se tranquiliza o llamo a un guardia de seguridad.

—No pasa nada, me voy. Lo siento... —El anciano tiembla y le flaquea la voz al decir—: Solo quería ver cómo estaba Nicholas. Lo siento mucho.

Ella está descontrolada. Él no. Se ha hecho un corte en la frente, pero no es nada, no quiere montar un escándalo. Catherine lo observa mientras la enfermera, que se ve obligada a sostener a ese anciano frágil y herido, lo acompaña a la puerta. Catherine lo oye interpretar un papel, balbucear más disculpas. Él solo quería ver a Nicholas. La puerta se cierra a su espalda con un silbido y Catherine se deja caer al suelo, se agarra las rodillas y descansa la cabeza en la cama de Nicholas.

Ahora la vigilan. La otra enfermera no se aleja. Catherine no es de fiar. Se pone a llorar, trata de explicarse entre lágrimas:

—No debería haberlo dejado entrar. No pueden dejarlo entrar... Quiere hacer daño a mi hijo...

—Está molestando a los demás familiares. Podemos comentar esto fuera. Puedo llamar a alguien si necesita hablar...

Catherine niega con la cabeza.

—No, no. —No quiere irse. No puede dejar a Nick solo en ese sitio. Corre peligro—. Lo siento. Pero solo podemos entrar Robert o yo; nadie más.

La enfermera se marcha.

Robert llega antes de lo normal y Catherine se abalanza sobre él, aliviada.

—Ha venido. El padre. Ha venido a por Nicholas. Iba a hacerle daño.

Él la aparta.

—Me han llamado del hospital. Ya sé lo que ha pasado. Le dije que podía venir. Lo invité. Tiene todo el derecho del mundo a ver a Nick...

—¿Le has pedido que viniera? ¿Estás loco?

—No, no estoy loco.

—¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así?

La mira como si le costara entender la pregunta.

—Él sabe lo que es perder a un hijo.

—¿Os habéis visto? —pregunta Catherine levantando la voz.

La de él se mantiene tranquila:

—No, aún no. Si hubiera sabido lo que su hijo hizo por el nuestro, hace años que me habría puesto en contacto con él y con su mujer. Les habría dado las gracias. No he llegado a tiempo de dárselas a la madre de Jonathan, pero al menos puedo tratar de compensarlo con su padre.

Es la primera vez que Catherine lo oye decir el nombre de Jonathan.

—¿Cómo has podido, Robert? ¿Cómo has podido decirle que viniera?

Él ignora la pregunta y, sin mirarla, se acerca a la cama de Nicholas. Catherine lo sigue y le susurra al oído:

—¿Por qué crees que se ha presentado a las cuatro de la mañana? ¿No ves que ha preferido venir cuando creía que no habría nadie?

Robert se da la vuelta y la agarra, le clava los dedos en la parte superior de los brazos. Ella empieza a protestar:

—Lo he visto, estaba encorvado encima de Nicholas. Iba a...

—¿Qué iba a hacer? La enfermera me ha contado con pelos y señales lo que ha pasado. Me ha dicho lo que has hecho...

Empieza a empujarla hacia la puerta.

—Por favor, señor Ravenscroft... —Se acerca una enfermera—. Aquí no podemos permitir estas cosas...

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpa—. Mi mujer ya se iba.

Le da la espalda a Catherine y ocupa su lugar al lado de Nicholas.

Verano de 2013

Un empujoncito, con eso habría bastado. He tenido que asearme, adecentarme un poco. Esta madrugada he pasado más rato del habitual delante del espejo. Quería presentar el mejor aspecto posible, teniendo en cuenta mi edad. Me faltan algunos dientes, pero por suerte no son los de delante, y si controlo la sonrisa no se notan demasiado los huecos. He ensayado delante del espejo. Los ojos eran un problema. No reflejaban la sonrisa y el blanco estaba del color de un escupitajo con restos de tabaco. He abierto el armarito del baño y he encontrado un colirio. Seguramente no ha sido buena idea, porque estaba caducado desde hacía mucho, pero me lo he puesto igual. Me han escocido y, por un momento, he pensado que me había provocado daños serios, pero tras parpadear como un poseso se me ha pasado y los ojos me han quedado con un aspecto un poquito más saludable que antes.

Vestirme ha sido muchísimo más fácil. Tengo una americana presentable y una camisa que siempre me ha hecho gracia. No es muy exagerada. Algodón suave, blanca con unos cuadraditos tenues. Ninguna de las dos cosas me queda tan bien como antes, pero con la chaqueta de punto de Nancy debajo para rellenar me ha parecido que daba el pego. No he perdido la chaveta del todo, que conste. Sigo teniendo cierta idea de cómo hay que presentarse en público. En casa, cuando solo te ve tu media naranja, está muy bien llevar ropa vieja y cómoda, pero para los desconocidos hay que hacer un esfuerzo.

Si el padre hubiera estado allí, seguro que las cosas habrían salido según lo previsto. Me habría recibido con los brazos abiertos e incluso habría ido a buscarme un té. Un señor mayor, sediento, agotado tras dos horas de trayecto para llegar al hospital. El transporte público...

«... sí, está muy lejos, pero tenía que ver a Nicholas. Es lo que mi mujer habría querido. Se llevaba de maravilla con los jóvenes, ¿sabe? Le habría encantado tener la oportunidad de conocer a Nicholas... Para ella habría sido importantísimo... No, no, por supuesto, lo comprendo. Lo comprendo. No es culpa suya. Ah, gracias, es todo un detalle. Sí, me vendría muy bien tomar un té.»

Habría esperado a que se fuera y luego habría desconectado un interruptor, habría tirado de un tubo y me habría marchado. Y se acabó. Fin. El muchacho ni se habría enterado. No es mala forma de dejar este mundo, la verdad. No habría sentido el más mínimo dolor. Más rápido que ahogarse. Y ya tiene medio camino andado... Probablemente más de medio. Él se lo ha buscado; yo no lo habría ni tocado. No le habría puesto ni un dedo encima. ¿Y las consecuencias? ¿Qué me importan a mí las consecuencias? Nada. Me traen sin cuidado. Pero eso no es lo que ha sucedido.

Cuando me he asomado a la sala y he visto las hileras de camas me he asustado, pensando que no lo encontraría, pero una enfermera ha tenido el detalle de

señalármelo. Y sonreír. Tenía delante a un anciano que olía bien. Que no parecía peligroso. Y me ha bastado susurrar «Nicholas Ravenscroft» para que la pobre enfermera, cansada, diera por sentado que era su abuelo. No había por qué corregirla. Pero entonces ha llegado la madre como una exhalación. Toda ella hecha una furia. Qué tonto he sido. Había dado por hecho que se desentendería de su hijo como se desentendió cuando era un crío. Me imaginaba que a esas horas de la madrugada estaría bien arropada en su camita.

Había miedo en sus ojos cuando me ha mirado. Lo he reconocido al instante porque lo he visto otras veces, aunque no estoy acostumbrado a que sea en un adulto. Nunca he sido de esos hombres que aterrorizan a los de su tamaño. Sí, estaba asustada, pero no por lo que pudiera pasarle a ella. Temía por su hijo, y eso me ha sorprendido, porque no es lo que esperaba. Esperaba rabia, furia y santurronería, no ese instinto de protección maternal. Pero luego me he distraído cuando la enfermera me ha tocado. Hacía mucho tiempo que una mujer no se preocupaba por mí. Me ha gustado sentir el contacto de sus manos, que llevaban cuidado de no hacerme daño, que eran conscientes de mi dolor. Y su voz también era amable. Era genuino, ese interés era genuino, y también lo ha sido mi respuesta. He agradecido su gentileza.

Ahora la cosa se ha complicado. Esperaba poder entrar y salir sin más, misión cumplida, pero tendré que hacer otra visita. ¿Qué alternativa hay? ¿Confiar en que el destino acabe con él? Es posible que se consuma por sí mismo sin necesidad de que intervenga. «Un derrame cerebral», ha dicho la enfermera. Ha tenido un derrame cerebral. Puede que sobreviva, pero también que sufra «graves secuelas». ¿Bastaría con eso, Nancy? ¿No? ¿Esas graves secuelas no serían suficientes? Estoy cansado y me duele el cuerpo, por la caída y por el trayecto de vuelta.

Suena el teléfono. Contesta Nancy. Una voz de hombre empieza a dejar un mensaje, pero la interrumpo.

—¿Diga?

—Hola, señor Brigstocke, soy Robert Ravenscroft.

Me quedo a la espera. ¿Por qué voy a ponérselo fácil?

—Espero que no le moleste esta llamada. Quería decirle lo mucho que lamento lo sucedido. Lo de mi mujer. Lo siento mucho. Mucho.

—No es culpa suya, señor Ravenscroft...

—Robert, llámeme Robert, por favor.

—Se ha sobresaltado al verme allí, supongo. ¿No le dijo que me había invitado?

No contesta. Vuelvo a quedarme a la espera.

—La verdad es que no nos hablamos. Es una tontería, ya lo sé, estando Nicholas tan grave, pero... Me cuesta entender lo que hizo... Por qué no me lo contó...

—Estoy seguro de que lo está pasando mal...

—Perdone, no quiero que parezca que me dejo llevar por la autocompasión. Si lo llamo es para disculparme en nombre de mi mujer y para pedirle que vuelva otro día. Estoy seguro de que a Nicholas le gustaría que fuera. Quizá podríamos vernos. Si no

se siente cómodo lo entiendo, pero...

—Sí, quizá sería buena idea —respondo—. Pero ahora tengo que dejarlo, disculpe. Estoy agotado y un poco descompuesto, si le soy sincero. Iba a acostarme cuando ha llamado...

—Por supuesto. Me disculpo una vez más. Solo quería saber si había llegado a casa sano y salvo.

—Sano y salvo, sí. Gracias, Robert —contesto, y cuelgo.

Me arrepiento mucho de haberle dado mi teléfono. Veo que puede ponerse pesado. Me cojo a la barandilla y me arrastro escaleras arriba. La enfermera ha dicho que debo de haberme magullado la base de la columna, pero supongo que podría haber sido peor, podría haberme roto algo. Claro que quizá me habría venido bien. Habría tenido que quedarme en el hospital, ingresado en una habitación, quizá a cuatro pasos del chico. Da igual, me ha invitado el padre en persona. Acudiremos juntos a visitar a su hijito, gravemente enfermo.

Estiro la mano para coger el vaso de agua de la mesilla de noche. Está medio vacío, pero me basta para tomarme las pastillas. Dos para el dolor, dos para dormir. Una ayudita contra la ansiedad. El agua tiene mal sabor, lleva ahí una temporada. Sabe a polvo y a rancio. No me costará conciliar el sueño, noto que ya se acerca, pero espero que no sea demasiado profundo, quiero oír el teléfono si llama el marido. Ha prometido que me avisaría si hay algún cambio en la evolución de Nicholas. Bueno, contestará Nancy. Oirá su voz, vacilante y conmovedora: «No estamos en casa, pero deje un mensaje y le llamaremos.» Me quedo traspuesto, pero me despierto al cabo de un rato y no por haber oído la voz de Nancy, de eso estoy seguro.

La casa está en silencio, pero algo me ha hecho recuperar la consciencia, porque aún me noto muy adormilado. Estaba soñando que me precipitaba por una ventana y me estampaba contra un cristal enorme. Los pedazos habían caído antes que yo y me esperaban, flotando cerca del suelo, con las aristas hacia arriba, dispuestas a cortarme en lonchas bien finas como un jamón. Eso ha sido lo que me ha despertado. El ruido de un cristal al romperse. Hay alguien abajo.

Y entonces oigo que se cierra la puerta. Es imposible cerrar la puerta de la calle sin hacer ruido: la cerradura está un poco torcida y siempre se oye un chasquido al abrir o al cerrar. ¿Ha entrado alguien o ha salido? Me imagino unas manos enguantadas. Me imagino a la policía, pero es una tontería. Una punzada de culpa, quizá. Pero no, es una tontería. La policía llamaría, no le haría falta entrar por la fuerza. He oído la puerta de la calle, pero ahora ya nada. Me pongo los pantalones y cojo la chaqueta de punto del respaldo de la silla. Mis huesos crujen, crujen también los tablones del suelo, cruje la escalera. No hay forma de disimular que bajo y tampoco lo intento. No me da miedo, ya no soy un cobarde.

Al llegar al pie de la escalera, echo un vistazo. La luz se cuela por debajo de las cortinas. El cristal de la puerta de la calle está hecho añicos. Miro a mi alrededor, casi esperando que alguien me atice un golpe en la nuca. No sucede nada. Y el vestíbulo

está desierto. Me dirijo a la cocina, despacito, aún dolorido y renqueante. La casa está vacía. Y entonces me doy cuenta de que me he equivocado. La casa está vacía, pero no estoy solo. La veo en el jardín, mirando la hoguera, que aún humea. Me acerco a la puerta de atrás y se da la vuelta y me mira. Es el momento que llevo tanto tiempo esperando. Aquí la tengo. Está destrozada. ¿Nicholas ha muerto? ¿Qué pretende? ¿Va a intentar matarme? Decido esperar. Ninguno de los dos dice nada. Entonces se acerca y me aparto, dejo que entre en casa. Se sienta a la mesa de la cocina y apoya la cabeza en las manos. Se frota los ojos con tanto ímpetu que me da miedo que se le salgan de las órbitas. Cuando levanta la cabeza de nuevo, los tiene rojos y secos. No llora. Enrojecidos, pero sin lágrimas. Espero a que hable.

—Siéntese.

Obedezco. ¿Por qué no?

Y entonces me escupe. Me cubre de salivazos. Es como si no pudiera detenerse. Siguen cayendo hasta que quedo empapado de la mucosidad densa y viscosa que ella expulsa y que se me pega. Vuelvo a ser un insecto, atrapado por la saliva de mi depredadora, que se dispone a devorarme vivo. Va a devorarme vivo.

Verano de 2013

Catherine tiene sangre en las manos. Se ha mezclado con el sudor y le ha teñido las dos palmas de un rojo lechoso. Pero la sangre es suya, de un corte en el pulpejo de la mano derecha, con la que ha roto el cristal para abrir la puerta. Sentada en el coche, delante de la casa de Stephen Brigstocke, se las limpia en los vaqueros.

No se ha molestado en llamar. Ha forzado la entrada, sin más, y ha cerrado la puerta una vez dentro. Las cortinas estaban corridas y en la penumbra le ha costado un poco darse cuenta de que estaba andando entre los residuos de una vida. Había tazas y platos sucios, latas de alubias vacías aún con el tenedor dentro, todo esparcido por la mesa. El suelo estaba cubierto de pedazos de papel; había un aparador con estantes arriba y un armarito en la parte inferior, como avergonzado: los cajones habían quedado colgando, las puertas de par en par. La mirada de Catherine se ha posado en el único rincón de la habitación que no estaba patas arriba: un escritorio bien ordenado, con una fotografía de una pareja joven de los años sesenta en un marco de plata y un portátil abierto, pero en reposo. Lo ha despertado con un toque del dedo índice y se ha estremecido al toparse con el perfil de su hijo en Facebook. Había un mensaje de Robert en el que contaba cómo estaba Nicholas.

Ha cruzado la cocina, mugrienta y apestosa, hasta una ventana que daba a la parte de atrás. Sabía que él debía de haberla oído, que estaría arriba, pero no tenía prisa. Se ha quedado mirando un manzano cargado de fruta; un jardín descuidado, pero todavía hermoso. Flores silvestres despuntaban en el césped sin cortar y arbustos crecidos se alzaban con orgullo entre las malas hierbas que amenazaban con estrangularlos. Había una hoguera todavía humeante y ha salido a mirar los restos de lo que ese hombre había tratado de destruir.

Ha notado su presencia antes de verlo: una figura empequeñecida que se abrazaba a una chaqueta de punto de mujer con la que se cubría el torso enclenque y desnudo. En el umbral de la puerta del jardín. No ha protestado y apenas ha parpadeado cuando todo eso ha brotado de ella, pero al escuchar sus palabras sí se ha arrugado y ha languidecido.

Catherine recuerda más de lo que le ha contado. Palabras silenciadas que le daban vueltas por la cabeza, pero las ha retenido para que no confundieran el relato. Había que ir al grano. Y eso ha hecho. Al terminar, él no ha abierto la boca, se ha quedado con la cabeza gacha y las manos aferradas al borde del taburete.

—Lo siento.

Las palabras la han pillado por sorpresa. Las ha dicho ella, no él. No lo tenía previsto, han salido sin más. Allí las ha dejado, se ha levantado y se ha ido.

Y ahora ya se permite llorar. Años y años de lágrimas surgen de su interior como un torrente.

Verano de 1993

Cuando Jonathan, sentado en un taburete a la barra del bar, sonrió a Catherine tras su conversación telefónica con Robert, ella también sonrió. Fue algo instintivo, pero sintió vergüenza y no hizo caso del gesto que la invitaba a acompañarlo; se dirigió a toda prisa al ascensor para volver a su habitación. Cerró la puerta con llave y fue a ver cómo estaba Nicholas. Dormía a pierna suelta en la cama de matrimonio, abierto de brazos y piernas. Catherine abrió la puerta de comunicación y lo cargó en brazos hasta la otra habitación para dejarlo en su cama. Luego se dio una ducha antes de acostarse ella también. Aquella noche no había pasado nada. Nada.

Al día siguiente Nicholas y ella fueron a la playa. Era pronto. El niño se había despertado a las siete, por lo que llegaron hacia las ocho y media. Recuerda que se sentía sola, pero también recuerda el resplandor del sol, que no apretaba demasiado, y los kilómetros de arena. Tenían la playa para ellos solos, así se lo dijo a Nick. Hubo innumerables viajes de ida y vuelta hasta la orilla para llenar el cubo de agua. Estaban construyendo una ciudad. Bueno, la construía Catherine, porque a Nick no se le daba demasiado bien: creía que el objetivo era tumbar los cubos de arena que su madre vaciaba para hacer las tiendas y las casas. Catherine recuerda la paciencia que tuvo y también la punzada de culpa que sintió al ser consciente de esa paciencia. No le salía naturalmente. De todos modos, se resignó y le siguió el juego. Así, mientras él aplastaba los edificios, ella empezó a hacer las calles arrastrando la pala por la arena, creando travesías tortuosas entre los montones de arena que él abatía.

Al cabo de un par de horas empezó a llegar más gente y hacia las doce la playa ya estaba llena. Para entonces Nicholas tenía calor y estaba cansado. Se acercaron a un bar a comer, pero dejaron las toallas en la arena; eso sí, sin nada de valor. Iban de la mano y Catherine se recuerda feliz. Se acuerda del placer que sintió al coger la manita regordeta de Nick y al apretársela un poco, y que él hizo lo mismo. Se marchaban al cabo de dos días y por primera vez se vio con ánimos de disfrutar al máximo de lo que quedaba de sus vacaciones en la playa.

Nick comió muy bien y luego Catherine compró helados para los dos. El de ella era de fresa, el de él de vainilla, aunque los compartieron de regreso a la arena, dando lametazos a los dos cucuruchos. Recuerda la mancha de color rosa en la punta de la nariz de Nick cuando se lanzó sobre el helado de su madre en el momento en que ella se lo acercaba. Se rio al notar el frío en la cara y acto seguido se manchó de vainilla los pómulos y la barbilla. Luego sacó la lengua todo lo que pudo para lamerse la nariz y el mentón, pero como no llegaba Catherine lo limpió con el borde de su vestido de playa, para que el azúcar no atrajera a las avispa.

Cuando llegaron a las toallas se desplomaron, acalorados por la caminata. Recuerda que se quitó el vestido y se sentó con las piernas separadas, y que Nick se acurrucó entre ellas y se recostó sobre su vientre desnudo mientras ella le leía un cuento. El cuerpecillo le pesaba cada vez más y la cabeza le quedó colgando del

brazo de Catherine. Se había dormido, así que lo levantó con cuidado de entre sus piernas, lo tumbó de lado y lo tapó con el vestido para protegerlo del sol. El niño durmió más de una hora y Catherine la empleó en leer, feliz. Muy feliz. También se durmió un rato, doblada en torno a él, haciendo la cucharita a su propio hijo.

Catherine se despertó cuando lo hizo Nick. Se incorporó y entonces se fijó en Jonathan. Había gente entre ellos. Estaba más cerca de la orilla que Nick y ella, pero los veía sin obstáculos. Se había tumbado boca abajo mirando hacia ellos. Catherine se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Se comportó como si no hubiera reparado en él y se concentró en Nick; le sacó algo de beber de la bolsa. Entonces debió de ser cuando les hizo las fotos. No lo recuerda, pero las ha visto. En una salen Nick y ella sentados en la toalla en el momento en que ella le pasa la botella de plástico. Se había recalentado y el refresco debía de estar asqueroso, pero el niño no se quejó. Recuerda la incomodidad que sintió por estar casi desnuda. No enseñaba más carne que las otras personas de la playa, pero se sintió observada y cerró las piernas. Se subía los tirantes del biquini cada vez que se le resbalaban por los hombros.

Hacia las tres, Catherine y Nick se fueron de la playa para regresar al hotel. No recuerda qué hicieron durante las dos horas siguientes, pero pasaron el rato tranquilamente. Luego fueron en taxi al centro del pueblo. Ella habría preferido andar, pero estaba demasiado lejos para Nick, así que en el hotel les pidieron un taxi. Cenaron pizza en una cafetería y luego pasearon de la mano por las callejuelas hasta llegar a una plaza en la que recuerda que Nick soltó un chillido de emoción al ver un tiovivo. Fue como si hubiera salido directamente de las páginas de un libro infantil. Quiso montar él solo en un caballito y que su madre se sentara en el de detrás. Recuerda haber puesto las manos encima de las de su hijo para asegurarse de que se cogía bien del palo que salía de su montura y luego haber subido al que quedaba justo detrás, tal y como le había pedido Nick. Se le revolvió el estómago cuando el caballito empezó a subir y bajar, y a dar vueltas, y cada vez que Nick se volvía para mirarla le daba miedo que se soltara, pero siguió bien agarrado y se lo pasó en grande. Disfrutó de lo lindo.

Después del tiovivo llegó el turno del tobogán en espiral. No era muy alto, estaba pensado para niños de su tamaño. Ahí Catherine ya no lo acompañó (era estrecho y estaba segura de que se quedaría atascada), sino que lo vio subir los escalones, cargando la esterilla mientras ella lo esperaba abajo, sonriendo cuando Nick salió disparado hacia ella, con la carita resplandeciente y dorada. Salió volando al final, entre carcajadas. El aterrizaje fue suave. Sin peligro. Por entonces ya era hora de volver al hotel y fueron a buscar una parada de taxis; Nick estaba cansado y protestaba. Quería que lo llevara en brazos, pero Catherine lo cogió de la mano con decisión y le dijo que estaba cerca. Le prometió que volverían al día siguiente, aún les quedaba una tarde. Y así lo hicieron. Volvieron a la feria, pero ya no fue lo mismo. Catherine intentó que lo fuera, pero no lo consiguió.

Encontraron la parada de taxis. No había ninguno, solo un cartel con la palabra

«TAXI» y el dibujito de uno. No había nadie más esperando, pero sí mucha gente en la calle, en los bares, mirando escaparates, paseando a la caída de la tarde. Cogió en brazos a Nick, que se le agarró muy fuerte, adormilado. Oía a azúcar. Y entonces lo vio. Vio a Jonathan, aunque aún no sabía cómo se llamaba. Estaba sentado en una terraza, en la acera de enfrente, al lado de una chica que buscaba algo en un mapa, y él se inclinó y la ayudó. Ella pareció sorprenderse y Catherine recuerda haberse preguntado si se conocían o si acababan de presentarse. Él levantó la vista de golpe y sorprendió a Catherine mirándolo. Ella se estremeció, volvió la cabeza y miró calle arriba por si se acercaba un taxi. Recuerda el alivio que sintió cuando apareció uno, o, más exactamente, tres de golpe. Dejó a Nick en el suelo y metió la cabeza por la ventanilla para decirle al taxista adónde iban. Cuando ya se alejaban recuerda haberse vuelto hacia la terraza y haber visto al desconocido mirándola.

Recogió la llave en la recepción y subió a la habitación. Nick se lavó los dientes, se puso el pijama y luego ella cerró los postigos de su cuarto, se sentó en un lado de la cama y le leyó un cuento. Al niño no le importaba dormir solo si la puerta que comunicaba ambas habitaciones se quedaba abierta, y Catherine se lo prometió. Así, si se despertaba, vería a su madre desde la cama. Se durmió antes de terminar el cuento y ella le dio un beso, se fue a su cama y se tumbó. Los postigos de su cuarto seguían abiertos y oía el ruido de la calle, que había aumentado ahora que se acercaba la noche. Cerró los ojos un momento y sintió un arrebató de felicidad. Decidió darse un último gustazo y acabar el día con una copa de vino y un cigarrillo en el balcón.

Salió y cerró la puerta con llave. Bajó y pidió una copa grande de vino blanco. No había nadie en el bar, pero no era de extrañar. ¿Quién iba a querer estar allí encerrado, en ese sitio tan poco acogedor? Firmó la nota y subió. Tuvo que hacer malabarismos para no derramar el vino al abrir la puerta. Fue a ver a Nick. Se había destapado y había estirado los brazos por encima de la cabeza, con las manos pegadas a la almohada, como cuando era un bebé. Habían pasado un día muy especial juntos, madre e hijo. Había faltado Robert, pero no lo había echado de menos. Se había olvidado de eso. Hasta este momento no se había acordado de que, en realidad, aquel día no echó en falta a Robert. Se había relajado para disfrutar con Nick y había funcionado. El leve temor que había sentido al despertarse por la mañana ante la idea del largo día que le esperaba tratando de complacer a su hijo, intentando no enfadarse, se había desvanecido sin que se diera cuenta, y Catherine había pasado a recrearse con su compañía, sin más, algo que siempre había anhelado. Recuerda ahora por primera vez que la ausencia de Robert no le pareció una cosa tan mala. Lo había olvidado por completo. Lo había borrado. Cuando hace unas semanas le recriminó a gritos que los hubiera dejado solos en España, cuando le dijo que en aquel momento estaba deprimida y no quería que se marchara, creía que era verdad. Y lo era, en cierto modo, pero no recordaba lo fortalecida, lo satisfecha que se había sentido tras un día de placeres sencillos junto a su hijo. No, no tenía conciencia de ese recuerdo hasta ahora. Estaba anulado.

Sacó la copa de vino y el paquete de tabaco al balcón, se sentó y miró el mundo pasar, por una vez sin ganas de formar parte de él. Era feliz. Ahora se da cuenta, sentada en el coche delante de casa de Stephen Brigstocke, de que en aquel momento fue feliz. Se le humedecen los ojos y vuelven a brotar las lágrimas cuando se pregunta si, en realidad, aquella fue la última vez que se sintió feliz de verdad. ¿Toda la «felicidad» que ha venido después ha sido fingida? No del todo, no del todo. Pero esa sensación de felicidad no se la ha contado al viejo. Eso no formaba parte de la historia que tenía que escuchar. No quería confundir las cosas. Con él ha ido al grano.

Se terminó el vino, entró en la habitación y cerró la puerta y los postigos. Era pronto, pero estaba cansada. La ducha, el libro, la cama. Ya estaba descalza y quitándose la camiseta cuando vio algo por el rabillo del ojo. Se la había sacado por la cabeza y se dio la vuelta para mirar, con los brazos medio metidos en las mangas, cruzados delante del cuerpo como si llevara una camisa de fuerza. Una vez cerrados los postigos había poca luz, pero distinguió a alguien delante de la puerta. Alto, corpulento. Lo olió. Puede que lo oliera antes de verlo. Es posible, porque llevaba una colonia fuerte y dulzona. La puerta estaba cerrada y oyó el tintineo de una llave en la mano del desconocido. Debía de habérsela dejado en la cerradura mientras trataba de no derramar el vino. El vino de los cojones. Sacó los brazos de las mangas y se puso la camiseta delante del cuerpo para taparse. No tuvo tiempo de gritar, de decirle que se fuera: ya le había tapado la boca con la mano. Una mano grande, caliente. Notó el sabor del sudor. Aún lo nota. Eso sí se lo ha contado al viejo. Después de tantos años aún nota el sabor del miedo, o quizá de la excitación, de la mano de su hijo. El gusto y el olfato: sentidos que se incrustan en la memoria. Imposibles de borrar. Qué asco haber olvidado con tanta facilidad los recuerdos felices y haber conservado a la perfección los repugnantes.

Con la otra mano detuvo la de Catherine, que intentaba golpearlo, y la camiseta cayó al suelo. Contempló su cuerpo y ella forcejeó, trató de liberar las manos, y entonces él la soltó y se llevó un dedo a los labios, mirando la puerta abierta tras la cual dormía Nick. Sacó una navaja del bolsillo. Desplegó la hoja y posó la punta en el pezón izquierdo de Catherine. La metió por debajo de la copa del sujetador y apretó ligeramente. Con la otra mano la agarró de la garganta y la arrastró para ir a cerrar la puerta que comunicaba con la habitación del niño, y dar la vuelta a la llave con la mano que sujetaba la navaja. La de la garganta no se movió.

—Si haces el más mínimo ruido, te rajo la cara. Y luego la de tu hijo.

No amenazó con matarla. Quizá eso la habría hecho resistirse más. Quizá no se lo habría creído, pero sí se creyó que les rajaría la cara a ella y a su hijo. Jonathan empuñó la navaja y se la pasó por el interior del brazo para dibujar una línea recta, y luego trazó otra para formar una cruz limpia y roja. Con eso le demostraba lo eficiente que era la hoja. Extendió el brazo y la obligó a lamer la sangre.

Catherine se sorprendió al oírlo hablar. El odio de su voz la dejó atónita. Hasta ese momento, durante los días anteriores, cuando la miraba, cuando había levantado

la botella de cerveza en la terraza del hotel, cuando le había sonreído desde el taburete de la barra del bar, Catherine se había imaginado que de sus labios saldrían otras palabras. Y también se había imaginado otra voz. Una voz amable. Qué gilipollas había sido. Y qué vergüenza: la vergüenza de dar por sentado que la admiraba. ¿Por qué no se había dado cuenta de que para él no era un ser humano? Para él no era más que un animalito al que podía atormentar; algo con lo que dar rienda suelta a la frustración, al odio. Catherine había dado por hecho que su deseo era inofensivo, un juego. Se había obligado a recordar esos detalles, pero no se los había contado todos al viejo, al padre. Quien tiene que recordar los pormenores es ella; tiene que excavar esos fragmentos y quitarles el polvo antes de examinarlos, antes de verlos como lo que de verdad son. No puede ahorrarse nada.

El desconocido encendió la lámpara que había al lado de la cama para verla mejor, se apoyó en la puerta de comunicación y le dijo que se desnudara. Llevaba una mochila pequeña al hombro; se la quitó y la dejó en el suelo a sus pies. Luego sacó la cámara y se la colgó del cuello, sin apartar la vista de Catherine en ningún momento. La observaba. Se aseguraba de que no se movía. Recuerda que pensó que quizá iba a chantajearla. Entonces el desconocido se apartó de la puerta y cruzó la habitación. Catherine vio que la llave del cuarto de Nick estaba en la cerradura.

—Quítatelo —ordenó él, y señaló el sujetador con la navaja.

Catherine se bajó los tirantes, dio la vuelta al sujetador y se lo desabrochó por delante. Podría haberlo hecho perfectamente por la espalda, pero quería ganar tiempo. Y creyó que esa táctica patética había funcionado. Creyó que tenía la posibilidad de lanzarse hacia la puerta de comunicación, abrirla, salir y volver a cerrar con llave por el otro lado, dejarlo fuera. Pero le faltó agilidad, no consiguió sacar la llave de la cerradura antes de que él la cogiera del hombro, le diera la vuelta y le propinara una sonora bofetada. Nunca la habían pegado así; de pequeña su madre le había dado algún que otro cachete, nada más. Le pitaron los oídos y apretó los dientes.

—¡Mami! ¡Mami! —dijo una vocecilla al otro lado de la puerta.

El desconocido le colocó la navaja debajo de la barbilla.

—Más te vale que vuelva a dormirse.

—No pasa nada, cariño. Venga, duérmete, sé bueno.

Nick debió de notar algo raro en su voz, algo que no encajaba. Contestó que quería verla.

—Me has prometido ibas a dejar la puerta abierta, mami... —recordó, cada vez más alterado.

—Pues ábrela —le susurró el desconocido al oído—. Y haz que se calle.

Catherine obedeció, con la esperanza de poder cerrarla a su espalda, pero él fue demasiado rápido y metió un pie en el umbral para impedirselo. Se había ocultado en las sombras, pero Catherine notó su mirada al sentarse en la cama de Nick y acariciarle el pelo. Una mirada clavada en los dos.

—¿A qué huele? —preguntó el niño.

Olía a la colonia de Jonathan.

—Ah, son los jabones del hotel. Me he duchado —contestó, y le dio un beso en la frente.

—Puaj. Huele fatal —replicó Nick, y ella trató de sonreír.

—Duérmete, cariño. Yo estoy aquí al lado. Voy a acostarme también —mintió.

—Me has dicho que ibas a dejar la puerta abierta —insistió haciendo un esfuerzo para que no se le cerraran los ojos, pero podían más que él.

—Sí, ya lo sé. Lo siento. Mira. Ahora está abierta. Venga, duérmete ya, cariño.

Y siguió acariciándole el pelo hasta que los ojos se salieron con la suya y se durmió. Solo tardó unos minutos. Catherine lo oyó moverse a su espalda. Notó que los vigilaba. Lo vio mirar a Nick y luego sacar la navaja y pasársela por encima de los párpados cerrados. De izquierda a derecha, la hoja sobrevoló las pestañas de su hijo. Catherine contuvo la respiración, se levantó y se dirigió a la puerta. Tenía que sacarlo del cuarto. Gracias a Dios, él la siguió. Si el niño se hubiera despertado... ¿qué le habría hecho?

Una vez en la otra habitación, ella le mandó cerrar la puerta con llave y Jonathan se sonrió como si creyera que ella no quería que volvieran a molestarlos.

—Mucho mejor —le dijo—. A ver, ¿por dónde íbamos?

Catherine, que había vuelto a ponerse la camiseta para ir a ver a Nick, se la quitó otra vez. Ahora más despacio. Intentaba ganárselo. No quería que les hiciera daño ni a Nick ni a ella y tenía la esperanza de que, quizá, solo le gustara mirar. Oyó el clic de la cámara al pasarse la camiseta por la cabeza. No sabía qué hacer. ¿Tenía que posar? ¿O qué?

Él la miraba allí plantada en bragas. Eran sencillas, blancas. Decentes. Modestas. Se había llevado un chasco. Fue a la cómoda, abrió el primer cajón y lo revolvió. Encontró la lencería que Robert le había comprado para aquellas vacaciones y se la lanzó.

—Ponte esto —ordenó.

Y Catherine se lo puso.

—Siéntate en la cama.

Y Catherine se sentó.

—Échate un poco para atrás. Relájate.

Catherine lo intentó. Echó los brazos hacia atrás y se recostó ligeramente.

—Ábrete de piernas.

Catherine obedeció y él se sentó en una silla y se quedó mirándola.

—Métete la mano en las bragas.

«Mierda», pensó Catherine. Tomó aire y metió la mano en las bragas.

—Ahora tócate. Córrete.

¿Cómo iba a hacer eso? No podía. Pero no tenía más remedio. Empezó a mover los dedos y él pegó el ojo a la cámara y esperó. Catherine se notaba seca. No había nada. Empezó a mover los dedos más deprisa y entonces oyó que empezaba el «clic,

clic, clic», el silbido del teleobjetivo a medida que el desconocido se acercaba más y más. Catherine cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Separó los labios, jadeó, fingió, se mordió el labio superior, movió los dedos, gimió y se dio cuenta de que sería imposible conseguirlo, pero él no tenía por qué enterarse, así que soltó un último gemido y un suspiro. Y se quedó esperando. No apartó la mano, no se atrevía a moverse, no sabía si pretendía algo más. ¿Iba a tocarla? ¿O le había bastado con verla a ella? «Clic, clic», el puto clic. Poco a poco, retiró la mano. Poco a poco, se volvió para mirarlo. Estaba sentado. Parecía relajado, con la cámara colgada del cuello. Ni rastro de la navaja.

—Por favor. Ahora vete, por favor —le pidió—. Por favor.

Y de repente ya no estaba relajado y la navaja reapareció. Catherine había cometido un error. No debería haber dicho eso. Tendría que haberle seguido el juego. El desconocido empuñó la navaja y le cortó las bragas, y luego le cogió una mano y se la puso encima de los vaqueros, en la bragueta. Estaba mojado. Catherine lo notó, el olor acre de su semen. Y con la mano sintió que se le ponía más dura, se le aceleró el corazón, se le hizo un nudo en la garganta y comprendió que aquello no había terminado. El terror le dio náuseas. Sintió pánico. Miedo por ella, miedo por su hijito. Le agarró el pene y le entraron ganas de arrancárselo. Él le apartó la mano.

—Todavía no —le dijo, como si ella estuviera impaciente—. Date la vuelta.

—No, por favor, no...

Se echó a llorar con la esperanza de que fuera capaz de sentir compasión, pero lo vio levantarse y acercarse a la puerta de Nick.

—¿Le enseñamos lo que le gusta a mami?

Catherine se imaginó, por un instante, cómo afectaría a su hijo ver lo que acaba de suceder y lo que podía llegar a suceder. ¿Cómo se quedaría?

—Está bien, lo siento, lo siento. —Él se limitó a mirarla—. Vuelve, por favor.

Le hizo caso. Catherine se puso a cuatro patas y él le arrancó las bragas, que antes no había acabado de cortar del todo.

—Sonríe —ordenó.

Ella obedeció.

—Que te vea.

Catherine volvió la cabeza y sonrió.

—Otra vez.

Y se puso a hacer fotos de nuevo mientras ella echaba la mano hacia atrás y se introducía los dedos. Cerró los ojos. Se escondía de él y trataba de pensar. ¿Qué hacer? Tenía que sacarlo de allí. Tenía que alejarlo de Nick. A lo mejor podía salir del hotel con él...

—¿Por qué has parado?

Catherine ni se había dado cuenta. Empezó otra vez, más deprisa, más deprisa aún, le dolía la muñeca, y entonces él la agarró y forzó su entrada, el dolor, la sangre, luego le dio la vuelta, la besó, los dientes, la saliva, notaba el sabor de aquella colonia

amarga en la lengua. Era incapaz de articular ningún sonido. Él no tuvo ni que taponar la boca con la mano para acallarla. ¿Cómo iba a chillar si Nicholas estaba al lado? ¿Para qué? ¿Iba a ir él a salvarla? Tenía que aguantar. Y rezar para que terminara pronto y se marchara. El desconocido le clavó la rodilla en el muslo y empujó para volver a hundirse en ella, con fuerza, con fuerza, con fuerza. Pero deprisa. Se acabó. Acabó deprisa, pero era joven y al poco rato insistió otra vez. Y otra. Y luego, por fin, se sintió satisfecho. ¿Cuánto tiempo había pasado? Horas. Le pareció que habían sido horas y más horas. Fueron tres y media. Había durado tres horas y media. Y Catherine le había permitido que la vejara. No se había resistido, no había chillado. Había pensado en Nick. «No grites. No llores.» Él se echó a su lado en la cama, le cogió la mano, volvió la cabeza y sonrió.

—Gracias —dijo—. Ha estado muy bien.

Y Catherine sintió deseos de verlo morir. Habría dado cualquier cosa por verlo morir. Eso sí se lo ha contado a su padre. Ha considerado que debía saberlo. No podía fingir arrepentimiento por desear su muerte. Era algo real. Era lo que había sentido.

Él metió la mano en la mochila, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Ella negó con la cabeza. Él estaba a punto de encender el suyo.

—Aquí no —pidió ella.

No quería que Nick lo oliera, pero no quiso decírselo. No quería recordarle la presencia de Nick. Señaló el balcón. Él abrió los postigos y luego la puerta y salió.

—¿Estás segura? —insistió él, volviéndose y ofreciéndole el paquete otra vez.

Catherine pensó que le convenía aceptar, cogió un cigarrillo, salió detrás de él y cerró la puerta. Se quedaron uno al lado del otro en el balcón, mirando a la gente que había salido a tomar copas, a la gente feliz, a la gente normal que disfrutaba de la noche. Alguien los miró al pasar. Los vio fumando uno al lado del otro. Tranquilamente. No tenía ni idea de que eran un violador y su víctima. Catherine recuerda que se terminó el cigarrillo. Él le dio un beso al salir, una agresión más, como si no tuviera ni idea de lo que acababa de hacer.

Finales del verano de 2013

La puerta traquetea, como siempre, al cerrarse tras ella. Cuando ha acabado de hablar, me ha mirado y ha dicho:

—Lo siento.

Y luego se ha puesto en pie y se ha ido. No he dicho nada. Solo la he interrumpido una vez para hacerle una pregunta y me la ha contestado. No me he levantado para acompañarla a la puerta y darle las gracias por venir. Me he quedado en mi sitio. Ojalá no hubiera quemado los diarios de Nancy. Daría lo que fuera por recuperarlos. Necesito el consuelo de sus palabras, pero la casa está en silencio. Bueno, no. Tiemblo tanto que la silla choca contra la mesa y tengo que agarrar los brazos para sujetarla, para sujetarme. ¿Por qué habré destruido los cuadernos de Nancy y en cambio las fotografías no? Qué idiota.

Estoy en carne viva, como si la lengua áspera de un gato me hubiera arrancado la piel a lametones, me hubiera arrebatado la capa protectora, y no sé muy bien si podré sobrevivir sin ella. Doy vueltas en busca de algo a lo que aferrarme y me quedo con lo primero que encuentro: es una mentirosa. Hace muchos años que miente, eso lo sabe todo el mundo. Lo que acaba de contarme también es mentira. Y entonces espero que la voz de Nancy me dé la razón, pero no la oigo. Lo único que oigo son las palabras de Catherine Ravenscroft describiendo cómo Jonathan se hizo una cruz en el brazo con la navaja y la obligó a lamer la sangre, y recuerdo las líneas moradas que vi al identificar el cadáver. Una herida sufrida durante el accidente, nos dijeron. Pero ¿tan recta y tan bien dibujada? Vuelvo a recurrir a Nancy:

—¿Por qué no le preguntaste por las fotografías? ¿Por qué no le plantaste cara cuando te dijo que no conocía a Jonathan?

Pero sigue callada.

—¡No tiene ninguna prueba! —chillo.

No puedo soportar el silencio. Me pongo la americana y salgo de casa. La parada del autobús está al final de la calle y me dirijo hacia allí con decisión: izquierda-derecha, izquierda-derecha, la mirada al frente. Oigo el zumbido grave del autobús y, al darme la vuelta, veo que se acerca por detrás de mí. Acelero el paso y vuelvo la cabeza para intentar que el conductor me vea. Estiro el brazo. Aún me quedan veinte metros. Me adelanta, para y espera. Baja un jovencito. Ya casi he llegado, pero el autobús se marcha antes. ¿No me ha visto? Tiene que haberme visto. Qué cruel. El muy maleducado no ha podido esperar, un minuto, tres como mucho. Le dedico un saludo cuando ya se aleja y desaparece al doblar la esquina, y espero el siguiente.

El tiempo pasa sin que me dé cuenta. He vaciado mi mente. Cuando llega otro autobús, subo y me siento detrás del conductor. Enfrente de mí hay una señora mayor. Trata de establecer contacto visual, pero yo la evito y miro por la ventanilla.

—Va a hacer una tarde estupenda. Dicen que luego despejará —asegura.

La miro. Quiero contestar, pero no puedo hablar, así que asiento y vuelvo la cabeza hacia otro lado. Una mujer con dos niños pequeños, una parejita, sube en la parada siguiente y la señora mayor da unas palmaditas en el asiento contiguo al suyo mirando a la niña, que parece nerviosa, como si no la reconociera, pero la madre sonrío, la levanta y la sienta. Luego coge al niño en brazos. Tendrán unos dos años; deben de ser gemelos. Ahora la niña también me mira. Y yo a ella. Las dos mujeres mantienen una conversación insustancial, pero me alegro de que llenen el espacio que nos separa.

La señora tenía razón: cuando bajo del autobús han desaparecido las nubes grises, el cielo está azul y luce el sol, aunque está bajo. Lo tengo justo delante de los ojos y me obliga a entornarlos. Aun así, solo consigo ver formas oscuras y borrosas. Giro a la izquierda para franquear la verja y, como el sol queda a mi derecha, se me aclara la visión.

Aquí se encontraron Catherine Ravenscroft y Nancy: aquí están enterrados mi hijo y mi mujer. Antes venía a menudo a cuidar las tumbas, pero últimamente las he abandonado. Como Nancy había vuelto a casa, no sentía necesidad de venir. Compramos la parcela al morir Jonathan, decididos a descansar con él cuando nos llegara el momento. No sé muy bien por qué, pero por lo visto la gente que tiene perro cree que este es un buen sitio para que sus animales estiren las piernas y defequen. Por lo general me da rabia, pero hoy me siento en un banco y los observo. Jonathan y Nancy están en una cuesta, a mi espalda.

La gente que saca al perro por aquí es educada. Siempre recogen los excrementos. Veo a un hombre que retira lo que ha soltado su chuchó con una eficiencia impresionante. Con un movimiento fluido mete la mano en una bolsa negra, se agacha, lo recoge y la mete directamente en la papelera, cuya tapa ya había levantado con la mano libre. Sonrío e inclino la cabeza cuando sigue su paseo. Lo observo hasta que desaparece de mi vista. Miro al otro lado. Un corredor entra por la verja, pero coge otro camino, se aleja de mi banco. Me levanto y abro la papelera de los excrementos de perro, meto la mano y saco la bolsa negra. Sujetándola entre el índice y el pulgar, me dirijo a la tumba de Jonathan. Deshago el nudo y la peste me da arcadas.

—¡Cabronazo de mierda! —grito, y se la lanzo encima.

Algunos trozos salen disparados y se quedan pegados a la lápida. Me avergüenzo al instante. Nancy descansa junto a Jonathan: «Madre entregada, esposa amada, eternamente añorada.»

Echo un vistazo a mi alrededor para comprobar si me ha visto alguien. No, nadie. Me acerco al grifo, lleno una regadera y vuelvo para limpiar la lápida de mi hijo. Tengo que hacer tres viajes. Luego recojo la bolsa negra y la tiro a la papelera. Regreso a las tumbas, me arrodillo entre las dos y me pongo a llorar.

—¿Lo sabías, Nancy? ¿Lo sospechabas?

Y las lágrimas se convierten en gemidos. Estoy a gatas, postrado a sus pies. Noto una mano en el hombro.

—¿Se encuentra bien?

Al volverme veo al hombre del perro, que lee las lápidas.

—¿Su mujer y su hijo?

Asiento. Me imagino que me dará otra palmadita y se irá, pero se queda a mi lado.

—¿Cómo murió su hijo?

No pregunta por morbo, sino con tacto. Tengo la boca llena de saliva y de lágrimas y me cuesta sacar las palabras. Me tiende la mano y me ayuda a levantarme.

—Se ahogó —consigo decir.

—Qué horror.

Quiero seguir.

—Trataba de salvar a un niño.

Oigo que se le corta la respiración.

—Eso sí que es valentía —responde, y asiente con la cabeza como si ahora comprendiera quién fue Jonathan—. ¿Y lo consiguió? ¿Lo salvó?

—Sí, lo consiguió.

—Debió de ser un chico muy valiente.

Me pone la mano en el hombro y luego se marcha.

Sí, es verdad. Da igual qué más hiciera o dejase de hacer, Jonathan fue todo un valiente al salvar a aquel niño, eso es innegable. Aquel día demostró valor. Fue el primero en echarse al agua. Eso dijo la policía. Se tiró de cabeza sin pensar en sí mismo. Si no hubiera actuado tan deprisa, la corriente se habría llevado a Nicholas Ravenscroft demasiado lejos y habría sido imposible alcanzarlo. Puede que el muchacho español fuera quien lo arrastrara hasta la orilla, pero quien lo salvó de verdad fue Jonathan. Yo habría tenido demasiado miedo, la mayoría de la gente habría tenido demasiado miedo, pero en aquel momento Jonathan se olvidó de sí mismo y encontró el valor necesario para hacer lo que tocaba. «Era un joven muy valiente.» Así lo describieron los testigos a la policía española y así nos lo repitieron ellos. «Se sacrificó», nos dijeron en un inglés cargado de dramatismo.

Sé que nunca me he sentido tan orgulloso de Jonathan como debería. Me avergüenza reconocer que nunca acabé de creerme ese valor. ¿Fue valentía o imprudencia? Por mucho que lo intento, no consigo recordar ni una sola vez, en los diecinueve años que estuvo con nosotros, en que no se pusiera por delante de los demás. Ni una. Entonces, ¿qué pasó aquel día? ¿Y por qué no consiguió nadar hasta la playa? ¿De verdad había tanta resaca?

—¿Por qué consiguió volver el español y Jonathan no? —pregunté una vez a Nancy, en un arrebato.

Me dio la respuesta que quería oír:

—Se había alejado demasiado. Estaba agotado. Había hecho lo más difícil. El

español solo tuvo que tomar el relevo.

Al llegar a casa me pongo a temblar otra vez. Hace más frío dentro que fuera. Me siento ante el escritorio y abro el cajón donde guardo las fotografías. Las miro. Instantáneas de una madre con su hijo en la playa; en un bar ella le mete una cucharada en la boca; toman helado juntos. Están muy naturales. Ella sonríe, él también. Están de vacaciones. En una de las imágenes ella mira a la cámara. Podría parecer que el fotógrafo está sentado a la misma mesa que ellos, pero a mí ya no me lo parece. No sabía que le estaban haciendo fotos, como no lo sabía Nancy cuando Jonathan la fotografió sentada en una tumbona en el jardín. Era bueno. Se le daba bien. Son imágenes como las que salen en las revistas del corazón, las que hacen los *paparazzi*. Primeros planos, pero tomados desde una distancia prudencial. Una falsa intimidad. Le habíamos regalado el teleobjetivo más caro que podíamos permitirnos.

Las fotografías de la habitación del hotel son distintas. No tienen nada de natural. Son posados, ahora me doy cuenta. Y, al mirarlas, a la sorpresa se suma el horror. Veo algo que antes había preferido obviar. Es el miedo.

Si hubiera sido yo y no Nancy quien reveló el carrete de la cámara de Jonathan, y si me hubiera sentado a solas a mirar el resultado como hizo ella, ¿habría visto lo mismo? ¿O habría recordado las revistas y las cintas pornográficas de su habitación? ¿O quizá habría revelado el carrete primero y encontrado las revistas después? En ese caso, ¿habría sumado dos y dos? Las tiré para que Nancy, en su inocencia, siguiera ignorando los apetitos de su hijo. Pero yo también me sumé en esa inocencia. Primero me deshice de ellas y luego no las recordé al toparme con las fotografías muchos años después. Vi lo que quería ver. Pero ¿y Nancy? ¿Es posible que viera algo más? ¿Es posible que eso la empujara a escribir el libro? Lo escribió para ella, para nadie más.

¿Construyó esa historia en un intento de que su hijo descansara en paz? El mío no. El mío no descansa ni tiene la más mínima paz. Rezo por la recuperación de Nicholas Ravenscroft y me imagino cómo se reiría de mí Nancy, pero no consigo hacerla aparecer y me doy cuenta de que agradezco el silencio. Guardo las fotografías en el sobre.

Lo que le he preguntado a Catherine Ravenscroft ha sido por qué no se lo contó a Nancy el día que la vio. ¿Por qué no le dijo que la había violado? Me ha mirado sorprendida.

—No se lo he contado a nadie —ha contestado—. Y no quería hacerla sufrir más.

Yo he sido el primero al que se lo ha dicho. Y lo ha hecho porque se ha visto forzada. Se ha visto forzada otra vez, alguien ha doblegado su voluntad. Creo que, cuando ha dicho que lo sentía, era de corazón. Le doy lástima, pero no es eso lo que quiero. Quiero que me odie. Necesito que alguien me odie más de lo que me odio yo mismo. Necesito contarle lo que le he hecho a su hijo. Que si está donde está ahora es por culpa mía.

La llamo. Ya he marcado su número antes, pero sin decir nada. Contesta.

—¿Sí?

Debe de estar conduciendo, apenas se la oye entre el murmullo del tráfico.

—Le enseñé las fotografías a su hijo. —Me quedo esperando su respuesta, pero no llega, así que continúo—: Mi mujer quería hacerla sufrir como había sufrido ella... —Le cuento que he tenido contacto con Nicholas—. Le hice creer que estaba enamorada de Jonathan; que la vida de Jonathan le importaba más que la suya.

La oigo respirar por encima del ruido de los coches, leves jadeos, pero no dice nada. Me imagino que va a colgar. Pero no.

—Debería contárselo a su marido —digo con toda la delicadeza de la que soy capaz.

—¿Y por qué coño no se lo cuenta usted? —susurra, y sus palabras me ofrecen la esperanza de que por fin sea capaz de odiarme.

Finales del verano de 2013

El que está al lado de Nicholas cuando abre los ojos es Robert, y también es él quien da la noticia a Catherine. Le manda un mensaje de texto que ella recibe durante la segunda sesión de la terapia que le sugirieron en el trabajo. Ha estado a punto de no ir, pero albergaba la leve esperanza de que le sirviera de algo. La terapeuta pone mala cara al oír el pitido. Había que apagar el móvil. Catherine se levanta y dice que tiene que irse. La joven ladea la cabeza y no contesta. Para Catherine la experiencia de la terapia está siendo como si le arrancaran los dientes uno a uno con toda la seriedad y el esmero del mundo, a sabiendas de que con la dentadura postiza que acabarán poniéndole se sentirá muchísimo mejor. Eso sí, mientras tanto es importante que se acostumbre a los enormes agujeros sanguinolentos que le quedan en la boca.

—Es mi hijo. Acaba de abrir los ojos.

La cabeza de la joven se inclina hacia el otro lado.

—Está en la UCI.

Un primer gesto de sorpresa y luego otro de iluminación, como si, de repente, lo entendiera todo. No lo entiende, pero no es culpa suya. Catherine no se lo ha contado. No se lo ha preguntado. No le ha preguntado nada de lo que tenía que preguntarle y Catherine se ha limitado a contestar directamente a lo que le pedía, sin ofrecer ninguna información por voluntad propia. Es una paciente poco cooperativa, una paciente que parece reticente a mejorar, o quizá incapaz.

Cuando llega al hospital, una enfermera le dice que Robert se ha marchado hace cinco minutos. Cronometra con cuidado sus entradas y sus salidas para no tener que verla, pero a ella ya casi la trae sin cuidado. Hince las rodillas en el suelo y se inclina hacia Nicholas para decirle que está a su lado, para decirle que se pondrá bien, para decirle que ya no corre peligro, que lo quiere más que a nadie, que nunca ha querido tanto a nadie como a él. Nicholas ha abierto los ojos, pero no fija la mirada en nada en concreto. La deja perdida en la nada, no reacciona; de todos modos, el médico es optimista. Paciencia. Será lento. Van a hacerle más pruebas; de momento, los indicios son buenos. Crean que puede recuperarse, poco a poco pero posiblemente por completo. Son buenas noticias. Si no las hubiera recibido, Catherine se habría suicidado. Incluso había pensado cómo. Lo de tirarse al metro ni se lo planteaba: las pastillas y el alcohol eran la forma de morir elegida.

Robert sigue sin saber que la violaron. Ella está aguardando a que se lo digan. Ojalá sea pronto. Sin duda, Stephen Brigstocke encontrará el valor necesario para hacerle ese favor, ¿no? En caso contrario, tendrá que decírselo ella misma, y le entran náuseas solo de pensar que podría no creerla. No sería justo tener que convencerlo de algo así; no sería justo verse obligada a persuadirlo de que dice la verdad, pero teme

que sucedería exactamente eso. El desprecio que su marido siente por ella es ya tan intenso que hay más probabilidades de que crea a Stephen Brigstocke. De todos modos, sería cruel dejarlo mucho más tiempo en la inopia. Al retrasar la revelación, Catherine está castigándolo, sí, pero el que se ha dado tanta prisa en levantar un muro entre los dos ha sido Robert, ha sido Robert quien le ha dado con la puerta en las narices.

No dudará en contárselo a Nicholas. Ahora que sabe que los dos van a sobrevivir, tiene que ser ella quien se lo cuente. Da igual el sufrimiento que ambos tengan que soportar, debe saberlo. Pero aún no tiene fuerzas; tardará en estar listo. Le acaricia la mano. Lleva las uñas demasiado largas. Hay que traer un cortaúñas para arreglárselas. De repente recuerda uno pequeñito que utilizaba cuando Nicholas era un niño. Qué blandas tenía las uñas... Al final, Catherine le daba unos mordisquitos, con cuidado, para que no se arañara por la noche. Mira el reloj. Robert ya tendría que haber llegado, pero se alegra del retraso. Se fija en una enfermera. Se ha dado cuenta de que miraba la hora y la ve con malos ojos. Todas la ven con malos ojos. Prefieren a Robert. El pobre marido. El padre entregado. Ella es una madre histérica, inestable. La que atacó a aquel ancianito. Antes le habría importado lo que pensarán de ella; ya no. Apoya la cabeza en la cama y cierra los ojos, agradecida por poder estar un poco más a solas con su hijo.

Finales del verano de 2013

—Mi hijo violó a su mujer. Me lo ha contado ella y la creo. Lo siento. Siento todo lo que ha pasado...

Pobre hombre. Es un mazazo. He sido demasiado brusco. Estamos en la cafetería del hospital. Me ha traído un té. Ha insistido. He intentado impedirselo, le he dicho que no me apetecía, pero él quería que me sintiera cómodo, a gusto. Ha dicho que, total, iba a por uno para él. Ha malinterpretado mi nerviosismo, creía que estaba angustiado por lo que pasó la última vez que vine. Apenas ha dejado la taza en la mesa cuando se lo digo. Lo repito más despacio.

—Mi hijo violó a su mujer. Ella me ha contado lo que pasó y la creo. Me da vergüenza decirlo, pero creo que mi hijo era capaz de una cosa así... Lo siento.

Quiero añadir algo, pero me contengo. Le hace falta tiempo para digerirlo. Tendrá preguntas y se las contestaré.

—¿Se lo ha contado mi mujer?

—Sí.

—¿Catherine?

—Sí.

—¿Y se lo cree?

Asiento. Mira a lo lejos, detrás de mí. Hay gente sentada cerca, pero tenemos una mesa para nosotros solos. Parecemos un padre y su hijo. La gente se imaginará que mi mujer, su madre, está ingresada y que hemos bajado para consolarnos mutuamente.

—Estoy convencido de que decía la verdad. —Me repito—: Mi hijo violó a su mujer.

—¿Cuándo se lo ha contado?

Su voz es monótona, como si estuviera hipnotizado.

—Ayer. Vino a mi casa...

Lo asimila, evita mi mirada. La suya me roza el hombro al bajar hasta la taza de té, de loza barata, que aferra con ambas manos.

—¿Ayer?

—Sí. Vino a mi casa ayer a primera hora.

Entonces me mira directamente y veo lo agotado que está. Tiene los ojos azules y el pelo, que en su día fue rubio, está manchado de gris.

—¿Por qué no me lo ha contado? Debería habérmelo contado a mí, no a usted.

A eso no puedo responder. Que me pregunte otra cosa. Que me pregunte algo a lo que pueda responder. El silencio crece y consume el aire que nos separa, y veo que la rabia se apodera de él. Está despertando... Cuatro, tres, dos, uno.

—¿Por qué no me lo ha dicho hasta ahora? Seguro que lo sabía. ¡Hijo de puta!

¿Por qué no me había dicho nada?

—No lo sabía. No me enteré hasta ayer. Fue la primera vez que hablé con su mujer. Pero cuando se sentó delante de mí y me contó lo que pasó... me di cuenta de que era verdad. Nadie quiere creer que su hijo sea capaz de una cosa así.

Está desorientado, buscando algo a lo que cogerse. Como si le hubieran dado una buena hostia. Ahora entiendo esa sensación. A los dos nos han dado una buena hostia.

—¿La violó?

Asiento.

—Dice que cree que era capaz de una cosa así, pero se lo calló... Si ya lo había hecho...

—No, no, estoy seguro de que no —protesto—. Fue por cómo lo describió todo su mujer: los detalles, la navaja y... Sé que decía la verdad.

—¿La navaja? —Cierra los ojos y se lo imagina—. Pero las fotografías...

La culpa empieza a asentarse. Estira el brazo, me coge de la americana y me tira el té hirviendo por las piernas. Una mujer de la mesa de al lado se vuelve. Debe de preguntarse por qué no me muevo ni abro la boca, pero no siento nada.

—Me da usted lástima —dice—. Y yo que daba las gracias al cabrón de su hijo...

Entonces me suelta con un empujón y hunde la cara en las manos.

—Tenía que decírselo en persona... No podía hacerlo por teléfono.

Y entonces, ay, como el gusano asqueroso que soy, le recuerdo que el libro lo escribió mi mujer, no yo. Veo la repugnancia que se adueña de su gesto. Lo he dicho como si le echara la culpa a ella, pero no es eso. Tenía fe en aquellas páginas y creía que se lo debía a Nancy, que había que difundirlas. Era su libro, sus palabras.

—Su intención no era que lo leyera nadie. Tendría que haberlo dejado donde lo...

—Se lo mandó a mi mujer. Y a mi hijo. Me mandó esas fotografías. ¿Cómo coño es posible que no lo supiera? ¡Ha reconocido que lo creía capaz de una cosa así! ¿Por qué no vio más allá?

—¿Y usted? —replico, y me estremezco al ver el sufrimiento que le provoca esa pregunta.

—¿Por qué no vi más allá?

Se desploma sobre las manos. Veo que le tiemblan los hombros y me gustaría estirar el brazo y tocarlo, pero no puedo. No puedo consolarlo, no puedo decir nada que alivie su culpa, que borre la imagen de su mujer leyendo ese libro repugnante y sintiéndose violada otra vez. Ya no tengo nada que hacer aquí. Se acabó. Lo sabe. Lo dejo solo y subo a la UCI. No entro, me limito a mirar por la ventana con la esperanza de ver a Nicholas de refilón, y la veo a ella de rodillas junto a su hijo. Parece dormida.

Finales del verano de 2013

Robert se arrodilla al lado de Catherine, que siente que le pasa el brazo por los hombros, pero no abre los ojos. Él le acerca la cara al cuello. Está mojada. Tiembla.

—Perdóname, Cath. Lo siento mucho. Perdóname, por favor. Sé lo que pasó. Me ha contado lo que hizo su hijo...

Las últimas palabras se le hunden en el cuello. No obstante, sigue sin abrir los ojos. Está mareada. Robert le coge la mano y, al fin, Catherine los abre, pero se encuentra con los de su hijo, no con los de su marido. Sí, Nick la mira a la cara, la ve. Ya había pasado antes de que llegara Robert; no que hubiera abierto los ojos, sino que hubiera fijado la mirada en algo. En ese momento, su madre lo ha cogido de la mano, y él ha movido un poco la cabeza y luego la ha mirado. Ella se ha dado cuenta de que la veía, la reconocía, y la ha embargado una descarga de felicidad que la ha hecho sonreír y llorar.

—Hola, cariño —le ha dicho.

Nick no ha contestado, se ha quedado mirándola sin más. Catherine ha enviado un mensaje de texto a Robert. No sabía que estaba en la cafetería del hospital con Stephen Brigstocke. En la UCI también había una enfermera que, por primera vez en mucho tiempo, ha sonreído a Catherine. Luego ha llegado el médico para confirmar lo que ya sabían. Aquello era un auténtico avance. Si seguía a ese ritmo, podría salir de la UCI al cabo de una semana.

Luego Nick ha cerrado los ojos otra vez y ella lo ha imitado. Hasta que ha llegado Robert.

—He venido papá —susurra Catherine.

Robert estaba tan absorto mirándola que no ha visto a su hijo abrir los ojos, pero lo oye soltar un grito ahogado y siente la alegría que lo invade, que vibra en su interior como el zumbido grave de una torre de alta tensión.

—Nick —dice—. Estamos aquí. Los dos estamos aquí. Vas a ponerte bien.

Abraza a Catherine para estrecharla contra sí. Nicholas mira a sus padres, que le sonríen, y sus ojos, perplejos, van del uno al otro.

—Voy a llamar al médico —susurra Robert a Catherine.

—Ya lo sabe —contesta ella, y le da la buena noticia.

Se quedan hasta muy tarde. Juntos. De vez en cuando, uno de los dos va a buscar algo de comer o de beber. No se atreven a alejarse de Nick, por si habla. Es posible. No quieren perderse sus primeras palabras. A la una de la madrugada deciden que es hora de retirarse. Una parte de Catherine está aterrorizada. Ahora van a tener que hablar, y está demasiado cansada.

Se van en el coche de Robert. Son las tantas y Catherine siente una punzada de culpa por no estar con su madre, pero la ha llamado y cree que le ha hecho

comprender que Nick está mejor y que ella se va a casa con Robert. Catherine está molida. Lo único que quiere es que la lleven a casa y la metan en la cama. Está tan agotada que no habla demasiado; su silencio es tranquilo, apacible, y hay mucho sosiego en el coche, como si los hubieran sellado al vacío en su interior. Él tampoco tiene prisa por hablar, está tan destrozado como ella. Suben al dormitorio y Catherine se da una ducha para quitarse el olor a hospital. Se acuesta con el pelo mojado, disfrutando del frío en la cabeza que alivia el sofoco. Robert se tumba a su lado y busca su mano, pero sin sutileza: quiere cogerla, sin más, y ella le deja. Se queda de cara a su marido, aunque le gustaría darse la vuelta. Duerme mejor del lado derecho, pero no se mueve, no quiere que se ofenda.

—Cath —susurra él.

Ella contesta con un ruido que no acaba de ser una palabra y trata de abandonarse al sueño.

—Cath, lo siento mucho. Nunca podré perdonármelo...

Sin abrir los ojos, Catherine le pone una mano en la mejilla. No es culpa suya. No sabía nada, ella no se lo había contado. Pero ahora no, está demasiado cansada. Se da la vuelta, se sube el edredón hasta la barbilla y aspira su aroma familiar.

—¿Por qué no me lo contaste? —musita él pegado a su cuello.

Esa necesidad que tiene Robert de que Catherine se justifique la consume. Es algo que necesita él, no ella, así que hace como si no lo oyera. Lo único que quiere es dormir por fin, sabiendo que la verdad se ha abierto camino de una vez por todas.

Los siguientes días los pasan hasta la noche en el hospital, juntos, los dos concentrados en la recuperación de Nick. Avanza, lo ven. Está despierto y completamente consciente. Ha empezado a hablar. Arrastra un poco las palabras, pero todo se andará. Eso con logopedia tiene arreglo. Todavía parece confundido al ver a sus padres. Los reconoce, pero los mira con recelo. Catherine se siente desolada al ver en sus ojos que no acaba de confiar en ella, pero aún no está preparado para la verdad, no sería justo. Así pues, se comporta como si no se hubiera dado cuenta de su reticencia y se mantiene ocupada poniendo en la mesita auxiliar la fruta fresca que ha pelado y cortado por la mañana. Se encarga de que tenga agua en el vaso. Le limpia las manos y la cara con toallitas húmedas. Le corta las uñas. Le pone crema hidratante en las manos y los pies. Y él se deja hacer. Está indefenso como un bebé. Alguien tiene que hacerlo.

Catherine está dispuesta a darle tiempo, pero Robert tiene prisa.

—No era cierto, Nick, nada era cierto. Era todo mentira. Mamá te quiere. Me quiere. Era una invención, no fue lo que...

—Ahora no —lo interrumpe ella.

¿Qué ha estado a punto de decirle? ¿Que el hombre que le salvó la vida violó a su madre? Siente un arrebató de animadversión hacia Robert. La historia es de ella. Ha sido su única propietaria durante años. Él no tiene derecho a contarla, es de

Catherine. Ella es la única que podrá ayudar a Nick a comprender por qué decidió no hablar nunca de ello.

Es un proceso lento, pero Nicholas va progresando. Nota molestias debido al tubo que le metieron por la garganta, pero las palabras empiezan a surgir. Aunque sigue teniendo la piel gris y está flaco, va a salir de esta. Va a ponerse bien. Catherine da gracias a Dios. Bueno, da gracias a alguien, y lo llama «Dios» aunque no acaba de imaginárselo. Lo importante es que da gracias porque Nicholas se haya salvado una vez más. Y durante todo ese proceso también van progresando sus padres; poco a poco van regresando a un estado en el que se sienten cómodos el uno con el otro. A Stephen Brigstocke, Robert le desea la muerte. Quiere castigarlo por lo que le ha hecho a su familia. La maldad de ese hombre tan jodido y tan retorcido le quita el sueño, no se le va de la cabeza. Catherine duerme bien por primera vez en una eternidad.

Ella, en cambio, se entristece al pensar en Stephen Brigstocke. Lo vio asimilar una verdad insoportable. Podría haberse resistido, esperaba que la acusara de mentirosa, pero no fue así. Supo reconocer la verdad y eso Catherine lo respeta, no hay mucha gente capaz de algo así: negar las cosas es mucho más fácil. La mayoría de los padres se habría resistido a aceptar lo que le contó de su hijo, de su hijo muerto. Se siente culpable por haber hecho sufrir a Robert, por haber permitido que se enterase así. Tendría que haberlo oído de sus labios, pero ha tratado de explicarle por qué le resultó imposible. Cuando Jonathan Brigstocke murió ante sus ojos, lo vio recibir su castigo por lo que le había hecho. Ya no podría hacérselo a nadie más; Catherine no se vería obligada a presentarse ante un tribunal para demostrar su inocencia. Lo entendió como una señal de que se le daba la oportunidad de borrar algo que, estaba segura, contaminaría sus vidas. Y el hecho de que Nicholas se hubiera salvado reforzó aún más esa creencia.

Se equivocaba, ahora lo sabe, al creer que podría guardárselo para ella sola, que no la afectaría. Por supuesto que la afectó. Sabe que repercutió en su relación con Nicholas. Pero ella creía que estaba protegiéndolos a todos al evitar que aquello entrara en sus vidas.

—Pero entró, entró en nuestras vidas... con el libro. ¿Por qué no me lo contaste entonces? —pregunta Robert con tono de súplica.

—No lo sé. Quería hacerlo... Lo intenté...

Él la mira, expectante, con ganas de que le explique cómo intentó decírselo, pero no pudo.

—A veces estuve a punto. No lo sé, Robert. Cuando has guardado un secreto así, cuando nunca lo has dicho en voz alta, nunca se lo has contado a nadie, cada vez se te hace más difícil.

Esas conversaciones le hacen demasiado daño. La hacen llorar, sentir vergüenza, culpa. Y quiere que él le diga: «¿Fue por mí? ¿Te lo impedí yo?» Pero no. Robert

nunca se plantea eso y ella no lo fuerza. No puede seguir luchando. No planta cara a su marido y no le pregunta qué vio en «Charlotte» para convencerse con tanta facilidad de que era ella. No le dice cómo le dolió ver la rabia y el odio que sentía por ella. Se limita a llorar y él se disculpa. No pretendía agobiarla. No es su intención, es lo último que quiere, de modo que deja de hacer preguntas, la deja en paz. Y ella se siente aliviada. Tiene miedo del resentimiento que despiertan en su interior esas conversaciones, de la presión a la que la someten.

Hace dos semanas que Nick recibió el alta. Catherine y Robert fueron a buscarlo juntos. Fue como cuando se lo llevaron a casa de recién nacido: los dos iban con pies de plomo, eran padres primerizos, un poco inseguros. Cuando Nick era un bebé, a Catherine la aterraba la perspectiva de que Robert volviera a trabajar; ahora se muere de impaciencia.

Hoy, por primera vez, tiene a su hijo para ella sola. Está preparado, de manera que le cuenta que la violaron. No fue una aventura. No estaba enamorada de Jonathan Brigstocke. No lo conocía. Le cuenta que él dormía en la habitación de al lado. Le cuenta que estaba asustada, que temía que Jonathan Brigstocke le hiciera daño a él. Le habla de la navaja. No le pone excusas por no haberle dicho nada hasta ahora. Le dice que no se lo había contado a nadie.

—¿Me salvó la vida?

—Sí, lo hizo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nunca lo sabremos. ¿Quizá porque se sentía culpable?

Nick está blanco, ya no tiene esa palidez gris, pero Catherine se da cuenta de que empieza a estar cansado. Ya han comido y enseguida le apetecerá echarse la siesta, pero quiere saberlo todo. Quiere seguir hablando.

—¿Culpable?

—No lo sé, cariño. —Catherine hace una pausa. ¿Cuánto puede seguir aguantando su hijo?—. Es posible. Nunca sabremos el motivo, pero sí, te salvó la vida. Y fue deliberado, se tiró al agua para sacarte. Nadie lo obligó. Quería salvarte.

Le pone una mano en el hombro. Él baja la cabeza y se le escapa una lágrima mejilla abajo. Ella se acerca para abrazarlo, pero Nick se tensa.

—No pasa nada —asegura.

Catherine le da un beso en la coronilla y huele el champú de la ducha de esta mañana. Quiere estrecharlo entre sus brazos, pero Nick no está preparado, así que se da la vuelta antes de ponerse a llorar ella también.

—Estás cansado —dice—. Te conviene dormir. Ya hablaremos luego.

Él asiente y se levanta. Ella también se pone en pie y lo ve subir al dormitorio.

—Siento haber sido tan mala madre —dice.

Nick se vuelve y se encoge de hombros, pero luego niega con la cabeza. No abre la boca, pero al menos niega con la cabeza.

Cuando oye que ya está en su cuarto, Catherine se tumba en el sofá y cierra los ojos. Se le llena la cabeza de remordimientos. ¿Y si hubiera llamado a la policía aquella noche? ¿Y si hubiera llamado a Robert? Robert habría cogido un avión para reunirse con ellos, ¿verdad? Pero se comportó como una sonámbula. Nick se despertó pronto al día siguiente, entró corriendo en su habitación y se subió a la cama de un salto. Catherine no había pegado ojo. Antes de acostarse había vaciado un tarro de crema pequeño, de viaje, lo había limpiado, se lo había pegado a la vagina y había hecho fuerza para sacarse el semen que quedaba en su interior. Lo poco que no le había resbalado por la pierna. Un gargajo blanquecino. Enroscó la tapa y lo metió en el neceser. Recuerda que pensó qué pasaría si le abrían la maleta, si algún agente confiado metía la nariz en ese tarro de crema. También había tomado fotos: el moratón del muslo, el mordisco del cuello. La policía pediría pruebas, así que se las preparó.

De todos modos, ¿la habrían creído? Se había dejado la llave puesta por fuera. Eso lo tenía claro: por muchas pruebas que reuniera, alguien, probablemente un hombre, diría delante del tribunal que era una mentirosa, que había sido ella quien había engatusado a aquel jovencito para llevárselo a su habitación. Que lo conocía. Él había pedido dos copas en el bar de su hotel: ¿recordaría alguien que ella no se había sentado a su lado?

Pero entonces el desconocido murió. «Gracias a Dios —se dijo Catherine—. Ha muerto.» Y comprendió que ya no tenía que demostrar su inocencia, así que, al revelar las fotos de las vacaciones, destruyó las de sus lesiones y conservó las de Nicholas, Robert y ella.

Cuando Nick se metió en su cama, ella se quedó quieta, fingiendo una sonrisa, fingiendo que lo miraba. Aquella mañana vivió todas las acciones, todas las palabras, desde fuera de su cuerpo. De ella no salió nada. Desayunaron. Bueno, Nick desayunó, ella no. Incluso recuerda que el niño le dijo que se lo acabara todo. Se moría de ganas de ir a la playa. Ella no quería, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Intentó cambiar los billetes. Nicholas se impacientó mientras esperaban una respuesta dando vueltas por el hotel. Les dijeron que no. Así que se marcharon a la playa. Y por el camino le compró la barca. «Un salvavidas», se dijo entonces. Para que él estuviera contento y ella pudiera aguantar. El niño se lo pasó en grande, desde luego. Entraba y salía, entraba y salía dando saltos y hablando solo; interpretaba el papel de todos los miembros de la tripulación. El calor y la conmoción la ahogaban, de modo que recostó la cabeza, cerró los ojos y se durmió. No vigiló a su hijo, que estuvo a punto de ahogarse. Tuvo que salvarlo un perfecto desconocido.

Robert ha dejado de preguntarle por qué no se lo contó y eso hace que Catherine se sienta perdonada. Ya sabe que no tuvo una aventura; sabe que no lo traicionó. Además, ahora tiene un nuevo papel. Ha dejado de ser el marido agraviado, ahora es el marido servicial. Se desvive por ayudarla y la anima a hablar con alguien, con un profesional, que sepa guiarla en un viaje al pasado para luego regresar al presente,

pero a Catherine el pasado la repugna. No quiere volver. Debería haber vuelto hace mucho tiempo, pero ahora su sitio ya no está allí. Ahora quiere concentrarse en el presente.

Otoño de 2013

He dedicado mucho tiempo a pensar en Jonathan, a tratar de entender qué clase de persona era. Cuesta reconocer que no conoces a tu propio hijo, que nunca llegaste a conocer a tu propio hijo.

En una ocasión dije que, gracias al amor de su madre, Jonathan nunca habría muerto de vergüenza, porque, hiciera lo que hiciese, Nancy siempre lo perdonaría. Pero en cierto sentido creo que sí murió de vergüenza. La policía española dio en el clavo: «Se sacrificó.» Creo que, cuando violó a Catherine Ravenscroft, supo que había emprendido un camino sin vuelta atrás. Se había perdido. No se jugó la vida, sino que la entregó de forma deliberada. Puede que me aferre a esa idea para consolarme, pero, si no, ¿por qué haría algo que le pegaba tan poco? Estoy convencido de que hizo examen de conciencia y tuvo el valor de aceptar el resultado. Se vio como era en realidad. Muy poca gente está dispuesta a hacer eso. Yo apenas empiezo a encontrar ahora las fuerzas necesarias y sospecho que Nancy nunca fue capaz. Hacen falta agallas, ¿no? Agallas para mirar debajo de la máscara y ver cómo es uno en realidad.

No puedo estar seguro de que no hubiera violado a nadie más, pero no lo creo. Lo que sí sé es que algo provocó que Sasha, su novia, volviera corriendo a casa de sus padres. Decíamos que era su novia, aunque en realidad no hacía mucho que se conocían y recuerdo que me sorprendí cuando Jonathan nos dijo que iba a acompañarlo en el viaje. Me sorprendió menos que volviera antes. Si la hubiera violado, sus padres lo habrían denunciado, eso seguro. Sin embargo, algo tuvo que suceder para que su madre nos llamara tan enfadada. Nancy lo sabía, pero no me lo contó, y me da vergüenza decir que nunca le pedí que me explicara los detalles. Lo único que sé es que mi mujer ocupó su puesto habitual, el de defensora de Jonathan. Tenía años de práctica, lo había hecho desde que era niño.

Ahora reconozco la voz de Nancy como lo que era: la voz de una mujer enloquecida por el dolor, una voz que mantuve con vida durante años, lo que le permitió tejer su hilo desesperado mientras yo escuchaba con atención. Nancy disfrazó a nuestro hijo de algo que no era y, mucho antes de que se ahogara, yo ya me había confabulado con ella para echar tierra sobre todas las pistas que deberían habernos inquietado. Detallitos cuando era pequeño que fueron creciendo cada vez más hasta convertirse en flagrantes negaciones de la personalidad de Jonathan. Me hice a un lado y permití que sucediera. Mi hijo era un violador. El de Nancy, no. Pero el mío, sí. ¿Llegó a sospecharlo su madre? Si fue así, no dejó que se notara. De todos modos, se habría negado a creerlo. Reescribió a Jonathan igual que yo la reescribí a ella. Soy tan culpable de engaño como ella. Convertí a mi mujer en lo que no era. Me faltó el valor necesario para reconocer que, mucho antes de la muerte de Jonathan,

Nancy ya había perdido el rumbo. Durante años la ayudé a avivar esa fantasía y compartí su fervor ciego sin plantarle cara ni una sola vez, sin pararle los pies. Me llevaba bien con los dos: el Jonathan ficticio y la Nancy ficticia. Mi única defensa es que lo hice por amor. Igual que ella. Pero no es una defensa muy buena.

Ya de niño, Jonathan no despertaba el cariño de la gente. Solo fue un mes a la guardería antes de que Nancy lo sacara porque prefería tenerlo en casa con ella. Decía que aún no estaba preparado. Y cuando empezó a ir al colegio, ella se buscó un trabajo allí mismo para estar cerca de él. Tenía amigos que venían a casa a jugar, pero a él nunca lo invitaban. Me di cuenta, pero disimulé. Creo que a los niños les gustaba venir por Nancy, que se portaba de maravilla con ellos. Cuando Jonathan era pequeño resultaba más fácil fingir que todo iba bien, pero, cuando llegó a la adolescencia, la influencia materna flaqueó. De todos modos, ella siempre estaba dispuesta a defenderlo. Tendría que haberme hecho oír, pero sabía que eso suponía cambiar de bando, alinearme con el enemigo, con toda aquella gente que no comprendía a Jonathan. Tendría que haber batallado con ella, con mi esposa, la anti-Medea.

Preferí desaparecer en mi propia fantasía. Me imaginaba cómo sería tener por hijo a uno de mis alumnos. Un chico con el que hablar. Un chico que te escuchara cuando le dijeras algo, aunque luego fuera insolente o grosero en alguna ocasión, pero que al menos te mirase a los ojos, estableciera una conexión. Tras la muerte de Jonathan permití que esa fantasía se impusiera. Me desmoroné.

Hubo un chaval al que di clase desde los catorce años hasta acabar la secundaria. Durante una temporada jugué a que era mi hijo. No era tan listo como Jonathan, que aprobaba sin dar un palo al agua y se burlaba con desprecio de los que se esforzaban. Le daba todo igual y contemplaba su futuro con la misma indiferencia. Precisamente por eso Nancy propuso que le pagáramos el viaje por Europa: decía que necesitaba tiempo para encontrarse.

El chaval que «adopté» no podría haber sido más distinto. Cuando se fue a la universidad lo seguí. Me iba en tren a Bristol y le contaba a todo el que me escuchaba que iba a ver a mi hijo a la universidad. Mi mujer y yo habíamos tenido los niños muy tarde, explicaba si veía que hacían cálculos para descubrir si era posible que tuviera un hijo de esa edad. Me gasté una fortuna yendo y viniendo de Bristol en tren. Nancy no se enteró. Pedí un permiso en el colegio, pero ella creía que todas las mañanas me iba a trabajar como siempre. Después de la paliza dejé de ir a Bristol. Me vino bien. Me hizo entrar un poco en razón.

Nada de todo esto es culpa de Nancy, sino mía. Mi amor arraigó en los primeros veinte años que pasamos juntos, y ni entonces ni ahora he tenido el más mínimo deseo o voluntad de abatirlo. Veo con total claridad a la mujer de la que me enamoré, la mujer con la que me casé y con la que viví. Pero ahora también veo a la mujer en la que se convirtió tras el nacimiento de Jonathan. Un florecimiento inicial seguido de un crecimiento descontrolado de serpollos, ramas, brotes dispersos y mal cuidados, que se desarrollaban mientras ella trataba de aferrarse a su hijo, de protegerlo, de

convertirlo en lo que no era. Para lograrlo, tuvo que desvirtuarse: tuvo que convertirse en una criatura espinosa y retorcida. Yo tendría que haber sacado las tijeras de podar para cortar esos serpollos antes de que se descontrolaran, antes de que chupasen la esencia vital de lo que había sido positivo. Para ser bueno hay que ser cruel. Hay que cortar, aunque sea poco, donde toca, para que la planta no se quede sin alimento, para que pueda florecer.

He vuelto a ocuparme del jardín: he quitado las malas hierbas y he barrido las hojas para formar montones que luego quemo. Los vecinos se han quejado del olor. Dicen que soy un desconsiderado; tenían la colada tendida. Me temo que sus quejas, más que disuadirme, me animan. Me gustan las hogueras. Me gusta llevar el olor del humo en la ropa y en el pelo. Disfruté al tirar las fotografías al fuego, me gustó ser testigo de su destrucción. El sobre amarillo con el logotipo de Kodak en la parte delantera se puso marrón y luego negro, y me imaginé los negativos en el interior, encogiéndose hasta desaparecer. Antes les eché un último vistazo, por si se me había pasado alguna imagen de Jonathan. Quizá su reflejo en un espejo o su sombra en la pared, pero no había ni rastro de él. A continuación voy a quemar sus pertenencias. No quiero conservar nada. Ya he empezado a cortar leña para hacer otra hoguera.

Ayer le llevé el portátil a Geoff. Le dije que era un regalo. Se sorprendió, pero le aseguré que le había echado el ojo a uno nuevo. Es mentira, claro.

—¿Y cómo llevas el libro? —preguntó.

—Bah, lo he dejado —contesté con un gesto nada pesimista, para que no se preocupara.

Hoy voy a ver a las señoras de la tienda de segunda mano.

—He encontrado unas cuantas cosas más —les digo.

Y abro una bolsa en la que llevo el bolso de noche y el gorro de lana de Nancy. También la chaqueta de punto, que he desgastado muchísimo. Tiene agujeros en las dos axilas y le falta el botón de arriba. Rechazo el café que me ofrecen y las veo echar un vistazo al contenido de la bolsa, reticentes a tocarlo. Me quedo con la duda de si, al final, la chaqueta de punto me sobrevivirá o si esas señoras tan encantadoras preferirán sacrificarla.

Al llegar a casa alguien está dejándole un mensaje a Nancy. No me he visto capaz de borrar su voz. El mensaje confirma una cita. Dentro de una semana. Tengo tiempo de sobra para terminar mi tarea. Me siento ante el escritorio y saco papel y bolígrafo.

Otoño de 2013

Catherine también está soltando lastre. Ha avisado al despacho de que no va a volver. No se siente capaz, al menos por el momento; no le ve sentido. También ha dejado la terapia, no se molestó en volver tras aquella segunda sesión, aunque quizá lo intente de nuevo con otra persona. Seguramente le convendría.

Echa un vistazo a su madre. Están sentadas en dos butacas iguales, una al lado de la otra: Catherine, en la que ocupaba su madre antes de la muerte de su padre; su madre, en la otra. Están viendo un programa de televisión antiguo, desenfadado, alegre, festivo y reconfortante, cada una con una taza de té en la mano. Lllaman a la puerta y va a abrir. Es Nick. Dijo que se acercaría para ver a la abuela, pero Catherine no acabó de creérselo. Ver que lo decía de corazón, que ha ido, la inunda de alegría.

—Mamá, ha venido Nick —anuncia.

La anciana se levanta de la butaca con esfuerzo y se acerca a su nieto con paso inseguro.

—Hola, guapo —saluda, y se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla—. ¿Ya te has puesto bueno del todo?

—Sí, abuela, ya estoy bien —contesta, aunque no es verdad.

Está deprimido. Se siente solo. Es drogadicto. Necesita ayuda. Ver a su abuela lo anima, eso sí. Ella siempre le ha tenido mucho cariño, y Catherine la ve cogerle la mano y estrechársela entre las suyas para estimularlo con un amor puro. Nick se relaja un poco, se sienta en la butaca de su madre y coge un puñado de caramelos de un cuenco que hay en la mesita de centro.

Catherine va a poner agua a hervir y, mientras espera, se queda rondando el umbral que separa la cocina y la sala de estar. Contempla la nuca de su madre y la de su hijo, que mueven la cabeza sin parar, ella por el temblor que ha empezado a sufrir y él porque mastica caramelos como un poseso. ¿Deberían ir Nick y ella juntos a terapia? Descarta la idea en cuanto se le ocurre: él ya está viendo a alguien del programa de desintoxicación y es mejor no interferir en su progreso. Catherine vuelve a llenar la tetera y la lleva a la sala. Se sienta en el suelo y se recuesta en la butaca de Nick.

—¿Quieres sentarte aquí? —pregunta su hijo.

—No, no, tranquilo —contesta ella, y le da unas palmaditas en la pierna.

¿Cómo habría cambiado la vida de Nick si Robert y ella hubieran tenido más hijos, si hubiera contado con una hermana o un hermano pequeño que desviara en parte la atención constante que le dedicaban? Catherine fue hija única y muy feliz, a ese argumento recurría siempre que Robert entraba de puntillas en el terreno peliagudo del segundo hijo. En realidad, Nick estuvo a punto de tener un hermano. O quizá una hermana, eso nunca lo sabrá.

Catherine estaba embarazada al volver de España. En aquel momento no lo sabía. Tenía reglas bastante irregulares, así que tardó más de un mes en hacerse la prueba. Una semana después de volver al trabajo, salió de la oficina a la hora de comer para comprar la cajita en la farmacia y luego se encerró en el baño. Sabía que había posibilidades, por descontado, pero se había convencido de que daría negativo. Joder, se merecía un golpe de suerte, ¿verdad? Por lo visto, no, porque no cabía duda. Llevaba una criatura en su interior. Bajó la tapa del váter y se quedó allí sentada un rato, meciéndose hacia delante y hacia atrás, pensativa. Podía ser de Robert. Habían follado durante las vacaciones. Una vez. A pesar de lo mucho que se había esforzado con la lencería, solo había pasado una vez. Quizá otro hijo le iría bien. Un bebé podría ser la distracción que necesitaba. No el trabajo, sino un bebé. Pero ¿quién sería el padre? ¿Y si se le parecía? ¿Y si era moreno con los ojos marrones? No lloró y no decidió nada en aquel momento. Le hacía falta más tiempo. Abrió la puerta del cubículo y tiró la prueba a la papelera. Luego se puso bien recta y se miró al espejo.

—Buenas noticias, espero.

Pegó un brinco. No se había dado cuenta de que había alguien más. Tenía a una compañera al lado, sonriendo.

—La reunión con Tony. ¿Has conseguido el encargo?

—Ah, sí... Sí, bueno, como mínimo parece que le gusta la idea. Ha dicho que mañana me dará una respuesta.

Catherine sonrió y cogió varias toallas de papel, se secó sin mucho afán y las tiró a la papelera para asegurarse de que la prueba de embarazo quedaba enterrada. Se sentía un poco loca por la facilidad con la que conseguía fingir, hacer que la gente creyera lo que ella quería. No tenía ni idea de que se le diera tan bien.

Cuanto más pensaba en tener otro hijo más cuenta se daba de que era imposible. Al final pidió hora en una clínica y le dijo a Robert que se iba a pasar el fin de semana a casa de una amiga, en el campo. Pero no salió de Londres. Fue como pasar la noche con un montón de amigas en un internado. Había varias chicas de Irlanda. Cuando terminó todo, se quedaron aliviadas, de la primera a la última. Sentadas en la cama, en pijama, se dedicaron a comer galletas, a beber té y a bromear con una enfermera que fue a hablar con ellas de anticonceptivos. Para evitar que hubiera más embarazos no deseados. Y Catherine intervino. Le gustó formar parte de aquel grupo, participar de su humor negro. No mencionó la violación, no quería aguar la fiesta, pero se le pasó por la cabeza que quizá no era la única. Al llegar a casa el domingo por la tarde estaba cansada y blanca como el papel. Y entonces tuvo el bajón. Había sido un fin de semana horroroso, según le contó a Robert.

«Llego a las 7», lee en un mensaje de texto de Robert. Y contesta: «Perfecto. Hasta luego.»

Va a ir a recogerlos a todos para salir a cenar. Catherine mira el reloj. Son las seis menos cuarto.

—Oye, mamá, ¿quieres que te ayude a arreglarte el pelo antes de salir? Si quieres

te lo lavo y te lo seco.

—Ay, gracias, cariño. —La anciana se levanta apoyándose en los brazos de la butaca—. Tu madre se porta muy bien conmigo —le dice a Nick de camino al lavabo.

—Tú te vienes con nosotros, ¿no? —le susurra entonces Catherine.

—No sé... —suspira él.

—Venga, por favor, cariño. A tu abuela le encantaría. Y a las nueve ya estaremos de vuelta.

—Bueno, vale. Ah, por cierto, cuando estaba a punto de salir de casa ha llegado una carta para ti. He tenido que firmar.

Le entrega un sobre. Lleva un sello de un despacho de abogados en una esquina y, mientras lo rasga, Catherine se pregunta qué multa se habrá olvidado de pagar. Lee la carta dos veces. Luego la dobla y la mete en el bolso.

Invierno de 2013

—¿Todo bien?

Catherine asiente con la cabeza y deja que la mano de Robert se apoye en la suya. No la aparta hasta que tiene que poner el intermitente. Doblan a la izquierda en la siguiente bocacalle y luego reducen la velocidad para avanzar muy despacio hasta que encuentran aparcamiento. Robert apaga el motor y Catherine se quita el cinturón. Él se lo deja puesto y extiende una mano en un leve gesto de reserva.

—¿Estás segura de que quieres entrar?

—Sí —contesta ella, sin poder ocultar su enfado.

Es la cuarta vez que se lo pregunta. Abre la puerta y baja.

El cristal de la entrada sigue roto, pero esta vez Catherine mete la llave en la cerradura para abrir. Ahora es suya. La casa y todo lo que hay dentro. Va de un lado a otro, echa un vistazo, inspecciona el terreno. Aún está más desordenada que antes.

—¡Joder! —exclama Robert.

Catherine sube al primer piso y por encima de la barandilla lo ve a él en mitad de la sala de estar, boquiabierto de espanto.

—Asqueroso —lo oye farfullar.

Sí, es verdad. Está todo asqueroso. Una vez arriba abre la primera puerta y se asoma al dormitorio de Stephen y Nancy Brigstocke: una cama de matrimonio, un tocador, una cómoda, un armario. La cama está tal y como la dejó Stephen Brigstocke la última vez que durmió en ella. Catherine no piensa quitar esas sábanas usadas: lo ha organizado para que alguien vaya dentro de unos días a vaciar la casa. Oye los pasos de Robert en la escalera y, al cabo de unos segundos, la rodea con su brazo, pero Catherine está inquieta y da media vuelta para dirigirse a la siguiente habitación.

Debía de ser la de Jonathan, porque no hay más que esas dos habitaciones. Las paredes son verde claro y se ven las marcas de los cuadros que colgaban de ellas en su día, o quizá eran de pósteres, pósteres arrancados. Rectángulos limpios que señalan ausencias. Al salir pasa al lado de Robert, que se ha quedado en el umbral sin

saber si entrar o seguirla. Catherine preferiría que no la hubiera acompañado. Parece un marido obligado por su mujer a recorrer, en presencia del propietario, una casa que no tiene ninguna intención de comprar. Catherine abre la última puerta del primer piso y se asoma. Una reliquia de los años setenta. Un baño con los sanitarios verde pistacho. La cierra y baja. Robert le pisa los talones.

Cruzan la sala de estar para llegar a la cocina y miran el jardín por la ventana. Desde la primera vez que Catherine lo vio, alguien le ha metido mano. Han podado las plantas, y las ramas secas han acabado, probablemente, en el agujero ennegrecido que hay en mitad del césped. Debió de ser una hoguera considerable. Él fue lo último en arder. Los vecinos se quejaron del olor, incluso más que otras veces. Llamaron al Ayuntamiento cuando olieron algo más, algo nauseabundo. Catherine oyó a uno de los testimonios en el informativo local.

—No hizo ningún ruido —aseguraba—. No pidió auxilio. No oímos nada.

Evidentemente. Si hubieran oído algo, habrían llamado a una ambulancia, no al Ayuntamiento. Pero nadie se percató de nada. Desde que había empezado con lo de las hogueras, mantenían las ventanas bien cerradas. Catherine estaba viendo la televisión con su madre cuando dieron la noticia. La anciana chasqueó la lengua ante aquel horror. Un señor mayor que vivía solo había muerto abrasado. La policía no veía motivos de sospecha. Cerca del cadáver se había encontrado una lata de gasolina. Catherine no supo que se trataba de Stephen Brigstocke hasta que acudió a la reunión con el abogado, que le contó lo sucedido. Se lo había dejado todo a ella. La casa y el piso de Fulham.

—Venga, cariño, vámonos —propone Robert.

—No, tú espera en el coche si quieres, yo aún no estoy lista.

Reacio a dejarla allí, se queda y abre los armarios de la cocina, pero se echa atrás al ver la mugre. Da una patada a una taza rota que se ha quedado donde cayó, en el suelo de linóleo grasiento. Catherine lo ve deambular hasta la sala y alejar el abrigo de la puerta con la mano para protegerlo de la suciedad. Busca un sitio donde sentarse, pero se lo piensa dos veces.

—¿Por qué no esperas en el coche? —insiste ella—. Yo me quedo sola un rato encantada.

Robert la mira sin entender.

—Te lo pido por favor. Me gustaría estar sola. Venga.

—¿Estás segura?

Catherine asiente.

—He hecho una reserva para comer —anuncia él—. A la una y media. En Pier Luigi. Me he cogido la tarde libre.

Es considerado. Está haciendo un gran esfuerzo. Cuando se va, ella se acerca a la ventana de la sala y lo ve subir al coche, sacar el móvil y hacer una llamada. Será algo de trabajo, y Catherine se alegra, porque significa que no está pensando en ella, y eso es una bocanada de libertad. Ha decidido dejarlo. Aún no se lo ha dicho. Hace

semanas que le da vueltas a la idea, que lucha consigo misma: ¿se queda o se va? Ahora lo tiene claro.

Le vendría bien perdonar, pero es incapaz. No puede perdonarlo porque, a lo largo de las últimas semanas, lo ha visto gestionar con mucha más facilidad la idea de la violación que la de los cuernos. Sí, claro, se enfadó, enfureció: se sentía impotente porque no había estado a su lado para protegerla. Sin embargo, Catherine tiene la impresión de que la nueva verdad que se le ha ofrecido le ha costado menos de digerir que el adulterio. En los momentos de mayor brutalidad se dice que, si pudiera elegir, su marido preferiría que hubiera sufrido a que hubiese disfrutado de un arranque de placer ilícito. Se sentía muy dolido. Muy traicionado. Muy enojado. Le ha dicho que eso se debía a la sensación de que no la conocía: de que su mujer se convirtió en una extraña para él. Ahora cree que ha recuperado a su Catherine de siempre. Se equivoca: ya no puede ser esa mujer. La Catherine de Robert era la que no podía decirle la verdad. La Catherine que prefería echarse la carga a la espalda antes que compartirla con él. Era una mujer autosuficiente, independiente, una Catherine de la que él podía sentirse orgulloso. No es culpa de Robert, sino más bien de ella.

Recuerda una noche, poco después de que Nicholas recibiera el alta, en que Robert le cogió las dos manos y le dijo:

—Nunca podré perdonármelo, Cath. ¿Cómo te he creído capaz de hacernos una cosa así? Nunca podré perdonármelo...

Y cada palabra que decía enterraba un poco más el amor que sentía por él. Se puso a llorar, y ella también, pero sus lágrimas viajaban en líneas paralelas. Era demasiado tarde. Tendrían que haber llorado juntos hacía muchos años.

Además, las lágrimas de Catherine estaban teñidas de rabia. Robert había mirado esas fotografías en las que la torturaban y había visto placer. Había pasado por alto el ensañamiento y solo había visto lujuria. Estaba tan metido en su ataque de celos que no había visto a su mujer. Eso jamás podría perdonárselo. Al morir Jonathan, Catherine creyó que nunca tendría que contárselo a nadie, que nunca tendría que demostrar su inocencia. Robert le había hecho sentir esa vulnerabilidad otra vez.

Abre la puerta de atrás y sale al jardín. Está lloviznando, hay una humedad suave y grisácea en el aire que inhala al cruzar la terraza; se mete las manos en los bolsillos y se fija en las losas grises e irregulares, se pregunta si las pondría el propio Stephen Brigstocke. Pisa el césped, ahora cortado, y se dirige al pozo ennegrecido del centro. Algo amarillo ondea y le llama la atención, un pedazo de cinta atrapado en un arbusto: un recuerdo de la breve investigación policial. Alguien ha arrastrado algunos restos carbonizados lejos de la hoguera y los ha dejado allí: reliquias que tal vez la policía consideró posibles pistas de lo sucedido. Sin embargo, descubrieron poca cosa y concluyeron que había sido un acto desesperado de un anciano solitario. Cuando llegaron ya casi no quedaba nada de él, y los escasos restos se los llevaron para analizarlos. Catherine mete la punta del zapato en la masa negra y pastosa. Robert le

ha contado que Stephen Brigstocke dijo que la responsable del libro era su mujer. ¿Será verdad? ¿Lo escribió ella? Quizá sí; quizá no. ¿Tiene alguna importancia? La verdad es que no, ya no.

Contempla la casa y trata de imaginarse cómo debió de ser en su día. Un matrimonio joven, un niño pequeño, su primera casa. Un jardín cuidado, la luz del sol. ¿Una piscina hinchable? ¿Un picnic en el césped? Pero no, esos son sus recuerdos. No pertenecen a esta casa. Está acordándose de Robert y de ella con Nick cuando era pequeño, cuando era muy pequeño. Antes del viaje a España. Nick entrando y saliendo dando saltos de una piscina hinchable, ella agachándose a su lado, el niño desnudo, contento, empuñando una cuchara de palo y una fiambarrera de plástico que aporreaba como si fuera un tambor. Sus recuerdos. Se imagina que Stephen y Nancy Brigstocke debieron de vivir momentos así en ese jardín con su hijo. «Pobres, pobres», piensa. No guarda rencor a ninguno de los dos. Está claro lo mucho que sufrieron. A él incluso tiene algo que agradecerle. Se sentó frente a ella y escuchó su historia. No la acusó de mentirosa. No la obligó a probar su inocencia.

Fue sola a ver al abogado de Stephen Brigstocke; no le contó a Robert lo del testamento hasta después. Fue una reunión extraña: el abogado no tenía curiosidad, no le preguntó nada sobre su relación con su cliente a pesar de que el testamento se había cambiado pocos meses antes. «Está todo muy claro», le dijo, y pasó a resumir las últimas voluntades de Stephen Brigstocke. Ella no dijo nada. Cuando se levantó para irse fue cuando aquel hombre le dio la carta. Le dijo que su cliente le había pedido que se la entregara en mano. No la abrió en aquel momento: tardó unos días en reunir el valor necesario para leerla.

Era una carta torpe, vacilante: costaba creer que la hubiera escrito un hombre que se había ganado la vida como profesor de lengua. No quería que su «gesto» pareciera «otra agresión». No quería que Catherine tuviera que «cargar» con su «legado». Daba por sentado que vendería las dos viviendas y tenía una esperanza: «que mi dinero sirva para que su vida y la de su familia sean más fáciles». Llevó cuidado de no emplear las palabras «compensar» o «compensación». Terminaba diciendo que, cuando Catherine recibiera aquellas líneas, el «dolor» que él estaba viviendo ya habría «terminado», pero quería que supiera una cosa: «Soy consciente de que usted y su familia tienen que seguir viviendo con el dolor que les he provocado.» Y añadía: «Espero que sepa perdonar mi falta de valentía.» Eso la dejó pasmada. ¿Estaba diciendo que era un cobarde por haberse suicidado? ¿O quizá por el negativo que incluía con la carta y que debería haber tenido el valor de darle en persona? Un negativo que nunca se había revelado, según le explicaba. Tanto su mujer como él lo habían descartado porque estaba borroso. Iba metido en el centro de la carta: «Se lo entrego con estas líneas.»

Catherine mira el cuadradito marrón a contraluz: sombras oscuras y ella, convertida en una mancha en primer plano, en un borrón irreconocible. El tenue sol invernal se esconde detrás de una nube y le niega la luz suficiente para ver el

fantasma del pasado, pero sabe que está ahí. Stephen Brigstocke buscó en los negativos a su hijo... pero en su lugar encontró al de Catherine.

Nick debió de verlo y oírlo todo desde aquella posición, desde la puerta abierta. La puerta que Catherine creía haber dejado cerrada con llave. La puerta tras la cual lo imaginaba dormido. Pero Nick se había levantado y la había abierto. Allí estaba, mirando la habitación de su madre. La única luz del negativo; una figurita blanca, inconfundible una vez que sabes de su existencia. Un fantasma diminuto que apareció y desapareció sin que nadie se diera cuenta.

Lo ha analizado una y otra vez, lo ha colocado en una mesa de luz, lo ha mirado con una lupa entornando los ojos, para estar segura. También debió de oírlo todo: los falsos gemidos de placer de su madre. Y no abrió la boca. No la llamó. Volvió a cerrar la puerta y se metió en la cama, demasiado asustado y sobrecogido para hablar. Quizá se quedó así un rato, escondido debajo de la sábana, tratando de comprender lo que acababa de ver. Quizá se despertó a la mañana siguiente y creyó que lo había soñado. Su cerebro infantil borró el recuerdo de lo que había visto y oído la noche anterior. Pero esa imagen y ese recuerdo de su madre siempre han estado ahí. De una madre lejana en la que no podía acabar de confiar, en la que no podía acabar de creer. En aquella habitación de hotel en España, hace tantos años, Catherine trató de imaginarse cómo afectaría a su hijo ver lo que le estaban haciendo a su madre. Y lo había visto, lo había oído. Durante todos los años de crecimiento, los indicios estuvieron presentes, pero Catherine no fue capaz de reconocerlos.

Ayer Nick vio el negativo por primera vez. A ella le entró miedo de haber cometido un error y se arrepintió enseguida de habérselo enseñado.

—No me acuerdo... No me acuerdo de nada —aseguró su hijo.

Negó con la cabeza y miró atentamente al niño que fue, pero no consiguió meterse en su cabecita. Catherine le puso una mano encima de la suya al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas. Nick intentó con todas sus fuerzas no llorar, contuvo la respiración y reprimió un sollozo. Su madre se acercó, convencida de que se resistiría, pero Nick se hundió en sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho antes de dejar caer las lágrimas. Permitted que su madre le acariciara la espalda y le sostuviera la cabeza, y la gratitud se adueñó de Catherine ante la oportunidad que Nick le ofrecía de conocerlo por fin.

Agradecimientos

Las siguientes personas son aquellas sin las cuales nada habría sido posible. Gracias a todos.

A Richard Skinner, de la Faber Academy, por su fantástico asesoramiento, y a mis compañeros del curso de 2012 por su apoyo incondicional; a mis valientes amigas Nic Allsop, Meera Bedi, Claire Calman y Beth Holgate, que leyeron el libro y me animaron; a Tiana Brooke por su inspiración; a todos los de Transworld, por haber conseguido que esta novela saliera lo mejor posible; a Felicity Blunt, por su cariño y su energía imbatible, y a todos los que trabajan con ella en Curtis Brown; y, por último, a mi marido, Greg Brenman, por haberme metido en el cobertizo con un portátil y haberme dicho que me pusiera manos a la obra.